

UNIVERSO SALVAJE

Alfonso Gutiérrez Caro

Alfonso Gutiérrez Caro

UNIVERSO

Salvaje



malbec
EDICIONES

Universo Salvaje

Alfonso Gutiérrez Caro



MALBEC EDICIONES
Editor: Javier Salinas Ramos

@Alfonso Gutiérrez Caro

Foto Portada: Sergey Nivens

Diseño portada y cubierta: Santiago González Prieto Revisión y corrección: Javier Salinas Ramos

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

*A Alfonso Ruiz,
mi asesor en asuntos policiales*

La gala

La escena que supuso su perdición se desarrolló durante los tres minutos y pico en los que estuvo sonando el clásico *Earth angel*, de The Penguins. El salón de celebraciones del hotel Silken Siete Coronas vestía sus mejores galas y servía caviar, salmón y champán del bueno. La ocasión sin duda lo merecía: uno de esos eventos para recaudar dinero para no sé qué asociación que ayudaría a hacer del mundo un lugar mejor. O al menos esa era la intención. Las mesas ya habían sido dejadas atrás por la práctica totalidad de los invitados, que se dividían entre la zona reservada para pista de baile y la barra. La elegancia primaba aquella noche de jueves. Ellos no salían del traje negro o esmoquin, por el contrario la paleta de ellas era más variada: vestidos largos, vestidos más cortos, rojos, azules, verdes, brillantes, rasos, muy escotados, poco escotados, favorecedores y también algunos a todas luces excesivos; maquillajes suaves, naturales, otros más arriesgados y escandalosos, algún peluquín y alguna que otra cara estirada por bótox.

La pista de baile se había convertido en el centro aglutinador en aquellos momentos; un baile lento, en pareja, luces atenuadas, sonrisas y miradas picantes que volaban de un lado a otro. Y allí estaba ella, reinando en lo alto de la pirámide, una mujer que sobrepasaba la treintena ataviada con un fastuoso vestido negro con cola y escote corazón acompañado de sendos guantes de seda hasta el codo. Su pelo rojo caía en cascada sobre su hombro derecho. Sus labios refulgían en la semi penumbra. Parecía Rita Hayworth en *Gilda*. Sus ojos se posaron sobre la presa, un tipo que ya peinaba canas, vestido de elegante frac negro con pajarita, mentón fuerte y mirada caída que mantenía una estrecha relación con un cubata de ron con Coca-Cola.

La mujer se deslizó por la pista como si levitara cinco centímetros sobre el suelo, esquivando con cuidado a los románticos bailarines. Su figura era iluminada por los focos de colores que, al impactar en su hermosa y lucida cabellera, la hacían irradiar de belleza así como despertar los deseos más profundos de cuantos caballeros, y alguna dama, la observaban.

Tras la barra un camarero sudamericano ataviado con la típica camisa blanca con chaleco negro batía una coctelera acompañado de los célebres Jack Daniels, Johnnie

Walker, José Cuervo y Cía. Delante de la misma, cinco taburetes, tres ocupados, dos libres. La mujer se acercó y tomó asiento al lado del tipo de las canas y el ron. Su embriagador perfume fue lo primero que captó él. Lo siguiente fue uno de sus muslos, semidesnudo por el corte de vestido al sentarse. Después vino la zona de escote, el delicado y sedoso cuello de cisne y, por fin, su rostro, una cara tan bella que costaba un verdadero esfuerzo no contemplarla. Un sueño tangible al alcance de su mano. Ella sonrió, dibujando con sus carnosos labios la curva que llevarían a ese hombre a la perdición. No hizo falta que hiciera nada más para captar su absoluta y total atención.

—¿Te apetece tomar una copa? —preguntó él, evidenciando una total falta de originalidad en el abordaje.

—Ajá —concedió ella.

—¿Whisky, ron? No, espera, tú eres de vodka, ¿verdad que sí? —terció él con pose de interesante.

—Vaya. Rara vez se encuentra a un hombre tan intuitivo... —admitió la mujer.

—Eso es porque el mundo es muy grande, hay demasiada gente y no es fácil dar conmigo.

El hombre acercó disimuladamente su taburete al de ella. Mantuvo el contacto visual en todo momento. Elevó un dedo para llamar la atención del camarero.

—Un vodka, por favor —pidió a continuación—. Solo, con hielo.

—Así que dices que sobra gente... —casi susurró la mujer a la vez que el camarero le ponía el vodka sobre la barra.

—Bueno, quizás suene un poco fuerte, y más en una noche como ésta, se supone que estamos aquí para ayudar a los demás... a los más necesitados y eso —el hombre agarró su cubata y le dio un trago— pero lo cierto es que hay muchos prójimos. Sí, demasiados, y cuantos más seamos peor viviremos el resto.

—No parece que nos vaya mal —la mujer echó un vis-tazo de arriba abajo al hombre. Hizo una pausa y tomó un sorbo de su copa—. Trajes caros, cenas glamurosas...

—Pero sin duda nos podría ir mejor. ¿No crees? —la mano de él se posó en el muslo de ella.

—En eso estoy de acuerdo —concedió, sin dejar de mirar el anillo dorado de casado que el hombre portaba en su mano derecha.

La mujer echó su cabello hacía atrás y dejó el hombro derecho al descubierto, una clara invitación que no fue desaprovechada por el galán de barra. Cual ave rapaz lanzó su pico hacia el estilizado y latente cuello de ella, lugar en el que posó sus labios y clavó su lengua. Obviamente no pudo ver lo que ocurría a sus espaldas: la pequeña dosis de burundanga, la famosa droga de los violadores, que la mujer puso en su cubata de ron aprovechando la distracción.

Un quedo suspiro. Una mirada eléctrica. Estaba totalmente en el bote.

—Brindemos —propuso ella, copa de vodka en mano, una vez él hubo acabado de chupetear su cuello.

El hombre tomó su cubata. No cabía en sí de orgullo macho, de primitiva lascivia.

—Hasta el fondo —dijo él, iluso.

—Por los que sobran —afirmó ella elevando su copa y guiñando un ojo a continuación— ¡Hasta el fondo!

Chin-chin. Sin más dilación echaron las bebidas a sus coletos. Sí, hasta el fondo. Los vasos vacíos tintinearón al entrar en contacto con la mesa, al unísono. El caballero se levantó y ofreció cortésmente su mano a la señora. Ésta la tomó y avanzaron juntos por el salón serpenteando entre los bailarines, hasta llegar al ascensor. *Earth angel* acababa, los últimos acordes de saxofón certificaban el éxito de la misión. La música y el bullicio se alejaban. El ascensor abrió sus puertas y la recién avenida pareja entró en él. Con suma suavidad la mujer apretó el botón del número seis. El hombre se la comía

con los ojos. Entonces las puertas se cerraron, el ascensor dijo: «Subiendo». La juerga continuaría arriba.

2

El lujo se paga

Un tipo alto y moreno vestido como si fuera a una boda y una chica delgadita, de mirada azul y cabellera negra recogida con una cola que vestía chaqueta de cuero y jeans, aguardaban en la puerta de la habitación 604. Él se llamaba Samuel Alonso, detective privado y héroe local; ella era la inspectora de homicidios Mara Suárez. No había lugar a silencios incómodos entre ellos, de eso se encargaba, aunque nadie se lo hubiera pedido, el bueno de Samuel Alonso. —Yo pensé que era reglamentario vestir así. No sé, ¿tan mal voy? —preguntó Alonso pasando sus dedos por la elegante chaqueta de su traje italiano—. Yo me siento muy cómodo.

—A ti lo que te pasa es que has visto muchas películas. Te debes creer que somos del FBI o algo así —expresó Mara con desdén—. Pero vamos, cero problemas, como si mañana vienes vestido de payaso. ¿Qué más da?

—Ya, claro. Entonces no me mires así.

—¿Así cómo? —Mara arqueó una ceja.

—Justamente así, con esa altiva desaprobación —Alonso entrecerró sus ojos—. O quizás sea deseo carnal eso que detecto en tus ojos...

—¿De verdad eres tan bueno como dicen? —preguntó Mara con gesto torcido—. Me da la sensación de que sólo eres un tío bastante primitivo y con ínfulas que un día tuvo suerte. Mucha suerte.

—Ya estamos. Vale, quizás lleves razón, ve a discutirlo con tu jefe. Por lo que sé me necesitáis más vosotros a mí que yo a vosotros. No me falta trabajo últimamente, ¿sabes? —dijo Alonso en tono fardón—. Tras atrapar al serbio tengo un caché bastante elevado...

Un profundo y prolongado suspiro emergió de Mara.

—El caché no resuelve casos. Lo hace la atención. Y la preparación.

En esas, la puerta de la 604 se abrió, emergiendo de la misma un tipo alto y desgarbado con poco pelo y tupido bigote que portaba un pequeño bloc de notas y un bolígrafo.

—¿Qué tenemos, Lucas? —le preguntó Mara.

—Lo que nos temíamos. Aquí está su cartera, concuerda —respondió el bigotudo Lucas, dándole una billetera de cuero marrón a la inspectora—. Varón de cuarenta y tantos degollado como un carnero. Lleva la ropa puesta, como todos, empalmado, como todos, y no hay una sola huella ni un pelo ni nada que nos valga de pista. Los de la científica han recogido algunas fibras pero dudo que nos conduzcan a nada en concreto. Estamos jodidos.

—Gracias, da gusto empezar el día con buenas noticias —terció Mara, apartándose para que Lucas pudiera salir al pasillo.

—Pues sí, jefa, es lo que hay. También he mandado re-visar las imágenes de la única cámara en todo el hotel, que es la del hall de entrada y, como era de esperar, tampoco se ha sacado nada en claro —informó con desazón—. Si te parece voy a ver a los camareros y demás empleados. ¿Te espero en la cafetería de abajo?, me han dicho que en este hotel sirven unos desayunos cojonudos —Lucas miró con cierto desprecio a Alonso—. Tú no hace falta que vengas.

—Vale, pero iré de todas formas —respondió sin achantarse Alonso—. Voy en ayunas.

—Sí, lo que sea —respondió Lucas con evidente disgusto—. Si te entran ganas de vomitar hazme el favor y sal de la habitación, no vaya a ser que estropees alguna evidencia.

—¿Por qué crees que si aguanto la nausea contigo no lo haré con un muerto? —preguntó Alonso, dando un paso adelante, poniendo su rostro muy, muy cerca del de Lucas.

—¡Chicos, chicos! Estamos en el mismo barco, ¿vale? —exclamó Mara alzando las manos—. Dejaos de chorradas de machitos y hagamos nuestro trabajo que no es poco, ¿eh?

Alonso dio un pasito atrás, relajó su gesto, asintió. Lucas respiró hondo y puso pies en polvorosa, renegando por el camino.

—Eso es precisamente lo que me jode, que éste no es su trabajo —dijo Lucas, alejándose de la escena con cara de mala leche—. A cascarla.

Lucas llegó hasta el ascensor y entró en él no sin antes echar una nueva mirada fulminante a Samuel Alonso, quien en respuesta le guiñó un ojo.

—¿Ya? ¿Podemos entrar o te apetece seguir jugando? —preguntó Mara, ejerciendo de mami— ¿Cuándo dejaste el colegio, hace veinte o veinticinco años?

—Vale. Lo siento, ya sé que no es muy profesional, pero todos tenéis un nivel de

hostilidad hacia mí que no es normal... —confesó Alonso, cambiando el tono.

—Claro que sí, tú eres el elemento foráneo, no perteneces al cuerpo. A ningún cuerpo de hecho. Eso puede herir algunas susceptibilidades.

—¿Hierre la tuya?

—¿La mía? No, tranquilo. Yo estoy curada de espanto —los labios de Mara formaron lo más cercano a una son-risa que Alonso había tenido la oportunidad de ver en la inspectora—. Entremos.

La habitación era una de las suites más exclusivas del hotel. Una estancia amplia y lujosa dominada por tonos pastel cuyo espacio se hallaba dividido en dos por unas hermosas puertas correderas: un salón con un par de sofás grises, mesa central sobre alfombra, mini-bar, televisión último modelo adosada a la pared, dormitorio con cama gigante, cabecero blanco acolchado y cadáver sobre la bonita colcha color chocolate. La cabeza del muerto colgaba boca abajo por uno de los lados de la cama. La sangre que horas antes había emanado del cuello manchaba su cara, la cama y el suelo. Su mirada, con los ojos abiertos de par en par, se perdía en el techo. Definitivamente no había tenido una buena noche.

—Así que es esto a lo que se refieren cuando dicen que el lujo se paga —dijo Alonso tras unos segundos de observación en silencio.

—¿Qué? —preguntó Mara con cara rara. —Nada, sólo era un chiste.

Mara volvió a suspirar, esta vez de forma más notoria.

—A ver gracioso, fíjate bien. ¿Te suena de algo este señor? —inquirió Mara, señalando con sus manos abiertas hacia el muerto.

—¿A mí? Pues... —Alonso se acercó con tiento a la zona de la cama sobre la que caía la cabeza del cadáver. El detective ladeó su propia cabeza para intentar ver su rostro boca arriba— pues, pues, pues... No estoy seguro, ¿debe-ría?

—Deberías. Ya lo creo que sí.

—Joder. De verdad que ahora mismo me pillas en bragas... —el ceño de Alonso indicaba que se estaba esforzando por recordar; un esfuerzo, por el momento, vano.

—Vamos a ver, ¿crees que estás aquí por tu cara bonita? ¿O quizás porque hayas salido en los periódicos? —preguntó Mara haciendo aspavientos con los brazos—. Mira, no digo que nuestro cuerpo sea la élite mundial en materia de investigación, pero tampoco está tan mal como para tener que echar mano de novatos como tú.

—Creo que discrepo, pero por favor, prosigue con tu perorata —indicó Alonso.

—El comisario dijo que fuiste de gran ayuda en un caso de trata de blancas, pero este caso es muy distinto y la verdad es que no has empezado demasiado bien que digamos... —Mara negaba con la cabeza—. En fin, estás aquí porque este hombre, al igual que otros dos asesinados en circunstancias prácticamente idénticas, tiene una conexión directa contigo... Va, segunda oportunidad, míralo bien y haz memoria.

De pronto Alonso sintió como si una cascada de agua helada saliera del techo, cayera sobre su cogote y bajara por su espalda. Se mostró tenso, abrió los ojos de hito

en hito, se puso lo que se dice en alerta.

—Ehm, esto, yo... —balbució mientras buscaba en archivos antiguos de su cerebro, un proceso mental que no duró mucho —. No puede ser... ¡La madre que lo parió!

—¿Ha caído la breva? —preguntó Mara, que no perdía detalle de la graciosa expresión de esfuerzo mental de Alonso—. Toma este guante —Mara le extendió uno de esos finos guantes de látex— y registra el bolsillo interior de su chaqueta.

Alonso puso una cara que no había puesto en su vida. Era una mezcla entre asco, miedo e incredulidad.

—¿Yo? ¿En serio? ¿Quieres que registre al muerto? —Adelante, te prometo que no muerde —respondió

Mara.

El detective se puso el guante en la mano derecha y, con sumo cuidado, valiéndose únicamente de dos dedos abrió la solapa izquierda de la chaqueta del difunto y los internó en el bolsillo. El botón no estaba abrochado, lo cual facilitó la acción. Segundos después Alonso sacó una serie de fotografías dobladas, las desdobló y comprobó estupefacto que sus temores se hacían ciertos. Las imágenes mostraban al hombre que tenía delante en actitud simplemente cariñosa primero, y practicando el sexo después, con un mujer. Una secuencia amorosa bien relatada. Sí, conocía a ese tío. Y sí, esas fotografías las había tomado él mismo.

—Pero, pero, pero... —dijo Alonso mientras sus ojos hacían chiribitas— ¿Cómo es posible? Yo... esto, ¿qué significa esto?

—No te agobies. Suma dos y dos y lo tendrás —afirmó Mara, a la que le divertía sobremanera la reacción de Alonso.

—Yo fotografié a este tío con su amante hace... no sé, un par de años, puede que más —los ojos de Alonso se movían a gran velocidad, su lengua también—. Sí, claro que sí. Me contrató su mujer, una señora bastante afable, profesora de inglés creo. Sospechaba que su marido le estaba poniendo la cornamenta y bueno, no se equivocaba. Se los ponía bien puestos.

—¿Cuál fue la reacción de la señora, tu cliente, cuando le mostraste estas fotos de su marido con otra? —inquirió Mara.

—Bueno, ya sabes, lo que todas, ¡y todos! —Alonso negaba con la cabeza, no podía dejar de mirar sus propias fotografías—. Un mar de lágrimas, rabia contenida. Alguna incluso la tomó con el mobiliario de mi despacho. Ésta en concreto se quedó muy callada, como si necesitara de unos segundos para asimilarlo, y en seguida empezó a llorar. Luego simplemente tomó las fotos, me puso un cheque sobre la mesa y se fue sin darme siquiera las gracias. No la culpo, la verdad.

—Debe ser un trabajo muy bonito, testigo directo de cómo la gente destroza sus vidas...

—Bueno, hay curros peores —Alonso frunció el ceño— ¿qué me dices de embalsamador?

—El caso es que lo confirmas, lo conocías —expresó

Mara, cambiando de tema.

—Desde luego. Fue un caso mío, no hay duda.

Se hizo el silencio. La situación requería de una buena explicación, explicación que debía darse cuanto antes, explicación que Alonso demandaba con cada poro de su piel.

—Vamos a ver —Alonso se humedeció los labios y poco a poco iba alejándose de la cama y, como el que no quiere la cosa, iba abandonando el dormitorio— me parece que te toca. Ya es hora de que me cuentes qué demonios pasa con esto y quiénes son los otros dos muertos, ¿también los investigué yo?

—Exacto. Según su DNI —la inspectora procedió a abrir la cartera—, este hombre de aquí es Juan Herrera Ruíz, cuarenta y seis años—Alonso asintió. De pronto lo recordó claramente—. Es el tercer cadáver que hallamos en similares circunstancias en las últimas setenta y dos horas. Los otros dos son Pedro Vega Rosell, profesor de instituto, y José Ortega Sánchez, abogado. ¿Te suenan sus nombres?

Alonso no tuvo que esforzarse demasiado para acordarse. Resopló. La cosa parecía gorda.

—Sí, claro, también me contrataron sus mujeres para que les siguiera la pista...

—Eso es —Mara se humedeció los labios con la punta de la lengua—, y sabemos que también fueron infieles a sus señoras puesto que en los bolsillos de sus chaquetas o pantalones hallamos ciertas fotografías comprometidas, algunas más picantonas que otras; al primero besando furtivamente una dama en la calle, el segundo entrando del brazo de una joven en un hotel, y del tercero ya sabes, esos tenían las cortinas de su habitación descorridas. Eso es lo que tienen en común. Tú eres su nexo común.

—Estupefacto me hallo — declaró Alonso con cara de eso, de estupefacción—. Esto es fuerte, muy fuerte. Te escucho, intento asimilarlo pero cuesta horrores, la verdad. Madre mía. ¿Lo dices tú o lo digo yo?

—Sí, puedes decirlo tranquilamente —Mara mesó sus cabellos hacia atrás, dejando totalmente descubierto su angelical rostro.

—O mucho me equivoco o tenemos por ahí una asesina en serie.

Primeras reacciones

La zona de restaurante era un espacio amplio y luminoso, con delicada decoración Victoriana y suelos de mármol donde se posaban las mesas redondas con sus mantelitos blancos. Al fondo del lugar, junto a una ventana que dejaba entrar la amarillenta luz del sol, se encontraba Lucas desayunando. A su lado, puestos en hilera, impertérritos, cuatro camareros y cuatro camareras expectantes. Mara y Alonso cruzaron el umbral de entrada y se dirigieron hacia la zona animada.

—Exactamente —explicaba Mara mientras andaban—. Interrogamos a las dos primeras viudas. Tardó en salir la conexión, pero la hallamos. Les preguntamos si creían que sus maridos tuvieran enemigos, si sospechaban que estuvieran metidos en algún tipo de problema financiero o criminal. A todo contestaron que no. Luego les sacamos las fotografías... Eran irrefutables. Aunque les daba mucho apuro no tuvieron más remedio que hablar. Y bueno, no tardó en salir tu nombre: Samuel Alonso, detective privado especialista en pillar infidelidades.

—Samuel Alonso, el «huele braguetas» —añadió Alonso.

—Algo así.

—Lo que no me explico es cómo pudo la asesina, si asumimos que es una mujer, conseguir esas fotos y saber que esos maridos eran infieles a sus... —Alonso hablaba medio para sí, entonces detuvo su avance un momento—. Mierda. Tuvo que entrar en mi despacho, copiar mi disco duro... ¡Entraron en mi casa!

—Eso pensamos nosotros —confirmó Mara.

—Tuvo que ser antes de que me instalaran la alarma. Ya la tengo al menos nueve meses... —Alonso proseguía elucubrando.

—Este tipo de crímenes, aunque estén íntimamente relacionados, no suelen ser pasionales. Requieren de una planificación previa muy meticulosa. No me extrañaría que el asesino o asesina llevara mucho tiempo detrás de esto. De todas maneras, tampoco podemos descartar un programa espía, es más fácil de lo que creemos colarse en un ordenador, copiar lo que te dé la gana y guardártelo. Todo desde tu casa y en un par de clics.

Habían llegado al fondo del restaurante. Los camareros y camareras miraban con ojos de carnero degollado a los recién llegados mientras Lucas devoraba un buen plato

de beicon con huevos revueltos.

—Ahí los tenéis —dijo Lucas con la boca llena y sin levantar la mirada del plato—. Estos son los camareros que trabajaron anoche en la gala de beneficencia esa. Por supuesto nadie vio nada fuera de lo normal. Típico.

Mara dio un paso adelante, Alonso decidió permanecer en un segundo plano. No en vano ella era la auténtica profesional ahí.

—Está bien, chicos y chicas, soy la inspectora Suárez, de homicidios, y este es... Samuel Alonso, eh, un asesor. Al subinspector Lucas ya lo conocéis —todos asintieron—. Esto es muy sencillo, también muy importante. Ya sé que es difícil, pero necesitamos que os concentréis en lo que ocurrió anoche durante la cena de gala en el salón de celebraciones. Sobre todo nos interesan detalles fuera de lo común, gente particular en la que os fijaseis, conductas extrañas... Esas cosas.

Silencio tan sólo interrumpido por alguna tos y alguna absorción de mocos. Nadie se arrancaba a decir nada. Demasiada responsabilidad, muy poca atención.

—¡Vamos! No me puedo creer que no vieseis nada raro, alguna situación fuera de lo normal... —insistió Mara mientras miraba a los ojos a todos y cada uno de los camareros— ¿De verdad? ¿Nada?

Uno de los camareros, el más alto y también el más feo, levantó la mano como si estuviera en clase de Primaria, aguardando a que la *seño* le diera permiso para hablar.

—¿Sí? Adelante —incitó Mara.

—Bueno, yo... Era una cena de etiqueta, lo que quiere decir que todos los tíos iban vestidos igual. Frac o esmoquin negro, pajaritas o corbatas. Y las tías pues bueno, vestidos elegantes y vestidos horteras. Muchos colorines. No sé. Conforme pasaban las horas la peña se iba poniendo cada vez más ciega, pero aparte de eso...

—Es verdad —se arrancó una de las chicas de la zona central, rubia con el pelo rizado, bastante guapa—. Era una cena con cierto protocolo, seria, digamos. Así que sí. La gente bebió y eso, pero ninguno armó ningún espectáculo. La gente estaba contentilla, pero no pasaba de ahí.

—¿No recordáis ver alguna mujer especialmente atractiva? —preguntó Alonso, emergiendo de detrás de Mara—. Una tía voluptuosa, escultural, capaz de llevarse a la cama a quien quisiera. Una zorra buscona pero con clase.

A más de uno se le escapó una risilla, al camarero sudamericano una risotada. Lucas y Mara le miraron como si fuera un niño de cinco años.

—Había varias de esas, jefe —terció el camarero sudamericano—. Si le hiciera una lista no acabábamos hoy.

Alonso volvió a su sitio, rascándose la parte posterior de la cabeza y negando ostensiblemente.

—Esto es inútil —dijo Lucas tras rebañar su plato con un trozo de pan y dejarlo brillante como una patena—. Nadie lleva un cartel colgando que diga: «Asesino», y aunque lo llevara, estos críos serían incapaces de fijarse en él.

—Aunque duela admitirlo, creo que estoy de acuerdo contigo —afirmó Alonso, ante la tensa mirada de los camareros—. No vamos a sacar nada en claro de aquí.

—Está bien, chicos, podéis ir en paz —expresó Mara acompañando la frase con un suave ademán indicando el camino de salida.

Instantes después, mientras los camareros abandonaban la sala, tomó asiento en la mesa de Lucas. Alonso iba a hacer lo propio pero fue interrumpido nada más coger el respaldo de la silla.

—Tú no. Ya te dije que no vinieras —dijo Lucas con semblante serio—. Además, esta mesa es sólo para polis. Los de tu calaña no estáis invitados.

A Alonso se le ocurrieron varias respuestas, la mayoría ofensivas, la mayoría relativas a la incapacidad policial y a la inutilidad de ciertos activos, al gran almuerzo

que el súper poli profesional se acababa de meter entre pecho y espalda cortesía del cuerpo o al montón de migas que colgaban ridículamente de su bigote. Pero por una vez en su vida decidió respirar hondo, cerrar la boca, asentir y dirigirse a la puerta a tomar el aire. Total, en esos momentos tenía cosas importantes en las que pensar como para perder el tiempo discutiendo con un agrio subinspector.

—¡Espera! —exclamó Mara, levantándose y echando una miradita de reproche a su compañero—. Creo que yo también necesito tomar el aire.

Eran las diez de la mañana y hacía bastante frío. No se recordaba un invierno tan largo y helado en el sureste de la península desde hacía siglos. Al menos al sol se estaba bien; su luz y su calor conseguían reconfortar fugazmente a quien pasaba un rato bajo su manto.

—¿No te quedas con tu compi en la mesa de los polis a hacer cosas de polis? —preguntó Alonso, a la vez que se hurgaba en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacaba una caja de chicles de nicotina.

—Venga ya. No se lo tengas en cuenta, llevamos una semana muy mala. Primero fue la desaparición del niño de Molina y ahora esto —contestó Mara, lanzando un suspiro a continuación—. Los ánimos están muy caldeados y hay gente que se caldea más de la cuenta con quien no debe. De todas formas este caso no se va a resolver en la mesa de un restaurante.

—Bueno, nunca se sabe... Pueden ocurrir cosas extraordinarias en la mesa de un restaurante. ¿Quieres uno? —Alonso ofreció la caja de chicles tras meterse dos en la boca.

—Pues no —respondió Mara, mirándole con cara de asombro mientras el detective se metía otro chicle más en su cavidad bucal— ¿No tienes ya bastante? —Pues no.

Avanzaron hasta el coche de ella, un Citroën C4 de los nuevos, color gris oscuro. Mara entró y se sentó en el asiento del piloto, desoyendo la propuesta de Alonso de conducir él. Salieron de la parada de autobús en la que se hallaban y pusieron rumbo a la Plaza Circular. El tráfico era bastante fluido aquella mañana, apenas un par de pitorradas y los líos de siempre en las grandes rotondas.

El sol era radiante, agradable, pero no proporcionaba el suficiente calor como para que la gente pudiera prescindir de sus abultados abrigos y bufandas y comenzaran a enseñar carne. El año empezaba exactamente igual que había acabado el anterior, al menos en aspectos climatológicos y también en los económicos.

—Qué bárbaro... todavía no lo termino de asimilar — decía Alonso, mano en la frente, como secándose un sudor que en realidad no existía— ¿En serio puede haber alguien tan colgado como para iniciar una cruzada sangrienta contra los adúlteros?

—Bueno, de momento es el móvil más sólido —contestó Mara, atenta al volante—. Aunque nunca se sabe, quizás sólo se trate de un loco que necesitaba una lista.

—La lista de otro. Eso no tiene mucho fuste —afirmó Alonso, pensativo—. Creo que deberíamos ir a mi despacho, echarle un buen vistazo a mis informes y tratar de adelantarnos a posibles futuros asesinatos.

—No estaría de más, pero antes hay que darle la noticia a la mujer —terció Mara mientras metía la tercera.

—No fastidies... ¿A la mujer del muerto?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y yo voy?

—Tú vienes. Las primeras reacciones de los familiares son cruciales —explicó Mara, deteniéndose en un stop y prosiguiendo su camino un segundo más tarde—. No olvides que ésta podría ser la asesina. Es automáticamente sospechosa por el mero hecho de ser la esposa. ¿Entiendes? —Alonso asintió— pero debemos estar atentos,

leer en su rostro, en sus palabras y en sus silencios. Por eso te llevo conmigo. Aparte de que ya os conocéis, cuatro ojos ven más que dos. O eso dicen.

El detective respiró hondo y trató de prepararse mentalmente para la escena que iba a vivir a continuación. Sería la segunda vez en su vida que anunciara a alguien la muerte de un ser querido. La primera fue cuatro años atrás, cuando comunicó a su cuñada que su esposo, el hermano de Alonso, había muerto en un accidente de tráfico en la autovía del Mediterráneo. No podía evitar recordarlo, rememorar uno de los peores tragos de su vida.

Llegaron a la avenida de los Pinos. Dada la imposibilidad de hallar aparcamiento, Mara estacionó de nuevo en una parada de autobús, ante el asombro y alguna reprobación por lo bajini de algún honrado ciudadano que esperaba paciente la llegada del transporte público.

—Es ahí —indicó Mara al salir del coche, señalando con el dedo uno de los bloques de pisos que tenían a su izquierda— ¿No sería aquí donde el marido le puso los cuernos, no?

—No, para eso ya tenía su casa de Torrevieja —respondió Alonso, divertido.

Mara llamó al timbre y se identificó como «la policía». Inmediatamente se abrió la puerta del portón. Ascensor, piso cuarto. Los nervios afloraban por más que trataban de controlarlos, de empujarlos a lo más hondo de sus respectivos seres. Estaban en un típico rellano de tonos grises sin nada especial que reseñar, si acaso la limpieza y lo nuevo del mobiliario, frente a una puerta blanca de seguridad. Un cerrojo resbaló detrás de ella. Una vuelta de llaves y emergió un rostro desde el otro lado. Un rostro agradable, que no hermoso, con algún kilo de más, ojos marrones, nariz respingona, labios finos y barbilla partida; pelo largo negro recogido en una cola. Su rasgo más característico salía a la luz cuando abría la boca, dejando al descubierto una curiosa dentadura con todos los dientes separados entre sí por una apreciable distancia. Era tan temprano que aún ves-tía pijama, uno bastante corto y vaporoso que dejaba bien poco a la imaginación.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con cara de susto, mirando a los dos que tenía enfrente y fijando durante un momento su mirada en Alonso.

—Así es, señora. ¿Podríamos pasar, por favor? —pidió Mara, con gesto de circunstancia—. Es importante.

La mujer, que comenzaba a temerse lo peor, abrió del todo la puerta tras unos segundos de vacilación. El piso estaba realmente bien, moderno y funcional; poseía cierto encanto y gusto decorativo. Anduvieron por un corto pasillo con las típicas fotos de la familia, abuelos, niños, y un hermoso jarrón con flores, hasta llegar a lo que era el salón-comedor, un amplio espacio dominado por un par de sofás, un módulo para la televisión y unos armarios grandes con cristaleras llenos de copas y finos vasos de cristal. En esta estancia los cuadros, pequeños, formaban composiciones de bonitas instantáneas de grandes capitales del mundo como Nueva York, París, Londres... Aunque lo que realmente llamó la atención de Mara y Alonso fue la elevada temperatura de la calefacción interna, que pronto les hizo despojarse de sus abrigos.

La señora les invitó a sentarse en el sofá, cosa que la inspectora y el detective hicieron cuando la anfitriona tomó asiento frente a ellos. Ya no había lugar para más cortesías. Había llegado la hora.

—Yo a usted le conozco —dijo la señora, rompiendo la incómoda costra de hielo que se había formado entre los tres, a pesar de la alta temperatura en la que se encontraba la casa—. Usted es Samuel Alonso, el detective que contraté cuando...

No llegó a terminar la frase, dejando esos puntos suspensivos flotando en el aire.

—Así es, yo también la recuerdo —afirmó Alonso, escueto. No le tocaba a él hablar

ahora.

—Estamos aquí por Juan, su marido... —comenzó Mara.

—¡Dios! ¿No me diga que le ha pasado algo? —la señora se agitó de tal manera que sus pechos subieron y bajaron con gran rapidez.

—Lo siento mucho, no hay palabras amables para decir lo que le tengo que decir...

—Mara tragó rápidamente saliva, estableció contacto visual directo—. Su marido ha sido encontrado muerto en una de las suites del hotel Silken Siete Coronas. Estado de shock. Dícese de un estado de baja perfusión sanguínea, o lo que es lo mismo, la incapacidad por parte del organismo de recibir el oxígeno que necesita; incapacidad, en este caso, causada por una grave alteración del sistema nervioso central. Los ojos se le pusieron como platos, comenzó a hiperventilar, ahogándose con su propio aire. Mara avanzó hasta donde se hallaba sentada y trató de tranquilizarla. Alonso permanecía impertérrito como una estatua de bronce.

—Vamos, Esther, serénete. Sé que es muy duro, lo más duro del mundo, pero debe respirar, tranquilícese. Inspire y expire, así... —ella lo hacía—. Inspire, expire... Vamos, ¿ve qué bien?

Poco a poco, la mujer iba recobrando la compostura, también el color natural de su piel. Fue entonces, entre sonoras negaciones, cuando comenzaron a caer las lágrimas.

—No es posible... debe de haber un error. ¿Están seguros de que mi marido...? No, no puede ser él. Será otro Juan Herrera. Dios.

Llanto y más llanto. Mara, que no parecía el tipo de persona que se sienta cómoda con un abrazo, no tuvo más remedio que darle uno bien largo a esa pobre y destrozada mujer.

—¿Cómo ha podido pasar? Un accidente, ¿es eso? —preguntó Esther con un hilo de voz.

—No, no se trata de ningún accidente —Mara se humedeció los labios con la lengua, debía ser clara y directa—. Su marido Juan ha sido asesinado.

En ese punto vino la explicación más o menos pormenorizada, evitando detalles escabrosos, utilizando un lenguaje específico y haciendo buen uso de tecnicismos propios de la profesión. Todo lo que fuese menester para enfriar el horror. Poco a poco, la incredulidad le iba ganando la batalla al llanto.

—Sé muy bien que ahora se encuentra bloqueada, asimilando esta durísima noticia, pero debe saber también que las primeras horas después de un crimen de estas características son cruciales —explicó Mara con tono agradable—. Si se le ocurre algún enemigo, alguna persona con la que tuviera problemas su marido, de dinero, negocios, un cliente insatisfecho... Cualquier cosa que se le ocurra puede ser vital para atrapar a la persona que ha cometido esta atrocidad.

La inspectora Mara Suárez habló con claridad, mas sus palabras no fueron debidamente escuchadas. Lo único que era capaz de hacer Esther era negar con la cabeza. Y vomitar. Los elegantes zapatos de piel fabricados en España de Alonso se vieron salpicados con unos pequeños grumos amarillentos. En otras circunstancias habría dado rienda suelta a su sarcasmo para dejar de vuelta y media a la manguera humana de vómitos. Pero no. Eran otras circunstancias y el dolor que sentía esa mujer parecía muy real, tanto que su cuerpo no lo podía soportar. Lo que sí que no podía evitar era sentirse incómodo, bestialmente incómodo y vio-lento. Aquello era nuevo para él, algo que no había siquiera elegido, que le había sido impuesto por fuerzas superiores a las suyas.

—¿Recuerda cuando su marido le puso la cornamenta? —soltó Alonso, haciendo gala de una sensibilidad casi nula.

—Pero, pero, ¿qué dice? —comenzó a decir Esther— ¿Está loco...?

—Usted cree que no, pero sí que es el momento de hablar de esto. Es el momento

porque quien quiera que le ha hecho esa barbaridad a su marido y acaba de destrozar su vida sigue por ahí libre, dando saltitos como un conejito, feliz y tan campante —la voz de Alonso era firme, su frente, ahora sí, sudorosa por el calor—. Así que cualquier detalle, por tonto o nimio que parezca, cualquier cosa que se le pueda ocurrir, puede ser importante, puede marcar la diferencia. Estamos aquí para ayudarla, para tratar de poner en orden las cosas, atrapar a los malos y hacer justicia. Y para ello necesitamos que nos ayude, que se ayude, cuanto antes. Mara quedó inmóvil, en parte por la sorpresa que había supuesto el discursito, en parte porque estaba totalmente de acuerdo con lo que ese novato acaba de soltar por la boca. Esther estaba roja como un tomate, tanto por la noticia recibida como por el insoportable calor que emanaba de su instalación de calefacción.

—Está bien. Pregúnteme lo que quiera. Trataré de responder lo más claro posible —dijo Esther secándose las lágrimas de sus mejillas y aspirando con fuerza los acuosos moquillos que afloraban por sus fosas nasales.

—¿Perdonó a su marido tras la infidelidad que yo le reporté? —Alonso abrió fuego.

—Sí —increíblemente, las lágrimas se las apañaban para no salir de sus ojos—. Fue duro, no pasó de la noche a la mañana, pero lo arreglamos.

—¿Por qué no le acompañó a la fiesta de anoche? — volvió a preguntar el detective— ¿No le gustan las cenas de gala, los canapés de gourmet y esas cosas?

—Para él eso eran *negocios* —al pronunciar esa palabra hizo el símbolo de las comillas con los dedos—. Yo no pintaba nada allí. O eso decía él...

—¿No le ha parecido extraño que no volviera a casa a dormir? —esa pregunta la lanzó Mara, animada por la brecha abierta por Alonso.

—Bueno, no es la primera vez... a veces bebe más de la cuenta y vuelve a casa cuando ya ha amanecido, o se queda en casa de algún colega del trabajo. O ya sabe...

La última frase fue para Alonso, quien en efecto ya sabía de lo que estaba hablando: de algo que ocurrió en una bonita casa en la costa de Alicante dos años atrás.

—Así que se temía lo peor... —comenzó Alonso.

—Siempre lo hago, es inevitable con hombres como Juan. Yo... no sé por qué le quiero, o le quería, pero le quería —en ese momento volvió a decaer. Esther hizo una pausa, enjugó sus lágrimas—. Esto no ha debido pasar... es como una pesadilla, una espantosa pesadilla. Se supone que todo nos iba a ir bien. Juan me hablaba de un nuevo despertar, se suponía que nuestra vida iba a cambiar para mejor, una vida nueva, sin preocupaciones. Cualquier día me daría la sorpresa y todo cambiaría. Lo que jamás imaginé es que sería tan cruel.

Esther cerró los ojos y se abandonó a las lágrimas. Alonso y Mara se miraron, no se hicieron precisas las palabras, poco más tenían que rascar allí. La vida cambiaba en un instante, una noticia y de repente todo era distinto. Pero nada se detenía, la Tierra seguía girando, la gente seguía hablando, comiendo, acostándose, matando.

Había que moverse.

4

Trece

El despacho y a la vez hogar de Samuel Alonso, sito en la calle Saavedra Fajardo, se encontraba a escasos pasos de todo cuanto merecía ser visitado del centro histórico de la ciudad, con lo bueno y lo malo que eso conlleva. Mucha actividad social, mucho ajetreo, mucho follón.

El estrecho y alargado espacio se hallaba prácticamente lleno entre el nuevo sofá-cama de Ikea, el viejo escritorio con su par de sillas y las estanterías de las paredes que alojaban libros, archivadores y no poco polvo. Como buena investigadora, a Mara no le pasaron por alto ni la pequeña nevera estratégicamente oculta en un rincón tras una voluminosa planta ni los restos de migas sobre la mesa, justo al lado del abre cartas y los bolígrafos.

—Así que aún vives aquí... —afirmó más que preguntó la inspectora.

—Sí, es mi casa —respondió el detective abriendo los brazos—. Ya sé que no es lo más cómodo ni ideal del mundo, pero al menos estoy a gusto... Ya sabes, aparte de que no puedo permitirme otra cosa.

—¿No has dicho que no te faltaba el trabajo?

—Bah, tengo algo más de actividad que hace unos meses, pero tampoco es que me bañe en oro. Sólo trataba de impresionar —Alonso dejó su abrigo gris tres cuartos en el perchero de la entrada y se dirigió al escritorio. De uno de los cajones sacó un pequeño ordenador portátil. Lo abrió y pulsó el botón de encendido—. A ver si sacamos algo en claro de aquí porque de momento lo tenemos un poco jodido todo.

—No digas eso —Mara hizo el gesto de espantar una mosca— sólo llevamos un par de horas en este caso. Juntos, me refiero. No hay que ser tan ansioso. Las prisas no llevan a ninguna parte. A ninguna buena, al menos.

—Ya, lo que sí sabemos es que los hombres somos unos hijos de puta.

—Nada nuevo bajo el sol —dijo Mara, tomando asiento en una de las dos sillas que se encontraban frente al escritorio. Alonso hizo lo propio a su lado, girando el portátil para que ambos pudieran ver su contenido.

—Dime, ¿y qué pasa contigo? No parece casada — Alonso echó una rápida mirada a su mano derecha— ¿Novio?, ¿novia?, ¿perro? —preguntó tras introducir la

clave de inicio de sesión.

—Muy gracioso. No creo que sea de tu incumbencia —Mara pareció sonrojarse durante un instante, el tiempo justo como para que Alonso se percatara de ello.

—Venga ya, prácticamente lo sabes todo sobre mí: divorciado, solitario, dificultad para mantener relaciones. En la prensa les faltó decir cuántas veces me cepillo los dientes al día. Es como si yo fuese de dominio público y tú un in-forme clasificado de esos. Si nuestra relación personal fluye nos irá mejor en el ámbito profesional, en la investigación. Ocurre en todos los trabajos, da igual de lo que se trate, el ambiente de trabajo, la relación entre compis siempre influye para bien o para mal.

—Es impresionante el rollo que tienes, Alonso —dijo Mara, fijándose en la pantalla del portátil mientras Alonso accedía a una de las carpetas de «Mis documentos» llamada «Informes»—. Vale, tengo una especie de novio.

—Un especie de novio. Suena tan apasionante como intrigante...

—Sí, un tío con el que a veces quedo. A veces cenamos. A veces...

—¿A veces te dice que te quiere? —preguntó el detective clavando su oscura y penetrante mirada en la azulada de Mara.

—Eh, no... eso, eso sí que no te importa —Mara se sentía algo incómoda. Acarició su nuca y cambió de tema— ¿Has encontrado ya algo de provecho, don alcahuete?

—Ajá. ¿Ves este listado? —Alonso señaló la pantalla con el dedo—. Estos son todos los nombres de los tíos a los que investigué relacionados con infidelidades en los últimos cuatro años. Como ves tampoco son tantos, trece, incluyendo los tres fiambres.

—Aún así son bastantes.

—Trece en cuatro años da una ridícula media de tres casos al año... —dijo Alonso, casi meditando—. No me extraña que casi me muriera de hambre y tuviera que poner copas en el bar de un colega.

—Eso también suena apasionante, pero viene poco al caso —dijo con ironía Mara mientras seguía leyendo la pantalla—. A ver... ahí están Pedro Vega, José Ortega y Juan Herrera. Abre los archivos, a ver si encontramos alguna otra conexión aparte de la evidente.

Lo hizo, pero no encontraron nada. Cotejaron datos, cruzaron estadísticas. Nada. Uno lo hacía con su amigueta de turno en la oficina, cuando ya no quedaba nadie. Otro tenía más posibles e iba siempre a un hotel de cuatro estrellas del centro. Y el último, cómo ya había apuntado Alonso antes, usaba su casa de la playa en Torrevieja para correrse sus particulares juergas adúlteras.

—No me estaré metiendo en ningún follón de violación de confidencialidad y esas cosas, ¿no? —preguntó Alonso con cierta duda.

—Tenemos carta blanca, no te preocupes por eso —tranquilizó la inspectora, visiblemente concentrada—. Está todo arreglado. Sólo trata de concentrarte, de ver más allá de las letras. Debe de haber algo más. No tendrás archivos más antiguos, ¿verdad?

—No. Cumpló escrupulosamente con la ley. Tras cinco años elimino informes, no hay nada más que lo que ves — confesó el detective—. En cuanto a lo de las fotografías, eliminé recientemente las de los casos más antiguos, quedándome sólo con las de los casos del último año. Es una nueva ley que entró en vigor hace unos meses.

—Mierda.

—Ya te digo.

Ese «mierda» y ese «ya te digo» significaban que estaban cada vez peor. Significaban que la asesina había robado los informes antes de que Alonso eliminara los de los últimos años, antes de la nueva ley, ya que el primer cadáver, Pedro Vega, que fue infiel a su mujer el 12 de enero de 2011, llevaba las fotos de su infidelidad consigo cuando su cuerpo fue encontrado con la garganta abierta.

—Así que hay diez víctimas potenciales —Mara hacía cábalas en voz alta— y de las diez tiene fotos para llevar a cabo su ritual, su escenificación.

—Eso parece... lo debe de llevar preparando durante mucho tiempo —terció Alonso, visiblemente fastidiado—. Hija de la grandísima...

—Ya te lo dije, estos asesinatos son fríos, calculados y ejecutados con precisión matemática —Mara resopló, le llevó las manos a la cabeza y peinó hacia atrás con sus dedos sus cabellos.

—¿Cuál es el siguiente paso entonces? Llamar a esos diez tíos y decirles: «hey, andad con ojo que hay por ahí una tiparraca que se encarga de liar y matar a adúlteros desprevenidos».

—Pues sí, hay que hacerlo —asintió Mara— pero mejor me encargo yo de decírselo, seguro que apreciarán un poco de tacto, cosa de la que no sé si dispones.

—Bueno, de lo que sí dispongo es de un par de cervecitas bien frías —ofreció Alonso, con su típica sonrisa de relajado encantador.

No fueron necesarias las palabras, el gesto de Mara, danzando entre una mueca de asco y una sonrisa que final-mente no saldría, se lo dejaba bien claro todo. La inspectora sacó de su bolsillo su teléfono móvil y comenzó a marcar el número del primer tipo de la lista. El uno de diez. Estaba siendo una mañana fría y frustrante, y ahora iba a ser también larga. Alonso se repantigó en su silla y comenzó a escuchar, una a una, las llamadas de aviso de Mara. Al principio creían que se trataba de una broma, más de uno también lo siguió creyendo aun cuando la llamada llegaba a su fin. En teoría no debía ser difícil mantener la fidelidad, no acercarse a ninguna hembra que no fuera su santa es-posa durante unos días, y mucho menos dejarse embaucar por una chica cañón que de repente le encontrara el tipo más interesante y atractivo del planeta. Pero eso era sólo la teoría. La práctica les decía a Alonso y a Mara que la carne es débil, aberrantemente débil, y que la duda ante un hecho tan peliculero y novelesco como cruzarse con una asesina devora hombres era más grande que la credulidad. Podían avisarles a todos, pero no podían vigilar a todos. Y ni mucho menos protegerlos a todos.

Alonso sintió unas imperiosas ganas de fumar. Su reino por un cigarrillo. Encima no le quedaban chicles.

5

Correo no deseado

—Has logrado contactar con casi todos, ¿no? —preguntó Alonso mientras meneaba su café instantáneo con una cucharilla.

—Todos menos tres —respondió Mara, a quien no le sentaba bien la cafeína—. He hablado con la esposa de uno y dejado mensajes en el buzón de voz de los otros dos. Lo volveré a intentar más tarde.

—Está bien, recapitulemos. Si restamos los tres muertos, tenemos diez potenciales víctimas, los esposos infieles, y trece potenciales sospechosas, sus sufridas esposas. Amén de las posibles amantes —Alonso hizo un alto para dar un sorbo a su café solo sin azúcar—. Eso si tenemos suerte y la asesina no es una especie de zumbada anti adúlteros que nada tiene que ver con estas familias. Cruzando datos de los tres asesinados no hemos hallado gran cosa: el primero se lió con una secretaria eventual de su oficina, el segundo con una chica con la que quedaba los jueves en un bar tras el trabajo, y el tercero, José Herrera, era un don conquistas que se liaba con cualquier cosa que tuviera un buen par de tetas.

—Adorable —expresó Mara, estirándose sobre la incómoda silla del despacho de Alonso—. Lo único que todos éstos, y los otros diez, tienen en común es que son tipos pudientes.

—Claro, los pobres no pueden costearse un detective para estas cosas. Están más ocupados tratando de comer y pagar el alquiler o la hipoteca.

—¿De las amantes no hay más cosa que las fotos? —preguntó Mara.

—Así es, las mujeres me pagan para investigar si hay una amante, y en caso positivo, ofrecerles prueba del acto... —el detective arqueó sus cejas— pero no les suele interesar quién es, ni nombre, ni profesión, ni medidas. Tan sólo investigué más a fondo a una de las amantes. Ésta —Alonso volteó su portátil— la de Juan Antonio Sánchez Roca, caso del 2011 también. La chica en cuestión se llamaba Rosa y era una *emo*.

—¿Una *emo*? —inquirió la inspectora con extrañeza. —Sí, mujer. Esas chicas

raras vestidas de negro con el flequillo liso y largo tapándoles media cara que son muy sensibles y parecen vivir en su propio mundo de depresión perpetua —respondió Alonso.

—Ajá. Cuéntame la historia... —dijo Mara con creciente interés en su mirada.

—Bueno, el caso es que la mujer de este tío estaba total-mente convencida de que la engañaba, pero claro, no tenía pruebas más allá de la sospecha. Y ahí entré yo. Después de una semana y media siguiéndolo a todas partes no hubo prueba alguna que indicara que se viera con otra mujer. Pero sí que ocurrió algo un tanto raro: todos los días, cuando salía del trabajo, tanto a la hora de la comida como al final del día, en vez de irse a casa visitaba un bar.

—Sí, que cosa tan asombrosa e increíble. Un tío que sale del trabajo y se va a tomar una cerveza a un bar —de nuevo el sarcasmo había acudido a la boca de Mara.

—En realidad tomaba agua embotellada, señora inspectora. Lo que hacía era abrir su ordenador portátil y ponerse a chatear con alguien. Ese alguien era un usuario llamado DarkRose, que estaba registrado en el chat de Terra. No fue difícil, una vez que vi el nombre al pasar a su lado, investigué a ese usuario.

—Supongo que chateaste con ella —dijo Mara.

—Así es. Volví al despacho y me conecté, entré en el chat y ahí estaba ella. Al principio no me hacía mucho caso, pero con el paso de los minutos pude ir sacándole alguna información como que tenía dieciocho años, vivía aquí en Murcia y salía con un tío por Internet. Incluso llegó a dar-me su dirección de correo electrónico.

—Es increíble lo abierta que es la gente por Internet —afirmó Mara arqueando una ceja.

—Ya te digo —Alonso crujió sonoramente sus dedos—. Y nada. En realidad no se habían visto nunca, simplemente hablaban por Internet, se dirían guarradas y poco más.

—Así que no hubo infidelidad.

—La mujer no opinó lo mismo. Para ella el hecho de que su marido tuviera una relación por Internet era como si se la estuviera clavando a otra. Palabras textuales.

Mara acariciaba su barbilla mientras perdía su bonita mirada en algún punto de la estantería del fondo del despacho.

—Me intriga esa chica —dijo meditabunda—. La esposa parece decente, aunque quizás exagerada y la chica, la *emo*, cómo tú la llamas, puede ser imprevisible. Esa gente que se pasa el día en Internet suele estar más desequilibrada que menos.

—Podría ser —terció Alonso—. También es una buena forma de contactar con tíos casados. Internet digo. Contactar con ellos, liarlos de alguna manera, quedar con ellos y zasca. Tajo en el cuello.

—Definitivamente hay que ir a verla —Mara se puso de pie como un resorte—. Quizás la chica haya cambiado, ya hace un par de años de aquello, igual ya ha dejado el rollo ese raro de *emo* y las relaciones cibernéticas.

—También ha podido cambiar a peor —sentenció Alonso—. Quién sabe.

Con la información de que disponía Alonso en su informe, más una llamada a la central por parte de Mara, no les fue difícil dar con la dirección actual de Rosa Díaz, alias DarkRose, así como un par de datos de interés. La chica ya contaba veinte años, estudiaba Derecho y se alojaba en el Colegio Mayor Azarbe, a escasos cien metros de la vivienda de Alonso. Hasta ahí todo normal. Lo especial del tema era que la tal Rosa era huérfana, que no trabajaba, y que de su manutención se encargaba una supuesta tía por parte de madre. Con cada nuevo dato que conocían los cerebros de los dos sabuesos despegaban de la base hasta la Luna. No tenía por qué significar nada, o quizás sí. Desde luego había material para un posible caldo de cultivo de odio a la familia tradicional. Debían ahondar en eso.

La calle rezumaba humedad, tanto como si acabara de pasar el camioncito de

limpieza. En las esquinas la gente se tomaba ya la caña y tapa de la una, mientras las palomas recorrían las aceras en buscar de algo que llevarse al pico y los coches tomaban las estrechas curvas de las callejuelas del centro como si se encontraran disputando un rally. Detective privado e inspectora se detuvieron ante las enormes puertas de madera del colegio mayor, tocaron el timbre, se identificaron y la puerta se abrió automáticamente. La recepcionista, tras ver la placa de Mara, les indicó el piso y la puerta tras la cual encontrarían a Rosa. Esa mañana, afortunadamente, se había quedado estudiando en su habitación para un examen. Subieron las escaleras hasta el primer piso y golpearon la puerta en cuestión. No tardó en emerger, previo ruido de cerrojo, una carita delgada y blanquecina, con unas aparatosas gafas de pasta negra sobre una aguileña nariz. El pelo, largo y con mechas californianas, caía más allá de sus hombros. Vestía un pijama a rayas blancas y azules una talla más pequeño de lo que era preciso, zapatillas de Hello Kitty y guantes sin dedos. Definitivamente esa chica había cambiado.

—Hola, ¿Rosa? —preguntó Mara con media sonrisa. A su lado Alonso se esforzaba por presentar su cara más amable.

—S-sí —respondió la susodicha, apenas saliéndole la voz del cuerpo.

—Soy la inspectora de homicidios Mara Suárez y él Samuel Alonso, investigador privado. Nos gustaría hacerte un par de preguntas. ¿Podemos pasar?

—Preguntas sobre qué —comentó Rosa extrañada. Más bien cerraba más la puerta en lugar de abrirla por completo.

—Bueno, es algo delicado. Será mejor que te contemos adentro, no querrás que tus compañeros se enteren de esto, ¿verdad? —dijo Mara elevando sus cejas.

Rosa asintió y, ahora sí, abrió del todo la puerta, invitando con un clásico gesto de mano a que pasaran. La habitación, pequeña, coqueta, se encontraba bastante limpia y recogida. Había en ella dos camas, dos mesas de escritorio, dos sillas y una puerta interior que daba al baño. Por la pequeña ventana entraba cierta luz que se proyectaba justo en el edredón nórdico de lunares blancos y negros de Ikea.

La joven se sentó en esa cama e invitó a Mara y Alonso a que hicieran lo propio en la de enfrente. Tras acomodarse se abrió el telón y dio comienzo la función.

—No disponemos de demasiado tiempo y tampoco queremos hacerte perder a ti el tuyo —Mara señaló hacia uno de los escritorios, cargado de papeles y carpetas y un portátil conectado—. Sabemos que hace cerca de dos años tuviste una relación por Internet con un hombre llamado Juan Antonio. Un hombre casado —Rosa comenzó a enrojecer—. Aquel tonto casi acaba con su matrimonio, aun-que desconocemos ciertos detalles de lo que ocurrió una vez se destapó el pastel. Sé lo que estás pensando y llevas razón. No es delito hablar con alguien por Internet, al igual que tampoco lo sería acostarse con él. O enamorarse de él.

—No entiendo nada —dijo Rosa, cuyo nerviosismo era tan evidente que parecía una botella de cava agitada y a punto de descorchar.

—Nos regimos por la confidencialidad, pero tenemos razones de peso para pensar que ese hombre, Juan Antonio, está en verdadero peligro, y sólo queríamos saber cuál es tu situación actual con él —continuó Mara.

—Bueno, no hay mucho que decir. Es verdad que hablé con él hace un montón de tiempo y también lo hice con otros... pero eso fue en otra época.

—¿Ahora ya no lo haces? —inquirió Alonso.

—¿Hablar con desconocidos por la Red? No, para nada. Ya tuve bastante, ¿sabes? La mujer de ese tío se pre-sentó en la puerta de mi instituto. Me puso de guarra y puta para arriba... Y no había pasado nada. Nunca pasó nada, sólo hablábamos.

—¿De qué? —volvió a preguntar Alonso.

—Yo que sé... de lo que fuera. Del tiempo, de la vida, del trabajo, los estudios. De las cosas que se hablan. Nada especial.

—¿Te hizo promesas que nunca se cumplieron? —preguntó Mara en esta ocasión.

—No. Yo, él... en aquella época me ponía en el ordenador y hablaba a la vez con mucha gente, cinco, seis o hasta siete conversaciones simultáneas. Él sólo era una más. No tenía mayor importancia para mí —Rosa comenzaba a gesticular de más con sus brazos— de verdad.

—Entonces no viste nada raro en él... —Alonso tomó la palabra, de nuevo, para temor de Mara—. No sé, un tío cuarentón que de pronto comienza a hablar con una joven-cita de apenas dieciocho —el detective rió irónico— ¿No pensaste que ese tío lo que quería era darte caña?

El detective recibió un sutil pero fuerte codazo de parte de Mara.

—No todo en la vida es eso —dijo Rosa con seguridad—. Él no era así, era amable, simpático, cercano.

—Claro, todo un encanto —expresó el detective—. Un peluchín andante.

Alonso y Mara se miraron. Se encogieron de hombros. Suspiraron. Al fin y al cabo por algo había que empezar. Se pusieron en pie, Rosa hizo lo propio y se dirigieron a la puerta de salida. Alonso lanzó una última mirada en derredor, fijando la vista en la pequeña pantalla del portátil.

—Bueno, pues ya sabes, lleva cuidado de con quién hablas por ahí —advirtió Alonso—, cada vez hay más locos y para mí que la culpa la tiene Internet.

—Puede —Rosa parecía más relajada con la inminente salida de la policía de su habitación—. A veces recibes cosas que dan miedo de verdad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mara, advirtiendo algo.

—Pues correos, spam y esas cosas. Anoche recibí por tercera vez el mismo correo... Uno muy raro y no sé. De mal rollo.

Tercera vez. Mismo correo. Miedo. Un gusanillo retrepó por las tripas de Alonso y Mara. Había que seguir tirando de ese hilo.

—¿Tres veces dices? —preguntó Mara, Rosa asintió— ¿Recibiste anoche el último?

—Sí...

—Y los otros dos, ehm —Mara chasqueó la lengua— ¿el martes y el jueves pasado?

—Creo que s-sí...

Mara miró a Alonso, sus ojos echaban chiribitas.

—Coinciden. Son las fechas de los asesinatos —aseguró la inspectora. El detective comenzaba a frotarse las manos—. Rosa, tenemos que ver esos correos.

Los tres emails, idénticos en todo, mismo remitente, sin asunto, decían así: «¿Qué culpa tiene la estaca si el sapo salta y se ensarta?» Los rostros de Alonso y Mara fueron paulatinamente llegando al suelo. Se miraban, se encogían de hombros. Lo primero que hizo falta fue una explicación somera, parca en detalles, para que Rosa pudiera entrar en situación. Una serie de asesinatos, una serie de sospechosos y de víctimas potenciales. Sin nombres ni datos. La tez de la chica pasó de blanca a amarilla. Sin comerlo ni beberlo, por una estupidez tan grande y en teoría inofensiva de chatear con un desconocido dos años atrás, se hallaba en medio de un lío con una pinta muy mala.

Leyeron la frasecita de marras en voz baja y después en voz alta, varias veces. Doce palabras que bien podrían encerrar un enigma o una enorme tomadura de pelo. Llegó el momento de preguntarse qué demonios era eso. ¿A cuento de qué venía? ¿Formaba todo parte de un complejo juego macabro? ¿Se trataba de una amenaza? Señalar con el dedo, culpar, o a lo mejor eximir.

No tardaron en buscar la frasecita en Google. Los resultados versaban todos sobre lo mismo: tan sólo se trataba de una frase anónima, una lección que podría ser utilizada en Psicología o simplemente una cosa que daba para pensar e iniciar debate.

Para Alonso estaba bien clara la cosa: el sapo era el culpable, el infiel, la estaca bien podría ser cualquier mujer libre con la que tuviera una aventura, o con la que casi tuviera una aventura, como era el caso de Rosa. Según Alonso no debía temer nada, eran unos emails ciertamente retorcidos y enviados sin duda por la asesina o un compinche, pero Rosa estaba libre de toda culpa. La responsabilidad recaía por completo en el sapo. El castigo, suponía, también.

Mara no las tenía todas consigo, no podía evitar sentir cierto recelo y preocupación, aunque por otro lado sentía cierto alivio al ver que tenían un hilo del que tirar. Quién sabe hasta dónde les llevaría eso. Consultaría la frase con una colega experta en esas lides e investigaría todo lo relativo a la dirección remitente de los correos: frogxx@gmail. es. Y, por supuesto, mantendría a Rosa bien vigilada durante unos días.

—Entonces, ¿no te suena para nada esa dirección de correo? —preguntó Mara, que tomaba notas en una pequeña libreta que había sacado de su bolsillo.

—No, qué va. Ya te digo, yo pensé que sólo era correo no deseado o alguna broma... —respondió Rosa, cuyo susto iba en aumento—. No le di importancia.

—Correo no deseado es cuando te envían emails de compañías de teléfono o remedios mágicos para alargarte el pene —dijo Alonso con su habitual tacto—. Y la broma supongo que va más del estilo de «¡Rosa, has ganado un fabuloso viaje a las Antípodas con todos los gastos pagados!» Esto es otra cosa, esto es como una clave...

—Sí, para mí que sólo es por enredar, hacer que miremos hacia otras partes. Pero claro, lo investigaremos — Mara guardó la libretita y sacó un trozo de cartón del bolsillo—. Ten mi tarjeta, si ves cualquier otra cosa rara, si recibes otro email o si algún desconocido entra en contacto contigo por Internet en estos términos, el sapo, la estaca, lo que sea, llámame.

Rosa agarró la tarjeta, sus pequeños ojos tras esos gruesos cristales reflejaban temor, inseguridad y miedo, bastante miedo. La inspectora salió al pasillo, Alonso iba justo detrás. Iba a cerrar la puerta tras de sí cuando oyó una campanilla, un *ringtone* o sonido de ordenador.

—¡Hey! ¡Esperad! —exclamó Rosa—. No os lo vais a creer.

Mara y Alonso giraron sobre sus talones y se asomaron de nuevo a la habitación. Una sensación de quemazón comenzó a abrasar sus entrañas. Reflejado en el cristal de las gafas de pasta de Rosa se hallaba una pequeña frase sobre un gran fondo en blanco.

—Acabo de recibir otro email —dijo Rosa. Su voz bamboleaba en el aire.

Las siguientes palabras que emergieron de su boca provocaron la carrera de Mara y Alonso al coche, una llamada desesperada a la central y un acelerón en dirección a ninguna parte. Las alarmas saltaron, iba a volver a pasar, un nuevo asesinato estaba en camino. «¿Qué culpa tiene la estaca si el sapo salta y se ensarta?».

6

Instantáneas

Habían pasado cuatro horas desde que la inspectora Suárez diera la señal de alarma y pusiera en sobre aviso a gran parte de los efectivos policiales de la ciudad. Primero tratando de localizar a las posibles víctimas no contactadas antes, después el resto.

Alonso poco podía aportar en aquellas lides. Tan sólo mantener ojos y oídos bien abiertos y aguardar a que las noticias llegaran. Eso y trabajar, puesto que el detective debía volver a currar en un caso en el que llevaba varios días estancado.

Cierta empresa de electrónica llamada E-Master había contratado sus servicios para que siguiera los pasos de uno de sus empleados, un tal Ginés Alcázar, un tipo que supuestamente había sufrido un accidente de tráfico meses atrás y que, a pesar del reparador paso del tiempo, aún seguía de baja alegando daños en cuello, espalda y pierna derecha. Era uno de esos casos en los que la ciencia médica ya no aportaba más pruebas, pero Ginés seguía manifestando por activa y por pasiva que el dolor a duras penas le permitía moverse. Por supuesto la empresa ponía en tela de juicio la veracidad de tales dolencias, siendo su objetivo firmar un despido procedente para un empleado al que ya no querían por temas profesionales y personales. Palabras textuales del jefe. Ahí entraba Alonso, cuyo cometido era probar que el tal Ginés tenía más cuento que Calleja, que fingía sus lesiones para seguir cobrando sin dar palo al agua. Pero de momento no había podido captar nada con su nueva cámara de vídeo, una Sony de 300 eurazos.

Ginés era un tipo sin demasiada historia, el clásico perdedor de treinta y muchos, poco pelo, perilla y patillas lar-gas, de compleción normal, ligeramente chepado y vestido habitualmente de chándal. El collarín y una muleta eran su eterna compañía. Su historial de la Seguridad Social decía que había desempeñado varios trabajos físicos, de la construcción a jardinería pasando por electricista. Este último fue el que le abrió las puertas de E-Master, como técnico de electrodomésticos. Soltero, hijo único, vivía de alquiler en un viejo piso de la calle Plaza Nueva de San Antón. En los cuatro días que Alonso le había seguido la pista no había visto nada sospechoso: había sacado

instantáneas de Ginés comprando el pan, yendo al estanco o sacando dinero en el cajero automático de su caja de ahorros. Para mayores distancias siempre usaba el autobús interurbano, visitaba a algún conocido, se tomaba unas birras o hacía compras diversas.

Eso mismo había hecho esa tarde: coger un autobús que le había llevado a las afueras de la zona norte de la ciudad. Alonso le siguió en su antediluviano Opel Kadett rojo. Aparcó en la misma calle donde Ginés se apeó del autobús y le siguió a pie. El sol comenzaba a descender en el horizonte, obsequiando al entorno de una agradable y cálida luz anaranjada. Alonso callejeó tras Ginés, siempre a una prudencial distancia, y detuvo su avance cuando el técnico electrónico se internó en un gran y desangelado descampado. El detective se apoyó en una esquina y, haciendo uso del zoom de la cámara, no perdió detalle de los movimientos del cojo Ginés. El descampado, en el que se alternaban zonas de tierra con otras de hierbajos y estrechos caminos por los que correteaba un crío de apenas doce años con su moto, tenía su eje central en un par de chabolas construidas con trozos de madera y uralita y lo que parecía ser una cuadra de similares características. Junto al chirriante sonido del motor de la moto del nene se podían oír los rebuznos de un asno y quizás los gruñidos de un cerdo. O varios. Desde aquella distancia y debido a la cerca de madera tras la que se encontraban los animales era difícil distinguirlos.

Pasaron dos o tres minutos hasta que Ginés llegó hasta el complejo. Complejo por decir algo. Golpeó la puerta de la que parecía la chabola principal y aguardó. En apenas unos segundos la puerta se abrió y emergió de entre la oscuridad una mujer con obesidad mórbida de pelo corto oxigenado vestida con forro polar azul marino y ceñidas mallas negras. Hablaron. Alonso tiró unas cuantas fotos del momento, puede que sólo se tratase de una amiga, aun-que aquello no le olía demasiado bien. Y no sólo por el olor a boñiga de caballo que lo inundaba todo. Aquella zona era característica por la venta de sustancias ilegales, y esta visita bien podría ser considerada como de «transacción comercial». Ginés metió su mano derecha en el mismo bolsillo de su chaqueta y le entregó algo a la mujer de los pelos amarillos. Alonso no pudo verlo, pero tenía todas las papeletas de tratarse de dinero. Se despidieron y Ginés volvió a desandar el mismo camino que le había llevado hasta allí. Echó mano de un cigarrillo y se lo encendió. Iba sumamente despacio, no ya sólo por la cojera. Estaba esperando a que ocurriera algo. Y ese algo vino en forma de chaval motorizado. El chico paró justo delante de Ginés y le entregó una pequeña bolsa de plástico. Ginés le sonrió y pareció preguntarle algo, pero el chico, una vez cumplido su cometido, dio puño a su motocicleta y prosiguió con su particular circuito. El cojo se sentó en un bloque de hormigón que había ahí tirado y prosiguió fumándose el cigarrillo.

Todo quedó debidamente registrado, así que era hora de largarse de allí, volver al coche y esperar. Alonso se dio la vuelta y se encontró con una de esas desagradables sorpresas que ponen el vello de punta y hacen que el organismo comience a liberar adrenalina por un tubo. Frente a él tenía a dos tíos altos y robustos con muy mala pinta. Mechas, coletillas, oros al cuello y alientos de cloaca.

Lo primero que se llevó Alonso fue un empujón que le hizo caer al suelo. Una vez allí empezó la charla.

—¿Qué capullo haces con eso, eh notas? —exclamó el más alto, un tipo con nariz de cerdito con cierto aire a Nacho Vidal.

—Eso no se hace, *joputa* —añadió el otro, más moreno de piel, más mayor también, haciendo un amago de pata-da—. Dame la cámara, anda. Alonso se puso en pie, despacio, sin dejar de mirar a los ojos a sus asaltantes.

—Escuchadme, tíos, la estáis cagando sobremanera —dijo Alonso con el tono más amenazante que supo poner.

—¿Sobremanera? —aquello le debió sonar a chino al Nacho Vidal de extrarradio

—¿Qué es eso, maricón? Te vamos a reventar.

—No os interesa hacer eso —Alonso dio un paso atrás, sujetaba la cámara con todas sus fuerzas—. Soy policía.

—¡Y una mierda! —dijo el más moreno, acercándose despacio a Alonso—. Te hemos visto llegar en esa mierda de tartana. Los maderos no vais en esas mierdas.

—Tío, dos cosas —el detective hizo una parada, ajustó el nudo de su corbata y respiró hondo —la primera, existen más palabras aparte de «mierda». La segunda...

El puñetazo que se llevó fue tan fuerte, tan duro y seco que Alonso quedó a oscuras durante un par de segundos. Durante esos dos segundos el mundo se echó una siesta, la calle y los dos macarras desaparecieron a su alrededor, un penetrante zumbido se alojó en su cabeza, una bocina estridente cuyo cese le hizo volver al presente. Un presente con doloroso corte en el pómulo izquierdo del que comenzó a emanar un hilo de sangre cuyo goteo fue a morir sobre su impoluta chaqueta de traje.

—¡Trae la cámara o te llevas otra hostia! —amenazó el de la nariz de gorrino.

—La segunda —prosiguió Alonso una vez recuperada la total verticalidad— es que ese trozo de metal con ruedas de ahí tiene más dignidad que vosotros dos juntos.

Los dos pintas se miraron divertidos, a pesar de no entender la mitad de las cosas que les decía aquel tipo aquello les empezaba a hacer gracia.

—¿Nunca os habéis parado a pensar en lo triste que es vuestra existencia? —continuó Alonso, sin perder de vista los puños de sus acompañantes—. No tenéis oficio ni beneficio, carecéis de metas. Un día, dentro de unos años, despertaréis al lado de una foca drogadicta que lo único que se le dará bien será ver *Sálvame* y gritar. Tendréis unos hijos que crecerán en la calle, desatendidos, sin educación ni valores de ningún tipo. Y no llegarán a nada, sólo serán unos miserables. ¿Sabéis por qué? Porque los fracasados engendran fracasados.

Alonso se llevó la mano que tenía libre al interior de la chaqueta, a la altura del corazón y la detuvo ahí dentro. Los tres se miraron como en un duelo propio de *spaghetti western*.

—No os pienso dar esta cámara. Si la queréis tendréis que venir a por ella —el detective mantuvo la mano dentro de la chaqueta, ante la atenta mirada de los dos macarras—. A lo mejor esta pistola os parece más propia de un madero que ese coche.

—¡Vamos, sácala! —exhortó el moreno de piel—. Que-remos verla, fantoche. Saca la pipa y nos largamos echando leches.

—Si la saco será para usarla —contestó Alonso—. Habéis atacado a un agente de la ley, sois dos contra uno... Tengo legitimidad de sobra para pegaros un tiro aquí y ahora. Vuestros sesos decorarán esos ladrillos como si fuera un puto grafiti.

Entonces pasó algo inesperado, inaudito. La atención de los tres fue llamada por los cielos.

—¡Id ya o llamo a la policía! —exclamó una voz temblorosa y aguda que venía de las alturas—. Alonso y los dos asaltantes miraron hacia arriba y localizaron a una señora de unos setenta y tantos años, con rulos y bata rosa, que sostenía un teléfono móvil con su mano —¡Largaos con la música a otra parte, maleantes!

Los dos maleantes compartieron una mirada y comenzaron a alejarse calle abajo entre maldiciones.

—Llévate *cuidao*, maricón. Más vale que estés con los ojos bien abiertos de aquí *palante* —dijo el de la nariz de cerdo mientras se iba—. No siempre habrá una vieja *pa* salvarte.

Una vez hubieron desaparecido de la vista los dos especímenes Alonso sacó la mano del interior de la chaqueta. En ella sostenía una cajita de chicles de nicotina. La abrió y se echó un par a la boca.

—Menos mal que no has tenido que usarlos, hijo — dijo la anciana desde su balcón—. Los chicles los carga el diablo.

Alonso sonrió, asintió y la señaló con el dedo.

—Muy bueno, señora. Muy bueno —dijo mientras tiraba la caja de chicles vacía en una papelera que había en una farola.

—Sube que te cure eso, tengo algodón y agua oxigenada —ofreció la anciana.

—Muchas gracias, pero ya me apaño yo solo en mi tartana —Alonso hizo algo parecido a una cortés reverencia—. Gracias de nuevo, de corazón. Es usted mi heroína.

—No eres el primero, hijo. Y seguro que tampoco el último.

Repercusiones

El botiquín de primeros auxilios del Opel Kadett le hizo el apaño: un poco de desinfectante, un trocito de gasa y esparadrapo para sujetarla. Guapo, muy guapo. Se miró en el espejo interior y resopló. Ya casi había olvidado esa quemazón posterior a cuando te tocan la cara, esa palpitante sensación de que hay algo bajo la piel horadando el mismísimo hueso. Desabrochó el primer botón de la camisa y sintió como si las puertas de San Pedro se abrieran para él. Aflojó el nudo de su corbata hasta que pudo sacársela por la cabeza y la lanzó al asiento trasero. Ginés aún tardaría un rato en aparecer, estaba en su momento «porro en el campo», y aquello no era una cosa que se disfrutara con prisa, así que puso la radio. Meneó a izquierda y derecha la ruedecita de sintonía hasta detenerlo en Radio Clásica. Sonaba *Aria* de Bach. Abrió la guantera y sacó un pequeño frasco con un polvo blanco, medio lleno o medio vacío, según se mirara. Se trataba de ketamina, también conocida como *polvo K*, una sustancia relajante y alucinógena, que le ayudaba a aliviar el peso de su inconsciencia. Rápidamente reparó en el origen de aquello: pertenecía a Sandra, ¿o era Sara?, no lo podía recordar bien, una chica con la que estuvo saliendo un tiempo, un par de semanas nada más, nada menos, una de esas historia que apenas se pueden considerar historias. Alonso se quedó unos segundos mirando ese tarro, analizando lo que le podía traer de bueno y de malo. Aunque tampoco le dio muchas vueltas.

Subió el volumen de la radio y desenroscó el tapón, echándose a continuación un gramo en el dorso de su mano y acercandoselo a una de sus fosas nasales para proceder a la inhalación. Cerró los ojos, se serenó y dejó que el veneno que acababa de echarse al cuerpo hiciera efecto. Se abstraigo a una época tan pretérita que hasta él mismo se sorprendió de que su cabeza fuese capaz de guardar recuerdos tan viejos. Estaba rememorando, estaba teniendo un flashback, uno en el que él era el matón en lugar del pringado. La escena tuvo lugar no lejos de donde se encontraba en aquellos momentos, en la parta alta de la rambla de Espinardo, casi colindando con los terrenos

de la Universidad, en uno de los viejos puentes peatonales que ejercían de pasarela entre ambos lados de la rambla. Normalmente, el noventa y nueve por ciento de las veces, la rambla se encontraba seca como el esparto, pero los días de lluvia copiosa el agua podía formar un auténtico río por aquella zona, tal y como pasó veintitantos años atrás. Alonso tenía doce años y pasaba una de esas fases rebeldes y ciertamente convulsa. En los tiernos años de su infancia siempre fue un niño aplicado y obediente, incluso un primo, del que su hermano mayor tenía que sacar de líos. Pero a partir de los doce la cosa cambió para él. Se convirtió en algo así como un gamberro. ¿La culpa? La muerte de su madre, malas compañías, efervescencia hormonal pre-adolescente... El caso es que Alonso y sus amigos acudían a dicho puente a fumar sus cigarrillos, ver revistas porno y dar la vara a todo aquel que pasara por sus dominios. Entonces llegó aquel día lluvioso, dentro de una semana lluviosa. La rambla estaba a tope, tanto que el agua casi llegaba al borde del puentecillo. Estaba oscureciendo y Alonso y sus amigos no tenían nada mejor que hacer que perder el tiempo riendo y haciendo el tonto en aquel húmedo y embarrado enclave.

La silueta de un niño se recortó al otro lado del puente. Se detuvo, dudó en si avanzar o no, pero no tenía otra si quería pasar al otro lado, volver a casa. Así que, con cierto temor, pasó dubitativo y procurando no mirar a los ojos a los malotes, pretendiendo que no estaban allí. Se trataba de Jorge, uno de los llamados *membrillos* de 4º de EGB. Alonso y sus compinches se frotaron las manos, curvaron sus labios y se dispusieron a jugar; un juego divertido para ellos, pero definitivamente cruel para Jorge. Le rodearon y le pidieron dinero. Al no contestar le sacaron la mochila, la vaciaron en el suelo y la registraron. Después le tocó el turno a sus bolsillos. Nada. Alonso se enfadaba. Fumaba y se enfadaba. Cogió por la pechera a Jorge y le zarandeó, le sacaba una cabeza de altura, y además iba escoltado por tres críos más. Aquello no era justo, pero era divertido...

Decidieron que, ya que no tenía dinero, sería buena idea asustarlo amenazándole con tirarlo al agua. Entre risas y choteos levantaron al pobre Jorge y lo abocaron al río. Continuaban riendo, diciendo chorradas. El niño gritaba, pedía clemencia, lloraba... pero no lo soltaban.

La oscuridad ya casi caía de pleno, en algún lugar una madre (o varias) se comenzaba a preocupar por el paradero de su hijo. Había que levantarlo aún más alto, que sintiera más miedo, que les procurara más risas. Y resbaló. Y cayó. Y la corriente, poco a poco, comenzó a llevárselo. ¡Sálvese quien pueda! Todos salieron corriendo de allí tratando de evitar el marrón, todos menos el instigador de la idea, todos excepto Samuel. No era un gran nadador, no era nada parecido a un héroe (si acaso lo contrario), no tenía ninguna gana de calarse, pero lo que sí tenía era cierto sentido de la responsabilidad, una conciencia que, en algunos momentos, le obligaba a hacer cosas que no quería. Se lanzó al agua, nadó un par de brazadas y cogió a Jorge como bien pudo, arrastrándolo entre espasmos y lloriqueos hasta la otra orilla de la rambla.

La gracia les supuso un resfriado a uno y una pulmonía leve al otro. No fue a mayores la cosa, pero hubo repercusiones. Alonso se llevó un par de azotes de su abuela y es-tuvo cerca de un mes sin salir por la tardes de casa. Jorge se recuperó de su pulmonía pero enfermó de asma y ya nunca jamás, pasase lo que pasase, volvería cruzar ese puente.

El teléfono móvil de Alonso sonó estridente, sacándolo de una buena vez de sus agrídulces recuerdos de juventud. Era Mara. Ya habían encontrado otro cadáver, el que el email recibido por Rosa pronosticaba. Se trataba de Arnelio Rojas, otro de los investigados por Alonso años atrás, hallado con la garganta abierta y una foto metida por los pantalones en un colegio concertado de Educación Infantil y Primaria. Sorprendido, confuso incluso, Alonso contestó que en seguida iba para allá. Guardó el frasco en uno de los bolsillos de su abrigo, puso la llave en el contacto y arrancó. Antes

de salir vio a Ginés, que daba caladas a una pequeña colilla, cruzando la calle y posicionándose en la parada de autobús de enfrente a la que se había bajado. No había lugar a dudas, cogería el mismo bus y haría el viaje inverso, bajándose, probablemente, en la parada de al lado de su casa. No tenía pinta de que aquello fuera a ser más interesante ni revelador, así que quitó el freno de mano, echó un rápido vistazo al espejo retrovisor y salió de allí quemando rueda.

Escorts

Por la mañana treinta fieras gritaban, se callaban, escuchaban, escribían, se lanzaban bolas de papel, se daban collejas e incluso, algunos, se mandaban mensajitos amorosos en pequeñas notas de papel con corazones dibujados. Por la tarde-noche el panorama era bien distinto. El silencio dominaba en el aula, las persianas estaban abajo, las sillas sobre sus pupitres y en la mesa del profesor había un hombre que horas antes respondería al nombre de Arnelio Rojas. Ese seguía siendo su nombre, sólo que ya no podría contestar a nadie puesto que se hallaba desollado como un cerdo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Mara nada más ver entrar a Alonso en la clase.

—¿Esto? Nada, yo soy así. A veces llevo corbata, otras no. A veces llevo una hostia en la cara, y otras no.

—Vale, centrémonos —Mara miró de reojo a Alonso y se aproximó al cadáver—. Bastante tenemos ya con esto...

—Pues sí, bastante. Ya van cuatro —dijo Alonso—. Creo que estaría bien que las familias hablaran e hicieran un funeral conjunto. Lo digo por abaratar costes.

Mara le lanzó una mirada tan penetrante que Alonso sintió durante un segundo como si le oprimieran el pecho con un yunque.

—Era broma, mujer. Menudo desastre... —Alonso deambuló por el aula, rodeando la mesa del profesor con cuidado de no pasar el charco de sangre que se había formado justo en la parte delantera—. Supongo que este es uno de los que no pudiste contactar.

—Pues no, con este sí que hablé —respondió Mara, visiblemente enfadada—. Pude hablar con él a la hora del recreo.

—Vaya, vaya, vaya. Un tío al que le gustaba vivir al límite, ¿eh? Debió de tomarte por el pito del sereno.

—Esto no tiene sentido —dijo Mara muy flojito—. Le dije que extremara la precaución, que se abstuviera de sexo con antiguas amantes o desconocidas durante

unos días... Que su vida corría auténtico peligro.

—Psé. ¿Te estás oyendo? —comentó Alonso en tono divertido—. Le dijiste a un montón de puteros que no echaran un polvo no fuera a ser que les hicieran un «instinto básico». Entiendo que tenías que hacerlo, pero eso es como decirle a un crío que no juegue a juegos nuevos de la videoconsola durante unos días. Y más a esa clase de tíos.

—Les dije que estaban en la lista de una asesina, que eran potenciales víctimas —Mara negaba con la cabeza, se mesaba los cabellos hacia atrás— y al rato, zas, otro al hoyo, ¿tan difícil es para un tío mantener la polla en los pantalones?

—Uhm. ¿Caga el rey?

Mara miró a Alonso con cara de asco y se aproximó al cadáver. Lucas aún tardaría en llegar por una emergencia familiar. Su madre padecía del corazón y les había dado un susto que no pasó a mayores. Eran pues los primeros en la escena, sin contar a la señora de la limpieza que descubrió el cadáver y que se encontraba en acuciante estado de shock en el pasillo.

Las luces parpadeaban, en la pizarra había escritas unas veinte ecuaciones de primer grado resueltas, la papelera es-taba vacía, en el perchero del fondo un crío había olvida-do su bufanda. Mara abrió una carpetilla que contenía una copia impresa de los informes de Alonso. Comenzó a leer.

—Vale. Este Arnelio tiene cuarenta y tres años...

—Tenía —interrumpió Alonso.

—Tenía —repitió Mara con mala leche—. Era profesor de Primaria, de Conocimiento del Medio.

—Je, je. Conocimiento del medio, quién lo diría. Tiene hasta gracia.

—Calla ya —Mara prosiguió leyendo— según tu in-forme era un cliente asiduo de prostitutas. Cada vez que podía, tres o hasta cuatro veces en el mes que le seguiste la pista. Cuando hablé con él me dijo que estaba divorciado, que tenía otra relación seria ahora mismo y que no debía preocuparme por nada. Menos mal.

—Sí. Ya me voy acordando de cosas —Alonso acariciaba su frente—. Este tío no repitió nunca con la misma, eh, dama de compañía. Le gustaba la variedad al amigo.

—Toda una joya.

Alonso y Mara prosiguieron escrutando el cadáver. La inspectora con sus guantes de látex y su obvia soltura en aquellos temas. El detective privado con bastante tiento y dejando una considerable distancia de seguridad; aún no podía evitar sentir nauseas, aunque fuese el segundo cadáver que veía en apenas doce horas.

—Seguro que cuando venga tu súper compi no encuentra ni una huella, ni un pelo, ni una pista —aseguró Alonso casi con amargura—. Eso es lo peor. La culpa es de la tecnología, de la tecnología y de la tele. Hoy en día con tantas series y programas sobre crímenes: CSI, Dexter, Navy... No sé, es como una escuela para psicópatas. Ya sabes, cogen ideas de aquí y de allá y saben muy bien cómo tapar todas sus huellas.

—¿Crees que podrías quedarte callado sólo un minuto? —preguntó Mara—. Sé que supondrá un mastodóntico esfuerzo para ti, pero por favor, inténtalo.

Alonso guiñó su ojo derecho, sonrió y se dio una vuelta por el aula. Mientras Mara realizaba unas fotografías con su smartphone, Samuel se paró a leer los coloridos murales en inglés del fondo, uno de una granja, otro de medios de transporte, ¿uno de alienígenas? Estos críos... Giró sobre sus talones y volvió despacio a la escena del crimen. Contó hasta diez para sus adentros, luego continuó hasta veinte. Apenas había llegado a treinta cuando su boca volvió a estallar.

—¿Has hablado ya con la tía de la limpieza? Digo yo que algo ha podido ver, ¿no? ¿Trabaja sola? Quiero decir, ¿se encarga ella sola de limpiar todo el colegio? Porque si es así.... Telita —Alonso silbó—. Cámaras. ¿No tienen cámaras en la entrada? Ya sabes, para controlar las fugas, la posible entrada de drogas durante los recreos...

—Por el amor de Dios, no estamos en el Bronx, Alonso.

Entonces los castaños ojos de Alonso centellearon. Se había fijado en algo que hasta el momento había pasado desapercibido para ambos.

—¿Has visto el puño izquierdo de su camisa?

—¿El qué?

—Sí, mujer, el puño de su camisa. Ves, justo ahí, tiene una pequeña manchita azul —dijo Alonso señalando con el índice—. Parece de *boli* ¿no crees?

Mara asintió y comenzó a examinar el brazo izquierdo del señor Arnelio. Desabrochó el botón del puño y comenzó a remangar con sumo cuidado la camisa.

—Al final va a ser verdad lo que decía el jefe. Tienes buen ojo. Buen ojo e instinto —Mara esbozó algo parecido a una sonrisa. A Alonso le pareció preciosa—. Tiene lo que parece un número de teléfono anotado en la muñeca. ¿Ves? 6789...

—Te apuesto un verde a que es el número de la chica que le hizo el apaño.

—Estoy contigo, así que no me voy a apostar nada. Lo que si voy a hacer es comprobarlo —la inspectora sacó el smartphone de uno de los bolsillos traseros de sus vaque-ros e introdujo el número en Google. Aguardó unos segundos y comenzó a leer—. Esto te va a encantar. Escorts. El número me lleva a una página de escorts.

—¡No me fastidies! Déjame ver —Alonso se pegó a Mara, invadiéndole su espacio vital de perfume Armani—. Ju, ju. Chico malo. Oh sí, se ve que el tío, tras el divorcio, disponía de más dinero para vicios. No sé, no tiene pinta de ser barata la compañía de estas señoritas...

—Y no lo es —afirmó Mara—. Las escort son famosas por su alto nivel tanto de atractivo físico como, digamos, mental. Poseen gran intelecto, son sofisticadas; damas de compañía pero no sólo en el plano sexual. Pueden ser con-tratadas para hacer de acompañantes en alguna celebración, alguna cena...

—Y para un buen desahogo también. Que es lo que te aseguro que buscaba Arnelio —expresó Alonso haciendo como que metía el dedo índice de su mano derecha en un círculo formado por el pulgar y el índice de la izquierda. Mete saca —. No creo que la trajera una tarde a un colegio para que le acompañara a una reunión de la asociación de padres... Hay que ser muy depravado para traerse a una prostituta aquí, máxime estando soltero y teniendo por supuesto casa. Le ponía hacerlo aquí al muy hijo de...

—Vale, ya sabemos que no era candidato a hombre honrado del año —cortó Mara elevando las palmas de sus manos—. Tenemos que llamar a este teléfono y hacerlo ya, es remota pero cabe la posibilidad de que sea el de la asesina... y no estoy dispuesta a darle un segundo más a esa desgraciada.

—Ok. Déjame que lo haga yo —dijo Alonso con ímpetu—. Si vas con el rollo de que eres poli sólo encontrarás hostilidad, miedo y, quién sabe, igual le das hasta tiempo para ocultar pruebas. Además, soy un tío, llamaré al número y quedaré con ella. Entonces la cogemos por banda y le sacamos todo cuanto sepa.

La inspectora hizo una mueca, sopesaba; no lo terminaba de tener claro.

—Mira Mara, no pienso beber una gota de nada de lo que me ofrezca, ¿ok? Sólo le daré un poco de cháchara y después ya improvisamos sobre la marcha. Sinceramente, no creo que sea ella. Y si es su número es posible que lo tenga fuera de servicio o que nunca coja mi llamada. Pero es una pista buena y hay que seguirla, hay que tirar de hilo.

Mara miró de arriba abajo a Alonso con un destello de complicidad en sus ojos. Complicidad e incluso un germen de admiración. Comenzaban a entenderse. Y el caso avanzaba al fin.

—Por primera vez desde que te conozco coincido con tu opinión al ciento por ciento. Tú harás la llamada, pero del interrogatorio me encargo yo. ¿Te vale?

—Me vale.

Opiniones

Metro ochenta incluyendo taconazos, esbelta figura, ceñido vestido negro corto con generoso escote. Lacio cabello rubio hasta los hombros, flequillo liso hasta los ojos, unos ojos grandes y sensuales, de gata, un rostro afilado, maquilladísimo, labios explosivos. Respondía por el nombre de Verónica. Esa era la chica que entraba en la habitación del hotel AC en la que se encontraban Mara y Alonso.

—No me has dicho nada de esto por teléfono —dijo la chica en tono uniforme cerrando la puerta tras de sí—. Tendrás que pagar más si quieres un trío.

—Y lo pagaría gustoso, créeme —respondió Alonso dándole un buen repaso con la mirada— pero me temo que estamos aquí por otros menesteres.

—Vamos, siéntate en la cama. Despacio. No se te ocurra armar un escándalo —indicó Mara tras sacar de su bolsillo su reluciente placa de policía.

Verónica dudó unos instantes, vaciló, trató de decir algo pero finalmente obedeció murmurando una frase entre dientes.

—No entiendo.

La chica sacó un cigarrillo y un mechero de su bolso, se llevó lo primero a la boca y lo encendió con lo segundo.

—Tranquila, ahora comprenderás —dijo Mara dando un paso adelante— ¿Qué has hecho esta tarde entre las cuatro y las seis?

—Puesssss, estaba en clase, en la *uni*. En la facultad de Veterinaria —respondió con cierto titubeo.

—¿Puede confirmarlo alguien? —inquirió la inspectora.

—Claro, era una clase práctica de asistencia obligatoria. Puedes llamar a la profesora o a cualquiera de mis compañeros, ellos te dirán.

Sí, tal y como pensaban, no iba a ser tan fácil.

—Está bien, lo haremos. Por el momento toma, echa un ojo a estas fotos.

Mara se acercó hasta ella y le dio su teléfono.

—Mmmm —la chica apenas se inmutó al ver las fotos de Arnelio degollado como una res. Dio una gran calada a su cigarrillo— ¿Qué es eso?

—Eso es Arnelio Rojas, profesor de Conocimiento del Medio de un colegio de aquí al lado —respondió Mara con firmeza— ¿Le conoces?

—Así a simple vista diría que no— Verónica dejó el teléfono sobre la cama— ¿Por qué? ¿No me digas que debería?

—Puede, llevaba escrito tu número de teléfono en el brazo.

Con un suave desliz de su dedo sobre la pantalla del smartphone la foto cambió de general a detalle.

—¿Mi número?

—Tu número.

—Je. ¿El número al que este tío me ha llamado? —preguntó señalando a Alonso.

—El mismo.

—Ese no es mi número personal, ehm, agente.

—Inspectora —el tono de Mara adquiría gravedad—. Explícate.

—Digamos que es mi número profesional, usado exclusivamente para el trabajo —explicó la chica— y no por mí sola.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mara enarcando ligeramente la ceja izquierda.

—Comparto piso de estudiantes con una chica, Charlotte es su nombre de guerra, aunque en realidad se llama María José. Ambas nos dedicamos a este... uh, negocio; nos ayuda en nuestros gastos, pagar las facturas, comprarnos nuestros caprichos. A esa hora de la tarde yo estaba en clase, pero ella estaría en casa. Así que lo más lógico es que ella cogiera el teléfono y quedara con ese Arnelio... Ya más no les puedo ayudar.

—Tienes pinta de ser una tía inteligente, Verónica. En cambio parece que no te enteras de la gravedad del asunto —dijo Alonso, que acaba de batir su récord de tiempo sin decir nada—. Tu amiga puede ser la asesina de Arnelio Rojas, y no sólo de él...

—Bobadas —dijo Verónica desairada—. Se nota que no la conocéis de nada. Mariajo, o sea, Charlotte, es una tía genial, la conozco desde hace un par de años y nunca, nunca mataría ni a un mosquito. A no ser, claro está, que se viera obligada a ello si éste se propasara o la amenazara.

—No es el caso —negó Mara con la cabeza—. Aquí estamos hablando de una mente criminal, una psicópata, ¿entiendes? Y perfectamente puede tener apariencia normal en el día a día y luego ser una letal asesina.

Verónica negaba ostensiblemente con la cabeza. Su cigarrillo estaba a punto de extinguirse cuando descubrió que no había ceniceros en aquella habitación. Habitación de no fumadores, claro. Fue justo en aquel momento cuando el detective, que no paraba de darle vueltas a la cabeza en busca de opciones, se quedó inmóvil, obnubilado y con la boca abierta. Aquel estado apenas le duró unos segundos, tras los que dio un salto y profirió una blasfemia que debió de oírse en toda la planta.

—Creo que no hemos contemplado otra posibilidad —aseveró Alonso, sobrecitado. Unas incipientes gotas de sudor comenzaban a perlar su frente— ¿Y si Charlotte, o como se llame, fue al colegio con Arnelio, pero a éste le estaba siguiendo la pista la verdadera asesina? Es decir, entran en el colegio con total normalidad puesto que no había ni Dios a esas horas, cierran la puerta de entrada y entran en el edificio. Saltar la valla de un colegio es tan fácil como robarle un caramelo a un niño. Lo único que tuvo que hacer la asesina fue seguirlos con prudencia hasta la fatídica aula.

—No se sostiene —dijo Mara meneando todo su cuerpo en sentido de negación—. En el aula no hay pruebas de que hayan matado a nadie más. Si estás diciendo lo que

creo que estás diciendo, nos faltaría un cuerpo en el aula...

—Dios mío —profirió Verónica cuando comprendió lo que los investigadores estaban conjeturando.

—Tranquila, Verónica —Mara se acercó hasta la cama y posó su mano sobre el hombro de la chica —, esto son sólo opciones, opciones que no tienen muchos visos de realidad, por cierto.

—Pero piensa que esto son asesinatos casi rituales — prosiguió Alonso—. La asesina tiene su escena diseñada a la perfección y no quiere salirse de ella.

—Pero la presencia de una persona más lo complica todo muchísimo —Mara se encontraba concentrada, revisando todas las opciones—. Ya no son dos personas en una habitación, una copita con droga y hala, al matadero. No había signos de lucha en el cuerpo de Arnelio. Todo indica que su muerte ocurrió exactamente como las demás, cosa que sería imposible con otra persona más en el lugar.

—Qué tal esto —Alonso abrió hasta el máximo sus ojos y señaló con el dedo a Mara—. La asesina tiene vigilado a Arnelio. Le sigue hasta el colegio. Sabe de buena tinta que utiliza ese lugar para sus cochinas; recordemos que la asesina está bien preparada, lleva meses o puede que más con este plan, conoce todos los hábitos de sus víctimas, sus movimientos, sus rutinas... Arnelio, por supuesto, llega antes que Charlotte al colegio y la espera en la puerta. La asesina sólo tiene que adelantarse a Charlotte y hacerse pasar por ella. Sale de su coche, llega hasta Arnelio y ya está. Él no ha visto foto alguna de la escort, sólo ve que es una mujer de buen ver, sexualmente apetecible, y entran en el colegio. Cierra la puerta tras de sí (recordemos también que la limpiadora dijo que abrió todas las puertas con llave excepto la del aula en la que se encontraba el cadáver) y ya está. En algún momento, minutos después, aparecería la auténtica Charlotte, esperaría un ratillo fuera, puede que incluso llamara al cliente, que estaba bastante ocupado ya en aquellos momentos, y cuando comprendió que no ven-dría se fue.

Tras la parrafada de Alonso Mara y Verónica se quedaron muy calladas durante unos instantes, asimilando la cascada de información, sopesando la verosimilitud de lo que acaba de salir por la boca de aquel tipo.

—Vale, me cuadra bastante —dijo al fin Mara—. Debemos comprobarlo a la de ya. Verónica, ¿puedes llamar a tu compañera? Así saldremos de toda duda.

—Por supuesto, ahora mismo.

La escort agarró el bolso y cogió su teléfono móvil. Buscó en la agenda a María José y pulsó «llamar». Los diez segundos durante los que estuvieron sonando los tonos de llamada fueron de los más largos de su vida. Alonso y Mara no estaban más tranquilos, deambulaban por la habitación llevándose las manos a la boca, a la nuca, a los cabellos, un manojo de nervios justificado. Por nada del mundo querían un nuevo cadáver en la ciudad.

—¿Mariajo? —dijo Verónica con el ceño fruncido y la boca hasta el suelo.

—¿Es ella? —preguntó Alonso, ansioso.

—¿Dónde estás, tía? —silencio—. ¡Ah!, serás zorra. Estaba preocupada por ti. Dios santo, no veas la historia en la que estamos metidas sin comerlo ni beberlo... ¿Tenías cliente esta tarde? —silencio nuevamente—. Sí... ajá... mmm... bueno, luego nos vemos, ¿ok? Un beso.

—Por el amor de Dios, ¡habla! —expresó Alonso con la manos en alto.

—Has dado casi en el clavo —informó Verónica.

—¿Cómo de casi?

—Pues sí que la llamó un tío, que se hacía llamar Pepe, y que quedó con ella en la puerta de un colegio. Hasta ahí bien. El caso es que cuando Mariajo estaba casi llegando al sitio, recibió una nueva llamada del tío diciéndole que anulaba la cita, que le había surgido una reunión de última hora en el trabajo y que ya la llamaría otro día, con

lo cual Mariajo dio media vuelta y se fue a la biblioteca a estudiar. Ha pasado allí toda la tarde, por eso no la vi al volver a casa.

—Así que nuestro socio encontró algo mejor y canceló la cita... —dijo Alonso, haciendo cábalas—. El muy imbécil se pensó que había ligado, que aquel polvo le iba a salir gratis... que el mundo es tan maravilloso como para que se te acerque una bella mujer desconocida y te desee como nunca nadie te ha deseado en tu vida. Hay que ver que idiotas somos los hombres a veces.

—Te sobra lo de «a veces» en esa frase —dijo Verónica, poniéndose en pie.

Alonso resopló, un resoplido más de pesadumbre que de alivio, aunque ciertamente se hallaba inmerso en ambos estados. Minutos después Mara haría unas llamadas, mandaría a unos agentes a la Universidad y comprobarían las coartadas de Verónica y la tal Mariajo o Charlotte. Todo en regla, tal y como les había contado la escort, así que volvían a la casilla de salida. No tenían nada de lo que seguir tirando. No había pruebas físicas, ni circunstanciales, nadie había visto nada, ni oído nada, todo era normal y corriente, cotidiano, nada se salía de madre, al menos para el mundo en general; si bien el microcosmos de Alonso y Mara, y sobre todo el de las familias de los asesinados, se hundía inexorablemente en la incertidumbre del caos y el cambio.

Ya no tenían nada más que hacer en aquella habitación de hotel, ya no precisaban los servicios de la profesional. Mara la estaba despidiendo, avisándole de que mantuviera los ojos bien abiertos y dándole una de sus tarjetas por si se viera en algún tipo de apuro, cuando Alonso las interrumpió con una de sus clásicas salidas por la tangente.

—¿Sabéis? Con todo respeto, cuantas más cosas sé sobre la vida menos la entiendo. Una chica tan guapa, elegante y sofisticada como tú, universitaria. Una belleza con cerebro... ¿Por qué haces esto? Y por favor, no me digas que por dinero.

—Vale, entonces no te lo digo. Alonso dio una palmada.

—¡Vamos! Debe de haber algo más, hay muchas formas de ganar dinero... ya sé que ahora la cosa apesta, pero siempre hay otra opción, un resquicio en alguna parte. Mírate, esto es denigrante, descorazonador, incluso peligroso.

—Qué mono, el caballero español —Verónica giró el pomo de la puerta y la abrió—. No estés triste, yo hago esto porque quiero. Es más, me gusta. ¿No has barajado esa opción? Que al noventa y nueve por ciento de la gente le parezca algo denigrante no lo convierte en denigrante. Eso es sólo una opinión, la mía es diferente. Sólo eso.

Deformación profesional

Se encontraban en la terraza del ONE Living Bar, un amplio espacio limpio y minimalista con moderno mobiliario blanco iluminado y focos violetas que dotaban a la atmósfera de una coloreada fotografía propia de una película de Nicolas Winding Refn. El local era violeta, también Mara y Alonso por ende, cuyas pieles habían mutado a tan escandaloso color. Había buen rollo, bastante gente (únicamente una mesa vacía) y suave música chill out que disten-día el ambiente. Sobre la mesita que separaba a la inspectora del detective, que bien parecía una sagrada pila bautismal o incluso un lavabo radiante, había dos vasos y un platito con almendras y aceitunas. El vaso de Alonso contenía Fanta de naranja con hielo, el de la inspectora Suárez un gin tonic. El primero ya iba tres cuartos vacío, el segundo casi lleno. —No me bebas nada —dijo Alonso en tono jocosos. Su rostro presentaba ahora una tirita en lugar de la aparatosa gasa con esparadrapo.

—La verdad es que no tengo el estómago muy allá —confesó Mara poniendo cara de mustia—. Me he dejado convencer por desconectar un rato, pero no te creas que lo consigo...

—Eso es porque eres una mujer muy concienzuda y aplicada, incluso cuando no trabajas estás trabajando — Alonso hizo un alto, apuró su vaso y levantó un dedo en señal a la camarera—. Tan importante como ser un gran profesional es saber cuándo desconectar, por la propia salud y bienestar de uno.

—Otro problema puede ser desconectar demasiado... La camarera llegó hasta su mesa, una chica de muy buen ver, con camiseta negra de tirantes y generoso escote. Mara se preguntaba si no tendría frío la pobre. Alonso pensaba en otras cosas...

—Ponme otra, encanto —pidió educadamente y mirándola a los ojos— pero con más alegría, ¿eh?

—¿Perdona? —inquirió extrañada la camarera.

—No me refiero a ti, eres la dulzura hecha mujer. Esta vez con algo de acompañamiento, un chorrito de vodka, quizás —guiñó un ojo—. Gracias, guapa.

La camarera sonrió, asintió, recogió el vaso vacío y se fue.

—Madre mía, vaya un seductor de medio pelo —dijo Mara escapándosele la risa.

—¡Pero bueno! ¿Cómo que de medio pelo? Podría ligar-me a esa camarera sin grandes problemas —afirmó Alonso en una de sus típicas demostraciones de amor propio.

—Tú y cualquiera, tampoco es que sea un objetivo demasiado complicado —expresó una poco impresionada Mara.

—¿Ah no? Pues tú dirás —Alonso hizo un gesto con ambas manos hacia las demás mesas—. Elige una, la que sea, y veamos si tengo o no tengo magia.

Mara rio de buena gana. Al fin se estaba soltando.

—No por favor, puede que tú no conserves ni un poquito de decencia, pero yo en cambio sí que tengo bastante sentido del ridículo. Y no me gusta para nada sentir vergüenza ajena.

—Bueno, no te importunaré entonces —Alonso llevaba un buen rato sin dejar de sonreír—. Al menos estoy con-siguiendo que te relajes un poco. Concédeme al menos eso.

—Hecho. Eres un tío bastante entretenido, Samuel Alonso.

Tras decir aquellas palabras Mara sintió vibrar uno de los bolsillos de sus pantalones vaqueros. Echó mano de su teléfono móvil y comprobó en la iluminada pantalla que la llamaban desde comisaría. Descolgó y se llevó el aparato a la oreja, dijo «sí», volvió a repetir «sí» unos segundos después, y finalmente soltó un sonoro «maldita sea» antes de despedirse, colgar, y volver a meterse el móvil en el bolsillo.

—¿Quién era? —inquirió Alonso— ¿Buenas noticias? —Claro, por eso he dicho «maldita sea» en lugar de «qué maravilla» —ironizó Mara, cuyo rostro volvió a la preocupación—. Ya han investigado el correo electrónico que enviaba los emails el mismo día de cada asesinato, frogxx@ gmail.es. Resulta que la cuenta fue creada en un ciber-café no muy lejos de aquí, en la fecha del primer email. Los otros tres emails han sido enviados desde sitios parecidos, nunca el mismo, y en horas de bastante trasiego.

—Era de esperar —afirmó Alonso encogiéndose de hombros—. Hoy en día no es muy difícil no dejar rastro, y más alguien que seguramente se coló en mi ordenador con un programa espía de esos. No iba a ser tan fácil, Mara.

La investigadora también se encogió de hombros. Resopló y asintió, estaba claro que un caso de esa envergadura no se iba a resolver rastreando una IP. Ya le estaba volviendo la mala leche a agitar el cuerpo cuando la guapa camarera volvió con la copa de Alonso y la puso sobre una servilleta frente a él.

—De este me he encargado yo personalmente. Cata y me dices —dijo la camarera ante la atenta mirada de Alonso.

—Seguro que está genial, de todas formas prefiero que no sea perfecto, ¿sabes?, así puedes venir y servirme otro. Tu negocio gana una copa más y yo gano otro ratito de tu compañía.

—¿Y qué gano yo? —preguntó la camarera, siguiendo claramente el juego.

—Bueno, la noche está llena de sorpresas —Alonso agarró la copa, le dio un sorbo y asintió convencido—. Piensa que es lo que quieres y luego me lo dices.

La chica se fue tras dedicar una sonrisa sin dientes, marcando un bonito par de hoyuelos en las mejillas.

—Creo que esa chica no se ha fijado en tu alianza de casado —dijo Mara señalando hacia la alianza dorada del dedo anular de Alonso.

—O le importa más bien poco —Alonso dio un nuevo trago—. Hay gente para todo.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Mara se mesó los cabellos hacia atrás.

El detective escrutó su mirada y supo al instante lo que ella iba a decir.

—Sí, bueno, en realidad sé lo que me vas a preguntar — Alonso dejó la copa en la mesa y comenzó a jugar con el anillo—. La respuesta es: pronto. El llevarla es un recordatorio, no de un enlace, si no de una putada. La putada que le hice a una persona en el pasado. Es como un castigo que me estoy auto infligiendo... No me mires así, puede que esté un poco loco, pero créeme, lo merezco. Pero bueno, desde hace un tiempo me siento mucho mejor, así que este anillo volará de mi dedo más pronto que tarde. Eso espero, al menos.

—Ya, todos tenemos nuestras cosas —Mara se animó y dio un nuevo sorbo a su gintonic—. Los humanos somos la mayor panda de raros que puebla el planeta.

La música continuaba sin parar, como si se tratara de una canción de quince o treinta minutos. Apenas variaba, el tono era prácticamente el mismo, el tiempo parecía ralentizarse a su son. Alonso oteó el horizonte, cotilleando sin querer a las personas que tenía a su alrededor. Observando su aspecto, sus gestos, escuchando incluso algunos tramos de sus conversaciones. Deformación profesional. Se imaginaba historias, trataba de calarlos mentalmente, imaginar cómo eran, qué hacían allí. Algunos ligaban, otros adulteraban, otros simplemente reían y pasaba el rato con amigos o familiares. Especial gracia le hizo una pareja que se encontraba justo en la mesa de al lado: él un tipo elegantemente ataviado con traje chaqueta y corbata que se parecía al actor Michael Fassbender, ella una chica rubia de ojos grandes y ajustado vestido negro que parecía del este de Europa. Él le regalaba el oído a ella con cierta contención y distinción. Ella reía y se le comía con la mirada. En opinión de Alonso, aquello estaba más que hecho. Le recordaba a viejos tiempos.

—La vida es dura —dijo Mara, sacando al detective de su ensimismamiento— y en este trabajo la ves en todo su esplendor.

—Sí, es dura, pero puede ser mucho peor —el alcohol, al que no estaba acostumbrado, comenzaba a hacer efecto en Alonso. Su mirada y pulso temblaban sensiblemente.

—Hombre, ya, pero es que estos tiempos que corren son tan duros... No sólo ya por la crisis, que es intensa, sino por el estado general de las cabezas —Mara hizo la clásica señal de locura llevándose una mano a la sien y dando vueltas a su dedo índice—. No sólo lo digo por el caso en el que estamos metidos, el crimen crece, y con él sus formas, todo está corrupto. La gente está cada vez más loca... No sé a dónde vamos a llegar. Miedo da pensarlo.

—No te creas. ¿Crees que vivirías mejor, es decir, más segura, en otra época? —Alonso se detuvo un segundo y negó ostensiblemente con la cabeza—. *Nanai*. Si viviésemos en la Prehistoria, puf, no viviríamos ni cuarenta años. Un simple resfriado y a la tumba. Edad Antigua, madre mía, ¿nos has visto? Con este color de pelo y piel probablemente seríamos esclavos... Y no me hagas hablar de la Edad Media, con la peste, las guerras y la Santísima Inquisición. Yo creo que esto siempre se ha dado y se dará. Tendemos a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero no es cierto. Cualquier tiempo pasado fue peor. Fijo.

—¿Estás borracho? —inquirió Mara con una mueca entre sonrisa y preocupación.

—Supongo. Es la primera copa que tomo en años — Alonso no lo notaba, pero su cuerpo se movía por iniciativa propia—. Conduces tú, ¿no?

Apuró la copa e iba a pedir otra cuando Mara alargó el brazo y le contuvo agarrándolo férreamente por la muñeca.

—Ya vale, te quiero despejado para el caso —expresó Mara, clavando sus bonitos ojos azules en aquellos momentos violetas, sobre el detective. Éste parpadeó, asintió y se recostó un poco sobre su silla. Mara le soltó el brazo. Había sido fuerte y a la vez delicado. Le había gustado. Demasiado quizás.

—Bueno, te hago caso porque eres policía. Si no te mandarían a freír monas.

—Se dice espárragos —puntualizó Mara arqueando sus cejas.

—¿Qué más da? —Alonso cogió la copa vacía y deslizó el hielo hasta entrar en contacto con su lengua. En efecto, no quedaba ni gota—. Ahora me toca preguntar a mí, señora inspectora. A ver, ¿qué pasa con tu novio?

—¿Qué pasa de qué?

—Pues eso, dices que tienes novio, pero lo cierto es que has pasado el día casi enterito conmigo —carraspeó, parpadeó, comenzaba a sentir cierto mareo—. Llega la noche y también te vas conmigo a tomarte una copa... No hay que ser detective para verlo claro.

—Lo que a ti te pasa es que tienes mucha imaginación. En ocasiones te viene bien, te ayuda en tu trabajo, en otras simplemente te hace quedar como un idiota. Adivina en cuál estás ahora mismo...

El detective se la quedó mirando durante unos instantes, bajo aquella luz violácea, esa música *tranqui* y los mágicos efectos del alcohol. Mara le parecía la mujer más apetecible del mundo: Apetecible e inaccesible, lo cual potenciaba aún más lo primero.

—Te voy a llevar a casa... —dijo Mara tras abrir su bolso y dejar un billete de veinte sobre la mesa.

—Espera, ¿qué pasa con la camarera? —dijo Alonso gesticulando con las manos.

—Vuelves otro día y pones un broche de oro a tu hazaña —contestó Mara agarrándolo por la chaqueta y pegándole un pequeño tirón para que se levantara.

—Bueno, bueno, un momento.

Alonso se puso en pie, metió la mano en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó del mismo una ristra con tres condones. Dio un par de pasos y los puso sobre la mesa de al lado, la de Michael Fassbender y la rubia.

—A los de hoy invito yo —dijo guiñando un ojo—. Sed felices, disfrutad de la vida.

La inspectora, visiblemente avergonzada, cogió a Alonso por los hombros y se lo llevó de allí ante la cara de piedra y las bocas abiertas de la guapa pareja.

—Esta noche vas a dormir como un bendito —aseguró Mara mientras abandonaban el local y llegaban a la acera, cerca de donde la inspectora tenía el coche aparcado.

—Aún podría dormir más placenteramente... ya sabes —confesó Alonso con una sonrisa de oreja a oreja.

—Con un poco de suerte igual lo sueñas.

Género humano

Un nuevo día amaneció, como era de esperar. Sol y unas pocas nubes, temperatura suave, y un incómodo dolor de cabeza. Alonso se tomó un Gelocatil, volvió a transformar el sofá-cama de su despacho en solamente sofá, se dio una ducha rápida, se secó y se peinó. Frente al espejo pudo observar cómo la herida de su pómulo estaba tan bien que ya ni precisaba tiritas. Ese fue el momento en que entró en acción una ligera pero significativa variación: en lugar del traje y la camisa se puso un chándal, una camiseta y una sudadera gris con capucha. Hacía años que no recordaba haber salido así a la calle.

Samuel Alonso no era un tipo al que le gustara hacer ejercicio, ni al aire libre ni en gimnasios, guardaba la figura gracias a la genética y a que prácticamente no le gustaba ningún dulce. Así que, sintiéndose extraño, abandonó su piso-despacho como todo un deportista obligado por las circunstancias. Debía seguir a Ginés, y Ginés frecuentaba lugares en los que el detective pasaría más desapercibido vestido de chándal que de etiqueta.

Cogió el coche y se fue a la calle de Ginés, estacionó a unos metros delante de su edificio y esperó. Silbó con la radio, se rascó repetidas veces la cabeza, bostezó en no pocas ocasiones y maldijo aquellos momentos tan aburridos de su trabajo. Entonces, un buen rato después, apareció Ginés por la puerta. Cojera, collarín, todo en regla. Ese tío sabía bien lo que se hacía, si es que se hacía algo. A lo mejor todo era cierto y los de la empresa E-Master eran unos paranoicos, aunque lo que estaba fuera de toda duda es que Ginés Alcázar olía y mucho a chamusquina.

Ginés siguió su rutina de siempre: compró una palmera de chocolate en la confitería frente a su casa y se fue andando, y comiéndosela, hasta la parada del bus. Cuando

llegó el número uno se subió y Alonso lo siguió. El bus fue haciendo una pesada e interminable ruta dirección norte hacia las afueras de la ciudad, deteniéndose en casi cada parada por la que pasaba. Desesperado, Alonso permanecía detrás.

Tras media hora larga de travesía, el bus llegó a su última parada: el centro comercial Nueva Condomina. Ginés se apeó por la puerta trasera y echó a andar en dirección opuesta a las tiendas. Alonso dejó el coche en el aparcamiento al aire libre y continuó el seguimiento a pie. Dejó la cámara de vídeo en el coche, demasiado llamativa también; no quería que se repitiera una escena como la del día anterior. La cámara del móvil sería suficiente si es que había algo que inmortalizar.

Ginés dejó la zona comercial atrás, también el estadio de fútbol y se fue alejando incluso de la zona asfaltada, cruzando un descampado de tierra y matorrales hasta un edificio a medio construir, uno más de los hijos tontos de la crisis, un proyecto de bloques de viviendas que se quedó en eso, en un mero proyecto inacabado. Tenía la forma, cinco pisos hasta el cielo, de los cuales tan sólo el primero poseía paredes. El resto tan sólo esqueleto de hormigón.

Alonso se quedó en una de las esquinas del estadio y desde allí vio a Ginés terminar de pasar por el descampado y entrar por un agujero en el edificio. El detective permaneció quieto unos minutos, ¿le había entrado un apretón a ese tío? No parecía, ya que para ello podría haber usado los múltiples baños de los centros comerciales. Puede que se reuniera con alguien allí, o que sólo hubiera entrado allí para colocarse, o visitar a algún mendigo o camello del que fuera colega. Cualquier cosa era posible tratándose de tal personaje.

Pasaron diez minutos, luego cinco más. Alonso había contado hasta tres tíos de pinta parecida a la de Ginés (y, por qué no decirlo, a la suya propia en aquellos momentos) que habían entrado por el mismo agujero. Conforme pasaban los minutos la curiosidad iba creciendo en los adentros de Alonso, unas ganas de conocer que fueron dando paso a una decisión de dudoso juicio: tras proferir una maldición al aire, Alonso se puso la capucha, metió las manos en los bolsillos del chándal y echó a andar en dirección al descampado. Miró disimuladamente a diestra y siniestra. Nada ni nadie había allí para vigilarle, estaban solos el sol, la escoria y él.

Conforme se acercaba al edificio podía escuchar un sordo bullicio que sin duda emergía de su interior. Jadeos y ladridos. Con el valor por bandera, y la poca vergüenza y desprecio por su seguridad de que hacía gala últimamente, Alonso llegó hasta el agujero, se agachó y entró. Apenas tuvo tiempo de ver las cuatro paredes plagadas de grafitis y los dos toneles con papeles ardiendo en su interior que daban luz a aquella especie de cueva, cuando fue interpelado por un tipo de larga cabellera negra y perilla de chivo.

—Santo y seña —dijo el tipo al que el aliento le olía a cebolla cruda.

—¿Cómo? —preguntó Alonso a la par que se quitaba la capucha.

—Si no dices la palabra mágica no puedes entrar, colega...

Alonso respiró hondo, le miró, sonrió, se asqueó cuando volvió a abrir la boca y finalmente metió despacio la mano en uno de los bolillos de su sudadera y la sacó con un par de billetes de veinte.

—Verás, soy un tipo parco en palabras... ¿Te vale esto? —preguntó el detective meneando los billetes con aire chulesco.

El tío de la perilla cambió el semblante de forma radical, frunció el ceño, apretó la mandíbula y se cruzó de brazos. Por un momento pareciera que iba a reventar como un ciquitroque, que estallaría una tormenta que conduciría al detective afuera al descampado. Pero no.

—¡Estaba de coña, colega! —dijo entre risas—. Anda, pasa, tira por esa puerta y luego sigue el pasillo a la izquierda. Ah, y que tengas suerte, macho.

El detective asintió y elevó un dedo en un signo más o menos de agradecimiento y

se dispuso a seguir las indicaciones de aquel chalado. Cruzó un umbral, se adentró por un angosto pasillo de paredes desnudas sin enlucir y fue a parar a otro umbral en el que los gritos y la luz se iban haciendo cada vez más intensos. Y no sólo eso, también el calor humano y la peste a tigre comenzaban a inundar las fosas del valiente investigador. Cuando traspasó el último umbral, que tenía incluso el dintel de madera desnudo, comprendió al fin de dónde procedía aquel escándalo y aquel hedor.

Tragó saliva y se dirigió hacia la enloquecida muchedumbre que jaleaba a dos perros fuertes y altos de los que Alonso desconocía la raza. Dos perrazos cuadrados, híper musculados y con las fauces babosas y ensangrentadas que se enfrentaban a muerte en singular combate en una especie de ring delimitado con una serie de bloques de cemento de la misma inacabada obra. Uno tirando a negro y el otro tirando a marrón, el primero con unas heridas bastante feas en el lomo, el segundo en mejor forma y ferocidad. Si iba a apostar por alguno, y desde luego tenía que hacerlo si no quería levantar sospechas, apostar al marrón era la mejor opción de no salir de allí perdiendo dinero. Aguantando la náusea y tragándose la rabia que le provocaba contemplar aquel dantesco espectáculo, se fue introduciendo entre aquella pandilla de fracasados escandalosos, justo en una posición en la que le quedaba justo enfrente su objetivo: el electricista fumeta y ahora aficionado a las peleas de perros ilegales Ginés Alcázar, que se encontraba realmente emocionado y chillando como el que más incongruentes alaridos que se perdían entre aquel sucio bullicio.

—*¿Vuoi apostare?* —le preguntó de repente un tipo bajito vestido de chándal Adidas negro con los ribetes dorados con el pelo cortado a cepillo y lucido con unas dudosas mechadas rubias.

—*¿Apostare?* —preguntó Alonso a aquel tipo que, o le estaba vacilando, o era de verdad italiano.

—*Ma claro, coglione, apostare. ¿pa qué has venuto si no?*

—Ya, ya... ehm, venga —Alonso sacó los dos billetes que había enseñado antes— veinte por el marrón.

—*¿Torpedo?*

—*¿Eh?*

—*Il suo nome es Torpedo, il cane se llama Torpedo* —dijo el italiano, con cierta cara de mala leche.

—*¿Qué más da su nombre? Quiero apostar veinte por ese, ese* —Alonso señaló con el dedo al perro marrón, al parecer llamado Torpedo, el cual se ensañaba con el cuello del negro—. El marrón, ragazzo.

—*¿Ragazzo? ¿Sei un poliglota o qué?* —preguntó el italiano bastante gesticulante.

—Parece que lo soy más que tú, amigo. *¿Aceptas o no la apuesta?* —Alonso pasó el billete azul por la cara del italiano.

—*Va bene* —el italiano tomó el billete de veinte con gesto de mosqueo y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—*Grazie tante* —convino Alonso con sorna. Torpedo seguía encarnizado en la zona del cuello y el lomo de su adversario, en un combate que se antojaba en las últimas. Fue entonces cuando el negro se revolvió, re-naciendo de lo que parecían sus cenizas, saltando sobre su contrincante y profiriéndole un bocado profundo en una de sus patas delanteras, lo cual hizo que Torpedo cayera sobre la tierra de aquel repugnante cuadrilátero. Lo que vino a continuación fue harto desagradable para Alonso. Al resto pareció gustarle dadas sus caras de satisfacción. Al menos a los que habían ganado algo de dinero con aquella crueldad. El detective cerró los ojos un instante. Para cuando fue a abrirlos el perro negro se estaba dando un festín con las entrañas de Torpedo, que yacía de lado tumbado sobre un creciente charco de sangre.

—Puaj... —expresó Alonso, que no podía fingir la repugnancia que le causaba aquella visión. Afortunadamente fue recibido por el corredor de apuestas italiano como

disgusto por perder los veinte pavos.

—Mala fortuna, *stronzo*, puede que la próxima *volta*... —dijo, ahora sí, con una gran sonrisa en los labios.

—Ya, se te ve muy afectado —le respondió el detective echando un último vistazo al perro hecho picadillo—. Me voy a tomar el aire, Garibaldi.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia la salida sorteando a los sudorosos y embrutecidos tipos de aquel lugar. Justo antes de cruzar el umbral que le llevaría de vuelta a la civilización, echó un último vistazo a aquel desagradable lugar, centrando su mirada en Ginés, la joyita hecha hombre al que le había ido bien la mañana, dada la genuina sonrisa que portaba y el taco de billetes que sostenía en su mano derecha.

Alonso escupió al suelo y se largó, atravesando de nuevo el pasillo y volviendo a la estancia del portero de la perilla.

—¿Ya te vas, macho? —le preguntó el portero— ¿Tan mal te ha ido?

—Ya sabes lo que pasa con estas cosas, cuando no tienes el día te despluman bien rápido...

—Vaya, *jodíos* perros...

—Sí, *jodíos* perros.

Atravesó el campo de tierra y volvió a resguardarse en la esquina del estadio de fútbol. La vida no dejaba de sorprenderle, incluso cuando ya nada debería hacerlo, ya que no tenía en alta estima al género humano últimamente: asesinos, ladrones, drogadictos, violadores, maltratadores, vengadores, estafadores, sanguijuelas bípedas que no dudarían en absorber hasta la última gota de un inocente si aquello les reportara algún tipo de bien. El egoísmo crecía a su alrededor como la mala hierba, sin control ni previsión, salvaje, despiadado, por todas partes, arraigando en todas los sectores de la sociedad, y a todas las edades. ¿Qué placer se puede obtener de ver a un perro reventando a bocados a otro? ¿Por qué existe gente que encuentra emoción en algo que la mayoría tildaría de inhumana crueldad? ¿Por qué la inmundicia nunca se puede terminar de limpiar? Esas y otras preguntas cruciales sobre la humanidad surcaban la mente de Alonso mientras aguardaba a que Ginés abandonara aquel monstruoso lugar.

La oveja negra

Ginés Alcázar salió del edificio en ruinas poco más de media hora más tarde, cerca de la hora de la comida. Solo y con la lentitud propia de su cojera, atravesó el descampado, dejó el estadio atrás y se dirigió de nuevo a la parada de autobús del centro comercial. Alonso le siguió con debido cuidado y se detuvo a pocos metros de allí, apoyado en una señal de paso de peatones. No tardó mucho en llegar el autobús de la línea uno, que llevaría a Ginés de vuelta a su casa, a comerse su trozo de pan con una lata de aún o lo que fuera y pasar la tarde fumando maría o chocolate en su viejo sofá de escay.

Alonso resopló haciendo evidente la desgana que aquello le producía y acto seguido fue al aparcamiento en busca de su coche. Salió de allí lo más rápido que pudo, y no porque tuviera precisamente prisa, y condujo su coche por el Camino de la Rambla en dirección a El Puntal. El tráfico era más bien escaso, no le pilló ni un semáforo, ni siquiera el dichoso tranvía detuvo su avance. En apenas cinco minutos se encontraba ya superando los enormes resaltos de la entrada de la pedanía y deteniéndose ante un paso de cebra por el que comenzaba a cruzar una señora de unos ochenta y pico años, con el pelo corto y teñido de castaño que vestía un recio jersey de lana beis y una falda negra. Alonso se quedó unos segundos mirando a la anciana, dudando si saludarla o no. Finalmente pudo el decoro a la poca vergüenza. Bajó la ventanilla con la manivela y sacó la cabeza por la abertura antes de gritar la palabra «abuela».

La señora, su abuela, se giró extrañada y aguzó la mirada. Tardó varios segundos en reconocer a aquel tipo despeinado y sonriente. Alonso le hizo una señal de que esperara al otro lado de la acera, miró a ambos lados y aparcó el coche un poco más adelante, entre un contenedor de basura y una furgoneta blanca de reparto. Se aseguró de que el coche estaba bien cerrado, se cercioró igualmente de que no pasaba ningún vehículo y cruzó a unos metros del paso de peatones. El encuentro con la

abuela fue más frío de lo que esperaba, aunque bien mirado no podía esperar mucho dado su historial.

—Hola abuela, ¿cómo estás? —Alonso hizo ademán de ir a darle dos besos pero la mujer lo impidió extendiendo su brazo derecho.

—No me vengas con monsergas, Samuel. Hay que ver la poca vergüenza que tienes... —la mujer lo miró de arriba abajo con cierta desaprobación— ¿cuánto hace, eh? Yo tengo la cabeza mala, pero tú que eres joven lo sabrás. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a visitarme?

—No sé, abuela... hará ya un tiempo —Alonso se rascaba la nuca.

—¿Un par de años?

—¡Hala! No exageres, mujer, ya que haga un año y medio como mucho...

—Sinvergüenza, que vives a diez minutos de aquí —prosiguió la abuela recriminando— ¿Tampoco te iba el teléfono?

—¿El teléfono? Sabes qué pasa, perdí mi móvil antiguo y en la agenda tenía tu número y muchos otros que perdí... Una pena, la verdad.

—¡Vete a freír espárragos! Excusas más malas me das, hijo... —la señora se dio la vuelta y comenzó a andar calle arriba. Alonso iba detrás—. Si no llega a ser por esa lata de anchoas con ruedas que llevas no te habría ni reconocido... —Abuela, por favor, para un momento —el tono de Alonso era cada vez más suplicante—. Llevas razón, no tengo excusa, soy un nieto de mierda. Lo siento mucho, de verdad.

Aquellas últimas palabras hicieron detener su avance a la anciana, que cerró los ojos, resopló y con las mismas se dio la vuelta. Miró a su nieto de hito en hito, repasando sobre todo su rostro; esa cara que no veía desde hacía casi dos años y que pensó que no volvería a ver nunca más.

—Bueeeeno, te perdono, pero haz el favor de hablar bien —expresó la anciana, detectando Alonso cierto candor en su voz, ese tono que tan bien le hacía y que hacía tanto que no oía.

—Sí, abuela —el detective sonrió—. Dime, te veo bien, ¿cómo va todo?

—Quédate a comer y te lo cuento— respondió la abuela.

—No creo que pueda, abuela, tengo mucho trabajo y... —Alonso titubeaba, no convencía a nadie.

—Menuda novedad —expresó la anciana con decepción. Alonso extendió sus brazos como esperando una absolución divina.

—Anda, tira, corre a tu trabajo y vuelve dentro de otros dos años y de casualidad... —la abuela volvía a las anda-das—. Con un poco de suerte ya estaré muerta...

—Vaaaale, me quedo —convino al fin el detective—. A ver. ¿Qué hay de comer?

—Pues seguro que algo mejor que lo que llevas comiendo últimamente, mira qué cara y qué color más pajizo me llevas... —los ojos de la abuela le escaneaban—. No se puede sobrevivir sólo con comida de microondas.

Abuela y nieto llegaron a una vieja casita adosada con azulejos blancos en la fachada y puerta marrón con una efigie de Cristo sobre la mirilla. La casa estaba exactamente igual a como la recordaba Alonso, de hecho era exactamente igual a cualquier casa de abuela de la zona: una estrecha entrada con un antiguo mueble recibidor colmado de fotos antiguas, un par de mecedoras con cojines y más allá un salón algo más amplio con una mesa de madera de roble sobre el que había una botella de agua y una barra de pan y sillas a juego, más un enorme mueble con cristaleras que contenía cientos de copas de toda clase y utilidad. Por la puerta de la cocina emergía un agradable aroma a estofado.

—Anda siéntate, que la comida ya casi está.

Alonso hizo lo que le mandaron, mientras proseguía mirando la casa, recordando cosas de la infancia, risas y llantos, reuniones familiares, cenas, comidas, partidas de cartas, parchís; momentos que ya se habían esfumado hacía mucho, pero que no

podía evitar revivir encontrándose entre esas cuatro paredes. De pronto era un niño de nuevo, un mocoso que apenas llegaba a la altura de la mesa, que correteaba de aquí para allá con su hermano mayor, haciendo perrerías, riendo, chillando, jugando, siendo simplemente un niño. Al cabo de unos minutos apareció la abuela con la olla, en otro viaje trajo un par de platos y unos vasos. Alonso se adelantó y fue a por las servilletas y los cubiertos. Una vez de vuelta la abuela ya había servido dos contundentes platos humeantes.

—Vaya tela, abuela, tú lo que quieres es que no me pueda mover en toda la tarde —dijo Alonso entre risas mientras introducía la cuchara en el denso caldo de su plato.

—Tú come y calla, que me tienes contenta —sentenció la abuela justo antes de soplar a su primera cucharada.

—Bueno, entonces habla tú, que no soporto los silencios —dijo el detective antes de echarse la primera cucharada a la boca.

—Pues tampoco te creas que hay mucho que contar, aquí estoy, como siempre. Sola, *aburría*... No hay mucho que hacer más que las cosas de la casa.

—¿Y mi sobrino, viene a verte?

—Alguna vez se deja caer con la madre, sí. Al menos tienen más decencia que tú...

—Eso no lo dudo.

—Pobre zagal, quedarse sin padre tan pronto... —la vieja comenzó a sopar un trozo de pan en el plato—. Ya podías hacer tú más para que el pobre crío no se sintiera tan solo.

—¡Y lo hago! —replicó Alonso—. Rara es la semana en la que no quedo con él y nos vamos al McDonalds o a ver el fútbol —la abuela tenía un curioso semblante de incredulidad—. Que sí, mujer, créeme, no me olvido del crío.

—Espero que sea verdad porque la familia es lo único que tenemos, ¿me oyes bien? —los grises ojos de la abuela se le clavaron como cuchillos—. Lo único. Si dejamos eso de lado, mala cosa...

Alonso asentía mientras continuaba zampando con cierta ansia. La mujer tenía razón, en lo de la familia y en lo de que hacía tiempo que no comía tan bien.

—Bueno, ¿y tú qué? —preguntó la abuela.

—¿Yo qué de qué?

—Pues de mujeres. ¿Has encontrado ya a una buena moza que te aguante?

—Ja, ja —Alonso rió con gana—. No sé yo si esa opción existe, querida abuela. Soy demasiado... complicado. Es mejor así, hazme caso. Vi a mi ex mujer hace unas semanas y le va de lujo, incluso va a tener un crío. Y me alegro mucho por ella. Si hay algo claro es que está mejor sin mí y yo sin ella. Soy un espíritu libre, abuela, o algo de eso.

—Sí, un judío errante es lo que eres —expresó la abuela con desaprobación—. En fin, qué le vamos a hacer. En toda familia hay una oveja negra, ¿no?

—Qué dura eres, abuela, no te andas con chiquitas, aunque supongo que no vas muy desencaminada...

—Y a ti parece que te gusta.

—Bueno, basta de hablar de mí —el plato de Alonso estaba en las últimas— ¿Qué pasa contigo?

—¿Qué va a pasar? —preguntó la anciana extrañada. —Pues no sé —Alonso vaciló— ¿Has conocido a algún madurito interesante en algún bingo o baile de esos del hogar de pensionista?

—¡Mira que tienes tontería encima, hijo! —censuró la anciana levantando enérgicamente su brazo derecha, cuchara incluida—. Yo ya sólo estoy para una cosa: criar malvas.

—Qué alegría da hablar contigo, contagias un entusiasmo y unas ganas de vivir que no veas... Luego te quejas de que no te visite nunca.

—¿Qué tendrá que ver la velocidad con el tocino? —se preguntó la mujer mientras repelaba su plato con un trozo de pan—. Sólo te digo la verdad, son ochenta y seis años ya.

—¿Tantos? Vaya, no hubiera dicho que tuvieras más de ochenta y cuatro.

—Qué gracioso eres, madre —rio levemente la abuela, concediendo cierta complicidad que ya creía extinta con su nieto.

—Sí, se ve que tenemos algo en común.

De postre había fruta. Alonso cogió una naranja, la abuela dos. Mientras la pelaba miraba a la anciana haciendo lo propio y sonreía. Sonreía encandilado al comprobar cómo en el tiempo en el que él apenas había rascado un poco de cáscara la abuela ya había desgajado toda su naranja y se disponía a hacer lo propio con la segunda, con una maña y una velocidad que sólo la práctica y los años eran capaces de otorgar. Le iba a pedir que le diera una de las suyas ya peladas, pero en ese momento el bolsillo derecho de su pantalón de chándal comenzó a vibrar.

—Lo siento, abuela, tengo que cogerlo, es importante. El detective se levantó de la mesa y sacó el móvil del bolsillo, dio unos pasos y se dirigió a la estrecha entrada. En la pantalla ponía «Inspectora Maravilla».

—¿Diga?... Vale. Sí, sí. ¿Has podido hablar con todos?... Uhm, bueno... ¿Cómo dices? Puf, eso no suena demasiado bien... Sí. Es sospechoso de narices. Sí, sí. Me gustaría acompañarte, si te parece bien... Venga, nos vemos allí en media hora.

Alonso volvió al comedor salón y se acercó hasta la posición de su abuela. Esta vez sí, la anciana puso la mejilla y Samuel la besó, acompañando el beso con un cariñoso abrazo. Estuvieron así un par de segundos, puede que alguno más. Ella olía a agua de rosas.

—Tengo que irme, abuela. Muchas gracias por la invitación, por la comida y por ser como eres. Te prometo que no volverá a pasar un año y medio sin visitarte.

—A ver si es verdad —dijo la abuela finalmente son-riente.

Samuel salió y cerró la puerta tras de sí. Mientras cruzaba la carretera en dirección a su coche la abuela abrió el ventanuco de la puerta y observó a su nieto a través del cristal. No podía evitar querer con todo su corazón a ese desastre con patas, echarlo de menos la mayor parte del tiempo y desearle toda la suerte del mundo haciendo lo que fuera que hacía. Aquella alma perdida era, junto a su bisnieto, la única familia directa que le quedaba, el último eslabón de sangre que le unía al mundo.

El Opel Kadett rojo salió de la plaza de aparcamiento y avanzó hasta perderse de la vista. Aquella fue la última vez que la abuela vio a su nieto.

Princesa

Quedaron en la cafetería-confitería (o cafetería & brunch, como rezaba su cartel) Maite de la Plaza Circular. Tomaron asiento y Mara pidió un café solo, Alonso un manchado. A través de las enormes cristalerías de la coqueta cafetería podían ver el ir y venir de gentes de toda clase y condición, las prisas y las no prisas de la ciudad, el tráfico y el tranvía parando casi enfrente. Una anaranjada luz que bañaba el lugar dando una sensación cálida y agradable indicaba que al día le quedaban ya poco más de un par de horas.

—¿A qué horas dices que viene este tío? —inquirió Alonso mientras soplaba a su manchado.

—Pues no debe tardar mucho —respondió Mara, que no dejaba de repasar con la mirada el nuevo atuendo de Alonso—. Perdona pero tengo que preguntártelo: esa indumentaria que llevas es por algo especial, ¿verdad? Estás en alguna de tus misiones súper importantes y súper secretas, ¿eh? Porque menudo cambio, chico, y lo cierto es que no creo que seas un tío muy deportista.

—Ja y ja. ¿Sabes? Para pasar tanto de mí como dices te fijas bastante en este cuerpo serrano... —Alonso guiñó su ojo derecho.

—No te dispaes, Romeo, un día de traje y al siguiente chándal, no hace falta fijarse mucho para percatarse...

—Pues sí, estoy siguiendo a un hombre, un desgraciado en cuya empresa creen que está fingiendo su baja —Alonso dio un pequeño trago de su café— pero de momento no he tenido mucha suerte. Todo parece en regla, salvo que el tipo tiene unos hobbies de lo más raros.

Alonso levantó la mano y llamó a la camarera. Cuando ésta se personó le pidió otro café, esta vez solo, aduciendo que el café era lo único que lo mantenía activo a media tarde.

—Bueno, refréscame la memoria, ¿qué sabemos de este tío?

Mara apuró su café solo y dejó la taza sobre el platillo. Con el tintineo dio comienzo su alocución.

—Pues se llama Cristóbal Key, tiene cuarenta y cuatro años y trabaja para una constructora. Ah, tiene ascendencia inglesa, si recuerdas... —informaba Mara mientras

Alonso asentía—. Según tu informe tuvo un *affair* con una compañera de trabajo diez años más joven que él.

—Sí, la mujer, ¿Estela se llamaba? —Mara asintió instantáneamente—. Sospechaba de aquella muchacha desde el principio. Fue un caso rápido y fácil.

—Pues eso. Como te dije por teléfono, tras tu investigación la mujer abandonó al marido, se despidió del trabajo y nunca más se supo de ella...

—Ahí lo llevas —Alonso tenía su nuevo café sobre la mesa—. Que un rayo me fulmine ahora mismo si esa tía no tiene madera de sospechosa.

—Ten cuidado con lo que deseas —apuntó Mara esbozando una sonrisa—. Te digo por experiencia que, a veces, la persona más evidente no tiene por qué ser la culpable. Aunque todo apunte en una dirección, de repente, la flecha luminosa cambia y comienza a apuntar a otro lado. Además, si la mujer de Cristóbal es la asesina, ¿por qué sigue el marido vivo?

—¿Ehm? Pues está claro, el asesinato del marido sería el último, el que pusiera colofón a la fiesta, broche de oro a su obra magna y todo eso. Este tipo de pirados quieren mandar un mensaje, ¿no? Aquí está bien clarito: no le pon-gas los cuernos a tu mujer o si no te pasarán cosas muy malitas —Alonso hizo la señal de cortar el cuello con su dedo índice—. Yo si fuera Cristóbal estaría acojonado.

—Vale, ¿y en qué te basas para decir todo eso? —preguntó Mara, cada vez más interesada en las teorías del detective—. Y por favor, no me digas que en el cine y la literatura.

—En el cine y la literatura. ¿Por qué no? —Alonso elevó las palmas de sus manos—. Piénsalo bien, ¿qué son el cine y la literatura sino un reflejo de la naturaleza humana? Está bien, muchas veces los autores se toman ciertas licencias, exageran las cosas o las modifican para que todo cuadre como Dios manda, pero todo está inspirado en algo real, o al menos en algo posible.

—Sí, aquello de que la realidad supera la ficción, ¿no?

—Exacto —concedió Alonso señalándola con el dedo—. Tú has debido de ver y tragar mucha basura en tu trabajo. Esto quizás sea lo más gordo pero fijo que si juntamos todas esas pequeñas cosas de otros casos nos quedaría un libro o una película bastante potable, y en algún momento el lector o el espectador diría: «eso no puede ser». Y en realidad sí que pasó. Pues esto igual, parece mentira, improbable, hasta que sucede y ¡pum!, nos estalla en las narices.

—Vale, me rindo, es una teoría *interesante* —Mara hizo el signo de las comillas con sus dedos—, incluso intrigante, aunque la inmensa mayoría de las veces la realidad sólo es una cosa: aburrida.

El detective se quedó unos instantes en *stand by*, observando a la inspectora o quizás al infinito con cara de bobalicón. Por su cabeza pasaba tanta información, tantas teorías y tantos recuerdos y fantasías que, en ocasiones, no podía evitar que el tráfico se atascara y lo dejaran atontado.

Un golpe de platos tras la barra le devolvió al presente, a la cafetería, a lo que estaba.

—Así que fue por eso por lo que te hiciste poli... —soltó el detective de pronto.

—¿De qué hablas? —preguntó Mara, descolocada. —La vida se te hacía tediosa y querías ponerle emoción, intriga.

—Sí, hombre, tú que sabrás... —Mara comenzó a jugar con la cucharilla del café, trazando líneas en el fondo de la taza con los granitos del poso.

—No mucho, pero tiene fácil solución —Alonso se dejó caer en el respaldo de su silla y se cruzó de brazos—, cuéntamelo.

—Bueno, tú lo has dicho, eso sería demasiado fácil... —Mara extendió las palmas de sus manos— ¿Por qué no hacemos una cosa? Vamos a poner a prueba tu capacidad de deducción, señor Holmes. Vamos, adelante, dime todo lo que creas que

sabes de mí.

Alonso puso morritos, asintió en silencio durante unos instantes y dio una sonora palmada antes de comenzar.

—Vale, tú lo has querido. Puede ser divertido... — el detective dio otra suave palmada—. Erase una vez una princesa que vivía en el alto de una lujosa torre de una gran ciudad, uhm, si tuviera que adivinarlo diría que de Madrid por la característica forma de pronunciar las «des» finales, pero puede que me equivoque. Dicha princesa tenía todo cuanto podía desear, era hija única, el ojito derecho de padres y abuelos, la última nieta quizás. Vino casi de casualidad, cuando ya nadie la esperaba. Lo que se dice un regalo del cielo. Aquella princesita era el milagro que ya nadie creía: lista, mona, encantadora. Pero también encerraba un fuerte carácter y una determinación y convicción arraigadas que la hacían poseedora de la verdad absoluta, de la razón, lo cual la convirtió con los años en la replicona. De consentida a replicona. Su fuerte carácter y evidente atractivo le hicieron pasar por colegio e instituto como una de las chicas más populares, a pesar de que sacara en todo sobresaliente. Cuando acabó el bachillerato se metió en la academia de policía mientras, paralelamente estudiaba Criminología, ¿por qué? Evidente: su padre era policía, aunque para aquel entonces estaba jubilado. Después, y a pesar de que su padre trató de procurarle un buen puesto en la capital, fue enviada a una ciudad del sur del país a hacer méritos.

Mara, que había escuchado todo el monólogo con suma atención, se había quedado con un indescifrable rostro a medio camino entre la estupefacción y el asombro. Su pequeño rostro estaba rojo como un tomate cherry. Alonso parecía un niño ávido de recibir su caramelo.

—Venga, dime, ¿he acertado en algo? —preguntó Alonso, cuyos ojos parecían querer salirse de sus órbitas—. *Porfa*, no te hagas de rogar.

—Sí, soy de Madrid, y sí, mi padre fue policía nacional—admitió.

—¡Lo sabía! —interrumpió entusiasmado el detective. —¿Puedo continuar?

—Por favor.

—Decía que soy madrileña e hija de policía, pero no soy hija única. En realidad tuve una hermana mayor que nunca llegué a conocer ya que de niña murió mucho antes de que yo naciera... —la voz de Mara pareció quebrarse en aquel punto—. Leucemia.

—Lo siento mucho, Mara. Yo también perdí a mi hermano, hace un tiempo. No quería... —comenzó a decir Alonso con arrepentido semblante.

—No, no pasa nada. Yo también lo siento. Crecí como hija única, eso es cierto, pero nos instalamos en Murcia cuando yo tenía quince años, por traslado de mi padre. Quería la jubilación anticipada y llegó a un arreglo. Lo que pasó fue que nos gustó mucho esto, la tranquilidad que tenéis aquí, la gente... Mis padres se compraron un piso en Mazarrón y yo ya me quedé a hacer carrera aquí. Así que sí, has acertado bastante, supongo que no se te da mal esto.

—Me alegro porque lo de poner copas y servir mesas no me gusta un pelo —reconoció.

Samuel Alonso sonrió satisfecho, orgulloso pero magnánimo. En el rostro de Mara detectó un cambio, frunció el ceño y sus ojos siguieron una trayectoria. Aclaró su garganta y se puso de pie. Cristóbal Key había llegado. Tras llamar su atención y presentarse como es debido, el recién llegado se unió a la mesita, pidió un botellín de agua natural y se quitó el abrigo tres cuartos negro. Cristóbal era un tipo alto y con porte distinguido. Su pelo, abundante y peinado hacia atrás con gomina, era de color gris ceniza. Su rostro, pulcramente afeitado, era anguloso y rosado, sus ojos grandes y azules, vívidos, siempre en movimiento. Vestía un elegante traje azul entallado con una llamativa camisa rosa. Parecía un gentleman sacado de algún catálogo de Dolce & Gabbana, el clásico tío que atrae todas las miradas cuando entra a un sitio. Ese era Cristóbal Key.

—Vamos a ver señor Key, antes de nada quisiera agradecer su deferencia para hablar hoy, estoy al tanto de que no dispone de demasiado tiempo —dijo Mara ante el asentimiento de Cristóbal—. Ya le expliqué la situación por teléfono y le rogaría que no compartiera esta información con nadie. Este es un asunto de extrema seriedad. ¿Lo comprende?

—Me hago cargo —respondió mientras se atusaba el pelo—. Tírele.

—Bien —prosiguió la inspectora—. Hemos estado analizando a los probables objetivos y de entre todos nos ha llamado la atención su situación. Usted no lo sabe, pero el caballero que tiene al lado es un detective privado al que contrató su ex mujer para que le investigara —Cristóbal miró de reojo a Alonso, que se debatía entre hacer algún chiste con el que quizás suavizar la situación o permanecer callado. Felizmente optó por la segunda opción—. Los informes de dicho detective, o sea, su infidelidad, llevaron a su ex mujer a abandonarle. ¿Es esto correcto?

—Sí. Lo es —respondió lacónico.

—Ya... ¿puede darnos algún dato concreto? No sé... ¿sabe a dónde fue, si se ha vuelto a casar o cuál es su actual dirección?

—Verá, llevaba razón antes. No dispongo de mucho tiempo y el poco tiempo del que dispongo no es para hablar con la policía sobre banalidades de mi vida privada.

—Bueno, pero estamos aquí y le pedimos por favor que nos cuente cuanto sepa —dijo Mara, endureciendo el tono—. Haga el esfuerzo.

—Buf —Cristóbal bufó y empezó a mover las manos—. Conoció a un tío, vaya usted a saber dónde, y se fue a la Polinesia francesa con él. Hace casi tres años que no sé nada sobre ella. Y ni quiero.

—Simplemente se largó —añadió Alonso.

—Sí —certificó Cristóbal con serio semblante— *Aurevoir*.

—Ya... Dígame, ¿cómo sabe que se fue específicamente a la Polinesia francesa? —preguntó Alonso—. Es un sitio raro de cojones para irse.

—Me lo dijo por email —contestó tranquilamente—. Yo seré un cabrón infiel, pero ella no tuvo lo que hay que tener para dejarme mirándome a la cara. Me envió un email y a correr.

—Vale... ya veo que ha pasado página —indicó Mara sin dejar de observar a Key—. Qué puede contarnos de ella, ¿tenía familia, amigos, trabajo?

—Pues era huérfana, tuvo una familia de acogida, o varias, no recuerdo muy bien, y al final se quedó con una pareja de viejos que bien podrían ser sus abuelos más que sus padres —respondió con tono de desprecio—. Estela era una persona reservada, seria, no salía mucho... Al principio, cuando empezamos a quedar, no era tan sosa, pero con el paso de los años se fue agriando más y más. Se volvió bastante antisocial. Y respecto al trabajo... ehm, cuando la conocí trabajaba en el comedor de un colegio, ya saben, cuidando que las fieras se comieran la comida y no se la lanzaran los unos a los otros. Cuando nos casamos lo dejó, no lo necesitaba con mi sueldo.

—Cuéntenos algo más sobre su carácter, dice que se agrió con los años... uhm —Mara hizo una pausa, llevó sus ojos al techo para luego volver a proyectarlos sobre los del señor Key— ¿Cuáles eran sus inquietudes? Ocio, aficiones...

—¿En serio? Hay que joderse —dijo Cristóbal en tono molesto, esbozando una mueca—. Pueeees le gustaba la cocina, dar largos paseos a la orilla de la playa y los atardeceres en invierno. Yo qué sé —Cristóbal no puedo evitar reír— ¿A qué viene tanta preguntita? ¿Es que es sospechosa?

—No lo sabemos —respondió Mara tras soltar un largo suspiro y dedicarle una seria mirada—. Ahora mismo todas las esposas son potencialmente sospechosas, o no. No sé si me explico... Estamos recabando información sobre ellas, eso es todo. De ahí la importancia de que se tome esto en serio...

—Ya, pues no sé qué decir —el hombre comenzó a rascarse la nuca—. Es difícil

imaginarla como una asesina... aunque también es difícil imaginársela tumbada en una toalla en una isla del Pacífico y sorbiendo una pajita en un puto coco.

—¿Y cómo era en la cama? —irrumpió Alonso con su clásica falta de tacto.

—¿Perdona? —Cristóbal tensó su espalda, dando un pequeño respingo en su silla.

—Bueno, no hay forma suave de decir esto —Alonso carraspeó—. Está claro que si le puso la cornamenta sería por algo... Aparte de ser un cabrón infiel, como usted mismo ha dicho, imagino que su situación hogareña no era precisamente el paraíso.

Las orejas y nariz de Cristóbal se encendieron al rojo, sus ojos se abrieron al máximo. Justo en el momento en que parecía que iba a pegarle un puñetazo a la mesa, o quizás a Alonso, se echó a reír a carcajada limpia.

—Creo que ya he tenido bastante. Ya avisé de que no disponía de tiempo para gilipollecas —comenzó a decir mientras se ponía en pie—. Mucha suerte con el caso, inspectora, parece que la va a necesitar con este payaso al lado.

—Por favor, señor Key, discúlpele, necesitamos... —Mara se levantó también y fue detrás de él—. Espere.

—Déjalo Mara, ya tenemos lo que queríamos —dijo Alonso en tono tranquilo, desde su sitio, viendo como Cristóbal traspasaba las puertas automáticas y se iba acera arriba—. Creo que tenemos bastante chicha para empezar. Hogares de acogida, marido dominante... Yo de ti marcaría en rojo a esta pareja, tiene bastantes opciones de ser nuestro premio gordo.

Mara volvió a la mesa con cara de perro. Recogió su chaqueta de cuero del respaldo de la silla y dirigió una fulminante mirada de reproche a Alonso.

—Vale, si hay algo en lo que considere que puedas ser de ayuda, cosa que ahora mismo dudo, te llamaré —le dijo antes de encaminar su paso hacia la salida.

—Pero... ¿no voy contigo? —preguntó Alonso haciendo ademán de levantarse.

—No, quédate aquí y tómate otro café. O vete a casa dormir la mona. O haz lo que te salga de las narices —Mara se detuvo un instante, giró la cabeza—. Por cierto, no olvides pagar la cuenta antes de irte.

Público

Llevaba dos horas y pico en el coche cuando al fin Ginés se dignó a salir de casa. Alonso se limpió las migas de una bolsa de patatas fritas que se había comido, estiró la espalda no sin dolor y comprobó que sus piernas se encontraban un poco entumecidas cuando dijo de abandonar el auto. Cerró la puerta con llave y, siempre desde la otra acera, se dispuso a seguir a su cojo objetivo.

La noche había caído hacia rato. Ni una nube manchaba el firmamento; lástima que la contaminación lumínica no dejara apreciar más que alguna brillante estrella en el anaranjado cielo. El cartel luminoso de una farmacia marcaba siete grados, temperatura acentuada por un gran porcentaje de humedad que hacía que el frío se metiera hasta el tuétano. El detective frotó sus manos y suspiró, maldiciendo a los dioses por ese insoportable helor, comprobando que su aliento parecía una bocanada de humo de uno de sus amados y extrañados cigarrillos. Deseó que aquel infeliz no fuera muy lejos o que, al menos, entrara pronto a algún lugar con cierta calidez. No era esa una noche para ir de paseo. La gente escaseaba y la hora invitaba a subir a casa o a entrar a algún restaurante o bar a tomar la cena; cuatro paredes y un techo donde guarecerse de aquel infierno helado.

Su deseo se vio cumplido un par de minutos más tarde, en el Pak Don Kebab. Ginés entraba al restaurante turco mientras Alonso se paraba justo en la acera de enfrente, en uno de esos bares que tienen parte de la barra abierta a la calle. Pidió un botellín de agua al camarero, y esperó. Al otro lado de la calle, a través de unos cristales un tanto empañados podía ver a Ginés, que apoyaba la muleta en el mostrador y realizaba su pedido a un tipo alto y rechoncho con un buen mostacho negro, quien acto seguido comenzaba a cortar tiras del enorme trozo de carne ensartado que tenía detrás.

Fue entonces cuando la voz del presentador de las Noticias de las 21:00 llamó la atención de Alonso, que se desentendió momentáneamente de lo que ocurría en el Kebab para entrar en el bar para poder ver mejor la televisión. La noticia le dejó un

gran «mierda» en los labios.

Un tipo trajeado delante de un fondo con el mapamundi decía: «... según nuestras fuentes, serían cuatro los asesina-dos en los últimos tres días, todos ellos hombres casados, presuntamente adúlteros, de edades comprendidas entre los cuarenta y los cincuenta años. A espera de confirmación oficial, se especula con la opción de que estos crímenes sean obra de un asesino en serie, probablemente una mujer, tanto por la elección de las víctimas como porque todos los cuerpos presentarían las mismas heridas y habrían sido hallados en circunstancias similares. Una impactante noticia de la que esperamos poder ofrecerles más novedades pronto. En otro orden de cosas, continúa en paradero desconocido...»

Ya está, ya era público, el caso, a saber cómo, había salido a la palestra. La policía había tenido mucho cuidado para que no trascendiera. No le interesaba tener a la opinión pública, a la prensa, revoloteando e hincando el diente a diestra y siniestra. Pero tanto ellos como Alonso sabían que era inevitable; los días pasaban y los progresos no llegaban, y había un buen número de personas entre agentes, personal médico, familiares y posibles víctimas que sabían del tema. El caso es que ya no había vuelta de hoja posible, había salido en televisión, ya no podían esconderlo más.

Alonso le dio un buen trago al botellín y puso dos monedas de euro sobre la barra. A renglón seguido salió a la calle y vio a Ginés recoger una bolsa que el turco había llenado con dos rollos envueltos en papel de plata y salir del Kebab dirección a su casa. El detective, con la prudencia acostumbrada y marcando las distancias adecuadas, siguió en paralelo al lento Ginés y su par de rollos de comida turca hasta casa. ¿Esperaba visita? ¿Tenía mucha hambre? Pronto sabría si era una u otra cosa. El caso era un auténtico fastidio, un peñazo infumable en el que los días pasaban y no sacaba nada en claro. Afortunadamente E-Master pagaba bien por sus servicios, y mientras el bolsillo estuviera lleno Alonso estaba contento. Abrió su Opel Kadett, se sentó en el asiento de piloto y lo reclinó una chispa hacia atrás. Puso la llave en el contacto y enchufó la calefacción. Asombrosa-mente funcionaba. Tamborileo con los dedos en el volante hasta que vio una luz encenderse en la ventana del piso de Ginés, luz que desapareció cuando éste cerró la persiana. El detective tenía dos opciones: quedarse un rato más ahí sin hacer nada o irse a casa a no hacer nada.

Sin darse apenas cuenta sus ojos se cerraron, el calor y el cansancio le transportaron. Se acabó el episodio, la serie continuaría al día siguiente.

La anomalía

Hacía una de esas mañanas en las que todo estaba en calma. El cielo mutaba de color al paso de los minutos, mientras el sol emergía al fondo, detrás de la mar rizada. No había un alma a la vista, tan sólo la imponente y pétrea presencia del centenario faro y una suave brisa que acariciaba la piel con su aroma salado. Leonardo gustaba de esa sensación de frescor, de pureza. Cada mañana salía a su bonita terraza café en mano, se apoyaba en la barandilla metálica, cerraba los ojos y se dejaba llevar. De pronto las preocupaciones que arrastraba se hacían a un lado, salían de su órbita; sólo estaban el olor a sal y el hipnótico sonido del mar meciéndose. Aquella sensación únicamente duraba unos segundos, pero era tan maravillosa, tan intensa, que lograba parar el mundo, ponerlo todo en armonía, preparar el cuerpo para lo que deparara el resto del día. Era su yoga, su droga, su terapia personal, solos el mar y él. Por eso se había trasladado. No podía soportar iniciar el día con los desagradables ruidos de la ciudad: el tráfico, los gritos, los niños. Si se concentraba mucho podía incluso sentir cómo entraba en el sol, transmitiéndole un hormigueo que subía desde los pies hasta su nuca. Ese era el momento, la señal de que todo había acabado.

Entonces abrió los ojos y la vio. La anomalía. Alguna mañana había visto a algún pescador madrugador o a algún operario de limpieza de playas, pero lo de aquel día era bien distinto. Parecía una visión mágica, una imagen tan poco frecuente y a la vez tan maravillosa que a la fuerza debía de tratarse de un espejismo. Leonardo apuró su café y sujetó la taza con ambas manos, manteniendo un calor que reconfortaba aquella fría mañana. Ella parecía casi levitar sobre la arena, dejando apenas un imperceptible rastro por la orilla. Iba descalza, valiente, con unos vaqueros de pitillo remangados un palmo. Arriba se protegía del frío con un anorak de color rojo, guantes negros y una bufanda a juego.

Su melena dorada fluía con la brisa e irradiaba un potente tono proveniente del

reflejo solar. En su rostro, fino, pálido, simétrico, dominaban unas grandes gafas de sol de pasta.

Leonardo debió dejarlo estar, darse media vuelta y volver a sus cotidianos quehaceres. Pero no pudo. Sin querer-lo, sin saberlo siquiera, ya se hallaba preso del sobrenatural encanto de aquella delicia hecha mujer. Giró la cabeza hacia la terracita y sonrió. Fue en ese preciso momento cuando el frío dio paso a un fuego que nació en sus entrañas. Se quedó allí tieso, como si se tratase de un maniquí en un escaparte, petrificado y pasmado.

El camino de la mujer la llevó a pasar justo enfrente. No sería ella la que dijera las primeras palabras, aunque des-de luego era la que controlaba por completo la situación.

—Buenos días —dijo él—. Hace una mañana espectacular, ¿eh?

Ella se detuvo, bajando con un dedo sus enormes gafas negras y dejando al descubierto unos hermosos y refulgentes ojos.

—Así es —contestó ella—. No hace falta irse a una isla tropical para encontrar el paraíso.

Su voz, sus carnosos labios, su esbelta figura. Esas palabras con las que no podía sino estar al cien por cien de acuerdo.

—Nunca te había visto por aquí... —terció él, sonriente.

—Tampoco yo... —respondió ella.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó, taza en mano.

—¿Quién ha dicho que viva aquí? —respondió ella con una pregunta.

—Bueno, yo... a estas horas...

—Estoy hospedada en el hotel Entremares. Pensé que me sentaría bien un paseo matutino a la orilla de la playa... Y no me equivocaba, ha sido una auténtica... —la mujer terminó de quitarse las gafas, dejando al descubierto una de sus principales armas— gozada.

—Eso no lo discuto —afirmó Leonardo, al que se le empezaba a secar la garganta—. Este lugar en invierno tiene como un aura especial, algo mágico. Algunos dicen que es deprimente, solitario, pero para mí es la estación ideal.

—Bueno, yo pensé que también sería solitario... Y aún así nos hemos encontrado.

Leonardo comenzaba a sentir cierta presión en la espalda, presión que se transformaba en leves punzadas a lo largo de su espina dorsal. La inquietud, el ansia, el deseo, estaban ganando la guerra a la precaución.

—Me gustaría invitarla a un café, señorita...

—Emma —terminó ella.

—Emma. Yo soy Leonardo, encantado —dijo mientras levantó la mano—. Pero creo que no debería hacerlo. ¿Sabe? Es demasiado complicado de explicar e increíble de creer, pero me han recomendado que me aleje de las mujeres guapas.

La mujer que se hacía llamar Emma fingió rubor.

—¿Ah sí? Y dígame, ¿quién le ha dado tal recomendación? ¿Su madre, el médico?

Leonardo rio. Le daba vergüenza decir lo que iba a decir.

—No, la policía —contestó—. Y por favor, tutéame, no soy tan mayor.

El silencio que siguió a esas palabras fue cortado abruptamente por las risas de ambos.

—En ese caso creo que debería seguir mi camino —señaló Emma, reanudando la marcha—. No quisiera incurrir en ningún tipo de delito.

Emma sonrió cómplice y se colocó las oscuras gafas. El sol ya prácticamente había salido de su guarida, el aire comenzaba a arreciar. No le dio tiempo a dar ni tres pasos cuando Leonardo llamó de nuevo su atención.

—¡Emma! ¡Hey! ¿No habrás creído que hablaba en se-rio, no? —dijo Leonardo sonriente—. Por favor, sería un placer si quisieras tomar una taza de café conmigo.

Nada más que eso, un café. Seguro que te sienta bien para seguir tu paseo.

—Mm, seguro que sí —aceptó tras hacer como que se lo pensaba.

Leonardo abrió la portezuela de la terraza e invitó a Emma a pasar con un suave ademán. Ella entró, trayendo consigo un rastro de arena en sus blancos pies.

—Lo siento, ni siquiera me he echado sandalias —se disculpó al ver la arena.

—No tiene importancia, recuerda que es una casa de playa —dijo él, todo lo que encantador que sabía—. Por favor, vayamos dentro, así podrás entrar en calor.

—Gracias, cuando caminas apenas se nota, pero en cuanto te paras un ratito te hielas —dijo acompañando las palabras con una mirada hacia sus pezones, duros por el frío.

—Es-es verdad —carraspeó Leonardo, quien hacía rato que había dejado de tener frío.

Leonardo abrió la gran puerta corredera de cristal que separaba la zona exterior del interior de la casa. Emma cruzó primero, dada la caballerosidad del hombre. Accedió a un impresionante salón elegantemente decorado con un par de cuadros paisajísticos en los que el mar era el tema central y amueblado con funcionales muebles de diseño de líneas rectas en los que predominaban el blanco y el negro.

—Vaya, es precioso —concedió Emma—. Quién diría que esto es una casa de playa...

Leonardo aceptó el cumplido con un cortés y sonriente asentimiento, indicando a la dama que tomara asiento en el *chaise longue* de tres plazas blanco mientras iba a la zona de cocina, conectada con el salón, a por la cafetera y otra taza.

—¿Solo o con leche? —preguntó Leonardo desde la zona de encimera.

—Solo, gracias. Sin azúcar —respondió ella.

—Vaya, una chica dura —dijo él en tono divertido—. Yo soy incapaz de tomarme el café sin leche, sin azúcar y sin un chorrico de coñac.

—Pues eso ya es casi de todo menos café —concedió ella.

El hombre de la casa llegó con dos tazas con su platito y las posó sobre la rectangular mesa de cristal que se encontraba entre el *chaise longue* y el sillón que él pasaría a ocupar. Un hilo de humo emergía de cada café, ambientando el lugar con su agradable e inconfundible aroma.

—Y bien, ¿cuál es tu historia? —preguntó Leonardo, dando un primer trago a su café, que estaba ardiendo.

—¿Mi historia?

—Sí, quisiera saber algo más de ti. Algo más aparte de que te gusta dar paseos a la orilla de la playa en invierno, tomas el café solo sin azúcar y que eres preciosa.

Emma agachó momentáneamente la mirada, tomando su café y dando también un pequeño sorbo antes de volverlo a dejar donde estaba.

—Lo siento, quizás sí que le vendría bien una cuchara-dita de azúcar. Si no es mucho pedir.

—Por supuesto que no —dijo Leonardo, levantándose como un resorte—. Ahora mismo te lo traigo.

La jugada no le salió bien a la tal Emma. Todo sonrisas y amabilidad, Leonardo no dudó en llevarse consigo su propia taza de café, excusándose en que «quería un poquito más de leche». No podía permitírselo, no sería propio de ella ni de su plan, pero comenzaba a sentir el germen de esa sensación que muchos llaman nervio y que, en ocasiones, aboca sin remedio al fracaso.

Leonardo volvió con los dos cafés, dejando cada uno en su sitio, y observando con detenimiento a la hermosa dama que tenía en su sofá.

—Bonitos guantes —observó— ¿Son de cuero? —Ajá —convino ella, llevándose de nuevo la taza a la boca—. No me preguntes el porqué, pero siempre tengo las manos congeladas.

—Claro, sí. Por eso no te los quitas, ¿eh?

—Bueno, me los suelo quitar, sólo que ahora estoy bien así —ella sonrió, pero ya no era aquella sonrisa deslumbrante del principio. Algo pasaba—. Además, yo diría que son sexys...

—S-sí, sí que lo son. Es decir, apuesto a que cualquier prenda que entre en contacto contigo se convierte automáticamente en sexy... —Leonardo se acabó el café de un trago, dejando la taza vacía sobre su plato.

—Uhm. Gracias, tú tampoco andas escaso de encanto... —dijo Emma mirando a las paredes—. Esta casa es preciosa.

—¿Te gusta? Gracias, es mi refugio personal. Me ayuda a relajarme, respirar aire... Ya sabes.

—Expiar las impurezas de la ciudad —añadió Emma.

—Sí, yo no lo habría definido mejor —concedió Leonardo, que no podía evitar sentir cierta incertidumbre, una sensación que le avergonzaba— ¿Has visto lo de los asesinatos de los maridos adúlteros en la tele?

Leonardo no sabía por qué había dicho lo que acaba de decir, simplemente le había salido solo, había abierto la boca y las palabras habían volado. A Emma se le encendió la alarma, esta vez no iba a ser tan sencillo.

—No suelo ver la televisión... —respondió ella, incorporándose despacio—. Me parece una total y completa pérdida de tiempo.

—Y haces muy bien, las noticias hoy en día sólo son un nido de disgustos. Te pones de mala leche con el tema del paro, los impuestos, los recortes y todo eso... Y ahora esto: una zumbada que se dedica a matar hombres casados. ¿De verdad no has oído nada?

Leonardo la escrutaba con la mirada, hacía rato que no dejaba de sentirse algo nervioso e inseguro. Quería creer que era infundado, ridículo incluso, pero era incapaz de quitárselo de la cabeza.

—No me interesan ese tipo de noticias, la verdad. Prefiero el cine, un buen libro, una buena compañía... —dijo Emma con intención justo antes de apurar su café y ponerse de pie —¿Te importaría que fuera a tu baño?

—Eh, claro, por supuesto que no —Leonardo se puso también de pie, dio un par de pasos, justo para salir de la zona de los sofás y la mesa de cristal, dando ligeramente la espalda a Emma—. Sigue ese pasillo, la segunda puerta a...

Un suave movimiento de muñeca, una cuchilla tan afilada que podría cortar un folio tirado al viento y varios chorros de sangre que salpicaron como la fuente de la plaza circular medio sofá y media alfombra. Emma, o como quiera que se llamara, se apartó de detrás, dejando caer el cuerpo de Leonardo como un saco de patatas sobre la mesa de cristal. El estruendo no fue poca cosa. Entre cristales rotos y salpicones de sangre, Leonardo pataleaba y se aferraba a su propio cuello en un instintivo intento por no desangrarse. La mujer, con una mirada fría como el hielo, se disponía a rematar la faena cuando una voz al otro lado de la casa le hizo cambiar de idea y optar por la fuga, no sin antes sacar un puñado de fotografías del bolsillo de su abrigo y lanzarlas sobre la agonizante quinta víctima. Supuesta quinta víctima.

Abismo

Lo único que sabía es que era pequeño y estaba solo. Solo, irónicamente, en un terraza con cientos de personas, pequeño, por la estatura de los demás y el miedo que sentía. El niño anduvo por el estrecho corredor de trescientos sesenta grados que formaba la terraza. Era invierno, pues hacía un frío intenso y la gente vestía voluminosos chaquetones, bufandas e incluso gorros de lana. Estaba atardeciendo, el cielo oscurecía a gran velocidad con su hermosa tonalidad de violetas y naranjas. Tropezaba aquí y allí, con un señor mayor, una señorita delgada, una señora con el pelo rizado y abrigo rojo y negro de estampado de pata gallo, con otros niños, rubios, morenos, negros. Todos felices, encantados de estar allí, dirigiendo sus miradas y sus cámaras fotográficas hacia una maravillosa vista que al niño le era privada.

La curiosidad venció momentáneamente al miedo, abriéndose paso todo lo rápido que pudo y, ganando por el camino un par de recriminaciones en un idioma que no alcanzaba a comprender, el niño logró posicionarse en la primera línea de la terraza. Se empinó poniéndose de puntillas y encaramándose a la gran reja que los protegía del abismo.

Cuando se sintió seguro, bien sujeto, y pudo al fin centrar su vista en lo que le deparaba más allá de la reja, no pudo evitar quedar boquiabierto durante unos segundos. Literalmente a sus pies tenía como cien rascacielos, un río y varias avenidas, de norte a sur, de este a oeste, que los jalonaban como arterias anegadas de miles de lucecitas. Fue entonces, entre el embobamiento y la fascinación cuando identificó uno de esos colosos de acero y cristal. Setenta y siete plantas hacia el cielo coronadas por su célebre cúpula art decó. Era el Chrysler Building, no cabía duda. El niño comenzaba a sentir cierto alivio, ya sabía dónde estaba, los recuerdos llegaban a su mente como un rayo. Estaba de viaje con sus padres, visitando los monumentos más importantes de la Gran Manzana. ¡Eso era! Pero, ¿dónde estaban ellos? Y lo más importante, ¿Por qué demonios lo habían dejado solo allá arriba? El niño bajó de la reja y se propuso buscar a sus progenitores. De nuevo se introdujo entre la maraña de personas ávidas de contemplar la vista, fijándose con toda la atención en sus rostros:

rostros afilados, rostros rechonchos, unos peludos, algunos amables, bonitos incluso, otros horrendos. Un par de minutos y docenas de caras después comenzó a sentirse cansado, mareado. Todo comenzaba a darle vueltas. Para más inri se detuvo un instante y optó por girar en círculos, la gente pasaba a su alrededor, manadas y manadas de personas pero ninguna era la que él buscaba. Fue cuando se encontraba más mareado, perdido y atolondrado cuando las sonrisas comenzaron a tornarse en severos y amenazantes rostros. Empezó siendo señalado por un niño de edad similar a la suya, después por el resto, toda una masa de personas apretada en el mirador del Empire State que señalaban acusatoriamente con el dedo al niño. Éste vaciló un segundo antes de salir corriendo esquivando a todo aquel que quería agarrarlo. La vorágine que se formó fue tal que el niño decidió saltar a una de las rejas y comenzar a trepar hacia arriba, lejos de la rabiosa masa. Trepó y cruzó al otro lado. A través de la reja numerosas manos sujetaban y rasgaban sus ropas. La noche había caído casi por completo, el viento y el abismo que tenía a sus pies le hicieron tambalear. El ansia, el agobio, la fiereza con la que tiraban de sus ropas provocó que el abrigo del niño se rasgara. Todo ocurrió muy rápido, tanto que no tuvo plena consciencia de que se hallaba en caída libre hasta que casi se estampa contra el suelo.

El agudo llanto de un bebé sacó a Samuel Alonso de golpe de su sueño. El sobresalto fue tal que se dio con la cabeza en el techo del coche. La blasfemia que salió de sus labios tuvo que ser oída hasta en la China.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la madre del bebé, mientras meneaba suavemente el carricoche en el que se encontraba su hijo.

—Ehm, sí, sí, lo siento, señora. No se preocupe —dijo Alonso desde el coche—. Todo está bien.

La señora siguió su camino y Alonso salió del coche. Se frotó los ojos, se desperezó notando un gran crujido en su espalda y bostezó sonoramente. Lo que sintió a continuación fue un fuerte zumbido seguido de un malestar de cuerpo típico de dormir en un coche. Miró la hora en el reloj del móvil; eran las ocho y cincuenta y dos minutos de la mañana. Por supuesto, las persianas del piso de Ginés se encontraban cerradas, no tenía por costumbre levantarse antes de las doce del mediodía.

Iba a volver al coche para ir a casa y darse una buena ducha cuando su teléfono comenzó a vibrar.

—¿Diga?

—Soy Mara, ¿preparado para una sorpresa?

—Eh, esto, ¿así sin más, sin un buenos días o un «¿qué tal te va la mañana?»

—¿Te he despertado?

—No. Bueno, casi. Sí.

—Es igual, espabila y escucha con atención: el asesino ha vuelto a actuar. Pero esta vez ha cometido el mayor error que puede cometer un asesino...

—¿Y qué error es ese?

—Su víctima ha sobrevivido. Ahora mismo está en la UCI del Hospital Santa Lucía de Cartagena. En diez minutos salgo para allá. ¿Cuento contigo?

—...

—¿Alonso?

—Sí, sí, perdona, es que estoy empanado. Dame veinte minutos que me arregle y nos vemos en mi puerta. ¿Ok?

—Te doy quince.

Rasgos

Justo un cuarto de hora después Mara estacionaba en doble fila y hacía sonar un par de veces el claxon frente al edificio donde tenía el despacho la agencia Aloser. Un minuto más tarde bajaba Alonso con el pelo húmedo metiéndose la camisa por el pantalón y ajustándose su elegante abrigo de lana gris con cuello convertible.

Durante los casi cuarenta minutos que duró el viaje en coche, Mara tuvo tiempo de poner a Alonso al día en diversos puntos. La víctima sobreviviente respondía al nombre de Leonardo Riquelme, arquitecto, separado (que no divorciado) de su mujer. Actualmente vivía en su moderna casa construida por él mismo en la costa de Cabo de Palos. Sobre las ocho y media habían recibido un aviso de la Policía Local de Cartagena, alertados por doña Chelo, la empleada del hogar que llamó a emergencias tras encontrar a Leonardo tumbado sobre una mesa hecha trizas debatiéndose entre la vida y la muerte.

Le contó también el malestar en el Cuerpo provocado por la filtración del caso a los medios. Se sospechaba sobre todo de la gente de laboratorio, aunque, por supuesto, eran meras acusaciones sin fundamento ni pruebas. Al menos eso traería algo bueno: la notoriedad que había alcanzaba obligaba a la Administración a poner más hombres en el caso, lo cual se traduciría en un examen más exhaustivo y rápido de todas las víctimas, posibles sospechosos y datos en general. En esas estaban cuando recibieron la llamada de emergencia de Cartagena. Esto podía cambiar el panorama por completo.

Llegaron, dejaron el coche en el parking y acudieron raudos a la UCI, primera planta. El doctor encargado del paciente les dio un parte completo del que se desprendía que había perdido mucha sangre, que su garganta había sido destrozada y que se encontraba sedado, estado en el que permanecería al menos un par de horas más.

Entretanto se decidieron por hablar con doña Chelo, una señora ecuatoriana de unos cincuenta años, uno sesenta de estatura, pelo negro recogido en una cola, cara redonda a juego con el cuerpo. Como poco o nada podían hacer en aquel pasillo

optaron por ir a la cafetería, sita en el entresuelo.

Chelo tomó manzanilla, Mara un café doble y Alonso una Fanta de naranja.

—Ya se lo he contado todo a la policía —dijo Chelo con marcado acento sudamericano—. No más entré por la entrada principal, llamé al señor y al no responder fui hasta la parte de atrás y allí que lo vi tendidito sobre los cristales... Todo lleno de sangre. Ahogándose —hizo una pausa, sus manos aún temblaban sujetando el vaso con la infusión—. Qué horrible Dios mío, pobre señor Riquelme...

—Sentimos mucho todo lo que ha pasado —terció Mara con voz tranquilizadora, suave y uniforme—, debe ser una experiencia traumática, lo entendemos, pero debemos pedirle que haga un esfuerzo, por el bien del señor Riquelme.

Chelo asintió justo antes de dar un sorbo a su manzanilla. Por su parte Alonso ya se había bebido medio refresco.

—Llegó hasta la parte de atrás de la casa y vio a Riquelme, ¿no había nadie más con él? —preguntó Mara.

—No, nadie. La puerta de la terraza estaba abierta, el suelo estaba lleno de cristales.

—¿Qué hizo después? —inquirió de nuevo la inspectora.

—Ay, no sé. Todo ocurrió como muy deprisa... —respondió la mujer—. Me acerqué al señor pero estaba pataleando y ahogándose. Yo no sabía qué hacer, estaba muy nerviosa, no soy médico...

—Ya imaginamos... —dijo Alonso, asintiendo a continuación.

—Así que fui a por mi bolso, que lo había dejado en la entrada, busqué el celular y llamé a emergencias —prosiguió relatando Chelo—. Cuando volví a la salita el señor Riquelme estaba sin sentido. Yo estaba muy nerviosa, no sabía que más hacer, y me puse a rezar. Unas palabritas a la Virgencita para que la ambulancia llegara pronto...

—Veamos, aparte de los cristales, ¿recuerda haber visto algo más extraño? No sé, fuera de lugar, algo que indicara que Leonardo había tenido compañía... —continuó Mara.

—Bueno, había cristales, dos tazas rotas en el suelo... y esas fotos —respondió la señora, haciendo un evidente gesto de repulsa— ¿Están diciendo que conocía al asesino?

—No lo sabemos, lo investigaremos —dijo Mara, esbozando una sonrisa de circunstancias—. Analizaremos todo cuanto haya en la escena para dar con el culpable, se lo garantizo.

Doña Chelo parpadeó ostensiblemente, seguramente para evitar derramar las lágrimas que llegaban a sus ojos, y dedicó a Mara algo parecido a una sonrisa. Ésta puso su mano sobre la de ella, permaneciendo así, callados, durante un tiempo indeterminado.

Cuando Leonardo despertó pudo ver una serie de cabecitas borrosas en torno a él. Conforme se iban materializando en doctor, enfermeras y una mujer y un hombre que no conocía de nada tuvo intención de hablar, de preguntar dónde estaba, quiénes eran personas y cómo se encontraba, pero le fue imposible. Un zumbido en sus oídos iba desapareciendo, a la par que las explicaciones del médico se iban haciendo más y más nítidas. Apenas podía moverse, sentía todo como un sueño, esos de los que eres consciente de que sueñas pero de los que te cuesta despertar. Había sido débil, un idiota, un incrédulo, un confiado, y ahora lo estaba pagando caro. La historia de su vida.

—Vamos a ver, señor Riquelme, ¿me oye? —preguntó una señorita alta y delgada, pelo negro recogido y bonitos ojos azules—. Soy la inspectora Mara Suárez y él es el detective Samuel Alonso, de la agencia Aloser, quizás le suene.

Leonardo asintió con dificultad, sí, recordaba a ese tipejo aunque nunca lo había visto en persona.

—Sabemos que está extremadamente débil, en realidad está vivo de milagro, y no podemos ni queremos avasallar-lo a preguntas que ahora son secundarias —dijo Mara con toda la claridad que le fue posible—. Queremos que se centre en su agresor o agresora, ¿puede escribir? —le acercó un bloc de notas y un *boli*—. Sería de enorme ayuda que nos apuntara todos los rasgos que recuerde de él o ella. Sexo, edad, constitución, pelo, color de ojos, tipo de nariz, labios..., todo lo que recuerde. Por favor, trate de concentrarse, esto es de suma importancia. Es usted la única víctima que ha sobrevivido, es usted la única persona que la ha visto y puedo contarle.

Al rato vinieron su madre y su hermana. La aflicción que presentaron en un principio fue cambiando cuando les informaron de que el ataque había sido por parte de una bella dama a la que había invitado a tomar café haciendo caso omiso de las advertencias de la policía.

Lucas también hizo acto de presencia unos minutos más tarde. Con su poca gracia y su portátil a cuestas preparó el programa de elaboración de retratos robots con los datos que Leonardo acaba de dar a Mara y Alonso. Tras un par de correcciones, realizadas en un lapso amplio de tiempo dependiendo del estado de la víctima, el ok final dejó una imagen que era casi fiel reflejo de la señorita que había tomado café y cortado su cuello unas horas antes. Tras eso pudo al fin dedicarse a descansar e iniciar una recuperación larga y no poco dolorosa.

—Sabéis que probablemente ese no es su color original de pelo, ¿verdad? —observó Alonso señalando al retrato robot que Lucas y Mara terminaban de pulir en la cafetería—. Me apuesto un huevo a que ese lunar de la mejilla también es de pega.

—Cierra la boca, señor obvio —dijo Lucas con su habitual mala leche—. La imagen irá en blanco y negro y con variaciones... Se nota que no tienes ni idea.

—Bueno, estoy aquí para ayudar, señor mala sangre, y creo que es mi deber hacer estas observaciones —respondió Alonso, sentándose con sumo cuidado en la silla que quedaba libre.

—Tu deber es estar calladito y hablar cuando se te pregunte, si es que alguien te pregunta ¿estamos? —el ceño de Lucas no podía estar más fruncido. Alonso no estaba por la labor de seguir tales directrices.

—Me parece que confundes conceptos, ni soy sospechoso ni mucho menos un detenido, no tengo derecho a guardar silencio ni nada por el estilo —el tono de Alonso iba también en claro in crescendo—. Vamos, que hablaré cuando que me salga de los...

—¡Vale! ¡Ya está, se acabó! —intercedió una vez más Mara, que ya se venía oliendo la tostada desde la primera palabra del detective— ¿Siempre que estéis juntos voy a tener que aguantar esto? Porque ni es de ayuda ni es agrada-ble. Parecéis dos mocosos en un patio de colegio. Dios.

Un tenso silencio vino precedido por un par de pro-fundos suspiros de pesadumbre. El retrato robot ya estaba prácticamente listo para empezar a circular.

—Bien, enviaremos esto a comisaría, que lo pasen por las bases de datos a ver si hay suerte. Luego valoraremos el protocolo de actuación —convino Mara—. Bueno, Alonso, ¿alguna recomendación?

Lucas bufó y echó una mirada de asesino al detective privado.

—Pues ya que lo que preguntas, sí, tengo un par —más que a Mara, Alonso hablaba en dirección a Lucas—. Si fuera yo pondría esa imagen hasta en la sopa.

—Puff, Dios santo —exclamó Lucas, desairado—. Claro, pongámoslo hasta en la sopa, en los cartones de le-che, ¿eh? Así tendremos doscientas llamadas por hora de gente que creará haber visto a la asesina pero en realidad no. O de gente incriminando a la vecina que no le cae bien o no le hace ni caso.

—Doscientas opciones siempre son mejores que ninguna —dijo Alonso con tono sosegado—. La noticia ya ha saltado, ¿no?, ya está en las noticias, en los medios, en

el boca a boca. Pues habrá que aprovecharlo. Dadle este retrato a los medios y que la cosa rule. Nunca se sabe quién puede conocer a quién o quién puede haber visto a quién.

—Ok, se tendrá en cuenta —dijo Mara, a la cual no le sonaba nada mal aquello, de hecho pensaba de forma similar—. Lucas, la escena es tuya, ve a Cabo de Palos y coordínate con los de la científica. A ver si esta vez tenemos suerte y hallamos alguna prueba, puede que ADN. Revisa las tazas.

—Sí, jefa —Lucas asintió—, lo que digas. —Nosotros dos nos daremos una vuelta por la zona y preguntaremos a los vecinos por si vieron algo interesante —dijo en dirección a Alonso—. No es una zona muy poblada en invierno y además era bastante temprano, pero por intentarlo que no quede. También comprobaremos la cámara de la DGT en la entrada de La Manga. No creo que hubiera mucho tráfico entre las 8:20 - 8:30.

—Si es que no sigue allí escondida —señaló Alonso—. Yo lo haría si estuviera en su pellejo. Esperaría unas horas en algún agujero y luego saldría tranquilamente cuando el camino estuviera despejado.

—Tú es que eres muy listo —dijo Lucas con ironía. —Gracias, me lo dicen mucho.

—Llevas razón, habrá que poner controles a la salida de La Manga durante todo el día. Si esa mujer sigue allí lo va a lamentar —terció Mara, cuya mirada hacía chiribitas.

—La vamos a pillar —dijo Alonso medio para sí. —Ya lo creo, la vamos a pillar —repitió Lucas cerrando el portátil— y no será gracias a ti.

Colaboración ciudadana

Las siguientes horas fueron intensas. Mara y Alonso tocaron muchas puertas, la mayoría de las cuales nunca se abrieron. Preguntaron a vecinos y curiosos, a dueños y empleados de negocios cercanos a la casa de Leonardo. Pero nada, nadie les pudo decir nada ni remotamente interesante. Había sido demasiado temprano o demasiado tarde. El que estaba en casa aún dormía, el que no ya había marchado al trabajo o llevado a los críos al colegio.

La científica había trabajado a fondo la escena, recogiendo cada posible evidencia con la lejana esperanza de que esta vez sí, por las prisas, por el desaguizado, la asesina hubiera dejado algo identificable, en especial una taza con una ligera marca de carmín rosa. Las fotos eran las de siempre, las del amigo Samuel Alonso, probablemente impresas por una impresora láser casera como las del resto de víctimas: Leonardo en actitud cariñosa en el coche primero, en la puerta después, con una señorita rubia visiblemente más joven que él. Se contactó telefónicamente con Rosa, la chica universitaria, quien aseguró haber recibido el email del sapo dos veces, a la misma hora, con el mismo contenido de siempre, como si se tratara de un fallo al enviar o porque lo había enviado adrede dos veces.

Institucionalmente, el comisario Garrido, máxima autoridad del caso, realizó una escueta rueda de prensa en la que confirmaba los rumores aparecidos horas antes en televisión y hacía público el retrato robot de la sospechosa, añadiendo que toda ayuda por parte del ciudadano sería bienvenida para atrapar a la sospechosa y ponerla a disposición de la justicia. Ya estaban puestas todas las cartas sobre la mesa. Ahora era necesario dar un golpe de autoridad y ganar de una buena vez la partida.

El agotamiento, más mental que físico, hizo mella en los investigadores hacia el

mediodía. Alonso sugirió a Mara tomar un pequeño break, aduciendo que podían aprovechar las bonitas vistas para relajarse y reposar ideas. El detective saltó el pequeño muro que separaba el paseo adoquinado de la orilla de roca e invitó a Mara a hacer lo mismo. Toma-ron asiento a apenas un metro del agua, a Alonso no le importó que la tierra se encontrara húmeda, cosa que sí hizo dudar a Mara, que finalmente accedió, entre otras cosas, porque aquello le gustaba.

La vista era hermosa, el gris del cielo se reflejaba en el mar como si este fuera un espejo de dimensiones épicas. Al fondo tenían la lengua de tierra plagada de edificios que es la Manga del Mar Menor, a la derecha el imponente faro, y frente a ellos un pequeño islote alargado con uno de esos llamativos arcos de piedra tallados por el mar y el tiempo. Todo sumido en una quietud extrema que ni la leve brisa podía perturbar. Mara cerró sus ojos durante un par de segundos y respiró hondo. Alonso se quedó mirando su luminoso cutis.

—¿De dónde sale esta calma? —preguntó Mara retó-ricamente—. En este lugar, en este preciso momento, pareciera que todos los problemas hayan sido barridos y escondidos debajo de la alfombra... ¿Tiene algo de sentido lo que digo o ya se me ha ido por completo la cabeza?

Alonso sonrió, contagiando a Mara.

—Lo tiene y mucho —contestó el detective—, es uno de los grandes regalos que nos ha hecho la naturaleza, la paz que nos trasmite contemplarla. Debería ser obligatorio para todos, de vez en cuando, dejar los trabajos, los quehaceres diarios y las preocupaciones y venir a un sitio como éste un rato... No en plan vacaciones, simplemente a bus-car un poquito de paz.

—Sí —concedió Mara, quien creía haber percibido el movimiento de un pez—. Veo este pedrusco —dijo señalando hacia el islote— y me lo imagino ahí mismo hace cincuenta, cien, quinientos años, ajeno a toda la porquería que vivimos día a día, a la gente y su egoísmo, al crimen y a la injusticia. A él le da igual, mañana seguirá ahí, y pasado, y al otro...

—No me digas que envidias a un trozo de roca... —dijo Alonso en tono irónico.

—Desde luego debe ser mucho más fácil todo si eres una roca. Estar simplemente quieto, inmóvil, inmortal.

—Sí, pero ella también puede hundirse o derrumbarse llegado el caso —afirmó Alonso—. En este mundo no hay nada seguro, ni nada que dure eternamente.

—¿Tiene nombre? —preguntó Mara.

—¿El qué, esta sensación? —Alonso hizo una pausa para pensar—. Sí, creo que se llama vacío existencial...

—No tonto, el islote —la mano de Mara se posó por un instante en la rodilla de Alonso.

—Ah, esto, sí, claro que tiene nombre. Este es el islote de la Galera —respondió Alonso tras sentir un escalofrío—. Al parecer lo llamaron así por la peculiar forma de su silueta, ya sabes, si lo miras así con los ojos entrecerrados y le echas imaginación puedes imaginar que uno de esos navíos del año *catapum* está a punto de llegar a tierra.

Mara se le quedó mirando a Alonso durante unos segundos. Ella no reparó en ello, pero fue un rato más largo del que creía, un rato durante el cual Alonso tuvo tiempo de fantasear y sentir como si una mano ardiente se apoderara de sus entrañas.

—¿Cómo sabías que lo sabía? —preguntó Alonso, haciendo parpadear ostensiblemente a Mara, la cual centró su mirada de nuevo en el islote.

—No lo sabía, pero lo imaginaba —confesó Mara—. Recuerda a qué me dedico. Antes de llamarte te investigamos, a ti y a tu familia claro, y tras ver que tu padre poseía una casa aquí imaginé que sería vuestra residencia de vacaciones. ¿Es así?

—Así era, sí. Fuimos felices aquí —el tono de Alonso presagiaba sensibles

recuerdos—. La casa de mi padre estaba al otro lado del faro, en Cala Flores. Mi hermano y yo pasábamos los largos días de verano en la calle, ya sabes, yendo a la playa, jugando, haciendo el idiota... No duró mucho. La muerte de mi madre acabó con todo eso, pero sí, hubo un tiempo en que todo era maravilloso, todo parecía brillar mucho más que ahora. Creo que ese brillo también tiene nombre, se llama nostalgia.

Los dos se quedaron callados durante unos instantes, sopesando, recordando.

—Lo siento, no quería sacarte este tema, yo... —dijo Mara, de nuevo la mano a la rodilla.

—Tranquila, Mara, no te preocupes por nada —el detective sonrió con la boca cerrada, marcando un par de hoyuelos en sus mejillas. Acto seguido posó su mano sobre la de la inspectora—, ha llovido mucho desde entonces. Además, esas cosas es bueno recordarlas, le hacen sentir a uno que ha vivido. Y vivido bien.

Permanecieron así unos segundos, en silencio, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en el horizonte hasta que una bandada de gaviotas les sacó de su ensimismamiento. Mara se puso en pie como un resorte, se aclaró la garganta y dijo que ya era hora de volver, que quizás el señor Albaladejo, un tipo que llamó diciendo tener información, habría vuelto ya de faena.

Saltaron de nuevo el murete y retornaron con ese gesto a la civilización. Siguieron el paseo empedrado hasta llegar a las casas situadas en primera línea de la playa de Levante. Justo en la vivienda de al lado de la de Leonardo vivía un viejo lobo de mar, un tipo de unos sesenta años que aparentaba cuarenta, alto y fornido, con el pelo cano y largo, barba de dos días, vestido con una camiseta que algún día fue blanca con las mangas cortadas que dejaba a relucir sus musculosos, bronceados y tatuados brazos, unos vaqueros raídos y botas negras de agua. Fumaba como un carretero, lo cual no eliminaba el intenso aroma a pescado que iba dejando allí a donde iba. Era un tipo duro, áspero, pero que irradiaba cierto carisma con esa mirada enjuta coronada con unas pobladas cejas negras.

Tras las debidas presentaciones, el señor Albaladejo les invitó a entrar en su casa, una planta baja pequeña y de estancias estrechas cuya decoración bien podría quedar en-cuadrada dentro de la corriente del horro vacui; decenas, quien sabe si cientos, de cuadros y marcos con fotos, tanto en las paredes como sobre los muebles del salón, del propio señor Albaladejo, a veces solo, a veces con amigos, posando exultante junto a una gran variedad de bestias pardas marinas. Bichos que también decoraban las paredes, peces enteros disecados y también, en caso de los más grandes, sólo las cabezas, una de tiburón, otra de pez espada. Una morena con la boca abierta parecía presta para lanzarse sobre los visitantes, un par de cangrejos gigantes sobre sus bases de madera. Pero la gran atracción de aquella grotesca feria del mar se encontraba en la pared principal del salón, justo al lado del mueble de la tele: una enorme vitrina de vidrio que contenía un calamar de al menos metro y medio de largo. A Mara se le puso el vello de punta con tal visión. Alonso, evitando la náusea, decidió romper el hielo con la afirmación más obvia del mundo.

—Le gusta la pesca, ¿eh?

—Una *miaja*. Na más que llevo desde los diez añicos pescando —dijo Albaladejo sonriendo y dejando de paso un par de mellas al descubierto.

—Se nota, se nota, lo que me extraña es no ver al rey Tritón en una urna de esas... —expuso el detective sin dejar de mirar al gigantesco calamar disecado.

—¿Lo qué? —preguntó el pescador, frunciendo su pe-ludo entrecejo al máximo.

—Sí, hombre, el rey Tritón... El de La Sirenita... — trató de explicar el detective—. Es una broma, no ponga esa cara.

El señor Albaladejo se quedó serio y en silencio durante unos incómodos instantes, tras los cuales rompió a reír como un bobalicón, mientras Mara lanzaba a Alonso miradas de «déjate de chorradas y vamos al grano».

—Está bien, señor Albaladejo, hace un rato llamó usted a la policía, ¿cierto? —Mara rompió su silencio.

—Correcto —respondió el pescador, aún risueño. —Bueno, pues aquí estamos, cuéntenos. Somos todo oídos —añadió la inspectora.

—¿No queréis *asentarse*? —preguntó Albaladejo señalando hacia un desfasado sofá de estampado floral—. Os puedo preparar una pescadilla frita o algo si se apetece...

—No, gracias —dijeron Mara y Alonso al unísono, tras lo cual compartieron una cómplice mirada. La inspectora prosiguió—. Seguro que es una delicia, pero la verdad es que tenemos cierta prisa. Este caso es muy importante, se hará cargo...

—Sí, sí, sí, muy importante —dijo Albaladejo asintiendo con ganas—. Cuando he escuchado por la *aradio* las noticias no me lo podía ni creer, han *matao* al pijo rico. Me he dicho, suerte que no estaba yo por ahí a esa hora, o a lo mejor me habría *dao matarile* a mí también.

—Sí, bueno, lo dudo mucho. Usted no entra dentro de su... radio de acción, por así decirlo —dijo Alonso—. Además, Leonardo no está muerto.

—¿Ah no? Pues vaya potra ha *tenío* el amigo... —el pescador se hurgó en los bolsillos, sacó un paquete arrugado de Marlboro y se puso un pitillo en la boca— ¿Queréis?

—No me tiente, estoy intentando dejar el mundo del humo —respondió el detective, recordando en ese momento que hacía tiempo que se había quedado sin chicles de nicotina.

—Pues tiene que ser *jodio* de cojones, yo empecé a fumar antes que a pescar... Con eso te lo digo *to*.

—Dejemos eso ahora, ¿de acuerdo? —Mara trataba de volver a encauzar la conversación—. A ver, señor Albaladejo, dice que conocía a Leonardo...

—Pos claro, hace ya un *puñao* de años que se compró esa casica —sacó un mechero del bolsillo y se encendió el pitillo—. El amigo la tiró y se hizo una entera a su gusto. La de millones que se dejaría en la obra... ¿Se lo han *cargao* por eso, por dinero?

—¡Que no está muerto! —exclamó Alonso elevando las palmas de sus manos—. Además, ¿no dice que ha oído las noticias? Son asesinatos en serie, el móvil no es el dinero.

—¿Qué dices de móvil?

—Olvídelo, vamos al grano, ¿le importa? —Mara comenzaba a agriarse— ¿Ha visto usted algo esta mañana? ¿Algo sospechoso?

—Puede... —dijo tras soltar una buena bocanada de humo.

—¿Cómo que puede? ¿Por qué nos ha llamado si no? —preguntó Mara algo alterada.

—He *llamao* porque puede que haya visto algo, a lo mejor no tiene *na* que ver, o a lo mejor sí —más humo.

—Hace un buen rato que le dije que somos todo oídos —volvió a insistir Mara.

—Pos mira, venía yo de faenar en mi barquica, serían las siete la mañana o así, *toavía* estaba de noche, cuando he visto una cosa rara —hizo una larga pausa para otra calada.

Mara y Alonso se miraron, azuzando después con gestos a Albaladejo para que prosiguiera con su historia.

—No será una ballena blanca —dijo Alonso con su habitual clave de humor.

—No, ballena no, pero blanca sí que era —el pescador se cruzó de brazos, se apoyó sobre una cómoda, justo de-bajo de la cabeza de tiburón y sonrió.

—¿A qué está jugando, señor Albaladejo? —preguntó Mara mirando severamente a los ojos del pescador a la par que daba un paso hacia adelante.

—*Pos* no es por jugar, ¿sabes? Pero he *estao* pensando una cosa desde que he *escuchao* las noticias... —su cigarrillo ya era más ceniza que tabaco—. *To* eso de la colaboración ciudadana. No sé, en este país *na* es gratis, hay que pagar por *to*, cada vez más impuestos, más tasas de esas... ¿Me entiendes?

Vaya que si le entendía, tanto que, de pronto, Mara sintió un súbito deseo de desenfundar arma y golpearle con la culata en la nuca. Afortunadamente la inspectora no era una mujer que cediera a la furia.

—¿Está hablando de obstrucción a la justicia? —dijo Mara en tono serio—. Porque si es así me lo puedo llevar de aquí esposadito y directo a la comisaría más cercana.

—Joer, no es *pa* tanto, inspectora. Yo no quiero hacer obstrucción de esa ni *na*, sólo digo que a lo mejor merezco una ayudica, una recompensa por una buena información...

—Ya, pero aún no ha dicho ni pío —dijo Alonso, al que tampoco le gustaba un pelo la cosa.

—Pero lo voy a decir, amigo. Ya verás como os interesa —el pescador arqueó sus enormes cejas, tiró la colilla al suelo y la pisó— ¡Que me muera ahora mismo si es mentira!

Inspectora y detective compartieron una mirada y un suspiro. De acuerdo, podían llevárselo, acusarlo de obstrucción y que hablara en comisaría, pero aquello les costaría varias horas, horas que quizás, si esa información era tan buena como aseguraba, serían fundamentales para dar caza a la asesina.

—¿Cuánto llevas? —preguntó Mara a Alonso.

—Eh, ¿yo? No sé... —el detective se echó mano al interior del abrigo y sacó la cartera—. Cuarenta y algo.

—Vale, yo tengo cien —la inspectora sacó la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros—. Ciento cuarenta euros, eso es lo que hay. O habla de una puñetera vez o se viene con nosotros a comisaria.

Juntó los billetes y, con no poca reticencia, Mara extendió el brazo hacia el señor Albaladejo. Éste agarró la pasta, la contó por encima, sonrió y se la metió en el bolsillo del tabaco.

—Esta mañana hacía bastante *boira* en la mar, estaba amaneciendo pero *toavía* estaba de noche —prosiguió relatando el pescador, con el bolsillo lleno—. Yo me estaba acercando a la orilla, a la altura del hotel Galúa, cuando he visto los faros de un coche de estos 4x4 oscuro que se metía en la arena. He *parao* el motor y he *apagao* mi luz —en ese momento hizo una pausa, su mirada fue a parar al suelo—. Yo me pensaba que serían unos jóvenes, no sería la primera vez que veo a parejicas... ejem, *pos* eso, dándose un revolcón en la arena. Casi siempre en verano, claro, pero a veces se ve que con el calentón les da igual ocho que ochenta y se les pasa el frío.

—¿Y bien? —Mara ni pestañeó.

—*Pos* del coche salió una mujer rubia, de vuestra edad o así, estaba de buen ver. Se parecía a la que habéis *sacao* en la tele —dijo mirando a Alonso, buscando complicidad varonil—. Se puso justo frente a la luz de los faros y sentó con las piernas *cruzás*. Después cerró los ojos y juntó las manos.

—¿Una mujer ha salido de un coche a las siete de la mañana y se ha puesto a rezar en la playa? —preguntó Mara asombrada, asimilando la información.

—Yo que sé —respondió Albaladejo poniendo morritos—, rezar o hacer yoga de ese.

—Espera, ¿por qué no? —intervino Alonso, había cierto brillo en sus ojos—. Piénsalo, Mara, tiene su lógica. ¿Qué es un asesinato para un asesino en serie? Un acontecimiento, el hecho máximo de su existencia, lo cual requiere de todo un ritual para llevarlo a cabo. Ese rezo, momento de relax cósmico o como queramos llamarlo, puede formar parte de su ritual. Necesita concentrarse para hacer lo que hace, ha

adquirido un hábito, le ha ido bien y no quiere salirse del plan establecido. Lleva a cabo el asesinato como lo ha hecho con todos los demás, no puede saltarse ningún punto, el rezo puede ser el primero de ellos.

La inspectora miró a Alonso de hito en hito, asimilando la idea que acaba de poner sobre el tapete.

—Vale, aceptemos que ha visto a la asesina parar un rato antes de cometer el crimen, que ha parado su coche y se ha puesto a rezar en la playa —concedió la inspectora— ¿Qué más? Porque esto no pasa de anécdota, ¿no querrá que nos pongamos a investigar a todas las mujeres de treinta y tantos que rezan o practican yoga por las mañanas en la playa?

—Puedo deciros las letras de la matrícula.

Tras aquellas palabras del pescador siguieron unos segundos de silencio e incredulidad. Los ojos de Mara y Alonso se abrieron tanto que parecía que iban a estallar. El señor Albaladejo era toda una caja de sorpresas.

—¿En serio? —preguntó la inspectora, escéptica— ¿Ha podido ver la matrícula y... recordarla?

—Bueno, llevaba las luces puestas, y otra cosa no, pero Dios me ha *dao* buena vista —fardó Albaladejo—. La ver-dad es que no suelo tener buena cabeza, pero esta matrícula me ha hecho gracia y por eso se me ha *quedao*. HDP.

—¿HDP? —repitió Alonso.

—Sí, «Hijo De Puta» —rio Albaladejo—. HDP, hijo de puta. ¿Lo cogéis? —continuaron las risas.

—Sí, desde luego que lo cogemos. Dios —dijo Mara justo antes de encaminarse hacia la puerta—. No se pierda mucho por el mar, señor Albaladejo, igual le volvemos a necesitar. Y le aseguro que ya no habrá más recompensas.

—Bien jugado —le dijo Alonso a Albaladejo en voz baja mientras salía de aquella espantosa casa para siempre—. Es usted grande.

La dama sangrienta

No tardó mucho en montarse el gran carnaval de los medios; el retrato robot de la sospechosa, impávido en una esquinita, mientras una serie de videos, de informaciones e incluso de dramatizaciones se sucedían sin descanso en la amplitud de la pantalla. No quedó claro quién inventó el nombre, pero rápido corrió como la pólvora, se comenzó a llamar a la sospechosa por el sobrenombre de la «Dama Sangrienta». Un nombre con gancho, aunque pobre en originalidad, que se convirtió no sólo en la noticia del día en la región, también una de las destacadas a nivel nacional, e incluso el hashtag #damasangrienta fue trending topic en el Twitter.

Una locura, eso fue lo que sucedió. De pronto todos sabían algo sobre la dama sangrienta, todo el mundo tenía algo que decir, una pista que dar o una persona a la que colgar el muerto (o muertos). La dama sangrienta era enfermera, profesora, ama de casa amargada, señora de la limpieza, cirujano plástico, florista o actriz de teatro. Sin duda había tenido una infancia traumática, malos tratos físicos y psicológicos, acoso escolar, abusos por parte de su padre, tío, abuelo o incluso hermano.

La dama sangrienta era una justiciera, una mujer que por fin decía basta a milenios de dictadura machista y daba un golpe sobre la mesa enviando a esos desgraciados y asquerosos maridos adúlteros al hoyo. Mandaba así su mensaje a la sociedad, a la especie humana en general: la mujer ya no será nunca más sumisa. Aquellos hombres que se atrevan a engañarlas o traicionarlas serán castigados con dureza. No hay *tutías* ni medias tintas, el desliz se paga con el más alto precio.

Nunca cogerán a la dama sangrienta, decían. Ella está por encima del bien y del mal, dispone de su propia justicia, está más allá de leyes y de tribunales. La dama sangrienta es un ser superior venido para iluminarnos en el camino correcto, acabar con la corrupción de la sociedad, que se inicia en la familia, y a partir de ese núcleo irá expandiendo sus alas, sus miras. Nadie está libre de ser perseguido y castigado por este ser, el cual, siempre vigilante, como un fantasma que aparece y desaparece

observa nuestro ir y venir, nuestro cotidiano día a día, esperando el fallo para actuar con toda su fuerza.

La dama sangrienta sólo es una loca, comentaban, una mujer que ha perdido la cabeza, el rumbo de su vida y el verdadero alcance de las cosas. Es una mujer débil, enfermiza, una traicionera que actúa entre las sombras, haciéndose valer del pretérito arte del engaño. Un demonio disfrazado de ángel. Una mente trastornada y nada más. Auténtica carne de psiquiátrico.

En realidad la dama sangrienta es un hombre, sostenía un contertulio. Se trata de un travesti acomplexado, una mujer en un cuerpo de hombre que no soporta su masculinidad y decide castigar a todo el género. A todos aquellos que nunca se fijarán en ella, que nunca se casarán con ella, que nunca la amarán. Valiéndose de vistosas pelucas, kilos de maquillaje y prótesis en los pechos logra embaucar a hombres en la sobriedad y oscuridad de los bares nocturnos. La debilidad y el ansia insaciable del hombre es pues castigado y su virilidad puesta de manifiesto.

No tardarán en cogerla, argumentaban. Ya ha cometido un error grave, se ha puesto nerviosa. Ahora conocemos su rostro y eso la hará parar. Parar y desaparecer. Será en ese intento cuando las autoridades darán con ella y pondrán fin a la pesadilla para siempre.

Demasiado simple

Mara y Alonso llegaron a Murcia capital sobre las cuatro de la tarde. Durante la hora que les llevó el camino, en tráfico tuvieron tiempo de cotejar la información relativa al coche 4x4 oscuro con matrícula finalizada en HDP y realizar una lista que llegó al móvil de la inspectora minutos antes de aparcar frente a comisaria. De todas las opciones presentadas una sobresalía en jugosidad: un Qashqai negro de una empresa de alquiler de coches.

—Me apuesto una cena a que es ése. Fijo —argumentó el detective—. Es ése y no se hable más.

—Si acepto la apuesta saldrás ganando gane o pierda —respondió Mara mirando a Alonso de soslayo—. Entérate, no pienso ir a cenar contigo.

—¿Sabes? Me resulta sexy tu resistencia... —dijo Alonso en tono divertido—. Pero no te preocupes, seré magnánimo en la victoria. Cuando ocurra no te diré «te lo dije».

Con un profundo suspiro y una penetrante mirada Mara puso fin a ese tema. En su móvil pudo ver la dirección de Espauto, la empresa de alquiler de coches a la que podría pertenecer el coche usado por la sospechosa. Sin conceder siquiera un segundo, arrancó el coche y puso rumbo al barrio de San Andrés. No había estado aparcado en su plaza ni dos minutos.

Espauto era una empresa relativamente reciente, que había comenzado a operar en la ciudad allá por el 2010. Sus oficinas se encontraban cerca de la estación de autobuses, situación lógica dado su servicio. Mara subió el coche a un bordillo, dejándolo aparcado medio en el carril, medio en la acera. La tarjetita de «vehículo policial» en el salpicadero haría que no hubiese problema alguno con tal emplazamiento.

Era una oficina modesta, pequeñita. Tras las puertas de cristal se encontraba una mesa escritorio con un par de sillas delante y otra detrás. En la de detrás se encontraba sentada Lidia, una mujer de unos cuarenta años, con el pelo largo y castaño recogido

en una cola, gafas de pasta y los labios pintados en fucsia. Sentada engañaba, pues cuando se puso en pie para dar la bienvenida e invitar a Mara y Alonso a sentarse éstos pudieron comprobar que su delgado torso y cintura contrastaban con unas enormes caderas.

—Ustedes dirán —dijo Lidia acomodando de nuevo su trasero en la silla.

—Verá, no estamos aquí para alquilar un coche —comenzó a decir Mara mientras echaba mano de la placa de su bolsillo—. Soy la inspectora de homicidios Mara Suárez y él es Samuel Alonso, un colaborador. Estamos aquí por el famoso caso de la dama sangrienta...

—¿Cómo? —preguntó la empleada extrañada. —¿No ha visto hoy las noticias?

—La verdad es que nunca las veo... —admitió con una sonrisa—, lo siento.

—¿Tampoco ha entrado a Internet, no ha echado un ojo al Twitter? —volvió a preguntar Mara.

—Nah. Yo soy más de Facebook... —respondió Lidia, descolocada.

—Bueno, es igual. Es un caso de asesinato el que nos ha traído hasta aquí —informó la inspectora.

—¿Asesinato? ¡Virgen santa! No creerán que-que yo he... —de pronto la voz de Lidia tembló de nerviosismo.

—No. No lo creo, tranquilícese —Mara hizo el gesto de calma con las palmas de sus manos—. Tenemos entendido que poseen ustedes un Nissan Qashqai negro con matrícula HDP. ¿Es eso cierto?

—Esto... sí, creo que sí, déjeme comprobarlo —con cara de susto, Lidia acercó el teclado que tenía sobre la mesa y se puso a buscar en su base de datos— Sí, Qashqai negro, coincide la matrícula —Lidia volteó la pantalla para que Mara y Alonso pudieran verlo— ¿Es este coche el que buscan?

—Más que al coche buscamos a la persona a la que nos lleva ese coche —terció Mara, la cual orientó la pantalla un poco hacia Lidia, justo para que todos, a un lado o al otro de la mesa, pudieran leer en pantalla— ¿Ha sido ese coche alquilado en fecha reciente? Por ejemplo, ¿ayer?

—Pues sí, ayer, una mujer... —contestó la empleada, aún con el susto en el cuerpo.

Mara y Alonso se miraron, sintieron como si un relámpago cayera en aquella reducida oficina.

—Necesitamos saber más, todos los datos que tenga sobre esa mujer —explicó Mara, que prácticamente no aguantaba sentada.

Lidia se puso manos a la obra. Introdujo datos, hizo un par de clics con su ratón y *voilà*, ahí lo tenían.

—El coche fue alquilado ayer por María Martínez Pérez —dijo Lidia, leyendo el nombre en pantalla—. Este es su DNI —Mara tomó nota—. Y poco más. Madre mía. ¿No me estarán diciendo que ella...?

Alonso sacó su teléfono móvil, fue a la carpeta de imágenes y pinchó en el retrato robot de la sospechosa que Mara le había pasado.

—¿Se parece a esta hermosura? —preguntó el detective mientras acercaba su teléfono a Lidia.

—¡Virgen santa! —la expresión en el rostro de la empleada no daba lugar a dudas, estaba aterrada—. Sí, sí, es ésa... Mierda, perdón, estuvo aquí ayer mañana.

—Continúe —sugirió Mara, bloc de notas en mano.

—Que-quería un coche grande, pero no una berlina. Y oscuro. Yo le hablé del Qashqai, le pareció bien —Lidia hizo un alto para tragar saliva—. Y nada, quería un alquiler de 24 horas, así que...

—¿Lo devolvió esta mañana? —saltó Alonso, cortando el testimonio de la empleada.

—Eh, s-sí —respondió la empleada casi hundiendo la cabeza entre lo hombros—. Hoy mismo.

—¿Ha estado esta mañana aquí esta hija de...? —exclamó Alonso, conteniéndose, ya en pie.

Lidia se echó las manos a la cabeza, miraba a un sitio y a otro, no aguantaba mucho las miradas de los investigadores. Cada vez tartamudeaba más.

—Sí, vi-vino sobre las do-doce y algo, dejó el coche atrás y le dejó las llaves al mecánico.

—Tenemos que ver ese coche —propuso Mara—. Ahora.

La mujer de los labios fucsia echó la llave a la oficina y acompañó a Mara y Alonso hasta el garaje de detrás de la manzana. Allí, dispuestos todos en hilera, se encontraban cerca de una veintena de coches de todos los tipos y colores. El que les interesaba a los investigadores se encontraba al fondo. Un tipo ataviado con mono de mecánico azul les salió al paso. Se presentó como Paco, el hombre que se en-carga de que todos los vehículos estén a punto. Cuando le preguntaron por el Qashqai negro lo primero que dijo fue que hacía media hora que había acabado con él, lo que significaba que le había dado una mano con la gamuza y le había dado una pasadita al interior con la aspiradora de mano, lo que significaba para Mara y Alonso que estaban bastante fastidiados. Tampoco podían esperar que una persona que había demostrado ser tan cuidadosa en sus escenas del crimen tuviera ahora el descuido de dejar pistas en un coche de alquiler... Claro que tampoco habría imaginado fracasar con su última víctima y que la policía la llegara a identificar por un coche de alquiler.

—Necesito el historial de María Martínez Pérez —dijo Mara tras marcar un número y llevarse el móvil a la oreja—. Sí, DNI número 24398029, letra G. Ok, espero...

—¿Crees que es ella? —preguntó Alonso con escepticismo.

—¿María? ¿La asesina? Claro. Todo encaja —respondió Mara alejándose momentáneamente el móvil de la cabeza.

—No, no me refiero a eso —el detective sacudió su cabeza—. María Martínez Pérez, es demasiado simple, demasiado común.

—¿Y eso qué más da?

—No sé... —Alonso se frotó la cabeza con ambas manos—. No hay ninguna María que sea mujer o ex mujer de los casos en los que trabajé.

—Bueno, ¿y si se trata de una amante? —dijo Mara, con el teléfono pegado a la oreja—. O cualquier perturbada que nada tenga que ver con esos hombres en concreto... Siempre se barajó esa opción.

—Ya, tienes razón, no sé cómo explicártelo —Alonso parpadeaba compulsivamente, trataba de dar forma a sus ideas—. Yo estoy convencido de que hay una relación, las víctimas no pueden serlo por mero azar... No sé. El Universo no puede simplemente joderlos de esa manera.

La inspectora extendió su mano hacia Alonso, se dio media vuelta y se cambió el móvil de oreja.

—Sí, estoy aquí —dijo a la persona al otro lado de la línea—. Ajá... Dime... ¿Qué? ¿En serio? La madre que... Vale, vale. Ok. Gracias.

Colgó el teléfono con mala leche y amenazó con estamparlo contra una de esas gruesas paredes de hormigón deslucido. Pero no lo hizo. En lugar de eso se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y se llevó las manos a la cara, arrastrándolas a continuación por su rostro, estirándose los ojos en el movimiento.

Alonso comprendió en seguida lo que esos gestos de desesperación significaban. Era una idea que le rondaba la cabeza desde que había entrada al Espauto, pero que no se atrevía a pronunciar por no gafar el asunto. También por-que era algo complicado e incluso rebuscado. Pero no por ello imposible, sólo improbable.

—No hay ninguna María Martínez Pérez con ese número de DNI, ¿verdad? —

preguntó Alonso.

Mara asintió.

—Ese número de DNI no existe —dijo Mara dejando escapar un suspiro—. La dama sangrienta tiene un carnet falso.

Escala de preocupaciones

El paso siguiente estaba bien claro: había que seguir la pista del carnet falso, o lo que es lo mismo, llegar hasta el que lo había fabricado. Casualmente Mara conocía a Edu, un tipo de la Unidad Contra las Redes de Inmigración y Falsedades Documentales con el que compartió promoción en su año de entrada al cuerpo. La llamada telefónica no duró mucho. Tras explicarle la cuestión por encima, la inspectora recibió un nombre: Fernando Salas, el mayor falsificador de documentos de la zona en la última década.

El tal Salas había sido condenado a ocho años de prisión por falsificar una docena de DNI, pasaportes y carnets de conducir. Una docena de cada. Tras cumplir la mitad de dicha condena, había sido puesto en libertad condicional por buena conducta. Así que Mara y Samuel ya tenían nueva visita que hacer.

Siguiendo con la dinámica del día, Mara y Alonso corrieron al coche y pusieron rumbo a la dirección facilitada por el bueno de Edu. Salas vivía en el barrio de La Fama, en uno de esos aviejados bloques de edificios con numerosas pintadas y grafitis de la calle Maestro Javier Paulino Torres. Aparcaron tras dar tres o cuatro vueltas por la zona en busca de un hueco y avanzaron raudos hacia el edificio en cuestión.

La oscuridad iba ganando la batalla a la luz aquel día, las pocas gotas de primera hora de la tarde se habían transformado en una fina pero constante lluvia. Llegaron a la entrada y tras encontrar el portón de acero cerrado llamaron al timbre que les había indicado Edu. Tras el «¿quién?» vino el «¿señor Fernando Salas?» seguido del «sí» y concluido con un «somos la policía, necesitamos hablar con usted». Tras aquel intercambio de frases rugió el mecanismo que hacía que la puerta se abriera.

El interior del edificio no era mucho mejor que el exterior. La sensación de abandono y dejadez era total, la porquería acumulada, las pintadas, los buzones llenos de cartas y publicidad y la penumbra apenas rota por la escasa iluminación de un par de bombillas desnudas hacían de él un lugar bastante desapacible. Subieron hasta el segundo piso y encontraron una vieja puerta de madera entreabierta que, nada más aparecer ellos, comenzó a abrirse accionada por un hombre de unos cuarenta y pocos

años, de estatura media, pelo largo y negro recogido en una cola y prominente barriga.

—Pasen, por favor —indicó el hombre—. Soy Fernando Salas.

Inspectora y detective asintieron y cruzaron el umbral. Accedieron a una casa fría y húmeda, desangelada, de rancias paredes grisáceas con desgastado gotelé y sin más decoración que un par de fotos viejas y una púa con unas llaves colgadas. Al fondo de un interminable pasillo se encontraba la pequeña salita de estar, equipada con un cascado sofá cubierto por una enorme manta marrón, una mesa plegable de playa y tres sillas de plástico de la Estrella de Levante y una televisión negra Thomson de los años noventa sobre un gran arcón de madera. El señor Salas indicó a los agentes que se sentaran, invitación que éstos declinaron.

—No nos vamos a quedar mucho tiempo, señor Salas —informó Mara—. El asunto que nos trae aquí es bastante apremiante.

—Ustedes dirán, supongo que no habrá ningún problema con la condicional... —tentó Salas, que no sabía si sentarse o quedarse también de pie.

—Eso depende enteramente de usted —respondió Mara con seguridad—. Puede que haya hecho algo o puede que no. Puede que sepa algo o puede que no...

—¿Cómo? ¿Esto qué es, una adivinanza? —preguntó el ex convicto, descolocado.

—Mire, no me voy a molestar en contarle nada sobre el tema estrella del día en la tele —continuó la inspectora— sólo quiero dejarle bien clara una cosa: si está usted detrás de algo, le aseguro que será acusado de cómplice de asesinato y no saldrá de la cárcel hasta que cumpla los setenta.

—Yo, yo, no sé de qué me habla, estoy limpio, completamente limpio —los ojos parecía que se le iban a salir de las cuencas—. Sé que lo de la condicional es muy serio, yo le juro que no sé nada de un asesinato, ni he ayudado a nadie ni nada de nada.

—Ya, seguro —convino Mara asintiendo con vehemencia—. ¿Está seguro de que no ha hecho ninguno de sus trabajitos últimamente?

—Se lo juro por lo más sagrado, por mi madre que en paz descanse. Hace cinco años de mi último trabajo —Salas parecía apurado—. Créanme, cuatro años a la sombra le hacen a uno aprender la lección. Ya dejé las falsificaciones. Se lo he dicho, estoy limpio.

La inspectora echó mano de su teléfono móvil y seleccionó el retrato robot de la sospechosa de intento de asesinato.

—Échele un ojo a esto, ¿la reconoce? —preguntó después.

—Mmm, no, de verdad. La he visto en la tele, pero nada más. No entiendo por qué... —fue pronunciando esas palabras cuando Salas sumó dos más dos— ¿No me diga que ha usado una identidad falsa?

—¡Bingo! —terció Alonso, entrando en la conversación—. Y si juras y perjuras que tú no has sido quizás sí que sepas quién ha podido ser...

—¿Por qué iba yo a saber eso?

—Porque tendrías socios, gente con la que te relacionabas, compañeros de *profesión* —Alonso hizo la señal de las comillas con los dedos— por así decirlo.

Fernando Salas rio pero no era esa una risa genuina, era puro nervio y agobio.

—Que no, yo ya estoy totalmente fuera del negocio, totalmente desconectado —farfulló—. En cuatro años pasan muchas cosas, gente que se retira, gente que se va otro sitio, gente nueva que viene... No sabría qué decir.

—Eso es muy bonito, pero no nos sirve para nada —dijo Alonso, que observaba cómo la lluvia caía contra el cristal de la única ventana de la estancia.

—Siento mucho no serles de ayuda, de verdad. Tienen que creerme, soy un hombre nuevo, ni sé ni quiero saber nada de ese mundillo ya...

—Pero alguien habrá, sólo necesitamos un nombre, alguien que sepa qué se mueve en esos círculos... ¡Vamos! —espetó la inspectora—. No puede haber tantos.

El señor Salas tomó asiento en el sofá, se encogió de hombros y negó notoriamente con la cabeza.

—No puedo ayudarles porque no sé nada —insistió—. Todo eso se acabó para mí. Ahora lo más importante es cumplir mi régimen y salir adelante... No sé qué más les puedo decir.

Mara miró a Alonso pidiéndole un esfuerzo, reclamándole algo más, exhortándole a que hiciera algo que consiguiera sacarles del inmovilismo en el que les había sentado el señor Salas. Cada minuto, cada segundo que pasaba aumentaban las opciones de que la sospechosa hubiera emigrado a pastos más verdes. Aquéllas eran las que se conocen como las horas críticas, sabían que había estado en la ciudad un par de horas antes, y que muy probablemente continuaba allí en aquellos precisos instantes. Estaban estrechando el círculo, y la información llegaría tarde o temprano, sólo que no valía una o la otra. Si ésta llegaba temprano la podrían atrapar, si llegaba tarde lo más seguro es que nunca logran cerrar el caso. Mara precisaba de un extra, una acción fuera de lo común, una idea que diera la vuelta al asunto, una chispa que generara la llama que iluminaría aquella procelosa oscuridad. Y Samuel Alonso se la iba a dar. Lo cierto es que no era nuevo en eso de jugársela, y tampoco tenía nada en absoluto que perder.

El detective se llevó la mano a uno de los bolsillos de su abrigo y la volvió a sacar aparentemente vacía. A continuación se acercó hasta la posición del ex convicto, se puso justo frente a él y estiró la mano hacia él.

—Toma, pilla esto —le dijo mientras le ponía algo en la mano y se la cerraba—. A ver qué nos dices ahora... Con evidente gesto de extrañeza Fernando Salas abrió su mano y observó el pequeño tarro con polvo blanco que sujetaba. El pequeño tarro con polvo blanco que, alevosamente, le acababan de colocar en la mano.

—¡Mierda! —profirió mientras dejaba caer el pequeño frasco al suelo. ¿Qué, qué haces, qué pretendes?

—¡Oh! ¿Has visto eso, inspectora Suárez? —preguntó Alonso señalando con el dedo hacia el frasco—. Parece que hemos pillado al señor Salas en posesión de unos gramos de una sustancia blanquecina que, o mucho me equivoco, o se trata de cocaína... Uhm, qué mala cosa.

Salas se puso de pie como un resorte, encarándose con rabia a Alonso, pero sin llegar a tocarle ni un pelo. Comenzó a sudar, a ponerse rojo como un tomate. La presión subía a su cabeza transformándola en una olla exprés a toda máquina.

—No, no, no, no me la vais a meter —prosiguió Salas furibundo— ¡Eso no es mío y lo sabes! Joder. Me lo acabas de colocar, hijo de la gran...

—Vaya, vaya. ¿Dónde quedaron sus modales, *señor tengo el culo más abierto que una boca de riego*? —Alonso mantenía el pulso. Entre su cara y la del ex convicto, no cabría ni una mosca. Un par de pasos más allá se encontraba Mara, fingiendo todo lo bien que podía no estar sorprendida por la acción de su compañero—. Escucha con atención y verás lo clarita que está la cosa: hemos venido en busca de información en el caso de la dama sangrienta y nos hemos encontrado con que un preso en libertad condicional estaba en posesión de una bolsa de farlopa, nieve, perico, o como narices quieras llamarlo.

—Mientes, mientes, hijo de...

—¿Qué más da que mienta o no, imbécil? Eres un mierda con mierda. Ese frasco está en tu casa y tiene tus huellas. Nosotros trabajamos para la policía y tú eres un criminal condenado —prosiguió argumentando el detective—. Ale, ya puedes darle al coco, a ver si se te ocurre alguna forma de evitar que los de la condicional tengan noticia de este hecho tan desagradable y que, no te quepa la más mínima duda, te llevará de nuevo entre rejas. ¿Echas de menos el talego? Porque este es tu billete de vuelta.

Salas tragó saliva, desvió la mirada hacia la inspectora y se volvió a sentar en el sofá. Su rostro era ya violeta, las venas de su cuello se encontraban tan marcadas que parecían un collar. La rabia, la impotencia que sentía iba dejando paso al miedo, el temor de una certeza que caía sobre él como un yunque de cien kilos. No tenía más escapatoria que hablar. No podía, no quería, no debía por nada del mundo volver a ese agujero.

—Melchor —dijo Salas después de unos segundos en contemplativo silencio—. Lo llaman el Melchor.

—¿Qué es eso? —preguntó Alonso con gesto contrariado.

—Así es como se le conoce. No te puedo decir ni apellido, ni dirección ni nada. Si quieres una documentación falsa de calidad por la zona tienes que ver al Melchor. Es todo lo que se.

Detective y falsificador se quedaron mirándose durante unos segundos, escudriñándose con la mirada, manteniendo tenso el desafío.

—Está bien, gracias —concedió Mara—. Lo comprobaremos.

Alonso se agachó y recogió el pequeño tarro con la manga del abrigo sobre la palma de su mano.

—Más vale que no nos mientas, porque si no volveremos con esta cosita. Y ya no habrá vuelta de hoja —amenazó antes de emprender la salida— se acabará tu libertad, pajarillo.

Afuera llovía a cántaros, la acera comenzaba a anegarse de charcos, la escasa luz callejera ofrecía una visión gris e intermitente, una pátina de agua que lo envolvía todo y a todos. No hicieron falta más de un par de pasos en el exterior para que Mara enfrentara al detective.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? —inquirió la inspectora con gesto serio.

—Ha pasado que tenemos otra pista, que seguimos en el partido —respondió con firmeza— ¿No habíamos venido a por eso?

Durante unos pocos segundos se quedaron en silencio, observándose mientras la pesada lluvia caía sobre sus cabezas y en sus rostros se formaban decenas de pequeños riachuelos.

—Pero no podemos hacer eso. Esa cosa que acaba de pasar allá arriba no es legal, no es una opción —replicó la inspectora con los ojos entrecerrados por la lluvia—. No es un procedimiento válido. Así no actúa la policía.

—Yo no soy poli, ¿recuerdas? —respondió Alonso, dando un paso al frente y colocándose a escasamente un palmo del rostro de Mara—. Esa es mi ventaja, puedo hacer cosas que tú no debes hacer.

—Pero estás bajo mi supervisión, lo que tú haces lo haces bajo mi consentimiento —se llevó las manos a su cada vez más mojada cabeza—. Dios. No quiero ni preguntarte de dónde has sacado eso.

—¿Esto? —el detective sacó el frasco, lo abrió y lo volcó. El viento se encargó de esparcir su contenido por el húmedo aire—. No es lo que crees. No tiene la menor importancia para mí, créeme.

—Te arriesgas demasiado, esto es algo muy serio, serio y peligroso —advirtió Mara, cada vez más cerca—. No debes hacer nunca nada parecido...

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Me preocupo por mí, me preocupa el caso, esos maridos desgraciados y mi carrera —el agua formaba una fina película en su blanco rostro, pequeñas gotas caían de sus pestañas—. No sé dónde te encuentras tú en mi... escala de preocupaciones, la verdad.

Alonso avanzó un pasito más, la luz de la farola incidía directamente sobre sus ojos, el aguacero no daba tregua, la ropa recalaba pero no era frío lo que sentían en sus

adentro.

—Igual estoy más arriba de lo que crees —respondió el detective casi en un susurro—. Más cerca o más adentro.

La vida parecía haberse tomado un descanso, un paréntesis en su alocado frenesí. Ahí estaban esos dos cuerpos, flotando en la penumbra bajo las inclemencias del tiempo. El agua caía a plomo sobre ellos, purificándolos, transportándolos a otro lugar, otra dimensión en la que no había asesinos ni víctimas, tampoco sospechosos ni pistas ni trabajo policial. Sólo estaban ellos, de pie, mirándose fijamente, sus párpados fijos, sus labios temblando. Ninguno parpadeó, ninguno dio el paso definitivo. Fue el mejor no beso de sus vidas.

Melchor

Entraron en el coche y se secaron por encima con una toalla que Mara llevaba en la parte de atrás. Tras un par de intentos Edu respondió a la llamada de la inspectora Suárez. En cuanto pronunció el nombre de Melchor, el especialista en falsificación de documentos se echó a reír.

Al parecer Melchor era algo así como un mito, uno de esos nombres que se oyen en los callejones, en los corrillos del barrio más conflictivo o en la esquina más chungona de la cárcel. Las investigaciones en torno a esa figura les habían llevado a contactar con un tal Ángel Estrada, un tipo alto y corpulento de unos cincuenta años, cabello y frondosa barba blanca que dirigía un taller mecánico en las afueras camino de Molina. No había evidencia alguna de que Ángel fuera Melchor, aunque las investigaciones indicaban indudablemente en esa dirección. Durante el tiempo que estuvo vigilado nunca ocurrió el más mínimo indicio de delito, nunca se consiguieron pruebas de actividad directa. Todo lo que tenían eran suposiciones, y éstas no podían llevar a nadie a la cárcel. Vamos, que estaba limpio. Por desgracia no tenían otra cosa, así que Mara y Alonso debían hacerle una visita a ese mecánico. Apuntaron la dirección del taller de coches y se pusieron en camino. Eran sólo las seis y media de la tarde, pero la oscuridad reinante era idéntica a la que se encontrarían a las tres de la madrugada.

El taller se llamaba Estrada Motor y no tenía nada de particular: las persianas arriba, una nave amplia de paredes de hormigón, coches por aquí y por allá, en el suelo, en los elevadores, completos y desguazados. Un chico vestido de azul que trabajaba en las entrañas de un Mercedes clase C dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la entrada al advertir la presencia de los investigadores. Tras intercambiar un par de palabras, el chico les indicó que fueran hasta el despacho del fondo del taller, un reducido espacio lleno de trastos y papeles en los que apenas había espacio para entrar. En la pared, el clásico calendario con la rubia tetuda de turno. Tras una mesa de escritorio con un ordenador y una pila de carpetas de cartón se encontraba un tipo que

coincidía con la descripción dada por Edu. Alonso pensó para sus adentros que, de tratarse de ese tipo, quien quiera que le pusiera el mote se equivocó, más que Melchor era Papá Noel. El mono que vestía apenas daba abasto con la prominente barriga.

—Sentaos, por favor —indicó Ángel Estrada mientras hacía lo propio en su típica silla de despacho con ruedecitas—. Vosotros diréis.

—Estamos bien así —replicó Mara—. Hay prisa, ¿sabe? Y toda ayuda por su parte puede ser tomada como gesto de buena fe. Quién sabe, quizá pueda revertirle en ayuda para usted dentro de un tiempo.

—¿Ah sí? —Ángel rio de buena gana—. Bueno, no sé en qué podría yo necesitar vuestra ayuda. No me malinterpretéis, pero gracias a Dios nunca he tenido que llamar a la policía para nada. Y me gustaría seguir así, toco madera —Ángel tocó la mesa con sus nudillos—. Pero vamos, dispara.

—Mire, señor Estrada, vamos a dejarnos los formalismos y las tonterías —Mara apoyó sus manos sobre el escritorio y miró directamente a los ojos al dueño del taller—. Sabemos perfectamente quién es y a qué se dedica. Que tengamos algo sólido contra usted es sólo cuestión de tiempo. Pero tenga esto bien presente, tarde temprano a todo cerdo le llega su San Martín.

En ese momento fue cuando la risa de Ángel retumbó en todo el despacho.

—No sé si sentirme halagado o acorralado —afirmó Ángel—. A lo mejor me tenéis en mayor estima de la que merezco.

—Lo dudo mucho, Melchor —dijo Alonso, palabra que provocó un ligero cambio en el rostro de Ángel. Su mirada se centró y su risa se transformó en una leve sonrisa— ¿Dónde esconde los carnets y pasaportes falsos? ¿Eh? Apuesto a que tiene una losa falsa —dijo mientras pisaba fuerte con la punta del zapato en el suelo— o a lo mejor está en una caja fuerte detrás del poster de esa tía buena.

—Bueno, si no traéis orden de registro me temo que nunca lo sabréis... —respondió Melchor curvando sus labios—. He recibido varias visitas de colegas vuestros y nunca han podido relacionarme con nada. Decidme, ¿por qué narices os iba a decir yo algo?

—Porque esto no es un caso de falsificación documental, le estamos pidiendo ayuda en un caso de múltiple homicidio —reveló Mara ante la atónita mirada de Ángel.

—Vaya, vaya, vaya, esto se pone interesante —Ángel se apoyó completamente en el respaldo de su silla y se frotó las manos con avidez— ¿Vosotros sois los que investigáis los crímenes de... cómo se llama, la dama de la sangre?

—Sangrienta —concluyó Alonso—. Cosas de la prensa. Para nosotros simplemente es la asesina.

—Sí, y sabemos que la sospechosa ha usado un car-net falso para alquilar un coche —añadió Mara— y bueno, pues preguntando un poco salió su nombre.

—Pues me temo que lo siento mucho, agentes, pero debo decir eso de que «no sé de qué hablan», más que nada porque es verdad, no sé de qué me estáis hablando. Esto es un humilde taller de coches, ¿no lo veis? Ruedas, grasa, llaves inglesas, todas esas cosas —Ángel se puso de pie y comenzó a andar hacia la puerta del despacho—. Así que si me disculpáis, tengo mucho trabajo que hacer.

—Un momento, espere, no estamos aquí por usted —Mara elevó sus manos, deteniendo el avance de Ángel—. Ahora mismo sus presuntos negocios turbios no están bajo investigación, no nos importan, no hemos venido a atrapar-le. Le garantizo que está a salvo. Sólo queremos saber si ha realizado, distribuido o si conoce a alguien que haya podido hacer un carnet falso a nombre de María Martínez Pérez. Por favor, es de una importancia capital, ya ha matado a cuatro hombres, y no creo que tenga intención de pararse ahora.

El mecánico suspiró y, con un rápido y seco movimiento, hizo crujir su propio cuello, cosa que a Alonso le produjo escalofrío que sacudió todo su cuerpo.

—Ya, bueno, ¿sabes? Quizás debería, pero esos tíos no me dan pena ninguna. No porque hayan sido unos infieles, quien más quien menos ha echado una canita al aire en su vida —esta parte la dijo mirando para Alonso— pero éstos han sido débiles, muy débiles. ¿Podría pasarle a cualquiera? No lo creo, hay que estar siempre alerta, dominante de la situación. No puedes dejar que una tía te coma el coco y te clave un puñal. Esa es mi filosofía.

—No se cree ni usted esa parrafada —dijo Alonso apartándose de la puerta para que Ángel pudiera salir—. Si apareciera una mujer de estas que quitan el hipo, de esas que su sola presencia hacen tambalear toda tu existencia, caería. Sí, se rendiría, bajaría la guardia justo ese segundito y entonces, ¡hala!, adiós cuello. Adiós vida.

—Vale, vale —Ángel elevó sus manos sucias de grasa—. Si algún día me cruzo con alguna de esas te cuento.

El dueño del taller abandonó definitivamente el despacho y se dirigió a otro chaval que se encontraba cambiando las ruedas de un Polo. Se acercó y le dijo algo al oído. El chaval, visiblemente sorprendido se alejó hacia la entrada. Mara y Alonso, que no habían perdido detalle, llegaron hasta la posición de Ángel.

—¿Qué, ya le ha dicho a su chico que eche el cierre y prepare algunos de estos artilugios para torturarnos? —preguntó Alonso con una mezcla de ironía y mala leche.

—Ja, ja. Creo que tienes que ver menos películas de Steven Seagal —dijo Ángel—. Sólo le he dicho que vaya a por algo de merienda. Este barril no se mantiene solo —dijo dando unas palmaditas a su prominente barriga.

—Así que ya está, no nos va a decir nada —dijo la inspectora con seriedad.

—Os he dicho muchas cosas, pero supongo que ninguna que os interesará —admitió Ángel dando una profunda calada a su pitillo—. En fin, si algún día necesitáis de un mecánico os hago una buena rebaja, ¿ok? —Ángel les guiñó un ojo—. Para que veáis que me enrollo.

Las miradas asesinas de Mara y Alonso se clavaron en el divertido dueño del taller, que ya indicaba con su mano la salida. Los investigadores echaron un último vistazo general mientras se iban blasfemando para sus adentros. Aún habría otros supuestos falsificadores por la región, pero esperar que un delincuente hablara sobre sus actividades era como pedirle peras a un olmo. Estaban de nuevo fastidia-dos, perdidos, a cada minuto la dama sangrienta se alejaba y ellos sentían que no podían hacer más para evitarlo.

—Es usted un encanto, todo ejemplo para la raza humana —expresó Alonso ya cerca de la calle—. Siga así, todo para usted y a los demás que les den. Esa es su auténtica filosofía, no se engañe.

Ángel Estrada lanzó su última sonrisa de la tarde y les dijo adiós con la mano.

—Volved pronto a Estrada Motor, ya sabéis, el taller que os cambia el aceite y, según parece, la identidad —dijo con una mueca antes de dar media vuelta y desaparecer entre los amasijos metálicos.

Mara sujetó a Alonso de la mano. Sabía que aquella era la típica provocación en la que caería fácilmente el detective.

—Déjalo, no hay nada que hacer —dijo Mara cabizbaja. —Desgraciado... —Alonso se mordió el labio con rabia—. Siempre hay algo que hacer. Ese tío es más culpable que Bin Laden, se le nota a la legua y encima ni se molesta en ocultarlo. No es tonto el bastardo...

Caía de lo lindo. Los investigadores corrieron hacia el coche, sorteando los charcos y cubriéndose la cabeza de la lluvia con sus abrigos. Mara entró en el asiento del piloto y Alonso en el del copiloto. La primera introdujo la llave en el contacto, la giró y el coche arrancó encendiéndose el cuadro. Antes de salir activó el limpiaparabrisas. Fue entonces cuando vieron cómo un papel empapado les limpiaba el cristal.

—¡Para!, quita la cosa esa —exclamó Alonso, que acababa de ver algo.

—¿Qué cosa, de qué hablas? —preguntó Mara extrañada.

—¡El limpiaparabrisas! Eso no es publicidad —indicó Alonso señalando hacia el papel pillado por la varilla del limpiaparabrisas.

Mara obedeció. El detective se bajó del coche y tomó el papel. Se quedó helado, petrificado, también cada vez más calado, mientras leía la frase que contenía ese trozo de papel mojado. Ansiosa, Mara tocó el claxon, sacando a Alonso de su trance y exhortándole a volver adentro del coche. Una vez en su asiento, Alonso pasó la nota a Mara, quien pudo leer unas letras de tinta corrida por la lluvia que decían: «Pensión Río». Mara y Alonso se miraron, fruncieron sus rostros y finalmente soltaron un suspiro.

—Así que esto es magia, ¿eh? —preguntó Alonso, tomando de nuevo el papel.

—Sí, la magia del soplo anónimo —contestó Mara. La inspectora pisó el acelerador chirriando rueda y se dirigió como una bala bajo la lluvia hacia el centro de la ciudad.

Echarle un ojo

Pasaron el río y aparcaron en la acera frente a la Plaza de los Camachos. La frenética velocidad y las luces y el sonido de la sirena les hicieron llegar en apenas nueve minutos. El lugar estaba en calma, la lluvia y la oscuridad de la tarde-noche hacían que la gente buscara refugio en casas o establecimientos, dejando la calle prácticamente vacía. La pensión Río era un pequeño y modesto hostel situado en el bajo de un edificio de tres plantas entre una cafetería y un estanco; un lugar discreto idóneo para utilizar como base de operaciones de lo que fuera.

Mara y Alonso abrieron las puertas acristaladas y entraron. Al no encontrar a nadie allí tocaron la campanita de recepción. Diez segundos más tarde apareció una señora de cincuenta y pico años, con el pelo corto y color caoba con gafas doradas sujetas por un hilo al cuello y el último ejemplar de la revista Pronto en las manos.

—Buenas. ¿En qué puedo ayudarles? —dijo con amabilidad.

—Soy la inspectora de homicidios Mara Suárez. Estamos aquí siguiendo la pista de una sospechosa que responde a esta descripción —le mostró el retrato robot en la pantalla del móvil— y al nombre de María Martínez Pérez. Nos ha llegado cierta información que la vincula a este lugar. ¿Qué nos puede decir?

Tras el susto inicial, que le hizo soltar la revista y abrir la boca como una bobalicona, la señora del hostel se colocó las gafas en su sitio y miró con detenimiento la imagen.

—Sí, sí —respondió sin dejar de mirar el retrato robot—. Se acaba de ir.

—¡¿Qué?! — exclamaron Mara y Alonso al unísono. —Pues eso, la chica de la foto —dijo la recepcionista tras tragar sonoramente saliva— dejó el hostel hará una hora.

Una. Maldita. Hora. Aquello no podía ser verdad. No podía estar pasando. Parecía la cruel broma del esquivo destino. Como siempre llegaban tarde, aunque esta vez por una horita, por sólo sesenta minutos de nada. Aquello, lejos de hundirlos, podría convertirse en una ventaja, debían transformarlo en algo positivo. Como el cazador que sigue a su presa, Mara y Alonso estaban sobre unas huellas tan recientes que daban

lugar a la esperanza de cobrarse entera la pieza.

—¿Está completamente segura? —preguntó Mara ahogando su nerviosismo.

—Sí, déjenme mirar el registro —la señora cogió un libro abierto. La pensión era tan modesta que aún conservaba registros físicos en un enorme volumen. La mujer giró el libro delante del mostrador— ¿Ven? María Martínez Pérez. Fecha de entrada sábado 8 de febrero del 2014, salida miércoles 12. Ya les digo, hace un rato.

La cara de Alonso era todo un poema. Mara trataba de sosegar y ver la situación con los ojos del profesional, los ojos de la calma y la experiencia.

—Ella, ehm, ¿le enseñó su carnet? —preguntó la inspectora.

—¿Eh? Pu-pues no —la de la pensión dirigió su mirada al suelo, incómoda... —. Me dijo que lo había perdido, que había buscado y *requetebuscado* pero que no lo había encontrado. Me dijo que el lunes iría a comisaría a hacerse uno nuevo y que me lo enseñaría.

Alonso miró a Mara de reojo. Si aquella fuese una escena de una película de dibujos animados la inspectora estaría a punto de echar humo por las orejas.

—Sabe perfectamente que no debió darle una habitación, ¿verdad? —dijo Mara con los dientes apretados—. Sin identificación, no hay habitación. Más claro el agua.

—Lo sé, lo sé. Dios santísimo... —la señora estaba al borde del llanto— ¿Cómo iba a saberlo? Yo, yo la vi tan bien puesta, esa presencia, esos modales... Hasta me pagó por adelantado, y con propina...

—Ya, bueno, tranquilícese. Lo hecho, hecho está. Ahora vamos a necesitar que nos enseñe la habitación en la que se ha alojado —indicó Mara—. Y por supuesto que nos diga todo lo que recuerde sobre ella, rutinas, cosas que comentó, cosas que le parecieran extrañas, no sé, si alguna vez vino acompañada o recibió algún mensaje...

—Bueno, a ver, déjenme pensar —la mujer se quedó unos segundos pensando en silencio, sorbió mocos—. Era una mujer muy callada, apenas hola y adiós. Siempre muy emperifollada y perfumada ella... Una mujer muy ordenada y limpia, hasta hacía su cama cada día, con eso se lo digo *to...* —su voz sonaba un poco gangosa—. Y bueno...esperen... ahora que lo pienso, el lunes recibió un pequeño paquete por medio de un mensajero que vino en moto. Entró y me lo dejó aquí en recepción. Cuando la clienta bajó se lo di. Me dio las gracias y una propinica y con las mismas se fue.

—El DNI falso —le dijo Alonso a Mara. Ésta asintió.

—¿Y qué más? —preguntó la inspectora.

—Pues poco más, la verdad —en el gesto de la señora se notaba el esfuerzo por recordar—. Ya le digo que no era muy dicharachera.

—Y qué me dice de sus horarios, ¿le parecían normales, los típicos? —inquirió Mara, tratando de sonsacar lo que fuera posible—. Esta mañana debió de salir muy temprano...

—¿Sí?, bueno, la verdad es que no lo sé. Por las noches está mi sobrino, le puedo llamar para que venga... —sugirió la dueña.

—Sí, por favor. Hágalo. Y ya —convino Mara—. Por cierto, ¿tiene muchos clientes hospedados ahora mismo?

—Ehm, pues cinco —la señora ojeó de nuevo el libro de registros—. Ni a media ocupación. Esta es una pensión modesta.

—¿Cuánto lleva el que más tiempo está? —inquirió de nuevo la inspectora.

—Pues ese es Ramiro Ortuño, suele venir bastante por aquí. Es la habitación contigua a la de María Martínez. Suele pasar dos o tres noches al mes, sólo que esta vez lleva ya cinco... Los demás clientes son de ayer o de hoy mismo.

—Interesante —terció la inspectora— ¿Se encuentra aquí ahora?

—No, salió hará un rato a tomarse un chispazo —respondió— o eso dijo.

—Está bien, pues creo que ya es hora de echar un vistazo a la habitación...

—Sí, por supuesto, un momento —la señora se giró, abrió un pequeño armario lleno

de llaves—. Tomen la llave. Es la habitación 102, por ese pasillo la tercera a la derecha.

—Gracias —dijo Mara cogiendo la llave y encaminándose con Alonso hacia el pasillo mientras la dueña del hostel descolgaba el teléfono y marcaba.

La habitación no desentonaba con el resto de la pensión: gris, aséptica, fantasmagórica. Quince metros cuadrados en los que destacaba una vieja cama de noventa con cabecero de madera y colcha beis, una mesita de tablero redondo con un cenicero de cristal, una cómoda de un color más oscuro con tiradores oxidados y una tele colgando de un soporte de la pared. Contemplando el dibujo del suelo podría tirarse uno horas imaginando interminables formas como el que mira nubes. Al lado de la cama, una puerta que chirriaba como un violín horriblemente desafinado daba al minúsculo baño de tres piezas de un color cercano al verde, espejo redondo, un viejo toallero y poco más. Los azulejos eran de un tono cercano al rosa con una cenefa de ribetes floreados azules. Todo muy años ochenta.

Alonso husmeó en los cajones de la cómoda y por los aledaños de la cama.

—Puf, la de pelos distintos que tienen que salir de aquí —dijo tocando la almohada y sacando a continuación la lengua con cara de asco—. No me gustaría ser uno de los forenses que se encargue de esto...

—Bueno, no exageres, está bastante limpio —dijo Mara, que no dejaba de observarlo todo.

—Se ve limpio por encima, pero me apuesto a que si escarbas sale aquí ADN de gente del siglo XIX...

—Tú nunca dejas de decir esas cosas, ¿verdad? —Mara seguía a lo suyo.

—¿Perdona? Sólo pongo de relieve lo obvio. Si esta colcha hablara... madre mía lo que contaría —iba a sentarse en la cama, entonces recordó que no debía tocar nada, dejar todo tal y como estaba— ¿Lo hueles? Es el olor a humanidad, a sexo recalcitrante. Años y años, ¿cuántas parejas furtivas habrán pasado por esta habitación? ¿Cuántos jovencuelos hartos de echar un polvo en el coche?

—¿Te noto nostálgico? —preguntó Mara, siguiendo con el juego—. Esas historias me suenan extremadamente reales...

—Por favor, yo tengo un poco más de clase que todo esto, ¿no crees? —preguntó Alonso arqueando una ceja.

Mara se reservó el derecho a no responder. El detective se alejó de la cama y se quedó mirando hacia un enorme cuadro de un pequeño barco en alta mar que se encontraba justo al lado del soporte de la televisión.

—¿Has visto? Un barco, como el del señor Albaladejo, eso debe de ser una señal —dijo con sorna.

—Sí, o que un alto porcentaje de los cuadros de hoteles son de barcos —expresó Mara.

—Aguafiestas.

Mientras Mara observaba por la pequeña ventana que daba a un patio interior, Alonso entró en el baño. Fascinado por aquel santuario de lo retro, el detective observó las toallas blancas apiladas, las pastillas de jabón sin abrir y el surtidor de jabón de la ducha. Bufó y se sentó en la tapadera del inodoro. Observó la bombilla parpadear, jugó desenrollando para después volver a enrollar el papel higiénico en su soporte. Entonces se quedó embobado con la boca abierta mirando una pequeña grieta a la altura del lavabo. Se incorporó y, de cuclillas, se acercó a la grieta, que más que grieta resultaba ser un agujero. En ese momento vibró el bolsillo de su abrigo. Tras el leve sobresalto se irguió y sacó el teléfono, acababa de recibir el siguiente mensaje de texto: «Salgo para su despacho. Llegaré en diez minutos. Carlos D».

—¡Vaya por Dios! —exclamó el detective, saliendo rápido del baño.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, joder. Lo había olvidado por completo. En quince minutos tengo una reunión en mi despacho con un cliente. No es la cosa más importante del mundo, pero creo que ya la he aplazado y cambiado de día demasiadas veces... —expresó Alonso con apuro— y como lo vuelva a hacer se me van a cabrear.

—Bueno, no te preocupes, Lucas y los de la científica estarán al llegar. Aquí hay trabajo para rato, hay que interrogar a ese Ramiro, al sobrino de la dueña y a todos los clientes que podamos...

—Ya, pero me sabe mal dejarte justo ahora que estamos tan cerca... Que casi tocamos a esa bastarda con los dedos —confesó Alonso mientras se rascaba la cabeza—.

Pero en fin, no creo que me lleve más de media hora. En cuanto acabe te llamo y seguimos. ¿Ok?

—Claro, sin problema —convino la inspectora—. Sólo siento que te vayas a mojar. Como comprenderás no puedo acercarte ahora en coche.

—Tranquila, parece que ya ha aflojado —dijo Alonso mirando en dirección a la ventana—. Tú quédate aquí, en seguida vuelvo.

El detective guiñó un ojo y sonrió, Mara hizo lo mismo, sólo que más exagerada y deliberadamente, como imitándolo. Alonso se quedó parado en el quicio de la puerta, sus ojos brillaban.

—No se te ocurra resolver el caso sin mí, ¿eh? —dijo justo antes de cruzar el umbral de la puerta de entrada—. Quiero mi medallita.

—Anda y tira ya.

Cuestión de honor

El frío, la fina pero persistente lluvia y la prisa por no llegar tarde hicieron que Alonso llegara a su despacho en apenas diez minutos. Se limpió la suela de los zapatos en la alfombrilla de la entrada y colgó el abrigo en la percha. Cerró la puerta y se dirigió al fondo del despacho para cerrar la persiana tras comprobar que los cristales estaban llenos de gotas. Encendió la lámpara del escritorio y se sentó en su silla. Tamborileó con los dedos sobre la mesa, se balanceó hacia atrás con la silla con cuidado de no caer de espaldas, miró el reloj. Carlos D., que no era otra que Carlos Dávila, el dueño de la empresa E-Master, no aparecía. La cabeza del detective bullía con todo tipo de información, de detalles, informaciones, testimonios, opciones, teorías y demás pajas mentales que nada tenían que ver con los asesinatos en sí, aunque sí con la persona con la que trabajaba en ello. Decidió entonces tomarse un descanso de todo aquello, desconectar durante los minutos en los que tardara en llegar el señor Dávila. Fue entonces, como un chispazo, cuando recordó el eficaz quitapenas que su fallecido padre guardaba en el escritorio. Abrió el último cajón del escritorio y sacó una botella de vino sin etiqueta que debía tener como una década.

Desenroscó el tapón y dio un buen trago. El calor que recorrió su garganta y se hizo fuerte en el estómago re-confortándole sobremanera. Se repantigó en la silla y de nuevo se llevó la botella a la boca. Ese dulce sabor era lo que precisaba en aquellos momentos, como un abrazo en las entrañas que le hiciera olvidar por un rato la cruel frialdad del mundo exterior. Así fue como llegó el tercer trago, y el cuarto segundos más tarde. Se le fue la mano pronto. En apenas un par de minutos comenzó a sentir no sólo un creciente calor interior, sino también la ligereza de su cabeza. Cerró los ojos y se dejó llevar, respiró hondo y expiró una larga bocanada de aire, buscaba la paz, una limpieza de karma o lo que fuera. Era necesario un receso para volver a la carga con las pilas cargadas. Se iba a echar un trago más al coleteo cuando de repente llamaron a la puerta.

Con un ligero tambaleo que le llegó a sorprender, Alonso se puso en pie y avanzó hasta la puerta. Instantes después entró en su piso-despacho un tipo de unos sesenta

años, pelo completamente blanco y repeinado hacia atrás, perfectamente afeitado, cara gorda, papada y cuerpo de pera que vestía un sobrio traje azul marino con camisa blanca y corbata a rayas. Tras estrecharse las manos, el detective le indicó que tomara asiento en una de las sillas que había frente al escritorio, mientras él iba hacia su silla. Al ver la botella de vino sobre la mesa no dudó en ofrecer al recién llegado un trago.

—¿Quieres tomar un vinito, Carlos? —dijo Alonso sonriente—. Debe tener como mil años. —Pues mira —Carlos Dávila miró el Viceroy de su muñeca—, me parece que sí, que es buena hora de calentarse el cuerpo.

Alonso asintió y cogió un par de vasos de cristal de un pequeño aparador que tenía al lado del escritorio. Tras servir las bebidas tomó asiento.

—Tú dirás, Samuel —dijo Dávila segundos antes de coger su vaso y pegar un trago—. A ver qué me cuentas de ese malparido.

—Bueno, por desgracia poca cosa —respondió Alonso, vaso en mano—. Te puedo confirmar que es un malparido, pero no uno estúpido, sino un malparido listo.

—Eso ya lo sabía yo sin necesidad de contratarte — afirmó Dávila, vaso en mano también.

—Me hago cargo —Alonso dio un pequeño sorbo—. Mira, he seguido a ese tío por la mañana, por la tarde y por la noche. En fin de semana y entre semana también. A ese le da lo mismo que sea miércoles que domingo, eso no le afecta. Tiene establecidas una serie de rutinas, unos sitios que visita para proveerse de comida, sustancias que nada tienen que ver con la comida, y otros a los que va para su esparcimiento. Basándome en estos últimos, y las compañías que frecuenta de drogas, camellos y demás gentuza, queda clara una cosa: Ginés está más sucio que la taza del váter de un local de carretera. Pero eso sí, va a todas partes con su collarín, su muleta y su cojera. Aún no he sido capaz de pillarlo fuera de su papel, si es que finge...

—Pelagatos...

—Sí. Podría seguir con él unos días más, pero siéndote sincero no creo que vaya a decaer. Mientras siga teniendo un médico que le firme la baja, él va a seguir como hasta ahora. Estoy convencido.

—¿Entonces qué podemos hacer? —preguntó Dávila con pesar—. No puedo dejar que ese hijo de mala madre se salga con la suya.

—Ya... ehm, no sé qué decirte. ¿Cuánto tiempo me dijiste que llevaba contratado, seis años? —preguntó el detective. Dávila asintió mientras bebía otro trago de vino—. Pues ya sabes, cuarenta y cinco días de sueldo por año tampoco hacen un finiquito demasiado elevado. Échalo y a correr. Si seguimos así te voy a salir más caro yo...

Carlos Dávila dejó el vaso en la mesa, se mojó los labios con la lengua y se echó la mano a la billetera. La abrió y sacó unos cuantos billetes de cien y doscientos euros. Los tiró sobre el escritorio como si nada.

—Tienes que entender una cosa, hijo, el dinero no es ni ha sido nunca un problema —dijo a continuación mientras se guardaba la billetera—. Esto es una cuestión de honor. Necesito hundir a esa sanguijuela cueste lo que me cueste. Quiero un despido procedente, denunciarlo, quiero que aparezca en todas las listas negras y que no vuelva a trabajar en su asquerosa vida. ¿He hablado claro?

—Más claro que el cielo en agosto —concedió Alonso mientras apuraba su vaso de vino— ¿Y se puede saber, si no es indiscreción, a qué viene ese odio tan visceral hacia ese mierdecilla?

El señor Dávila echó su clara mirada al suelo, apretó los puños y suspiró.

—Conozco a ese tarado demasiado tiempo... No sólo los seis años y pico que lleva trabajando en la empresa, la cosa viene de mucho atrás. Ese mamón es el ex marido de una de mis sobrinas, Inma, la pequeña de mi hermana. Además resulta que es mi ahijada, es algo así como mi ojito derecho, la hija que nunca tuve.

—Ya veo.

—Pues eso, que conoció a ese bala perdida cuando ambos eran poco más que unos críos —explicó, señalando con la palma de la mano un metro de alto desde el suelo—. A nosotros nunca nos gustó un pelo, siempre iba por ahí en su moto, fumando porros y pegando tirones de bolsos a las viejas. Lo detuvieron un par de veces, y adivina quién tuvo que pagar la fianza.

Alonso le señaló tímidamente con el dedo.

—Entero —dijo Dávila—. La niña, no me preguntes por qué, ha estado toda la vida enamoradísima de ese pinta. Y claro, los lloros y ruegos y otras amenazas más serias — el tipo se tocó la muñeca derecha—. Nos hacía siempre ir en su rescate y mantenerla contenta. Después pasó lo que tenía que pasar...

—La preñó —dijo Alonso sin ningún tacto. —Efectivamente. Y nada, pues se preparó una boda y le busqué trabajo en mi empresa para que pudiera mantener a la familia. Yo por supuesto no quería, le aconsejé que se olvidara de él, que se centrara en el niño, que nunca le iba a faltar de nada... — gesticulaba Dávila—. Pero ya sabes, ella quería a ese mendrugo y necesitaba que fuera su marido y padre de su hijo. ¿Puedes ponerme otro?

—Faltaría más —respondió Alonso rellenando el vaso de su cliente hasta casi la mitad.

—Bueno, pues como te iba diciendo, se casaron —Dávila hizo una pausa para beber—. Pasaron un par de años más o menos tranquilos. Digo más o menos porque el tarugo era aficionado a salir a comprar tabaco un viernes y no volver hasta el domingo a la noche... Discutían, se decían de todo, y al final se reconciliaban y hasta la siguiente. Claro que las siguientes ya fueron más gordas. Al principio Inma nos lo ocultó, no salía de casa, no recibía visitas durante temporadas... Tanto ella como el niño estaban muy raros. Después descubrimos que el muy hijo de perra le zurraba. Se aficionó a eso el malnacido. Fue entonces cuando pudimos convencerla de que lo abandonara y pidiera el divorcio. Fue una época difícil, sobre todo por el crío que no tenía culpa ninguna. Angelico. Un día, después de una de sus fuertes discusiones, el niño salió corriendo de casa y...

Alonso, que ya se temía lo peor, no quería seguir escuchando lo que ese hombre estaba a punto de decir. Unas palabras que nunca nadie debería pronunciar, pero que formaban parte del mundo y su desgracia. El señor Dávila tragó saliva, sus ojos enrojecieron en un instante.

—Salió corriendo calle abajo, llegó a un cruce, apareció un coche y... Jesús —el señor Dávila se persignó—. No imaginas lo mal que lo pasamos, el infierno que nos tocó vivir... Sobre todo a su madre. Ninguna madre debería vivir algo así jamás —Dávila hizo una nueva parada para arreglar su voz mientras Alonso le miraba con aflicción—. Entonces vino la separación definitiva, después el supuesto accidente, se supone que de moto, pero yo no me creo una palabra. Como tú dices lo podía haber despedido hace tiempo, pero no puedo largarlo y encima pagarle un buen finiquito para que siga con sus trapicheos tan ricamente. No, me niego. Como te decía es una cuestión de honor, de merecimiento. Quiero hundirlo, ponerle el pie en la garganta. Quiero enterrarlo tan hondo que salir del agujero le lleve toda la vida.

—Ya veo, entiendo tus sentimientos, vaya que sí —terció Alonso—. Ya me caía mal el mamón, ahora sencilla-mente me repugna. Ojalá pudiera decirte que en un par de días le pillaré dándose una carrera, pero me temo que eso no va a pasar.

—Pues entonces dame más opciones —Dávila se detuvo un instante para echar un gas disimuladamente—. Tú eres el filigranas, ¿no?, el tío que sale en los periódicos. Piensa algo, hombre. Piensa algo, hazlo y te pagaré lo que me pidas.

El detective cogió su vaso vacío, miró el fondo violáceo por los restos del vino, cerró los ojos y sintió un súbito mareo.

—Está bien, algo haré... —Alonso parpadeaba ostensiblemente, comenzaba a sentirse regular—. Me acercaré más a él, no creo que sea difícil entrar en uno de sus círculos. Sólo hay que fingir ser un desgraciado. Creo que eso lo sé hacer.

Esa era la respuesta que Carlos estaba esperando. De pronto sus enormes mejillas se estiraron dando lugar a una enorme sonrisa de satisfacción que dejaba al descubierto un diente de oro.

—Ahora si me disculpas tengo que... —comenzó a decir Alonso mientras se esforzaba por ponerse de pie.

—Sí, sí, faltaría más —dijo el señor Dávila mientras se levantaba de la silla también—. Lo dejo todo en tus manos —estrechó su mano con la del detective—. Espero que me des buenas noticias en unos días.

—No te preocupes, haré todo lo posible por pillar a ese muerto de hambre.

—Gracias, muchas gracias, Samuel. Eres un tío en el que se puede confiar, lo veo en tus ojos —el señor Dávila seguía estrechando con vehemencia la mano de Alonso—. Sí, esa fiereza en la mirada no la tiene cualquiera, me da seguridad. Sé que harás todo lo posible por terminar el trabajo.

Carlos Dávila soltó al detective y se alejó hacia la puerta, la abrió y desapareció en la oscuridad del rellano. Alonso volvió a sentarse, más bien se cayó en el asiento, y apartó el vaso. Se llevó las manos a la cabeza, después a la cara, para terminar apoyándolas en la mesa. Y ahí estaba, como un destello entre los dedos, su dorada alianza de casado. La acarició con el pulgar de la misma mano, como sacándole lustre, mientras acudía a su mente un torrente de imágenes, recuerdos y vivencias que formaban parte de él tanto como su propia piel; escenas sesgadas de un pasado que ya no iba a volver, que no podía ni quería revivir. Quizás era el alcohol que corría por sus venas, quizás la necesidad de dar un paso adelante y dejar el pasado en el pasado de una buena vez. O quizás era que en aquel momento otra persona comenzaba a llenarle. No quiso pensárselo dos veces, si lo hacía era muy probable que no pasase nada, que todo siguiera exactamente igual, así que estiró la mano derecha y se quitó la alianza con los dedos de la izquierda. La contempló sólo durante un segundo: brillante, suave, esférica, y la guardó en uno de los cajones bajo una montaña de papeles.

Se puso en pie y apagó la luz del escritorio, caminando a oscuras hasta la entrada. Se puso de nuevo el abrigo y cogió puerta. Bajando las escaleras echó mano del móvil y, tras comprobar que no tenía ninguna llamada ni mensajes, marcó el número de Mara, la «Inspectora Maravilla». Tras unos segundos de absoluto silencio saltó la típica grabación de «el número marcado no se encuentra disponible en estos momentos». Extrañado volvió a marcar mientras abría la puerta del edificio y salía a la calle. Allí no sólo le aguardaba la lluvia, también una nube de periodistas con sus paraguas, sus grabadoras y móviles y sus ansias de conocimiento.

—Señor Alonso, por favor, ¿qué nos puede decir sobre la dama sangrienta?

—¿Han conseguido nuevas pistas?

—¿Cuántas víctimas son en total?

—¿Están en peligro todos los hombres casados?

—Por favor, Alonso, unas palabras. ¡No se vaya!

El detective se escabulló como pudo de los cuatro periodistas que le cerraban el paso, disculpándose, elevando las palmas de sus manos y diciendo que no sabía nada. Que no podía hablar. Y preguntándose cómo demonios sabían que él trabajaba de asesor en el caso.

—Señor Alonso, los ciudadanos están preocupados. Se palpa el miedo, ¿de verdad no tiene ni una palabra de aliento?

—Dejadme en paz.

Alonso avanzó unos metros medio a la carrera, buscando el refugio de un portal. Fue entonces cuando apareció Julián Manzanero, el periodista que escribió el famoso

artículo sobre Alonso y el serbio, su caso más sonado.

—Venga ya, ¿tú también? —preguntó Alonso mientras seguía caminando.

—Vamos, Samuel, no seas desagradecido —dijo Julián, caminando a su lado.

—Mira tío, aquel artículo estuvo muy bien, y en cuanto acabe esta pesadilla puedes volver a contar con mi testimonio, pero ahora mismo es imposible —Alonso se acarició las sienes—. Soy detective privado, no un inspector de homicidios. No puedo decir una palabra, ¿estamos?

—Vale, vale. Tranqui, lo entiendo —Julián dio una palmadita sobre uno de los hombros del detective. Alonso tambaleó—. Tu compañera tampoco ha soltado prenda... De repente un rayo cruzó la abotagada mente de Alonso. Un fugaz, pero intenso y poderoso rayo.

—¿Cómo? ¿Mi compañera? ¿La has visto?

—Sí, la inspectora Suárez, ¿no? —Julián señaló con el dedo hacia atrás—. He dejado el coche en el *Tontódromo* y me la he cruzado de camino.

—¿Dónde?

—Aquí al lado, en la calle Enrique Villar, no hará ni cinco minutos...

Ese fue el momento en que Alonso giró sobre sus talones y echó a correr bajo la lluvia.

—Gracias, tío. ¡Mil gracias! —dijo mientras se alejaba—. Ya hablamos. ¡Lo prometo!

—Sí, seguro que sí —dijo Julián para sí mismo mientras el resto de periodistas llegaban hasta él.

El detective hizo en un tiempo récord los apenas dos-cientos metros que le separaban de la dirección que le había dado el periodista. No podía explicarlo, pero tenía una mala sensación. Un par de minutos después se detenía en la calle en cuestión y miraba a diestra y siniestra. No era para nada tarde, el reloj no marcaba aún las nueve de la noche, pero el frío y la fina pero molesta lluvia no animaban a andar por las calles. Sorteando charcos y buscando el amparo de balcones y salientes de las cornisas, el detective abrió bien los ojos y los oídos. El aire fresco y el lavado de cara le hicieron suavizar los efectos del dichoso vino. Entonces cambió de acera y lo vio: Citroën C4 gris, el coche de Mara. Se acercó hasta él y husmeó desde fuera su interior. Nada. Prosiguió su lento camino, echó un rápido vistazo en una pequeña tienda de alimentación china, miró desde fuera por los ventanales del bar Zalacaín. Nada de nada hasta que el primer estallido resonó en la noche. Un desgarrador y enlatado *pum*. Décimas de segundo después sonó otro igual. *Pum*.

La espalda del detective se tensó como hacía años que no lo hacía, sus ojos se abrieron al máximo. Un disparo. Luego otro. Eso era lo que parecía. Allí mismo, dos disparos en mitad de la noche. El sonido venía del edificio del otro lado de la calle, justo al lado de La Clave. Sí, no cabía duda. La cruzó casi de un salto y, con el corazón en un puño, entró por la puerta que se encontraba abierta.

Un precioso fantasma

No hacía ni dos minutos que Samuel Alonso había abandonado la pensión Río cuando Mara se topó con un chico de unos veinte años con el pelo rizado y negro y una larga rasta a modo de coleta, que vestía chándal holgado y palestino al cuello en la puerta de la habitación 102.

—¿Tú eres el sobrino de la dueña? —preguntó Mara, adelantándose al chaval.

—Sí, el mismo —contestó—. Me llamo Jose, aunque todo el mundo me llama el «Bolas».

—El Bolas.

—Sí. Jeje.

—Vale, esto, ¿estás colocado? —preguntó la inspectora mirando esas ojos rojos y medio entornados.

—Noooo, qué va, yo no fumo de eso... casi nunca, vaya —respondió nervioso—. Jeje.

—Da igual, a ver, Bolas, estoy interesada en la mujer que ha estado alojada en esta habitación los últimos días — mientras decía esto, avanzaban hacia el hall—. María Martínez.

—Sí. Menudo flipe que esa tía sea la dama sangrienta esa, ¿eh? —el Bolas silbó—. Acojona sólo pensar que he pasado un montón de horas bien cerca de ella...

—De momento sólo es sospechosa, cuando la pillemos y tenga un juicio se verá si es o no culpable —dijo Mara— ¿Qué me puedes decir de ella?

—Pues así a bote pronto que estaba que reventaba de buena.

La inspectora suspiró sonoramente, con el día que llevaba no estaba para las gilipolleces de un post adolescente fumado.

—¿Y sin el bote pronto qué me dices?

—Pueees, no sé, una tía muy elegante, siempre iba bien vestida, pero no como para ir a una boda, ¿sabes? No sé, parecía una ejecutiva o algo de eso. Salía, entraba.

Tampoco es que la controlara.

—¿Llevaba equipaje?

—Sí, una pequeña maletica de esas con ruedas. Plateada —el Bolas pareció hacer un esfuerzo mental, o eso o se le iban solos los ojos al techo.

—Y qué más —Mara trataba de ser paciente—. Digo yo que algo diría, ¿vino acompañada alguna vez?

—Eeeeh, qué va, siempre más sola que la una. Y bueno, muy parlanchina no era. Yo intenté un par de veces sacarle conversación pero la tía sólo sonreía así falsa y se piraba. Pasaba de mi cara, vamos.

Mientras Mara pensaba pero no decía la frase «no me extraña», entraban en la pensión Lucas y un par de forenses, chico y chica, portando sendos maletines y dejando un reguero de huellas mojadas en el suelo.

—Buenas, jefa, ¿qué? ¿Dónde te has dejado al Poirot? —dijo Lucas con media sonrisa.

—No es mi perrito, Lucas, se ha tenido que ir a hacer sus cosas —respondió la inspectora.

—Pues me alegro, porque menudas ideas tiene el condenado, no te puedes ni imaginar cómo está la comisaría... —Lucas hizo un gesto como si se secase el sudor de la frente— Virgen santísima, echa chispas, jefa, ¡chispas! Yo creo que estaremos a punto de batir el récord de registro de llamadas en un sólo día... y de pirados contando idioteces también. En mi vida he tenido que descartar más soplos falsos.

—Bueno, es lo que hay. Cuando atrapemos a la sospechosa no nos acordaremos de todo esto —terció Mara—. La habitación es por ahí —señaló a la pareja de forenses—. La 102. Ha estado alojada cinco días, así que debería haber algo.

—A ver si es verdad —respondió la chica.

—Tú Lucas date una vuelta por el barrio, interroga al quiosquero, al estanquero, al del bar, a los vecinos... lo que se te ocurra, a ver qué sacas —dispuso la inspectora.

—La calle es lo mío, jefa —apreció Lucas justo antes de desaparecer.

Jose, el Bolas, no paraba de moverse, parecía que tenía el baile de San Vito. Mara no pudo evitar reparar en ello.

—¿Estás nervioso? —preguntó la inspectora.

—No, no, para nada. Jeje —respondió dejando por un momento de moverse— es que había quedado con unos colegas y... Yo que sé, no te puedo decir nada más de esa mujer. Era como un fantasma, un precioso fantasma al que veías pasar de vez en cuando. «Buenos días», «buenas noches»... Y poco más. Por aquí pasa gente rara, muy rara. La diferencia es que ésta era guapa.

—Ya... me hago cargo.

—No como éste —dijo el Bolas refiriéndose al tipo que acaba de entrar a la pensión, un hombre muy delgado que aparentaba cincuenta pero que quizás tenía cuarenta, de aspecto muy dejado y consumido, pómulos marcados, barba de cuatro días y cortinilla en el pelo. Vestía chaquetón con capucha sobre camisa de cuadros metida por los pantalones, cinturón por encima del ombligo y zapatos de cinco euros. Uno de esos tipos que dan repelús nada más verlos—. Menudas pintas.

—¿Es ese Ramiro? —preguntó Mara por lo bajini. —Yes. El mismo —respondió el joven mientras Ramiro decía un parco y apenas audible «hola» y giraba rápido hacia el pasillo. Por supuesto Mara fue detrás de él.

—¿Ramiro Ortuño? —preguntó la inspectora hacia el poco iluminado pasillo.

El tipo se detuvo, giró sobre sus talones y peinó hacia un lado su ridículo flequillo. Sería la primera de muchas veces que haría ese movimiento en el siguiente rato.

—S-sí, soy yo. ¿Quién pregunta?

Mara llegó hasta su posición, a pesar de no haber demasiada luz, a esa distancia ese señor era la viva imagen del horror.

—Soy Mara Suárez, de la policía, estamos investigando al huésped que se hospedaba en la habitación contigua a la suya. Una mujer alta, esbelta, pelo cobrizo...

—Sí. Grandes ojos verdes, piel de diamante, labios carnosos. Huele dulce, como a canela —dijo como si la saboreara—. Una hermosa y delicada criatura... No suelen pasar muchas como ella por aquí. Aunque se ve que hoy es un día especial...

Mara estuvo a punto de soltar una bordería, una de sus frases lapidarias que harían que cualquier hombre (excepto probablemente Alonso) se abstuviera de seguir ofreciéndole cumplidos. Entonces pensó que quizás podía usar eso en beneficio propio. Era evidente que aquel pobre desgraciado era un baboso, un hombre que tan sólo dispondría de sexo en el dudoso caso en que una prostituta aceptara su dinero.

Así que pasaron, Ramiro aguantó la puerta ante el paso de Mara, se le quedó mirando al culo y luego la cerró. Son-rió e invitó a la inspectora a sentarse en la cama con un gesto. Pese a sus enormes reticencias y a no poco asco, Mara consintió, sentándose a continuación él a su lado. Aquel hombre olía a colonia de bebé mezclada con tabaco. La miraba con los ojos abiertos de par en par, con una curva sonrisa en los labios, peinándose una y otra vez los cuatro pelos que tenía por flequillo.

—A ver, señor Ortuño, ¿qué puede contarme sobre la mujer?

—¿Señor Ortuño? —el tipo sonrió, dejando al descubierto una dentadura poco saludable—. Oh, por favor, llámeme Ramiro, y tutéame, no soy tan mayor...

—Vale, Ramiro —Mara tragó saliva—. Soy toda oídos. Y recuerda: cualquier cosa, cualquier detalle aunque lo creas irrelevante puede suponer la diferencia. En estas cosas todo importa.

Ramiro asintió nervioso y se aclaró la garganta. Frotó sus manos con vehemencia y se encogió levemente de hombros.

—Puedo decirte muchas cosas sobre esa mujer —comenzó a decir ante el asombro de Mara—. Sí, más de las que crees...

—Eso es bueno, muy bueno, Ramiro. ¿Quieres decir que se hicieron amigos... o algo así? —Algo así, sí —la sonrisa de Ramiro se abrió, mostrando sus amarillos dientes—. Pero lo más importante es que se equivocan.

—¿Quiénes se equivocan?

—Ustedes, la policía, la tele, la radio... Todos —sentenció—. María no es la asesina. Os lo digo yo.

—Uhm —Mara arqueó las cejas— y, ¿en qué te basas para realizar esa afirmación?

—La he visto, a diario —Ramiro se mojó los labios con la lengua—. Yo... esa mujer no está enfadada con los hombres, más bien todo lo contrario... ¿Sabes lo que le digo? La asesina que buscan es una enferma, una degenerada, una mujer traumatizada que saca todo el miedo, el odio y el rencor que lleva dentro contra esos maridos infieles...

—Ramiro negaba con la cabeza—. Ella no, María no es así. No sé qué puede ser, pero sí te puedo asegurar que no es. Y no es una psicópata.

—No sé si llego a entenderte... —Mara frunció el ceño— ¿Por qué dices todo eso? ¿Conoces a María de mucho tiempo?

—No, la vi por primera vez hace cuatro noches. Aquí.

—¿Aquí? ¿En esta habitación? —inquirió Mara señalando con los dedos hacia el suelo.

—Bueno, más o menos. No sé cómo explicarlo... —dijo mientras se llevaba una mano a la cabeza y comenzaba a rascarse con fuerza—. Hay mujeres y mujeres. Sí, no me refiero a colores o razas, o a tallas. Ni si son más guapas o más feas. Algunas odian a los hombres, son peores que los peores machistas, que ya es decir. Y esta mujer no lo es, para nada. Esta mujer seguro que es de las que se lo comen... todo.

En ese momento Mara no pudo evitar desplazarse unos centímetros de aquel tipo tan extraño y repulsivo.

—¿Qué narices tiene eso que ver con nada? —preguntó la inspectora con evidente

gesto de asco.

—Pues que no tiene nada en contra de los hombres... —explicó—. A ella le encantan los hombres, cada parte de ellos. No quiere matarlos. Es capaz de hacer lo que sea por ellos, ¿no lo ve? Hasta tragarse...

—¡Vale, vale! Ya lo he pillado —la inspectora levantó sus manos hacia Ramiro, exhortándole que parara de hablar—. Mira, Ramiro, no sé si esto me lleva a alguna parte o sólo estoy perdiendo un tiempo que no tengo. Me has dicho que tenías muchas cosas que decir sobre ella, de momento sólo he oído suposiciones y teorías repulsivas. De verdad, te agradezco tu ayuda, pero necesito algo más... tangible.

—Y algo más tangible tengo —dijo Ramiro, poniéndose acto seguido de pie—. Sígueme por favor, quiero enseñarte una cosa.

La inspectora dudó durante un momento, respiró hondo y decidió seguir el juego hasta el final. Si estaba tan obsesionado con ella como creía era bastante probable que aquel pirado tuviera alguna pista de verdad. Ramiro llegó hasta la gris pared de enfrente y se agachó a la altura de la mesa. Con el dedo índice comenzó a rascar en un punto determinado de la pared, sacando a continuación una pequeña bola de papel.

—Este será nuestro secreto, ¿verdad inspectora? —dijo con la felicidad de un niño de cinco años— ¿Me lo prometes?

Mara llegó hasta él y asintió, para acto seguido agacharse junto a él y aproximar la cara a la pared.

—Pon el ojo ahí, a ver que ves —dijo Ramiro con orgullo.

El ojo derecho de Mara se aproximó al agujero, cerró el izquierdo y pudo ver un baño en semi penumbra, únicamente alumbrado por la escasa luz que entraba por un ventanuco.

—¿Ese es el baño de la 102? —preguntó Mara incorporándose.

—Sí, ese es —certificó el tipo, poniéndose también de pie—. El agujero no es cosa mía, ¿sabes? Yo sólo lo descubrí hace años... Estas paredes son como de papel de fumar, se oye absolutamente todo. Un día estaba yo intentando dormir, serían las dos o tres de la madrugada, cuando entraron los huéspedes de la 102. Se trataba de una pareja joven, era verano y hacía mucho calor, así que decidieron darse una ducha juntos... Imagínese el escándalo que armaron. Yo estaba harto, a punto de explotar, cuando me levanté, me acerqué a la pared y la golpeé con el puño, como el que llama a una puerta. Les dije: «sinvergüenzas, hay gente que intenta dormir». Ellos me respondieron, algo así como «vete a la mierda». Y siguieron a lo suyo. Volví a golpear la pared hasta que sentí caer como una tierrecilla me agache justo así y vi el agujero. Pegué el ojo y bueno... lo vi todo.

Ramiro detuvo su monólogo justo en ese punto, volvió a peinarse compulsivamente el flequillo y sonrió. Mara trataba por todos los medios de disimular la repulsa y la mala hostia que aquello acaba de causarle.

—Y nada, desde entonces vengo por aquí cuando puedo, quedándome siempre esta habitación...

—Claro, a ver qué pillas, ¿no?

—¿Pillar? No, no, nada de eso —Ramiro elevó sus manos como diciendo que él no había hecho nada—. Yo no hago daño a nadie, nunca se lo he hecho ni a una mosca. Sólo estoy aquí, y cuando oigo algún ruido miro. Nada más.

—Nada más —repitió Mara en tono acusatorio.

—¿Me has prometido que no ibas a decir nada a la dueña? Es nuestro secreto... Te he confiado mi máspreciado secreto.

—Tranquilo, no me interesan las... cosas —en realidad quiso decir «guarradas de enfermo pervertido»— que hagas aquí. Llevas razón, es nuestro secreto, pero ahora necesito saber si viste algo comprometedor en estos últimos días.... Aparte de a María duchándose.

—Vi mucho más que una ducha —admitió Ramiro, o como Mara lo recordaría toda su vida: «el *voyeur* degenerado de la pensión»—. La oí hablar por teléfono varias veces. Tiene la manía de llevarse el móvil al baño.

Aquello sí que era interesante.

—¿Y bien? ¿Qué oíste? —preguntó Mara con renovado entusiasmo— ¡Habla por Dios!

—Todas fueron llamadas muy cortitas: «sí», «ok» y cosas así. A veces preguntaba «cuándo», otras veces «dónde». Cosas de trabajo supongo, ninguna parecía personal.

—¿Y no escuchaste algo más... jugoso? —los ojos de Mara casi se salían de sus cuencas, necesitaba exprimir a aquel desgraciado—. No sé, algún nombre... Piensa, por favor. Es vital que hagas memoria.

—Claro que sí. También hablaba en otro idioma.

—¿Otro idioma? —preguntó extrañada la inspectora— ¿Qué idioma?

—Ni idea, no soy bueno en eso, yo sólo hablo en cristiano —confesó—. Y esta tarde, en el rato que pasó entre que vino a coger la maleta y se fue también habló con alguien por teléfono...

—¿Y...?

—Pues fue tal que así —Ramiro carraspeó—. Ella dijo «¿sí?», luego «está bien, ¿dirección?», y por último dijo «frente al Teatro Circo, entendido». Después colgó, cogió sus cosas y se largó.

Mara, sin mediar palabra, dio un respingo y se dirigió hacia la puerta, la abrió de un tirón y se precipitó hacia el pasillo. La inspectora pasó corriendo por la zona de recepción, lugar en el que la dependienta y su sobrino esperaban con los ojos como platos, agarró la puerta y se detuvo un momento antes de abandonar la pensión.

—Vuelvo enseguida, debo comprobar una cosa. Cruzó la calle, llegó hasta el coche, accionó la apertura electrónica y entró en él. Lo siguiente que hizo fue arrancar, incorporarse y acelerar, acelerar todo lo que pudo.

La lluvia seguía cayendo, el cartel luminoso de una farmacia marcaba seis grados. En menos de cinco minutos llegó a la calle Enrique Villar, lugar donde se encontraba el célebre Teatro Circo de Murcia, espacio que había permanecido cerrado durante casi tres décadas y que había reabierto sus puertas un par de años antes. Mara aparcó subiéndose a la acera y abandonó el vehículo. Echó un rápido vistazo en derredor y se dirigió pisando los charcos hacia la fachada del teatro. Justo encima tenía el emblemático cartel blanco con letras rojas, enfrente el local La Clave y a su izquierda un portal con la puerta abierta. El local se hallaba cerrado, y más allá había una tienda de objetos de segunda mano que también había cerrado sus puertas. No había otra, fuera lo que fuese que encontrara, algo o nada, debía ser el portón.

De pronto vio justo frente a sus ojos a un tipo con gafas y gabardina que sonreía cordialmente. A Mara le sonaba su cara, pero no sabía de qué. Cuando comenzó a hablar se disiparon todas sus dudas.

—Inspectora Suárez, soy Julián Manzanero, del Crónicas, ¿sería tan amable de responder unas preguntas? —inquirió teléfono móvil en mano.

—Ahora no, por favor. Ha elegido el peor momento del mundo —respondió la inspectora con apuro.

—Vamos, deme algo, lo que sea, la gente tiene derecho a saber... ¿Tienen ya alguna sospechosa?

—Es un caso abierto, por el amor de Dios. Mañana habrá rueda de prensa, vaya y se enterara de lo que sea —respondió Mara con evidente gesto de disgusto—. No voy a decir ni una sola palabra más.

—Pero...

—Pero nada, esta conversación se ha acabado —tanto la mirada como el tono de Mara fueron fulminantes—. Largo.

Julián asintió, se colocó la gabardina como chubasquero y siguió su camino calle abajo. Libre al fin de toda distracción, Mara volvió a fijar su mirada en el edificio frente al teatro. Cruzó el portón y buscó el interruptor de la luz.

Tras pulsarlo un par de tubos fluorescentes parpadearon. Se trataba de uno de esos viejos edificios del centro en los que los estragos del tiempo lo envuelven todo: paredes descascaradas, suelos oscuros de granito, ascensor setentero y escaleras estrechas. Subió hasta el primer piso y echó un rápido vistazo a las dos puertas que halló, una frente a la otra, separadas por unos escasos tres metros. En una había un Cristo sobre la mirilla, la otra tenía tres cerraduras en hilera. Posó el oído sobre la segunda, aguardó así unos instantes. No se oía absolutamente nada. Aquello era casi como ir a ciegas, no sólo por la pobre luz que la iluminaba, sino por-que no sabía qué debía buscar exactamente. Cogió de nuevo las escaleras y subió al segundo piso, donde encontró más de lo mismo: un par de puertas, una vieja maceta muerta en el rellano y poquito más. Iba a continuar subiendo cuando algo hizo que detuviera su avance y volviera atrás. Abrió bien sus fosas nasales e inspiró profundamente. Alguien se había pasado con el perfume... Un perfume agradable y también distinguido. Aquel era un olor dulce, meloso, un aroma como a canela. Canela. Mara se puso en tensión y desenfundó su arma reglamentaria, una H&K USP 9mm, con suavidad. Dio un par de pasos en dirección a la puerta marcada con una B y se dispuso a llamar al timbre. Trató de controlar la respiración, de sosegar a un corazón que, de repente, se había puesto a bombear a toda máquina. Cerró los ojos un segundo, respiró hondo y dio un nuevo pasito hacia la puerta elegida. Estiró el dedo de la mano libre en dirección al timbre. En ese preciso momento la puerta justo de enfrente, la marcada con una A, se abrió y en el umbral quedó recortada la figura de una mujer alta y esbelta, con el pelo corto y oscuro. Por el rabillo del ojo, Mara pudo ver que llevaba algo en las manos. El giro fue veloz, instintivo, un vuelco. Apenas unas décimas de segundo después las dos mujeres se hallaban apuntándose con sendas armas.

—Policía. Tira el arma. ¡Ahora! —dijo Mara con toda la firmeza que los nervios del momento le permitieron.

Los testigos no mentían. Aquella mujer era toda una belleza, aquellos ojos del color del mar Caribe tenían una enorme e irresistible fuerza de atracción. Esa luminosa tez, esos labios refulgentes, una maravilla más propia del cielo que de la tierra. Parada allí bajo la mortecina luz del rellano, parecía más una visión etérea que una persona real. Un precioso fantasma.

—No he llegado tan lejos para rendirme ahora —dijo la mujer, segura.

—No tienes otra opción —respondió Mara con solidez, trataba de controlar la respiración, sujetar el arma con la fuerza y delicadeza necesaria—. Tal y como lo veo sólo hay dos formas en las que puede salir de aquí: esposada, o en una bolsa con un agujero en el corazón. Tú eliges.

La mujer sonrió, había algo más que belleza en ella, era algo profundo, oculto, una sensación de plena seguridad, una energía que parecía emanar de su cuerpo y alojarse en cada centímetro de aquel estrecho pasillo, un aura que se las arreglaba para poseer todo cuanto entraba en su radio de acción.

—Apuesto a que la primera opción te gustaría más — dijo la mujer. Su voz era firme, melódica, casi radiofónica— sobre todo porque la segunda implica que tú también salgas en una bolsa con un agujero en el cuerpo. Admítelo, a esta distancia hasta un niño acertaría.

La inspectora sabía que estaba en lo cierto, estaban a quemarropa, pero aún así no podía ceder ni un milímetro, no podía permitirse la duda. Sólo cabía la determinación, la entereza, la confianza en una serie de habilidades cultivadas con el tiempo. El mundo se había parado para ella en el último minuto y algo se encontraba en una esfera aislada de todo y de todos, sólo estaban ella, la dama sangrienta y ese viejo y

húmedo pasillo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Mara, temiéndose inevitablemente lo peor.

—Uhm. Adivina.

En ese preciso instante una musiquita comenzó a emanar del abrigo de la inspectora. Era su teléfono móvil.

—Me da que no es el mejor momento para cogerlo — terció la asesina—. Puede que sea tu novio, el detectivucho ese que no sabe lo que es encriptar un archivo.

—No haría faltar saber muchas cosas si en el mundo no existiera escoria como tú —respondió la inspectora.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo en tono burlón—. Le estuve vigilando un tiempo, es un tío curioso. Perspicaz pero no brillante. Lo que más me llama la atención de él son sus ideales, parece tener bien claro dónde está la línea que divide el bien del mal, pero luego no la aplica a su vida privada. Es un verdadero desastre emocional.

—A lo mejor no es él quien llama. Puede que sean los refuerzos que he pedido justo antes de subir aquí y que, probablemente, no tarden más de treinta segundos en llegar y acordonar la zona... Estás perdida.

Una carcajada resonó en el ambiente.

—Sí, eso sería lo normal, lo... uhm, reglamentario, ¿no? Pero no tiene pinta de ser más que una fantasía... —la asesina obsequió de nuevo con una gran y brillante sonrisa—. Llevamos un ratito hablando y no oigo ninguna sirena. Te crees más lista que nadie, más capaz que nadie. Has venido sola a atraparme, a ser la heroína, a demostrarle cosas a todo el mundo. Sí, lo puedo leer en tu mirada. Y ya te estás arrepintiendo.

—No sabes nada de mí, tú... —Mara comenzaba a titubear.

—¡Sé todo lo que hay que saber! —interrumpió la asesina con fiereza—. Sé que no has disparado a una persona en tu vida, todo ese entrenamiento, prácticas y demás no vale de nada aquí, ahora. No soy un cartón con una diana pintada, no es tan fácil la primera vez que disparas a alguien. Y tú estás en esa situación ahora mismo...

Si hubiera un termómetro en aquel pasillo probable-mente no marcaría más de diez grados de temperatura ambiente. En cambio, en su interior, tanto inspectora como criminal sentían como si estuvieran tumbadas al sol en una playa en julio. Los brazos en tensión comenzaban a agarrotarse. La situación era tan tensa, tan asfixiante, que parecía que el oxígeno escaseaba tanto como si se encontraran en una profunda mina bajo tierra.

—Ponle fin a esto —dijo Mara, que notaba cómo una gota de sudor caía por el lado derecho de su cara—. Baja el arma, entrégate y las dos saldremos de aquí por nuestro propio pie.

La asesina le dedicó una de sus mejores sonrisas, radiante, celestial.

—Creo que aún no has entendido que soy yo la que no puede dejarte ir.

El primer estallido resonó en la noche. Un desgarrador y enlatado *pum*. Décimas de segundo después sonó otro igual. *Pum*. El primer disparo impactó en la mejilla de la inspectora, el segundo en el corazón de la asesina. Los dos cuerpos cayeron al unísono, despacio, deslizándose en calma desde sus respectivas paredes hasta al suelo. Segundos después la sangre comenzó a avanzar por el oscuro suelo de granito. Se hizo el silencio.

Lágrimas

La luz se apagó nada más entrar al edificio. Samuel Alonso encontró el pequeño interruptor y los tubos fluorescentes del techo volvieron a iluminar el interior. Subió con tiento las escaleras, con respeto, temeroso, inerte. Primer piso, nada por allí. Cristo y las tres cerraduras. Siguió escalera arriba. Un extraño aroma le embriagaba a cada escalón que subía, algo dulce, algo quemado, pólvora, ¿canela? Al llegar arriba su corazón se detuvo durante un ínfimo pero eterno instante. La sangre de una hermosa mujer lamía la suela de sus zapatos. Tenía los ojos abiertos de par en par, el rostro pálido y una herida de bala a la altura del pecho que había acabado con su vida antes de llegar siquiera al suelo. Unos metros más allá estaba la inspectora Mara Suárez, sentada sobre el suelo, con media espalda y la cabeza apoyadas sobre una puerta. Alonso tardó un tiempo en reaccionar. Se hallaba en shock, totalmente paralizado, una estatua de sal contemplando el fin de la vida. Una fuerza hervía en sus entrañas, era la necesidad, la urgencia, el movimiento. No sabía cómo hacer para avanzar, qué hacer para salir de ese estado de parálisis y socorrer a Mara. Así que gritó, gritó tan fuerte que fue escuchado en toda la manzana. El grito consiguió sacarle de su trance, le dio la chispa necesaria para saltar hacia el lugar donde yacía Mara, para despejar una mente congestionada por el trauma y el vino de mil años, para zarandear suavemente a una persona que podría serlo todo o nada para él, pero que sin duda no merecía un final así.

—¡Mara! ¡Dios mío! ¡Mara! ¡Escúchame! Mara no... No.

La abrazó instintivamente y sintió un leve movimiento. Un nuevo vuelco acudió a su estómago. Puso el oído en su pecho, ¡un latido! Puso un par de dedos bajo la nariz de ella, muy débil pero ¡respiraba! Hurgó en el bolsillo de sus jeans y halló las llaves del C4, después la cogió en brazos con sumo cuidado y se dirigió raudo escaleras abajo. En menos de treinta segundos ya estaba en la calle, diez más tarde llegaron al coche. Lo abrió y la puso acostada en el asiento trasero. Entonces vio las toallas que habían

usado para secarse de la lluvia horas antes, le puso una bajo el cuello y la otra la utilizó para liar con delicadeza su cabeza. Como pudo le abrochó uno de los cinturones de seguridad, cerró la puerta trasera y se subió al asiento del piloto. Uno, dos, tres, no había tiempo para contar hasta diez. Arrancó, pisó el embrague y acelerador y los nervios le hicieron comerse el contenedor que tenía justo delante. Maldijo a los dioses, al infierno, a su propia estampa. Dio marcha atrás unos metros y al fin salió a la carretera.

Llovía como si el mundo se fuera a acabar. Sus manos temblaban como nunca. Su corazón sufría como ya no recordaba. El agua se agolpaba en el cristal, miles de gotas con las que el limpiaparabrisas no daba abasto. La carretera brillaba, húmeda, oscura y sinuosa. En un giro casi se lleva por delante a un tío en una bicicleta cargado de cartones. Conducía como un loco, a cien por la avenida de la Fama, esquivando coches, saltándose los semáforos en rojo, apretando tanto el claxon como el acelerador. De cuando en cuando echaba una fugaz mirada al espejo retrovisor. Ahí estaba ella, inconsciente, como ausente, zarandeada por los bandazos que daba el coche, empapando a cada minuto la toalla de la cabeza de rojo. Un minuto, dos, cinco, su tiempo se agotaba, y el condenado hospital no terminaba de aparecer en el horizonte.

El frenazo no evitó la colisión con una furgoneta de reparto que obstaculizaba su camino. El cinturón hizo su trabajo, apenas un tirón de cuello que en esos momentos ni sintió. El repartidor se bajó del vehículo con evidente disgusto, vociferando los típicos improperios de la sangre caliente al volante, pero no tuvo tiempo a intercambiar ni una sola palabra con Alonso. Éste volvió a arrancar, dio marcha atrás un metro, enderezó y de nuevo aceleró hacia adelante, dejando atrás a la furgoneta, al repartidor y a sus insultos, el agua y los cristales rotos.

Doscientos metros más adelante se acabaron las hileras de árboles que acompañaban la carretera y apareció el gran edificio blanco lleno de ventana y luces que buscaba: el hospital universitario Reina Sofía. Giró a la derecha siguiendo el cartel que indicaba «Urgencias» y frenó prácticamente haciendo un trompo en la misma puerta. Se bajó del coche, gritó y saltó bajo el aguacero. Instantes más tardes un par de enfermeros se acercaron al coche y trataron de salvar la vida a Mara. El detective tenía intención de acompañarla adentro, pero en lugar de eso sintió una intensa flojera en las piernas que le hizo caer de bruces sobre el mojado asfalto. No sintió nada durante unos segundos. Echaron la persiana, las luces se apagaron. Su mundo se echó una siesta. Una siesta de cinco segundos. Al volver se sentía mareado, todo le daba vueltas, el frío calaba sus huesos y el aire parecía no querer entrar en sus pulmones. Pronto, cuando fue de nuevo consciente de dónde se encontraba y por qué, llegaron las lágrimas, unas lágrimas que se confundieron con la lluvia.

Fauna

Los tres mejores calificativos para describir aquel local eran: oscuro, sórdido y decadente. Los neones de paredes y techo le daban ese típico aire de bar de carretera, sensación aumentada por la escasa indumentaria de las camareras. No era un local de striptease, tampoco de algo más, era un simple pub solitario de las afueras, de esos con cartel cutre y que gozan de amplio y desangelado aparcamiento. No les iba nada mal de clientela, funcionando como perfecto refugio para un tipo concreto de fauna situada entre los treinta y tantos y los cincuenta y pico, bajos estudios, bajas rentas y aún más bajas expectativas de medrar en la vida. Por supuesto era el local favorito de Ginés Alcázar. Tenía hasta su propio sitio que rara vez le quitaban, uno de esos taburetes de asiento rojo situado en una de las esquinas de la barra, lugar desde el que podía contemplar todo lo que se movía adentro y, claro está, tener un acceso rápido y directo al *bebercio*. Aquella noche intercambiaba escandalosas risas y cervezas con otro tipo de aspecto similar a él, sólo que algo mayor y con la ropa más sucia. Bebían y bebían mientras el segundo le ponía al día acerca de una especie de novia a la que le había pagado unos generosos implantes mamarios pero que aún no había podido disfrutar debido a una infección ocurrida tras la operación y que le había obligado a desarmar el chiringuito.

Dos taburetes a la derecha se encontraba Alonso con traje de faena, su pantalón de chándal negro y sudadera gris con capucha. Su rostro reflejaba una ostensible desmejora respecto a los días previos, no sólo por la presencia de barba y de ojeras, también se apreciaba cierta delgadez en el mismo, con los pómulos y las mejillas más marcadas. El detective se dedicaba a observar, afinar el oído y, de tanto en tanto, dar un trago a su segunda Fanta de la noche. Aún así no podía evitar distraerse, su cabeza se encontraba en otro sitio, al igual que su preocupación. Pero debía hacer un esfuerzo, al fin y al cabo era trabajo, era lo que le daba de comer, y debía currarse bastante este caso si quería llevarlo a buen puerto.

—¿Tú que eres, un deportista de esos?

La autora de esa pregunta era una mujer alta y delgada, de pelo liso y pajizo, cara

chupada y ojos tristes que vestía escotada blusa negra y minifalda roja, sin medias, y zapatos de tacón.

—Bueno, puede, me gusta el bricolaje— respondió Alonso con desgana.

La mujer rio.

—Vaya, eso es bueno, me gustan los hombres que saben arreglar cosas —dijo, sentándose en el taburete vacío que había a la izquierda de Alonso—. Mi ex marido no sabía ni cambiar una bombilla. Miraba una caja de herramientas y era como estuviera viendo, qué se yo, una bomba nuclear de esas. No sabía ni cómo abrirla.

—Sé lo que es eso. Mi hermano era exactamente igual, para mí que no cogió un destornillador en toda su vida...

La mujer le miró con esos enormes ojos de perro pachón. Pidió una cerveza a la chica tras la barra y se aproximó disimuladamente al detective en chándal.

—Me llamo Mónica.

—A mí algunos me llaman Samu —contestó Alonso. —Algunos... ¿y qué te llaman los demás?

—Buah, es mejor que no lo sepas —bebió.

—¿Tienes hijos, Samu? —preguntó la mujer tras servir-se un poco de cerveza en el vaso.

—No que yo sepa. De nuevo Mónica rio.

—Yo tengo uno... Es guapísimo. Moreno, ojos ver-des... su piel es como de oro, ¿sabes? Igualito que su padre...

—¿Qué pasó? —inquirió el detective. Su mirada deambulaba entre Mónica, el Red Bull y lo que ocurría más allá con Ginés.

—¿Con el padre? —Bueno, y el hijo.

—El padre era un gilipollas —respondió Mónica sin contemplaciones.

—Eso me lo imaginaba...

—Nos abandonó cuando Marcos, mi hijo, sólo tenía tres añicos. Bebía, fumaba como un carretero, y no sólo tabaco. Lo peor era cuando venía calentico del trabajo, o del bar... Como odio a ése...

—Olvídalo, no creo que merezca que pienses en él ni un segundo —terció Alonso mientras observaba por el rabillo del ojo como el acompañante de Ginés se levantaba y se iba, dejando a su objetivo solo—. Las personas que sólo traen disgustos es mejor mantenerlas alejadas de nosotros, tanto de acción como de pensamiento.

Mónica asentía mientras echaba un largo trago de cerveza. Coqueteaba con la mirada y los gestos, aunque la pobre no sabía que no estaba dando ningún resultado. Tenía tan-tas opciones de tener algo con el detective como una hiena del Serengeti.

—Háblame de tu hijo. ¿Marcos?

—Sí, es un cielo, lo mejor de mi vida. De hecho, lo único de mi vida —las palabras de Mónica comenzaban a flojear en su garganta.

—Es mucho —Alonso se irguió en su asiento. —Supongo que sí. Es todo un diablillo. Le encanta pasarse horas en la ventana mirando a los coches, jugar con el perro... No para.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Alonso, apurando el contenido de la lata de Fanta en su vaso.

Mónica vaciló un instante, pero la seriedad en la mirada y rostro de Alonso le dieron pie a responder con total sinceridad.

—Bueno, está en casa de una vecina... —respondió la mujer.

—Bien. Aquí llega mi consejo: sal de este tugurio y no vuelvas jamás —terció Alonso.

—¿Cómo dices? —Mónica se echó unos centímetros hacia atrás.

—Que este no es sitio para ti —el tono de Alonso era frío, firme—. Ni para ti ni para cualquier persona que se quiera un poco. Echa un ojo alrededor, es deprimente. Mejor

sal cagando leches, recoge a tu niño y hazle una buena cena. Piénsalo, ¿crees que le gustaría ver a su madre en plan zorra entrándoles a tíos asquerosos en la barra de un antro como este?

La mujer se quedó como noqueada durante unos instantes. Dio un par de pasos atrás y agarró el botellín de cerveza. Un segundo después su contenido pasaba del cristal a la cara de Alonso.

—¡Que te den! —fue lo último que Mónica dijo antes de recoger su bolso, su abrigo y salir del local.

Alonso cogió unas cuantas servilletas del expendedor que tenía justo enfrente y procedió a secarse la cara con ellas.

—Joder, socio, hacía tiempo que no veía a una tía desperdiciar tanta cerveza por aquí.

Aquella frase la pronunció un tipo con voz profunda y desgarrada, perilla de chivo, largas patillas y muy poco pelo que vestía chándal Adidas negro y resultón collarín blanco.

—Sí —Alonso terminaba de limpiarse la cerveza de la cara. Sentía que estaría pegajoso durante días—. Las guarras de hoy en día no son como las de antes. Ya no les basta con que les des dinero, ahora quieren algo más.

—Ja, ja, ja. Ya te digo. Promesas y seguridad. El mundo está loco, socio, muy, muy loco. Y las tías más.

Alonsoapuró su Fanta de naranja. Ginés no perdía de-talle.

—Un tío sano —dijo señalando hacia la lata. —¿Esto? Qué va, tío. Lo que pasa es que una vez casi pierdo a alguien importante por ir bebido... Y no quiero que me vuelva a pasar —respondió Alonso, como si lo que estuviera contando le hubiera pasado mucho tiempo atrás—. Espero que tú no tengas que conducir.

—¿Yo? ¡Qué va! —dijo Ginés sujetando el vaso de tubo que la camarera acaba de servirle—. La verdad es que tampoco debería beber, ya sabes, por la medicación y eso, pero qué se le va a hacer... soy un tío débil.

—Y quién no —la conversación iba tomando forma, despacio, con seguridad, Alonso seguía tirando del hilo— ¿Qué te pasó? ¿Un accidente? No tienes buena pinta con el collarín y la pata liada...

—Ya ves, socio, me jodieron a base de bien —contestó Ginés mientras se acomodaba el collarín—. Yo iba tan guay en mi moto, a eso de las once de la noche, cuando me dieron en un cruce. ¡Pam! Salté por los aires y me fui a dar contra una farola. El muy *joputa* o *japuta*, porque no llegué a ver a nadie, se saltó un Stop. Cuando vio la que había liado se fue cagando leches.

—Lo típico.

—Ya ves. Pero bueno, al rato vino una ambulancia, se ve que llamó un tío que estaba fumando un cigarro en su balcón —Ginés dio un trago largo—. Podría haberme matado o haberme dejado en silla de ruedas para los restos, pero no. Lo chungo es que llevo nueve meses y medio con esto. La cojera no mejora y el cuello no puedo ni girarlo.

—Lo siento, tío. De verdad. La vida tiene esas cosas —convino Alonso. Ese parecía un buen momento para sacar la artillería pesada—. Oye, y no has probado —el detective miró a diestra y siniestra, bajó la voz, mientras Ginés aguzaba instintivamente el oído— ya sabes, a tomar algo que te haga sentir mejor, que te ayude a sobrellevar el día a día, a apaciguarte el dolor.

Ginés agarró el vaso del cubata y se le acercó a los labios. Bebió un par de tragos y luego volvió a dejarlo sobre la barra. Acarició su perilla justo antes de cambiar de sitio y sentarse dos taburetes más a la derecha, justo al lado de Alonso.

—Tú, ¿entiendes de eso? —preguntó por lo bajini. —¿Que si entiendo? —Alonso se remangó la manga izquierda de su sudadera, dejando al descubierto un tosco

tatuaje en el que se veían unos labios tachados con una enorme X negra— ¿Dónde crees que me hice esta preciosidad?

Ginés quedó unos segundos fascinado contemplando el extraño tatuaje.

—¿Dentro? —respondió Ginés con cierta duda.

—Sí, dentro. En Sangonera —especificó Alonso, metiéndose de lleno en el papel—. Cuatro años por distribución. Sólo cumplí la mitad.

—Vaya, amigo. Tiene que ser chungo eso, ¿eh?

—Ya te digo. Hay que hacer todo lo posible para que no te pillen, porque allí dentro las cosas son muy diferentes. Hay otra escala social, ¿sabes? Otra forma de vida. Es jodido... Tardas tanto en acostumbrarte a aquello que cuando empiezas a hacerlo es que ya llevas ahí una buena condena.

—¿Y qué significa el...? —Ginés señaló hacia el tatuaje de pega.

—¿El tattoo? —Alonso se lo mostró debidamente— ¿Tú qué crees? Labios sellados. Boca cerrada. Así es como se gana respeto, y la mejor forma de que el negocio te siga esperando cuando salgas.

—Además de verdad —dijo Ginés, que se notaba ciertamente impresionado. Impresionado e interesado— ¿Y con qué tipo de, ehm, material trabajas?

—¿Material? El que sea, un poco de esto y un poco de aquello —de nuevo Alonso se acercó y habló bajito a Ginés— ¿Conoces a la Benítez?

Ginés titubeó.

—Me suena.

—Pues su especialidad es la hierba, tío, viene directa de Ámsterdam, no te digo más. Nada de mierda culera de Marruecos, te estoy hablando de calidad.

—Entonces, ¿tú, es decir, yo podría...?

Alonso cogió una servilleta del expendedor y pidió un bolígrafo a la camarera. Cuando se lo dio anotó un nombre «Samu» y un número de teléfono móvil.

—Ahora tengo que irme, pero si te interesa puedes contactarme en este número —el detective extendió la servilleta hacia Ginés—. Samu soy yo, y puedes llamarme cuando quieras, las veinticuatro horas del día, como dicen.

Alcázar tomó la servilleta, la miró un instante, la dobló y se la metió en un bolsillo.

—Gracias, amigo. Me lo pensaré.

—Tú mismo. Me gusta ayudar a la buena gente, ¿sabes? —el detective guiñó un ojo—. Y lo que te pasó a ti con ese accidente es una jodienda, ehm...

—Ginés —dijo al fin—, me llamo, Ginés.

—Yo Samu, encantado.

Alonso extendió su mano derecha y la estrechó con la de su nuevo amigo. Ginés llamó la atención de la camarera, ella vino hasta su posición como dando saltitos.

—Oye. Clara, no tendrás por ahí un cartoncico de leche, ¿eh? —preguntó el del collarín ante la mirada de extrañeza tanto de la camarera como del detective—. Me acabo de acordar que esta mañana gasté el último.

—¿Leche? ¿En serio? Pues, sí, imagino que sí —respondió Clara una vez pasada la sorpresa inicial de la petición—. Déjame que lo mire.

La camarera se dio la vuelta y anduvo unos pasos, se agachó. Tras unos segundos su cabeza volvió a emerger sobre la línea de la barra. En la mano portaba un brick de leche semidesnatada.

—Muchas gracias, Clara, me has salvado la noche — dijo Ginés echándose mano de la cartera—. No puedo dormir si no tomo un buen vaso de leche caliente antes de acostarme. ¿A ti no te pasa?

—¿Yo? —dijo Alonso señalándose con el dedo—. Ni leche, ni galletas María. Hace días que no puedo dormir como Dios manda.

—¿Insomnio o un movida de esas?

—No, no tanto. Pero es como si no llegara a estar del todo dormido, ¿sabes? Medio

dormido, medio despierto. Siempre en alerta, como quien duerme con un cuchillo de-bajo de la almohada.

—Eso es chungo —concedió Ginés, recogiendo el cartón de leche—. Bueno, tío, encantado —Ginés extendió de nuevo la mano hacia Alonso—. Yo también me tengo que ir, ya nos veremos.

—Cuídate.

Por el rabillo del ojo Alonso vio cómo Ginés abría la puerta y se arrojaba a los brazos de la oscuridad. La música cada vez sonaba más bajita, el local se iba vaciando, pero Alonso, a pesar de lo dicho, no lo abandonaría hasta que le echaran. No tenía ninguna prisa por llegar a su solitario piso-despacho, recostarse sobre su sofá y cerrar los ojos con la esperanza de hallar un descanso que sentía que no se había ganado.

Caso cerrado

Su majestad el Rey Juan Carlos le miraba vestido de gala desde lo alto. Le acompañaban unos cuantos diplomas en la pared y un par de estanterías con gruesos tomos. A un lado del escritorio lleno de papeles, material de escritura y una banderita española se encontraba el comisario Garrido, un hombre que se conservaba bastante bien para tener sesenta años. Delgado, pelo cano, ojos azules y vestido con un impoluto traje azul oscuro de raya diplomática. Parecía un maduro James Stewart. Al otro lado de la mesa se hallaba el recién llegado detective privado Samuel Alonso.

—¡Vaya! Casi no le reconozco al verle entrar —comentó el comisario— ¿Se encuentra usted bien?

—¿Yo? Oh, sí, sí, no se preocupe —el detective se colocó bien la capucha de la sudadera—. Es, bueno, por trabajo. Un pequeño encargo. Sigo a un tipo de muy bajos fondos.

—Entiendo —convino el comisario mesándose el mentón.

—Antes de nada quiero darle las gracias por recibirme, señor. Comprendo que estos últimos días han sido frenéticos.

—Sí, esa es la palabra exacta. Frenéticos —el comisario se detuvo un instante—. Intensos también los definirían bien. Muchos frentes, mucho trabajo. Y mucho sufrimiento también.

Alonso tragó saliva, apretó los puños con fuerza, la rabia aún le consumía. Cada vez que se disponía a hacer la misma pregunta algo muy adentro se le revolvía.

—¿Cómo se encuentra la inspectora Suárez? ¿Alguna novedad?

—No, todo igual, sigue en coma inducido, pronóstico reservado —contestó el comisario. Su mirada se tornó sombría—. Por cierto, si usted fuera agente del cuerpo tendría que condecorarle.

—¿Eh? ¿A mí? No, para nada —Alonso sacudió la cabeza a izquierda y derecha—. Guarde las condecoraciones para cuando despierte Mara, ella es la que tiene todo el mérito.

—No sea modesto, señor Alonso, sabemos que su participación en el caso ha sido

fundamental. Además, si no llega a ser por su celeridad llevando a la inspectora al hospital ahora estaría... —el comisario bajó la mirada, no pudo acabar la frase.

—Hice lo que haría cualquiera, supongo —bueno, quizás no todos, pensó pero no lo dijo—. Lo que me jod... lo que me escama es haber llegado tan tarde. Quizás pude evitar que le dispararan.

—Ya, sé a lo que se refiere —Garrido se mostraba comprensivo, cercano—. Todos nos sentimos un poco así, pero no debe mortificarse con eso. Las cosas pasan cuando pasan. Llegado el momento usted actuó, y ahora Mara tiene la opción de luchar por su vida. Quédese con eso.

—Sí, comisario, tiene razón.

—Está bien, sentirse culpable es al fin y al cabo algo muy humano. Lo superará, estoy convencido —terció el comisario, aflorando un amago de sonrisa en los labios—. A ver, en sus mensajes decía que tenía algo muy importante, no, ¿cómo era?, vital que decirme.

—Así es. Vital. —Bien, adelante.

Alonso se incorporó en su asiento, frotó sus manos en el pantalón, carraspeó.

—Bueno, no hay una forma fácil de decir esto. Eh, son ideas, flecos sueltos que devoran mi mente en estos días. Cosas que no encajan.

—¿Cosas que no encajan? —repitió con cierta sorpresa el comisario— ¿Sobre qué?

—So-sobre el caso. Sobre la asesina. La dichosa dama sangrienta —Alonso no podía reprimir los nervios, el apuro—. Hay tantas cosas que no sé por dónde empezar...

—Bueno, la asesina está muerta que es lo principal, ya no podrá hacer más daño, así que no debería darle demasiadas vueltas.

—Ya, no, eso es ineludiblemente cierto, pero sospecho que hay algo más. Algo más grande detrás de todo esto.

—Explíquese —el comisario se apoyó sobre el respaldo de su silla, a continuación se arregló el nudo de su corbata con un rápido movimiento.

—A ver —Alonso juntó sus manos como quien fuera a rezar—. La asesina ha resultado ser una persona que no tenía nada que ver con ninguna víctima: ni esposa, ni ex mujer, ni amante, ni vecina, ni conocida, ni nada de nada. De hecho ni siquiera es de Murcia. Y no está casada, lo cual es muy curioso. O sea, una mujer que nunca ha estado casada se dedica a hacer de justiciera contra maridos infieles... No sé. Suena raro.

—Una mente desequilibrada no necesita un motivo lógico —explicó el comisario con tranquilidad—. Hay muchos tipos de cruzados en el mundo que nunca han sido perjudicados por los *males* —hizo la señal de las comillas— contra los que se supone que luchan. Eso lo único que des-carta es la teoría de unos asesinatos pasionales, de la venganza como detonante.

—De acuerdo. Entiendo que un asesino se tome todas las molestias del mundo para no ser atrapado. He visto *Seven* y eso de cortarse las yemas de los dedos. Pero lo de esta mujer es otra cosa —continuó explicando con vehemencia el detective—. No veo comportamiento enfermizo en ella, veo verdadera profesionalidad. A saber —el detective comenzó a contar con los dedos— hackeo informático, identidad falsa, alquiler de coche, tenencia de armas del mercado negro, dotes para la interpretación y una frialdad fuera de lo común. Les ha costado varios días recabar información sobre ella y lo único que han sacado son cosas de su infancia en un orfanato de Barcelona, lo cual significa que es una persona que sabe borrar sus huellas, desaparecer del sistema. Se podía decir que vivía completamente al margen... No sé, comisario. A mí no me parece una psicópata, a mí me parece otra cosa.

—¿El qué? —preguntó el comisario enarcando sus cejas.

—Yo creo que es una asesina a sueldo.

La respuesta dejó al comisario durante unos instantes con la boca entreabierta. Después se dejó caer sobre el respaldo de su asiento y juntó las manos. Suspiró.

—Ya, una asesina a sueldo. ¿Sabe? Entiendo lo que me dice, veo las ramificaciones y tal, pero no creo que esté en el camino correcto. No. Tiene usted demasiada imaginación.

—No, no, nada de eso —Alonso negaba con casi todas las partes de su cuerpo— Yo...

—Nadie contrata a un sicario para que cumpla su fantasía criminal — interrumpió el comisario—. Eso tiene que ver más con asesinatos de signo político o económico. Sin hablar del enorme desembolso que debe suponer pagar a alguien para que mate a cinco personas. O más, porque falló con Leonardo Riquelme y habría seguido con su sangría si no se le llega a cruzar Mara en el camino.

—Eso es otra —prosiguió Alonso al detenerse el comisario—. Ramiro Ortuño, el perverso de la pensión, dijo que la asesina había recibido una llamada en la que le indicaban la dirección de la última víctima, Raúl Guzmán, en el piso frente al Teatro Circo, lo cual quiere decir que tiene un cómplice.... —aseveró Alonso— un cómplice o un cliente.

—Eso no tiene por qué significar nada —contrapuso el comisario—. Pudo ser Raúl, la propia víctima, la que le diera su dirección para tener un encuentro sexual. Desgraciadamente la llamada se hizo desde un número oculto. Así que nunca lo sabremos.

Alonso negaba con vehemencia. Se exasperaba.

—Hay demasiadas incógnitas, comisario, y la principal de ellas es el móvil. ¿Una tía de Barcelona viene a Murcia, entra en el despacho de un detective privado elegido al azar y comienza a matar de forma metódica a hombres que han sido infieles a sus mujeres? No sé, no tiene sentido para mí.

El comisario asintió con convicción justo antes de chasquear la lengua.

—¿Por qué no? Voy a tratar de dejárselo bien claro, Alonso: todas las pruebas y testigos apuntan infaliblemente a la asesina. Y dicha asesina está muerta —el comisario hizo la señal del cuello cortado con su dedo—. Todo esto nos conduce a la única y auténtica realidad: el caso está cerrado. Entiendo su preocupación, sus dudas y sus teorías, su implicación es encomiable. Pero entienda usted esto: no todos los asesinatos tienen sentido. Pregunte a mis inspectores, lea los periódicos. La gente está loca. Un buen día cualquiera de nosotros nos podemos levantar con el pie izquierdo, salir de casa y clavarle un cuchillo de cocina en la cara a la primera persona que nos crucemos por la calle. Ha pasado y no había ningún motivo. No tenía sentido, pero el muerto, muerto se quedó. No le dé más vueltas, Alonso, dedíquese a ese otro caso o tómese unas vacaciones. Pero le recomiendo que no siga dándole vueltas a esto. Todo eso que cree que tiene no existe realmente, sólo está en su mente. Y créame, no va a hacerle ningún bien.

—Pero comisario, escuche...

—Ya no puedo escuchar más —Garrido se puso de pie, su rostro ya no era el de un hombre comprensivo y afable—. Hay una línea muy fina entre cortesía y menosprecio, haga el favor y no me obligue a cruzarla.

Honestidad

Hacía un día hermoso, soleado, cálido. La gente aprovechaba la mínima tregua que el invierno les daba para dejar los abrigos, las bufandas y demás ropajes pesados en casa. Podían así verse camisas abiertas, blusas vaporosas, camisetas de manga corta e incluso alguna que otra chica en sandalias, probablemente alguna estudiante o turista nórdica o germana.

Alonso, que salía del despacho del comisario más con-vencido aún de su teoría, se dirigió paseando hacia la plaza del Romea. Frente al teatro, en la puerta de una nueva pastelería llamada Kuss, se encontraba una mujer de unos cuarenta años, bajita pero delgada, morena con el flequillo hasta los ojos (cubiertos en ese momento por unas enormes gafas de sol negras con ribetes blancos). Vestía un llamativo vestido blanco con estrellas rojas estampadas cuya falda no llegaba a las rodillas. Más abajo calzaba zapatos rojos de tacón. Nada más ver al detective hizo una mueca y se quitó las gafas de sol.

—Buenas, Samuel —le dio dos besos— ¿Qué tal?

—Hola, Lucía. Bueno, bien. No es a mí hay quien hay que preguntarle eso... Siento muchísimo lo de tu marido. Cuando me enteré de que era él no me lo podía creer, yo...

—Ex —puntualizó Lucía—. Ex marido.

—Eso, ex marido —corrigió Alonso, que detectó cierta hostilidad en esa mujer que ya esperaba—. Agradezco mucho que hayas accedido a hablar conmigo, más con lo reciente que está todo. En fin, no puedo imaginarme lo que se debe sentir cuando...

—¡Bah! —Lucía pareció espantar una mosca con la mano—. No nos pasemos, hace mucho que Raúl me importaba una mierda.

Los ojos de Alonso quedaron abiertos como platos.

—¿Pasamos? —propuso Lucía—. No debería, pero ya que estamos aquí me apetece tomarme un dulce.

Alonso asintió e hizo un ademán cortés a Lucía para que traspasara primero las puertas de cristal. La pastelería era todo un ejemplo de diseño moderno: líneas rectas, lámparas que parecían sacadas de una galería de arte contemporáneo y dominio del color blanco en paredes, expositores, mesas y sillas que convertían al lugar en algo parecido a la antesala del cielo. Lucía fue hasta la zona de mesas más allá del biombo que separaba la barra con los cientos de ti-pos de pastelitos, magdalenas, tartas y demás dulces. Tomó asiento en una que se encontraba justo tras una de las enormes cristalerías que permitía ver gran parte de la plaza, el teatro y la vida pasar. Alonso, como buen caballero, se sentó a continuación frente a ella. Antes de que pudiera decir una palabra ya tenían ahí a la camarera.

—Yo quiero un Chocolatísimo —pidió Lucía con una sonrisa culpable en los labios.
—¿Y usted, señor? —preguntó la camarera. —Eh, un café solo. Gracias.

Lucía se quedó mirando a Alonso mientras la camarera se alejaba.

—No recordaba que fueras tan soso —dijo Lucía, observando detalladamente al detective—. Además, ¿desde cuándo vistes así? Se ve que la crisis te ha fastidiado a base de bien...

—Olvídate de todo eso, no es el tema aquí.

—Hay muchos temas aquí, Samuel, no sólo el que a ti te interese.

Alonso se quedó mirando unos segundos a Lucía. Sí, aún quedaba algo de electricidad.

—Vale, tú ganas, ¿qué quieres saber? —Alonso se acomodó y se cruzó de brazos. Lucía suspiró, era su momento, ahí iba la artillería.

—Me gustaría saber, por ejemplo, por qué me dejaste sin decir una sola palabra. —ahí vino la primera—. Ni una. No es sólo que no lo hicieras en persona, ni siquiera tuviste el valor de llamarme por teléfono o mandarme un mensaje de texto.

El detective, que creía ir preparado para eso, comenzó a sentir una ácida sensación en su estómago. También gotitas de sudor que comenzaron a perlar su frente. Signos todos que evidenciaban una gran incomodidad.

—Ya, mira Lucía, sé que no vale de mucho ahora, pero he venido aquí, antes que nada, a pedirte disculpas —Alonso se incorporó un poco de su asiento—. Sí, admito que fui un cerdo, no te traté como merecías y lo siento. De verdad, lo siento mucho.

En ese momento llegó la camarera con el café y el Chocolatísimo, un pequeño vaso de tubo que contenía varias capas de mouse de diferentes chocolates.

—No sé si creerte, siempre me has parecido un tío muy listo —Lucía cogió la cucharilla y tomó una pequeña porción de chocolate blanco—. Sabes liar a la gente y llevártela a tu terreno con tus palabritas y tu carita de pena.

—No estoy tratando de llevarte a ningún lado, sólo me estoy disculpando. Ya sabes que aquella época fue muy mala para mí, con el tema de mi separación y tal...

—Claro, la mía fue mucho mejor, ¿verdad? —Lucía soltó la cuchara sobre la mesa—. Sobre todo el momento en que me enseñaste aquellas fotos de mi ex comiéndole las tetas a esa guarra.

El detective no pudo evitar mirar hacia los lados, temeroso de que alguien hubiera oído aquella frase.

—Bueno, yo sólo hacía mi trabajo. Para eso me contrataste, ¿no? Para saber la verdad. Y normalmente yo traigo la verdad en fotografías.

—No me refiero a eso, listillo, te aprovechaste de la situación... —Lucía hizo una pausa, buscaba una palabra— de mi vulnerabilidad. Admítelo.

Alonso negó ostensiblemente con la cabeza y con el dedo.

—No, no, no. Por ahí sí que no paso —el detective miró a diestra y siniestra, únicamente había una pareja más en el local, y se encontraban tres mesas más allá—. Un polvo es algo de dos, un asunto mutuo. En todo caso tú te aprovechaste de mí tanto

como yo me aproveché de ti. Por el amor de Dios, Lucía, vivimos en el siglo XXI.

De repente, como por arte de magia, como si una lluvia de brillantes estrellas la hubiera rociado, Lucía cambió de cara y de actitud.

—Llevas razón, Samuel. Ha pasado tiempo, ha llovido bastante desde aquello —dijo ella justo antes de dar otra cucharadita a su Chocolatísimo—. Pero es que ha sido ver-te y ponerme de los nervios...

—Ya, tranquila, le pasa a mucha gente —confesó el detective—. En fin, entiendo que esta es una semana especialmente dura para ti. Te repito que siento mucho tu pérdida.

—Eso díselo a quien le importe —dijo con total frialdad—. A mí ni me ha afectado para nada su asesinato, bueno sí, miento, me ha afectado para bien. Me alegro de que ese cabrón esté criando malvas.

—¡Dios! Lucía, espero que si viene la policía a interrogarte te muestres un poco más afectada —dijo Alonso, sorprendido por las duras palabras de Lucía.

—Tranquilo, no soy idiota —una nueva capa de chocolate quedaba a la vista, esta vez negro—. La cosa que más me gustaba de lo nuestro era que contigo siempre podía ser yo misma. Podía ser sincera, totalmente honesta, y es lo que hago ahora. Raúl me jodió y mucho la vida, ya lo sabes, no era buena persona. Ya sé que puede sonar muy salvaje, pero creo que merecía acabar así.

—Bueno, no creo que nadie merezca acabar drogado y con la garganta abierta como un acordeón— terció Alonso.

—Tenemos diferentes puntos de vista en eso.

—Eso está claro —admitió Alonso, quien creía que ya era momento de hacer las preguntas que había ido a hacerle—. Mira, te he llamado porque quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre tu ex marido en la actualidad.

—¿Aparte de que está muerto? —preguntó Lucía con ironía, elevando una de sus cejas.

—Vale, error mío —Alonso arqueó las cejas—. Lo que sepas de tu marido hasta que murió.

—Pues no mucho, la verdad. Como te digo, no me interesaba saber nada de él. No iba por ahí preguntando o interesándome en su vida. Le odiaba, le deseaba lo peor... Pero bueno, a veces es inevitable saber cosas. Imagínate, tenemos amigos en común, tanto en la vida real como en Facebook. Una ve cosas... Sé que estaba alquilado en el piso donde fue encontrado muerto, frente al Teatro Circo, y por lo que me comentaba era un picadero en toda regla. El muy cerdo se debió tirar a media Murcia allí. Me han llegado rumores de que no sólo eran mujeres las que entraban con esas intenciones.

—Así que a Raúl le iba la carne y el pescado —sugirió Alonso.

—Y el marisco, la verdura, yo creo que ese nunca le hizo ascos a nada. Menudo asqueroso... —el Chocolatísimo estaba llegando a su fin—. Debió ser la víctima más fácil de la dama sangrienta esa. En plan, «pasa, pasa, aquí tengo el cuello, guapa».

—Puf. Lo cierto es que fue una de las potenciales víctimas con las que fue imposible contactar... —dijo Alonso con cara de circunstancias—. En fin. ¿No puedes decirme nada más? No sé, si salió con alguna tía peligrosa, o la novia de alguien a quien enfadó... Cualquier cosa que no te cuadre.

—No tengo ni la más remota idea —Lucía se encogió de hombros— aunque apuesto a que sí. Raúl era así, iba enfadando a la gente siempre. Pero no sé si entiendo a dónde quieres llegar, es decir, ¿no pillaron ya a la asesina? Está muerta, ¿no?

—Sí, sí. No es por eso —Alonso trató de echar balones fuera—. Yo, bueno, es para completar un informe para la policía. Ya sabes, cosas de burocracia y eso.

—Uhm. Vaya con *don importante*, trabajando para la policía y todo...

—Asesor, sólo estoy en calidad de asesor. No trabajo para ellos. Soy demasiado

indomable para el Cuerpo.

Aquello despertó las primeras risas de la mañana en Lucía.

—Para ése y para cualquier cuerpo, diría yo —terció Lucía entre risas mientras echaba mano de su bolso—. Bueno, Samuel, no ha estado mal verte. Pero creo que tengo que irme ya, mi cuarto de hora de descanso ha pasado, debo volver a la oficina.

—Claro, claro. Ve, yo invito —dijo Alonso, segundos antes de sacar su cartera del bolsillo.

—¡Gracias! Vaya, vaya, Samuel Alonso, tan cortés como de costumbre —Lucía se puso en pie. Alonso hizo lo propio un segundo después—. Siento no haberte sido de más ayuda, deberías entrevistar a las personas que querían a Raúl, no a las que lo aborrecían. Corre y busca a su madre o a la enterada de su hermana y dale el pésame a ellas.

—Puede que lo haga, Lucía —Alonso dejó un billete de diez sobre la mesa—, puede que lo haga.

Visitas varias

Aquel error del pasado en forma de mujer quemada por la vida le acababa de dar una idea, un movimiento bastante obvio en el que, por razones que al detective se le escapaban, no había caído hasta ese momento. Sería el estrés, las pocas horas de sueño, quizás el dolor. A algo había que echarle la culpa. Decidió darle una nueva oportunidad a su instinto y seguir su pista favorita del caso: Estela, la introvertida mujer de Cristóbal Key, aquel estirado medio inglés que les contó que su mujer se había largado a una isla de la Polinesia francesa. Por supuesto que el marido no sabía nada de ella, había sido abandonado por ponerle repetidas veces los cuernos. Si había una persona en el mundo que sí pudiera saber dónde se encontraba Estela esa era la persona que la había traído a este mundo. La madre que la parió. O en su defecto, como era el caso, su madre adoptiva. Alonso volvió rápidamente a su despacho y echó un vistazo a sus antiguos informes, los cuales ya le habían sido devueltos por la policía tras la muerte de la dama sangrienta. Ahí estaba ella, Estela Rodríguez Triunfo. Bien. Alonso soltó un eufórico «¡sí!» al leer el segundo apellido, el correspondiente a la madre. Triunfo, un apellido tan singular (y quizás premonitorio) como ese no sería difícil de rastrear.

Lo puso en Internet, en el buscador de Google, pero la búsqueda no dio nada que se le acercara ni remotamente. Entró entonces en la web de las páginas blancas, teléfonos de particulares, y escribió «Triunfo» en la casilla de apellidos, y marcó «Murcia» como provincia y «Murcia» como ciudad. La búsqueda ofreció un único resultado: Margarita Triunfo Hernández. Bajo el nombre aparecían la dirección, el código postal y el número de teléfono. Cinco segundos después estaba marcando y acercándose el móvil a la oreja. Silencio. Estática. Un tono, dos, tres, cuatro. Un pitido y una alocución. «Hola, soy Marga Triunfo. Ahora mismo no estoy en casa. El horario de visitas es de seis a nueve de la noche. Si estás interesado pásate a partir de esa hora y estaré encantada de atender tu caso».

¿Horario de visita? ¿Atender? ¿Caso? Parecía que aquella grabación le hablara

directamente a él. Alonso no imaginaba a qué se podía dedicar esa mujer, esa anciana que mínimo debía rozar los ochenta años. Le intrigaba a la par que le tranquilizaba. Al menos sabía que existía, que aún seguía con vida y que podía seguir tirando de ese hilo.

Aprovechando que aún disponía de unas cuantas horas por delante, decidió bajar a comer algo. Recordó que a apenas dos minutos de su despacho, en una callejuela frente a la facultad de Teología, hacía poco que habían abierto una de esas pizzerías en las que te podías comer una buena porción y un refresco por 2,50. Una vez calmado el apetito se dirigió, también a pie, al piso de un tipo que conoció en el caso del serbio. El tío en cuestión se hacía llamar el Rey, por su apellido, y tenía la típica pinta de un hippie desgredado vestido con ropas holgadas y chanclas de dedo con calcetines. Las palabras ideales para describir su piso eran «agujero infernal», toda una amalgama de colores, estilos y objetos que se agolpaban sin ningún sentido ni orden aparente. Era como un vertedero de interior, un vertedero en el que destacaban un enorme sofá estampado y una de esas televisiones de los años noventa.

—Siéntate, macho —indicó el Rey señalándole a Alonso el sofá, mueble en el que ya había dos personas, chico y chica, dormitando—. Menuda sorpresa. No esperaba volver a verte por aquí nunca, la verdad.

—Ya, bueno, siento mucho haberme presentado así de improviso... Si no fuera importante no lo habría hecho —justificó Alonso mientras se sentaba al lado de los dos muñecos de cera humanos.

—Tranquilo, como dice el dicho: «Una vida sin visitas es como un camino sin posadas».

—Ya estamos —dijo Alonso entre dientes.

—¿Cómo?

—Nada, nada, ¿qué les pasa a estos dos? —preguntó el detective en referencia a la pareja que yacía inmóvil en el sofá.

—Bah, se han pasado un poco dándole al tema —el Rey silbó mientras se llevaba los dedos a los labios haciendo como que fumaba—. Estarán bien en un rato, no te preocupes.

—Pues precisamente venía por algo así —dijo Alonso, imitando el gesto de fumar.

—Ah, amigo, que te has pasado a fumarte un buen canelo, ¿eh? —dijo el Rey, sonriente mientras abría el mueble que tenía justo sobre la tele—. Menudo crack. ¿Qué? Estás metido en otra de esas crisis tuyas y necesitas una ayudita, ¿eh? Si ya lo decía el gran Bob Marley: «Fumar hierba te revela tu propio yo».

—Nada de eso, deja ya al pobre Bob Marley tranquilo. No estoy aquí para fumar nada, lo que quiero es llevarme a mi casa cierta cantidad.

—¿Cierta cantidad? Te has creído que soy un camello o qué, macho.

—No, hombre, verás... es que no puedo contarte nada, pero te aseguro que es importante, te pagaré y bien por todo lo que puedas darme. Y no se te ocurra colarme nada de esa mercancía de segunda, quiero de la mejor que tengas.

—Ey, ey, ey. Si te llevas mi mercancía —el Rey se llevó las manos a la cabeza— ¿qué se supone que voy a fumar yo?

—Escucha —Alonso se puso en pie— coges la pasta que te voy a dar, vas a tu distribuidor habitual, le compras y luego te la fumas tan ricamente con tus colegas.

—¿Y por qué no vas tú a ese distribuidor y le compras directamente? —propuso el melenas.

—Porque ni tengo tiempo, ni ganas, ni me puedo arriesgar a que me vean con esa gentuza. ¿Estamos? —el detective hizo una pausa, trató de suavizar el tono—. Mira, estoy en algo así como una misión de incógnito, de infiltrado.

—¿Infiltrado? ¿Como Sonny Crocket en *Corrupción en Miami*?

—Sí, sí. Igualito, pero sin cocodrilo —respondió Alonso—. Por favor, eres la única

persona que puede ayudarme en esto. Te deberé una y bien gorda si lo haces.

El Rey miró a Alonso de hito en hito, recordó lo que aquel tío había hecho por una buena amiga suya meses atrás y sintió que, en cierto modo, se hallaba en deuda con él.

Para un adicto, deshacerse de su droga constituye el mayor esfuerzo del mundo. Dudas, titubeo... acabó cerrando los ojos y extendió al detective una buena bolsa de hojas verdes.

—Anda toma, haz lo que tengas que hacer con ella — dijo el Rey—. Pero no creas que me debes nada. Como dijo Oscar Wilde: «El único deber es divertirse terriblemente», así que si te ayuda en eso, yo me sentiré feliz.

—Joder, te lo agradezco mucho, tío —Alonso tomó la bolsa y no se privó en dar un abrazo al Rey—. Dime, ¿cuánto es esto? ¿Cien, ciento cincuenta...?

—En realidad son doscientos

—La leche —dijo Alonso mientras se hurgaba el bolsillo del chándal—. Menos mal que mi cliente no escatima en gastos. Toma, disfrútalo tú también.

—No te quepa duda de que lo haré —dijo el Rey cogiendo los billetes y guardándoselos en su bolsillo—. Por cierto, ¿tienes mucha prisa?

—Ehm —Alonso miró su reloj, aún no eran ni las tres de la tarde—. No mucha, la verdad.

—Pues siéntate, macho. Relájate, *take it easy*, como dicen los gringos. Van a echar una peli de estas de cine clásico en la tele por satélite: *Sed de mal*. ¿La has visto?

—Claro, es genial. El plano secuencia más famoso de la historia del cine.

—Pues va a empezar en cinco minutos, así que si te apetece... —el Rey señaló de nuevo al sofá—. Si no quieres fumar te puedo traer una cerveza o algo.

—Gracias, tío, de verdad —Alonso aceptó la invitación y se sentó de nuevo en el sofá—. Ahora tampoco bebo. Me conformaré con un refresco o con un vaso de agua. ¿Sabes? Creo que es la primera vez en mi vida que he logrado dejar todos los vicios.

—Wao, entonces estás más jodido de lo que pensaba —el Rey se sentó a su lado, se repantigó, cogió el mando y cambió de canal—. Recuerda lo que dijo Lincoln: «La gente que no tiene vicios tiene muy pocas virtudes».

Aura manchada

La noche se merendaba a bocados al día. La oscuridad caía del cielo aplastando a una fina franja roja que disminuía a cada segundo en el horizonte. Y allí estaba el Opel Kadett de Samuel Alonso, circulando a veinte kilómetros por hora entre una de las estrechas callejuelas que cortan la Senda de Granada, un antiguo carril de huerta que antaño unía Granada con la zona de levante. No conocía mucho aquellos lares, y lo cierto es que todas las casas eran iguales: pequeñas casitas de una planta con la fachada blanca, persiana enroscada en la puerta y rejones negros en las ventanas. La acera apenas medía un palmo. Despacio, y aguzando la vista debido a la oscuridad de la noche y la zona (apenas un par de faroles debían servir de alumbrado a toda la calle), Alonso creyó dar con la vivienda en cuestión. Aparcó pegando el coche lo máximo posible a la acera y se apeó del vehículo. Llamó a la puerta con el puño cerrado y esperó. Segundos después una luz iluminaba la mirilla y la puerta se abría.

—Buenas tardes, ¿Marga? —preguntó Alonso a la octogenaria de pelo corto y gris, pequeños ojos verdes e in-numerables arrugas en el rostro que se encontraba bajo el dintel de la puerta.

—Sí, una servidora —contestó ella, apartándose ligeramente de la entrada—. Pasa, hijo, pasa. No te quedes ahí con la rasca que hace.

Alonso entró en la casa, un estrecho y corto pasillo en el que destacaban un par de crucifijos y un calendario con la imagen de la Virgen de la Fuensanta. A la derecha se encontraba la cocina, al fondo una pequeña salita con sofá con tapete de punto, un mueble con la tele encendida, estaban dando una telenovela, y uno de esos grandes aparadores llenos de fotografías de toda la familia.

—Siéntale aquí, ponte cómodo. Como si estuvieras en tu casa, ¿eh? —indicó la señora—. Ahora mismo estoy con alguien, en cuanto acabe estoy contigo. ¿Vale?

Marga sonrió y se esfumó de la sala, a Alonso no le había dado ni tiempo a decir

esta boca es mía. Así que tomó asiento y fijó su mirada en una figura de más de un metro de alta de la Virgen que había en una esquina. Sobre ella había una foto en blanco y negro de la boda de la señora Marga y su marido, ambos muy jóvenes, muy elegantes y, aparentemente, muy felices. De un lado del marco colgaba un rosario, del otro un sencillito crucifijo de madera. A la derecha, en un estante sobre la tele, se encontraban pequeños marcos con soporte de los hijos. Ahí estaba Estela, quizás con veinte y tantos, aunque seguía manteniendo la misma cara que el detective recordaba de cuando la conoció, diez años más tarde. Al lado, un chico moreno con el pelo rizado que sujetaba un cigarro con bastante gracia. Ambos estaban más a la izquierda haciendo la Primera Comunión, juntos, debido a la poca diferencia de edad. No había más fotos de niños que éstas, evidenciando que ninguno de los dos le habían dado nietos a la amable Marga. En la tele alguien gritaba a otra persona, y esa otra persona gritaba aún más fuerte. La casa olía como huelen todas las casas de ancianos, a algo de humedad, algo de la comida del día, algo del tiempo. Una grieta de una pared se ramificaba una y otra vez hacia el techo hasta llegar a una de las esquinas.

La aguja parecía no seguir avanzando en el reloj, de pronto el tiempo se había congelado en aquel lugar. Alonso tenía la sensación de encontrarse perdido, simplemente varado en un lugar que se asemejaba a muchos otros, que tenía algo de familiar, pero del que quería salir cuanto antes. No había nada especialmente malo allí. Lo que le superaba era esa atmósfera de altar de torero.

Entonces percibió movimiento. Una mujer rubia de unos cuarenta años salía con el brazo sobre los hombros de la que parecía su hija de once o doce. La madre se mostraba contenta, la hija tan sólo expresaba timidez. Fueron despedidas y Marga quedó a solas con Alonso.

—¡Tu turno! —dijo con entusiasmo—. Si te parece pasa a la habitación. Ahí hablaremos mejor.

Alonso obedeció. La habitación a la que se dirigieron parecía una especie de despacho; estanterías con libros antiguos de lomo verdoso y letras doradas, cortinas más feas que pegarle a un padre y una mesita redonda en el centro cubierta por un mantel de hule con dibujos geométricos. La anaranjada luz que alumbraba la estancia procedía de las velas de un par de candelabros. Marga sugirió a Alonso que tomara asiento en una de las sillas de madera con pomos redondeados y asiento de mimbre que había alrededor de la mesa. Ella hizo lo propio, poniendo sobre la mesa un plato hondo de cerámica y una aceitera. Fue en ese preciso instante cuando el detective comprendió.

—Discúlpeme, señora... ehm, Triunfo —comenzó a decir Alonso.

—Marga, por favor, tutéame. Odio que me hablen de usted.

—Marga, yo, creo que aquí ha habido un error —comenzó a explicar Alonso—. No he venido a que me quites el mal de ojo, yo soy detective privado, ¿sabes? Me llamo Samuel Alonso y únicamente quería hacerte unas preguntas a cerca de Estela, tu hija adoptiva.

—Seas quien seas y sea lo que sea que hayas venido a hacer aquí puede esperar. Noto mucha angustia en tu voz, hijo, un pesar hondo, nerviosismo en tus ojos —Marga escrutaba a Alonso como si pudiera leer dentro de él—. Tu aura está manchada, siento esa pesadez, la irradas allá donde vas.

—No, qué va. Yo no irrado nada —Alonso comenzó a gesticular. Esa clase de sitios le ponían nervioso, le recordaban a su infancia, le hacían pensar en su madre—. Mira, Marga, con todo el respeto, yo no creo en estas cosas. No soy una persona demasiado espiritual, de hecho estoy bastante alejado de ese mundillo...

—Eso no hace falta que lo jures —terció Marga—. Estás tan lejos de este mundillo, como tú dices, que has perdido las perspectivas de las cosas. En realidad no hay mundillo ni mundazo, todo es el mismo mundo, hijo. Un mundo grande y rico, con

mucha gente, muchas energías pululando. ¿Tampoco crees en eso?

Alonso no dijo nada, tan sólo puso morritos y bufó.

—¿Qué crees que es lo que hace que te muevas? —prosiguió Marga—. Somos como grandes baterías, y como todas, llega un momento que se gastan. Podemos recargarnos, y hay muchos modos, aunque algunos no son recomendables. En este mundo hay energías buenas y hay energías malas, y de estas últimas hay que cuidarse y mucho. Cosa que sospecho que tú no has estado haciendo.

—Está bien, no debe preocuparse por mí. Yo estoy fenomenal, me siento bien. Esto no se trata de mí, Marga, se trata de tu hija. Quisiera hacerte unas preguntas para que...

—Ninguna de mis respuestas te valdrán para nada si no te limpiamos antes, hijo —insistió la anciana con tono sosegado—. No se puede avanzar con una carga tan pesada como la que tú llevas. Hazme caso. Déjame ayudarte, deja que te libere, que te purifique. Y entonces podrás continuar con tus cosas.

El detective comprendió que no tenía más opción. Por más que le hablara, por más que tratara de explicarse, no iba a ceder. Debía pasar por el aro si quería sacar algo de aquella mujer.

—De acuerdo —consintió Alonso— ¿Qué debo hacer? Y, sobre todo, ¿cuánto me va a costar?

Marga sonrió y negó con la cabeza.

—No te va a costar nada. Jamás he cobrado por mis servicios. Dios no me dio este don para hacerme rica, sólo para ayudar al que lo necesita, a todo aquel desesperado que viene a mí. Y tú, hijo, eres de los más desesperados que han venido por aquí en mucho tiempo.

—Pues qué bien.

—Remángate el brazo derecho y acerca tu mano hasta el plato —indicó Marga mientras tomaba la aceitera—. Verás como el aceite no miente.

Samuel hizo lo que le mandaron y extendió su mano hacia el centro de la mesa, allí fue tomada por la de Marga, que procedió a verter una pequeña cantidad sobre cada uno de los nudillos mientras hacía en ellos la señal de la cruz y recitaba una oración medio para sus adentros. Estuvo así durante unos minutos, tiempo en el que el bueno de Alonso decidió cerrar los ojos y tratar de relajarse, meditar, encontrar a su yo interior y todas esas cosas.

Alonso recuperó su mano y Marga le exhortó a que mirara en el plato.

—¿Ves?

En el fondo había una enorme mancha de aceite que prácticamente ocupaba todo el fondo de la vajilla.

—Lo siento, no sé qué significa —dijo Alonso—. Significa que no estás bien. Cuanto más grande es la mancha, más negro está nuestro interior —Marga cogió el plato y lo vació sobre la aceitera—. Trae otra vez la mano, debemos repetir el proceso. Sólo así conseguiré limpiarte.

Alonso, a regañadientes, concedió de nuevo su mano. Otra vez cerró los ojos, otra vez escuchó ese murmullo de oración mientras el aceite resbalaba por sus finos dedos.

Las llamas de las velas bailaban, dibujando toda clase de sombras sobre aquellas paredes. Afuera el viento aullaba por el callejón, haciendo a los árboles mecer sus ramas, hojas que volaban, frutas que caían. En su fuero interno Alonso se dejaba llevar, ponía la mente en blanco, dejaba espacio para todo lo demás. Cuando al fin abrió los ojos su mirada quedó fija en un cuadro que había en la pared del fondo, sobre la cabeza de Marga.

—Eso es... ¿una orla? —preguntó Alonso, limpiándose el aceite con una servilleta que la señora le ofreció.

—Sí, es la orla de la promoción de Filología Inglesa del 2001. Abajo, a la derecha,

está mi Estela —respondió Marga.

—Sí, ya veo... —pero Alonso se había fijado sobre todo en otra chica que también portaba toga y beca. Una morena con nariz respingona y barbilla partida que se encontraba en la fila de en medio—. Esa otra, en la segunda fila, por el centro, ¿es Esther López?

—¿Esther? Claro, ella y mi Estela eran uña y carne en la carrera.

Ese fue uno de esos momentos en que el cielo se abrió para Alonso, la luz del conocimiento le iluminó y hacia sus adentros gritó un genuino ¡Aleluya! Luz, claridad, paz.

El caso se estaba desnudando ante sus narices.

—Sabes que Esther estaba casada con Juan Herrera, uno de los maridos asesinados por la asesina conocida como la dama sangrienta, ¿verdad? —preguntó Alonso, en cuya cabeza comenzaban a eclosionar diversas teorías.

—Como para no saberlo, desde hace unos días no dan otra cosa por la tele —contestó Marga.

—Eso, eso es bueno ¿sabes? Muy, muy bueno. Es una conexión directa entre víctima y potencial víctima... —dijo Alonso, aunque prácticamente hablaba para sí mismo.

—Me alegro, ¿ves como limpiarse ayuda? —dijo Marga—. Échale un ojo al plato, a ver que ves ahora.

Alonso salió de sus elucubraciones y miró el fondo del plato. En él ya no había un enorme manchurrón de aceite, sino sólo tres pequeñas manchas del dorado líquido. El detective asintió.

—Ya, ya lo entiendo —concedió el detective—. No sé cómo lo has hecho, si de verdad tienes poderes o si sólo es sugestión, pero lo cierto es que me siento más ligero. Sin duda veo las cosas con algo más de claridad...

—Te dije que así sería.

—Háblame de tu hija, ¿qué me puede decir de Estela?

¿Es cierto que se fue a una isla de la Polinesia? ¿Mantienen el contacto?

Marga guardó silencio durante unos instantes, cerró los ojos y movió los labios murmurando frases que Alonso le parecían inteligibles.

—Estela... mi pobre Estela —Marga respiró hondo, dejando después salir el aire despacio—. Hace años que no sé una palabra de ella. ¿Sabes lo que significa eso para una madre? Desapareció, la buscamos, denunciarnos a la policía... Pero no ocurrió nada. El tiempo pasó, los años se nos fueron echando encima. Y siguió sin pasar nada. Nunca ha pasado nada.

—¿Qué crees que pudo suceder?

—Conozco a Estela desde que tenía ocho años, Samuel. Era una chica dulce, amable, reservada. Estábamos muy unidos... Por grande que fuese el daño que ese hombre le hizo, ella nunca nos abandonaría. Nunca se iría al otro lado del mundo. ¿La Polinesia? Es absurdo.

—¿Qué dijo la policía? —inquirió Alonso.

—Poco o nada. Investigaron un tiempo, pero no se tomaron nada en serio. Ellos creyeron la versión de Cristóbal, su marido —Alonso advirtió rencor en su tono de voz—. Al parecer hay registros que dicen que mi hija tomó un vuelo a Tahití... Su hermano estuvo allí buscándola... Nada. Es mentira, es todo una gran mentira. Si me preguntas, yo creo que Estela nunca salió del país. Por no salir no salió ni de la región...

—No sé si te sigo —admitió Alonso— ¿Quieres decir que a tu hija...?

La señora cerró los ojos con fuerza e impidió que las lágrimas salieran. La emoción la embriagaba pero no se podía dejar doblegar, no mientras aquel hombre siguiera allí. Quería mostrarse fuerte, convencida de todo lo que acaba de decir, no una madre más

desesperada por el dolor de la pérdida.

—No lo sé. No quiero que sea así, pero eso es lo que siento —respondió con temblor en la voz— ¿Qué sientes tú? ¿Por qué te importa tanto mi Estela?

—Yo... —Alonso vaciló, trataba de dar con las palabras correctas— sólo quiero saber la verdad, la auténtica verdad. No quiero conformarme con lo que todo el mundo dice que es. Quizás es sólo cuestión de justicia, lo que para mí significa esa palabra, y no me pienso quedar parado si tengo dudas al respecto. No, no lo haré. Seguiré adelante porque eso es lo que hago. No sé qué encontraré, no tengo ni idea de lo que descubriré, pero estoy convencido de que hay mucha porquería escondida tras el escenario.

La sesión había llegado a su fin. Marga ya no dijo una palabra más, su gacha cabeza permaneció un buen rato oculta entre sus hombros. El dolor la golpeaba de a poco, inmisericorde. Cuando Alonso comprendió que ya nada le quedaba por hacer allí, se puso de pie y abandonó despacio el lugar, apiadándose sin pretenderlo de la sufridora madre. Se iba con mucho más de lo que había venido, más dudas, pero con una conexión, con una idea a explotar. La partida seguía adelante.

Un demonio

Esther, la mujer de los dientes separados, se encontraba en la grada del pequeño campo de fútbol donde Eloy, su hijo de ocho años, entrenaba junto al resto de sus compañeros. Desde allí podía ver como su hijo correteaba una y otra vez en dirección a la pelota, como le pegaba unas buenas patadas a la bola, como se caía y como se levantaba. Sonreía, también se cabreaba, sudaba de lo lindo. Colocaba brazos en jarras, respiraba ostensiblemente por la boca y de nuevo corría allí donde se desarrollaba el juego. No desistía, tenía energía para rato.

—Esta noche dormiré como un bendito, ¿eh? —terció Samuel Alonso mientras llegaba hasta el asiento donde se encontraba Esther.

—Vaya que sí —respondió ella—. Una buena ducha, un sándwich y un vaso caliente de leche y a la cama. Los días de entreno cae rendido.

—Así da gusto, te vacías y luego te recargas por la noche. Ese es el plan, ¿no?

—Debería serlo, sí, pero a veces conciliar el sueño no es tan fácil.

—Dígamelo a mí... —Alonso se sentó dejando un asiento por medio entre él y Esther—. A veces tengo la sensación de que no dormiré como está mandado hasta encuentre una respuesta a una pregunta que nadie me ha hecho.

—Eso suena bastante filosófico —convino Esther— y complicado.

—Ya, lo bueno es que las cosas siempre parecen más complicadas de lo que luego resultan ser en realidad. Y la culpa es nuestra, somos las personas las que las complicamos.

—O eso o que no sabemos cómo hacerlas fáciles. Alonso asintió, alternaba la visión al campo con los tristes ojos de Esther.

—Créame que siento muchísimo molestarla, pero como le he dicho por teléfono, necesito que me hable de ciertas cosas...

—Yo también necesito hablar de ciertas cosas a alguien... —dijo Esther con aflicción mientras no dejaba de seguir a su hijo con la mirada— pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—¿Su hijo aún no sabe que...? —preguntó Alonso con tiento.

Esther negó con la cabeza, de nuevo volvía a hacerlo, lograba que las lágrimas se quedaran en sus ojos y no rodaran por sus mejillas.

—Sabe, yo... mi madre murió cuando yo tenía doce años —confesó el detective, captando por completo la atención de Esther—. Durante un tiempo pensé que había ido de viaje, a un retiro espiritual, a ella le gustaban mucho esas cosas. La hacían sentirse limpia, en paz y armonía, o al menos eso decía. Yo preguntaba y preguntaba por ella, la respuesta era siempre la misma: «está de retiro». Por supuesto que noté cosas raras en mi padre, al igual que su hijo las habrá notado en usted, pero créame, un hijo nunca imagina que su madre o padre haya muerto. Nunca. No sé con exactitud el tiempo que pasó, semanas, quizás un par de meses. Una noche, con mi padre trabajando, entré en su habitación y me puse a registrar con sumo cuidado los cajones de la mesilla de mi madre con una linterna. Allí, entre ropa interior, estampitas y algún rosario encontré unas octavillas en las que se anunciaba un retiro espiritual en una casa rural en Caravaca. Según mi lógica sería allí donde encontraría a mi madre. Estaba convencido, así que decidí presentarme allí. Tenía que hacerlo.

—Y... ¿lo hizo? —preguntó Esther.

—No hizo falta —respondió Alonso—, en el mismo cajón estaba el misal del funeral de mi madre.

Esther se quedó helada, trató de balbucear alguna cosa pero al final no fue capaz de decir nada.

—Así fue como me enteré de la muerte de mi madre. De noche, a escondidas y solo, leyendo en un papel que decía que mi madre había sido enterrada en no sé qué cementerio —dijo Alonso sin paliativos—. Entiendo que su situación es difícil, durísima, pero créame, no existe forma buena de dar una noticia así. Simplemente tiene que decírselo. Que lo oiga de sus labios, que la tenga ahí para abrazarla y compartir sus lágrimas.

—Lo sé... lo sé... Pero me faltan las fuerzas. Su padre es, es... él lo adora, lo idolatra. Todo esto me supera —confesó Esther.

—Y no es para menos, Esther, pero debe hacer el esfuerzo. Es su derecho saberlo, y es su deber decírselo.

La mujer limpió y secó sus ojos con un *cleanex* que había sacado del bolso y recuperó la compostura.

—Bien, al entrenamiento le quedan diez minutos —dijo mirando la hora en su reloj de pulsera—. ¿Qué quiere saber?

—Quiero que me hable de Estela Rodríguez Triunfo —dijo el detective.

—¿De Estela? —preguntó sorprendida— ¿Mi compañera de carrera?

—La misma.

—¿Por qué?

—Su madre me ha contratado para que dé con ella —mintió Alonso. Esa estrategia era más inteligente que hacer ver que seguía por su cuenta en el caso de la dama sangrienta.

—Uhm, pues qué casualidad. Nunca habría imaginado que lo vería a usted dos veces en una misma semana —reconoció la mujer, que echaba un vistazo cada poco a lo que hacía su hijo en el campo—. A ver, déjame pensar, hace siglos que no la veo —contestó Esther, desviando su mirada hacia la derecha, haciendo un esfuerzo mental—. Durante la carrera fuimos bastante íntimas, pero ya sabe lo que suele pasar en estos casos, nos graduamos y cada una tiró para un lado.

—¿No se vieron nunca después de la universidad? —inquirió Alonso.

—No, sí, por supuesto que nos vimos. Al principio que-dábamos más, a cenar, a tomar una copa de vez en cuando. Con el paso del tiempo yo empecé a trabajar de profesora y cada vez tenía menos tiempo, pero seguíamos manteniendo cierto contacto

por teléfono, e incluso llegamos a tomar un café que otro.

—¿Sabía que se fue a Tahití o una isla por el estilo cuando se enteró que su marido le era infiel?

—Algo oí. Sí —respondió lacónica.

—¿Y qué le pareció?

—Me pareció increíble. Cualquiera que conociese un poco a Estela sabría que eso no era propio de ella.

—¿Ah no? ¿Por qué dice eso?

—Porque era una muchacha muy tímida, no solía salir mucho, tenía una relación muy fuerte con su madre. No sé, no le pegaba conocer a un tío y de repente irse a la otra punta del mundo —dijo gesticulante—, pero claro la cosa es que hace años que no sé nada de ella. La llamé, le escribí decenas de emails... nunca respondió a nada.

—Ya —Alonso elucubraba, comenzaba a enlazar mentalmente todas las informaciones sobre Estela—. Y qué me puede decir de Cristóbal Key, su marido, ¿le conocía?

—No, nunca llegué a conocerlo, la verdad —admitió la mujer, que no perdía de vista a su hijo.

—Eso es raro de narices —expresó Alonso con los ojos como platos— ¿No fue usted a su boda?

—No hicieron una boda, digamos, al uso —explicó Esther—. Un día viajaron a Inglaterra a conocer a la familia de él, y se ve que allí les dio un arrebató y se casaron. Ya volvieron como marido y mujer.

Alonso se encogió de hombros, tenía el gesto torcido. No terminaban de encajar las piezas.

—¿Y después nunca quedaron los cuatro? —preguntó el detective elevando cuatro dedos de su mano derecha—, quiero decir, con su marido y el de ella. En plan parejitas.

—No, ya le digo, las poquísimas veces que quedamos una vez casadas fue las dos solas —Esther asintió—. La que mejor recuerdo fue la última. Una noche me llamó por teléfono y me dijo que tenía algo importante que contarme. Que estaba agobiada, amargada y necesitaba a una amiga. Que yo era la única que tenía y cosas así. Así que quedamos al día siguiente, yo tenía una hora libre en mitad de la mañana y me acerqué a uno de esos bares que hay al lado de El Corte Inglés. Allí fue donde me contó que creía que el marido le ponía los cuernos.

—Y usted le recomendó que contratara a un detective privado para salir de dudas. A uno que usted conocía y que se llama Samuel Alonso.

—Exactamente —Esther frunció el ceño— ¿Le dijo ella que venía de mi parte?

—Para nada, lo imaginé hace una hora cuando descubrí que ustedes dos habían ido juntas a la universidad —contestó el detective—. Era demasiada casualidad que ambas contrataseis al mismo detective. Dígame, ¿qué le contó sobre Cristóbal?

—Bueno, dijo que ella creía que era una persona y en realidad era otra completamente distinta. Que últimamente se comportaba de un modo extraño, que venía muy tarde y oliendo raro por las noches... —Esther arqueó las cejas— que era un hombre simpático y echado para adelante en apariencia pero que a veces estallaba y se transformaba en un demonio. A mí me dio mucha pena... pena y un poco de miedo. Por eso le recomendé que le contratara a usted.

Cristóbal Key, el cabrón infiel, el «don no dispongo de tiempo para gilipolleces» volvía a ser una de las grandes opciones. El prepotente, estirado e inmaculadamente vestido que había salido de la cafetería donde le interrogaron con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sospecha de él ¿verdad? —preguntó Esther con interés— ¿No creerá que...?

Alonso se encogió de hombros, arqueó las cejas, se mordió el labio inferior.

—No lo sé, puedo creer muchas cosas, algunas podrían tener visos de realidad y otras no son más que meras fantasías. Pero lo que está claro es que ese tío me parece más misterioso a cada paso que doy.

Los niños acudían al círculo central del campo y hacían un corro. Daban unas consignas y saltaban juntos, felices, unidos como un auténtico equipo. A continuación se iban corriendo hacia los vestuarios saludando a padres, familiares y amigos como si fueran estrellas del deporte rey. Más de uno se quedaría con las ganas de quitarse la camiseta y lanzarla a los amigos de la grada como hacen sus ídolos.

—Este mundo es una mierda —expresó Esther con voz quebrada—. Es muy duro, demasiado frío, demasiado inestable. Creemos que podemos controlar lo que hacemos, lo que pasa, pero en realidad no podemos. Es una sensación muy fuerte, ¿no crees?, ese vacío dentro de que no siempre puedes proteger a la gente que quieres, que en cualquier momento se te puede cruzar un loco, o yo que sé, pegarte un resbalón en la bañera y que todo se acabe.

Alonso se puso de pie. Esther hizo a continuación lo mismo. El campo ya estaba vacío, las estrellas titilaban ajenas en el cielo, una visión tan bonita como intrascendente.

Mayormente negocios

Algo debe ir rematadamente mal cuando un cuerpo se acostumbra a dormir toda la noche en un coche. Esa era la sensación que tuvo Alonso cuando el primer rayo de sol traspasó la luna delantera de su Opel Kadett e incidió directo en sus párpados. Se encontraba en la calle Carlos III, aparcado frente al mesón La Cadena. Tres pisos por encima vivía Cristóbal Key, del que no había visto ni su sombra. Según la web de su empresa, Buildup, el horario laboral iba de nueve a dos y de cuatro a siete. El detective esperó un buen rato más, vigilando tanto la puerta del edificio como la del garaje y cada coche que de él salía. Pero nada, ni rastro de Cristóbal por ninguna parte. Cuando dieron las nueve se hizo patente que o bien Cristóbal se hallaba de vacaciones, o se había quedado dormido. O había dormido en otro sitio. Alonso salió del coche y tocó el timbre nombrado como C. Key. Nada. Volvió a llamar y volvió a no pasar nada en absoluto. Allí no había ni rastro del señor Key, así que Alonso volvió a su coche, lo arrancó y puso rumbo a la sede de Buildup, sita en la Torre Godoy.

Atravesando la jungla de asfalto de un viernes por la mañana, el detective llegó hasta el brillante rascacielos de cristal. Aparcó donde buenamente pudo y entró por la puerta principal. Cotejó en el directorio el número de planta en el que se encontraba la constructora y subió al ascensor. Una vez arriba llamó a la puerta identificada con un letrero como de Buildup, esperó un par de segundos y abrió la puerta. Se trataba de un amplio espacio con tres o cuatro mesas, un par de helechos y unos cuadros con fotos de edificios y un par de puertas con letreros que desde allí no alcanzaba a leer.

—¿Sí? ¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó un atareado muchacho.

—Eh. Sí —Alonso avanzó hacia la mesa del joven—. Estoy buscando a vuestro director comercial, Cristóbal Key.

—¿Tenía usted cita con él hoy? —preguntó extrañado, fijándose en ese rostro que avanzaba hacia él.

—Pues no, no estoy aquí por negocios. Verá, es un asunto delicado, personal. ¿Me

comprende? —dijo Alonso con todo el tacto que pudo.

El muchacho se le quedó mirando en silencio durante unos segundos, frunciendo el ceño, escrutando un rostro que, definitivamente, le era familiar.

—Tú eres Samuel, ¿verdad? —dijo de pronto—. Samuel Alonso.

—Eh, pu-pues sí —balbució Alonso— ¿Nos conocemos?

El muchacho parpadeó nervioso, asintió.

—Sí, soy Jorge —dijo mientras señalaba su propia cara— Jorge el del colegio. ¿No te acuerdas de mí?

Jorge. Jorge el del colegio. Jorge el pobre chaval al que empujó a la rambla inundada veintitantos años atrás. Ese Jorge. Para cuando Alonso fue consciente de a quién estaba hablando su boca le llegaba ya a los mismísimos pies.

—Vaya, no, yo... no me lo puedo creer —admitió Alonso, saliendo poco a poco de su pasmo—. Jorge el del cole...

—Ya, bueno, ha pasado mucho tiempo...

—Ya lo creo, muchísimo tiempo.... —dijo Alonso. Sus ojos, poco a poco, iban cobrando su tamaño normal—. Vaya, ¿sabes?, es súper curioso. No te lo vas a creer. ¿Alguna vez te ha pasado eso de que te acuerdas de alguien que hace una burrada de tiempo al que no ves y luego, de repente, en cosa de un par de días, te lo vuelves a encontrar? —Jorge asintió con no demasiado convencimiento—. Pues eso es exactamente lo que me ha pasado contigo.

—¿Ah sí?, es curioso —concedió Jorge, al que miraban de reojo sus compañeros de oficina—. Yo no puedo sentir lo mismo. En realidad me acuerdo demasiadas veces de aquello que ocurrió... Ya sabes.

El detective sintió como una ardiente bocanada de culpa entraba en su interior, produciéndole una incómodo y potente quemazón que sabía que merecía.

—¿Sí? Oh, vaya, yo... créeme, lo siento mucho, Jorge —dijo Alonso con cara de circunstancias—. No estoy nada orgulloso de aquello, éramos unos críos. Era un idiota integral.

—Tranquilo, no pasa nada, hace mucho de eso, no tienes por qué decir nada...

—No, sí que tengo que decirlo —expresó Alonso con evidente apuro en su voz—. Estuvo mal, fue cruel y... joder, no quiero ser recordado como el gilipollas que te tiró a un río.

—Y no lo eres, Samuel —Jorge, por primera vez en ese rato, sonreía—. Más que recordarte como el que me tiró, te recuerdo como el que me salvó.

Entonces los ojos de Alonso, como por arte de algún extraño hechizo, se iluminaron irradiando un bienestar y una energía largo tiempo aletargadas. Toda una lección que apreciaba y que, en aquellos momentos duros, reconfortaba su lastimera alma. El detective se acercó aún más a la mesa, se inclinó y estiró su mano derecha hacia Jorge. Éste correspondió levantándose y estrechando su mano con la del tío que le había tirado a un río, pero que también tuvo lo que tuvo que tener para lanzarse y rescatarlo de una posible desgracia.

—Gracias —dijo Alonso con sinceridad—. Eres un buen tío, Jorge. Hazme caso, no quedan muchos como tú.

—Tonterías, todos tenemos algo bueno dentro, Samuel. Sólo hay que dejarlo salir de vez en cuando —Jorge sonrió y volvió a sentarse, invitó a Alonso con un ademán hacer lo propio en una de las sillas que se hallaban frente a su mesa, pero éste declinó con la cabeza.

—Me alegro mucho de verte, Jorge. Ha sido... algo especial —reconoció Alonso—. De verdad que sí. Pero el deber me llama, creo que no dispongo de demasiado tiempo. ¿Podría ver al señor Key?

—Me temo que no, Samuel, el señor Key está en Londres de viaje de negocios.

—¿Ah sí? ¿Londres? ¿El Londres de Inglaterra, el Buckingham Palace, Sherlock

Holmes y todo eso?

El muchacho sonrió y se quedó durante unos segundos mirando a su viejo salvador, un tipo ojoso, despeinado, sin afeitado, vestido de chándal y que parecía que había dormido con la ropa puesta. Cosa que era cien por cien cierta.

—Sí, me parece que no hay otro Londres.

—Pero... él... es decir, pero si estuve hablando con él no hará ni dos días... — argumentó Alonso, aún incrédulo.

—Ya sabes, a veces pasan estas cosas. Ha surgido la oportunidad y ha tenido que ir a Londres personalmente.

—Londres, ¿eh? Vaya, debe ser un tipo importante.... —Alonso dio un par de pasos hacia atrás—. Con esos trajes, esa gomina, ese figurín que se gasta...

—Ya ves, debería haberlo visto en la fiesta del Silken el pasado domingo, parecía un Lord del siglo XIX...

—Je, je, un Lord, muy bueno... —fue justo ahí, en ese preciso momento, cuando la conexión llegó al embotado cerebro del detective—. Espera, ¿has dicho Silken? ¿El hotel Silken Siete Coronas?

—Sí, el Silken, el único que hay aquí creo... —La madre que lo parió...

—¿Perdona?

—¡Estuvo en la misma fiesta que Juan Herrera! —exclamó el detective—. La misma noche en que fue asesinado... Mierda, mierda, mierda.

—¿Te ocurre algo, Samuel? —preguntó Jorge, poniéndose nuevamente de pie—
¿Te encuentras bien?

Alonso se acercó a él, sus ojos echaban chispas, su cerebro carburaba a toda máquina. Parecía un loco.

—Dime, Jorge, ¿qué demonios hacía Key en aquella fiesta, aparte de salvar la selva amazónica o mierdas de esas?

—Bueno, no sé si sabes cómo son esas fiestas... son negocios, mayormente —respondió él, descolocado, intrigado— ¿Por?

—Mayormente negocios. Mayormente negocios —repitió Alonso. Sus ojos se perdían en el infinito, su mente en un mar de datos, probabilidades y conexiones. Teorías que giraban como si su cabeza fuese una lavadora centrifugando al máximo—. Contratos. Dinero. ¿Mucho dinero?

Jorge se encogió de hombros. Alonso sonreía de oreja a oreja como un idiota. Por primera vez en días comenzaba a ver las cosas claras.

—Gracias, muchísimas gracias. No imaginas lo que me acabas de ayudar —le dijo Alonso, estrechándole otra vez la mano, tan fuerte que casi se la arranca de cuajo—. Tengo que largarme, tío. Ha sido un placer. ¡Ha sido un auténtico placer!

De castaño a oscuro

Era hora de poner todas las cartas sobre la mesa, metafórica y literalmente hablando. Alonso se precipitó hacia su despacho y comenzó a sacar todo cuanto tenía impreso acerca de Juan Herrera y Cristóbal Key. No sólo sus propios informes de los trabajitos realizados años atrás, también los de la policía que había fotocopiado de Mara y que aún tenía en su poder, así como las noticias que pudo encontrar en Internet. De un rápido vistazo a los informes llegaron las primeras conexiones. Encendió el portátil y, mientras iniciaba sesión, hizo un par de llamadas, una a la empresa para la que trabajaba el difunto Juan Herrera y otra a Julián, su conocido de la prensa. Cinco minutos más navegando por Internet le bastaron a Alonso para convencerse no ya de una teoría, sino de un hecho que él creía fehaciente; un hecho fehaciente para el que desgraciadamente no tenía pruebas, lo cual constituía, técnicamente hablando, una absoluta incongruencia.

Pero no estaba dispuesto a desistir. Las pruebas se encontrarían en algún lugar, siempre había pruebas, sólo había que saber qué buscar, dónde hacerlo y tener los recursos necesarios para encontrarlas. Y eso era precisamente lo que no tenía: recursos, herramientas, permisos, logística en general... cosas que sí tenían, y de sobra, en el Cuerpo Nacional de Policía. O al menos eso pensaba el bueno de Samuel.

En un tiempo récord, y bajo pena de haberse ganado una multa o haber atropellado a alguien, Alonso llegó a la comisaría de El Carmen, aparcó más mal que bien el coche y llegó hasta la puerta del despacho del comisario Garrido. Iba a llamar con los nudillos cuando descubrió que el comisario se hallaba a su lado, tratando de entrar a su propio despacho, acompañado por el subinspector Lucas.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —preguntó Lucas, tan simpático como siempre.

Alonso no llegó ni a mirarlo, dirigió sus palabras directamente al comisario.

—Buenos días, comisario, ¿tiene un momento? Debo decirle algo de suma importancia...

El comisario le miró de arriba abajo, respiró hondo y apretó la mandíbula. Estaba

teniendo un *dejá vu*, y no le gustaba ni un pelo.

—Creo que ya le dejé bien clara mi postura el otro día —comenzó Garrido—. Le recomendé, y de muy buenas maneras, que lo dejara estar, que descansara, que nada bue-no le iba a traer seguir empecinado en esto.

—Recuerdo perfectamente sus palabras señor comisa-rio, pero el otro día no disponía de la información que sí que tengo hoy. Por favor, necesito hablar con usted en privado, serán cinco minutos, ni uno más —Alonso juntó sus manos en una suerte de rezo o súplica—. Cinco minutos y quedará convencido de que yo estaba en lo correcto. La dama sangrienta no actuó sola.

Lucas dio un paso adelante con toda la intención de agarrar a Alonso, pero una mano en el hombro le hizo cambiar de opinión.

—A ver, diga lo que tenga que decir de una buena vez —convino el comisario, resoplando—, pero tenga una cosa bien clara. Hoy, a diferencia del otro día, no estoy para chorradas.

—Por el amor de Dios, jefe, le recomiendo que no pierda ni un segundo con este desgraciado —dijo Lucas con gesto de asco—. Échele un vistazo, parece que haya estado durmiendo en un contenedor de basura.

—Escuchémosle, un minuto. Vamos, habla, acabemos con esto de una buena vez —dijo el comisario con tono decidido.

—Créame, señor, esto no es ninguna chorrada. Joder, ojalá lo fuera... —Alonso hizo una pausa, se pasó la mano por el pelo y se humedeció los labios— ¿Recuerda la gala benéfica del pasado domingo en el Silken? —Alonso hizo una leve pausa, el comisario asintió—, pues en ella estuvieron presentes varias personalidades de la vida política, cultural y también económica. Aquí la clave es el célebre Murcia World, el parque temático con hoteles, casinos, atracciones y toda la pesca que se va a empezar a construir para finales de año. Pues bien, como se puede imaginar, hay un buen número de constructoras detrás de un contrato con ellos. Y la cosa no es para menos, estamos hablando de un negocio no de millones de euros, sino de cientos de millones de euros. Mucha, mucha, pero que mucha pasta.

—¿Y qué? —interrumpió Lucas.

—Pues que en dicha cena había representación de las dos empresas mejor situadas para obtener la concesión —prosiguió Alonso haciendo oídos sordos a la desagradable voz de Lucas—, una era Franca Constructores y la otra Buildup. En la primera hay un accionista mayorista cuyo nombre es Juan y apellido Herrera que fue encontrado en una habitación del hotel con la garganta rajada y unas fotos comprometedoras en el bolsillo, seguro que les suena; en la segunda un tipo llamado Cristóbal Key, director comercial, y marido de una de las mujeres que me contrató hace años para probar su infidelidad.

Durante unos segundos se hizo el silencio. La ausencia de sonido fue tal que únicamente faltó una rueda de matojos volando por ahí.

—Me quema ser repetitivo —expresó Lucas—. Pero ¿y qué?

—Juan Herrera y Cristóbal Key, dos hombres a los que investigué en su día, dos maridos infieles, dos personas que competían por el mismo condenado contrato. Uno de ellos está criando malvas, el otro por el contrario se encuentra en Londres negociando un trato de varios millones de euros —explicó Alonso con pasión—. Por Dios, ¿voy a tener que hacer un esquema en la pizarra?

El comisario carraspeó, miró a Alonso y después miró a Lucas. Sus ojos se volvieron a posar sobre los del detective, elevó las palmas de sus manos.

—Vamos a ver, voy a decirlo en voz alta a ver si así parece menos locura —dijo el comisario con tono calma-do— ¿Nos estás diciendo que ese tal Key mató a Juan Herrera, y a otros cinco tíos más, haciéndolo pasar todo por los crímenes de un asesino en serie, sólo para conseguir un contrato para construir un parque temático?

—¡Sí! —respondió Alonso elevando las palmas de sus manos, como dando gracias al cielo— ¡Sí! Eso es exacta mente lo que estoy diciendo.

—¡Venga ya! —reprobó Lucas con un gruñido.

—¡Que sí, joder! ¿No lo veis? Es una locura, ya lo sé, pero si lo pensáis detenidamente es brillante —explicó el detective con vehemencia—. Armó todo ese Cristo, desvió nuestra atención hacia un tipo muy específico de sospechoso, un loco, un psicópata, una mujer. A él sólo le interesaba el asesinato de Juan Herrera, pero si sólo contrataba a un profesional para liquidarlo la sospecha caería sobre él tarde o temprano, su principal competidor en los negocios. Vosotros investigaríais conexiones económicas, su trabajo y llegaríais hasta él fácilmente. Así, con el circo de la dama sangrienta se aseguraba de que todos mirásemos en otra dirección, mientras él se llenaba los bolsillos.

El comisario negaba, Lucas se echaba las manos a la cabeza y resoplaba como un búfalo. No lo veían para nada claro. Aquello les sonaba más a novela negra que a un hecho contrastable.

—Estás muy, pero que muy mal de la cabeza, chaval —dijo Lucas, señalándole con el dedo—. Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza, eres un *pirao*.

—¡Cierra de una vez la boca, morsa! —exclamó Alonso con los puños cerrados, conteniendo su ira.

—Vamos a ver, calma señores, no nos comportemos como animales —medió el comisario, posicionándose rápidamente entre detective y subinspector—. A relajarse todo el mundo, ¿eh? No voy a consentir estas gilipolleces en mi comisaria. ¡Estamos! —tanto el detective como el subinspector bajaron sus miradas hasta el suelo—. Ya está bien de imbecilidades. A ver, Alonso, ¿tienes alguna prueba de todo eso que estás diciendo?

El detective privado suspiró. Sabía que ahí estaba el punto más débil de su ya de por sí inestable historia. No quería pronunciar las palabras que estaban a punto de salir de su boca, pero no podía postergarlas más.

—Esa es la cosa, señor —comenzó a decir con tono abatido—, que a pesar de estar total y absolutamente con-vencido de la culpabilidad de Key no tengo aún ninguna prueba en su contra.

—¡Lo sabía! —exclamó Lucas dando una palmada. —Sólo tenéis que investigar a Key —Alonso respiró hondo, debía volver al tono sereno—. Mirad sus cuentas, registrad su casa, investigad sus llamadas telefónicas, estableced una cronología de sus pasos en el último mes. Estoy seguro de que habló con la dama sangrienta en más de una ocasión. Fijo que sale algo, sólo hay que ir tras él, meterlo en una habitación y hacerle hablar... ¡Vamos! ¡Es él!

El comisario Garrido le dedicó una mirada de compasión. Una mirada que Alonso no tardó en identificar. Una mirada que le hizo más daño de lo que esperaba.

—Lo siento Alonso, agradezco mucho la ayuda que nos has prestado, pero creo que esto está pasando de castaño a oscuro —el comisario frunció el ceño—. Mírate, te ves fatal y te escuchas aún peor. Eso que dices no son más que conjeturas, hechos circunstanciales que tú mismo te dedicas a unir sin ninguna base sólida detrás. Sólo son teorías absurdas que la mente se cree porque quiere creérselas. ¿No lo entiendes? Te estás auto convenciendo de algo, porque en realidad no tienes nada.

—No, no puede pasar de esto... —el tono de Alonso se rasgó— ¿Qué hay de la asesina, tienen ya más datos, informes?

—Mira, la asesina está helándose en el depósito, la inspectora Mara lucha por su vida conectada a diez tubos y tú estás delirando —el comisario agarró el pomo de la puerta de su despacho y giró—. Esa es la realidad, esos son los hechos. Lo demás, sintiéndolo mucho, no es más que literatura barata. Vete a casa y, por favor, piénsatelo dos veces antes de volver aquí con barbaridades de ese estilo.

El comisario entró en el despacho y la puerta se cerró tras de sí. Fuera quedaron Alonso y Lucas, cara a cara, aguantando un silencio y unos nervios que les devoraban las entrañas. Era obvio que no se soportaban desde el primer minuto en que se conocieron, y la relación había llegado ya al límite de lo soportable. Una palabra, sólo fue necesaria una palabra de esos labios coronados por un descuidado bigote para que los puños hablasen, la sangre saltase, los moratones se marcaran y los agentes se tiraran como locos a separarlos y Alonso pasara un par de horas en un calabozo. La palabra fue «fracasado».

Abuelas asesinas

Los daños físicos del detective se reducían a un hematoma en el pómulo derecho y una costilla fisurada, los penales a una mera advertencia. La peor parte se encontraba en un lugar profundo y de difícil acceso, en esa substancia que se autogenera y se autodestruye llamada orgullo. Ni él ni Lucas iban a presentar denuncia, todo quedó en un momento de calentón, una explosión de genio, de evidente incompatibilidad en el momento y lugar menos adecuado. Hacia las doce del mediodía le fueron devueltas sus pertenencias y abandonó la comisaria con una lacerante sensación en el pecho. Caminó errante hacia el coche puesto que no recordaba exactamente dónde se encontraba. Mientras lo buscaba con la mirada seguía dándole vueltas a todo, a Key, al Murcia World, a la sicaria... Cientos de detalles, de cenas de personas, infinidad de datos y posibilidades que se perdían en un enorme y aglutinador agujero negro llamado frustración. Una investigación que, oficialmente, no merecía la pena. Divagaciones, conjeturas, teorías absurdas. No, no, no. Ellos estaban equivocados, debían estar equivocados. Para Alonso no había obsesión en lo que hacía, tan sólo determinación por ir más allá de la superficie y adentrarse en la auténtica profundidad de las cosas. Pero estaba derrotado, solo, sin apoyos y sin la capacidad para llegar al final del asunto. Se hallaba en el típico callejón sin salida del detective, un lugar húmedo, áspero, desapacible en el que encontrar paz era una misión imposible. Pensó en allanamientos varios: de la casa de Key, de las oficinas de Buildup, pero en seguida lo desestimó. No, eso no valía, no encontraría nada. Ese tipo era demasiado listo como para guardar una factura de pago a un asesino asalariado. Lo tenía todo calculado, meses de gestación, meses de preparación, para una ejecución cuasi perfecta. En realidad perfecta, pues con la muerte de la sicaria se aseguraba que jamás pudieran dar con él. Quizás esa era la línea, seguir a la asesina, investigar-la a fondo. Si por el lado de Key era difícil quizás por el lado de la asesina fuera más conveniente, aunque

no terminara de verlo claro. Lo peor de todo es que se sentía desesperado, sin fuerzas, vilipendiado por aquellos a los que había ayudado. No sólo estaba frustrado, estaba desilusionado, perdido, falto de confianza.

Quizás el comisario tuviera razón, no en lo referente al caso, sobre eso Alonso no tenía dudas, si no sobre lo de que necesitaba descansar. Hacía días que no dormía más de media hora del tirón, que ni se había cambiado de ropa ni siquiera dado una puñetera ducha.

Allí estaba el Opel Kadett, aparcado sobre la línea amarilla de una parada de autobús. Igual que lo solía dejar Mara. Hurgó en los bolsillos y sacó la llave del coche. Después echó mano del móvil, iluminó la pantalla y vio que tenía una llamada perdida de un número que no tenía en la agenda. Frunció el ceño, pulsó «llamar» y se llevó el teléfono a la oreja. El «¿diga?» le resultó familiar.

—Soy Samuel, tengo una llamada perdida de tu número...

—Sí, sí, socio, soy yo, Ginés.

—Heeey, tío, ¿cómo te va?

—Bien, tirando como buenamente se puede. —Eso está bien.

—Escucha, eh, ¿te acuerdas lo que hablamos la otra noche?

—Sí, creo que sí. Hablamos de varias cosas.

—Ya, pero a mí me interesó una sobre todo, la cosa de Ámsterdam.

—¿Ámsterdam? Claro, claro. La cosa de Ámsterdam. ¿Quieres que volvamos a hablar de ello? ¿En tu casa, por ejemplo?

—...Bueno, tío, no sé, hace un día de puta madre, podríamos tomar un poco el sol, ¿eh? Podríamos quedar en el jardín de La Seda, que yo vivo al lado en la plaza San Antón y así no voy dando tumbos muy lejos con las muletas, ¿te parece guay?

—Sí, guay. ¿Nos vemos en... quince minutos?

—Venga.

Una llamada que esperaba pero que ya no recordaba que esperaba. El sol pegaba con fuerza, una bandada de pájaros que parecían formar una flecha se perdían en el cielo dirección sur. La vida seguía, no parecía estar dispuesta a dar una tregua. La ducha tendría que esperar a un mejor momento.

Dijo quince, pero en diez minutos Alonso ya se encontraba aguardando en el parque. Una madre con su hijo en el carricoche, un par de jóvenes haciendo ejercicio, un anciano en un banco viendo la vida pasar. Y ahí, uniéndose al club, un tipo con unas patillas estilo Algarrobo que le llegaban hasta el collarín al que le costaba un mundo cruzar el paso de peatones que le llevaba al parque.

—Hoy te veo regular —dijo Alonso, extendiéndole la mano a Ginés.

—Ya, tío, hay días duros... —respondió Ginés chocándole la mano y fijándose en la herida de la cara—. Hey, ¿y tú qué?, ¿con quién te has peleado?

—Puf, un mamón que intentó cobrarme por dejar el coche en un descampado. ¿Te lo puedes creer?

—Espero que le dieras una buena, esa gentuza se lo merece —terció Ginés.

—Sí que le di, sí. Y sí que lo merecía —dijo Alonso, que no pudo evitar pensar en Lucas— ¿Nos sentamos?

Ginés asintió y, despacio, se fueron a uno de los bancos del parque. Ginés dejó la muleta apoyada en uno de los brazos de acero y se sentó en la tabla de asiento. Alonso lo hizo en el respaldo.

—Tenías razón, hace un bonito día para tomar el sol —convino Alonso, echando un vistazo a la luz que caía entre los árboles—. A veces es bueno pararse un momento y no hacer absolutamente nada. Sólo estar.

—Amén a eso, socio. Es algo que he aprendido en mi estado, ¿sabes? La verdad es que me ha obligado a relajarme más, a ver las cosas de otra manera. Con más calma y, como se dice...

—Contemplación.

—Eso, eso, tío, hay que contemplar las cosas. Pasamos con prisa siempre por todos lados, corriendo, no tenemos ni un minuto para pararnos y tomarnos un descanso de toda esta mierda —Ginés hizo como un círculo en el aire con sus manos—. La vida es bonita si sabes dónde mirar. ¿Sabes lo que te digo?

—Ya lo creo que sí. Si sabes dónde mirar y con qué respirar —Alonso echó un rápido vistazo a la diestra, otro a la siniestra y sacó del bolsillo de su sudadera una pequeña bolsa con una sustancia verdosa—. Toma, pillá esto.

—Ju, ju, joder socio, tú sí que sabes cuidarme —Ginés recogió la bolsita, miró también en derredor y se la guardó en el bolsillo del pantalón—. Tú dirás cuánto es.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es un regalo, para que lo pruebes —Alonso guiñó un ojo.

—Cojonudo, tío —concedió Ginés sonriente, parecía un niño con un juguete—. Me mola tu rollo, se ve que eres legal.

—La legalidad ante todo. Ese es mi lema —dijo Alonso en tono humorístico.

—Ja, ja, qué bueno. ¿Te imaginas qué pasaría si, de repente, por arte de magia, todo lo que es ilegal fuera legal y todo lo legal ilegal? Puaf, menudo pasote.

—Bueno, eso sí que sería bien raro, colega. Sería ilegal hacer footing —dijo Alonso refiriéndose a los tíos que no dejaba de dar vueltas al parque— y en cambio sería legal cortarle la cabeza a alguien.

—Sí... la cosa se complicaría, ¿verdad? Niños camellos, abuelas asesinas... El caos. No quedaría ni uno de estos árboles en pie.

—Y pronto no quedaría tampoco ninguno de nosotros en pie —aseveró Alonso.

—No te creas, tío, siempre hay algún *espabilao* que se sale con la suya. Hay gente muy resistente por ahí, son como las cucarachas, ¿no dicen que sobrevivirían a una guerra nuclear? Pues lo mismo, seguro que hay un montón de personas-cucaracha por ahí que no habría manera de cargarse.

El detective no tuvo más que asentir a un argumento tan desconcertante como bien llevado. Le sonaba raro en su cabeza, pero aquella charla con ese infeliz le estaba sirviendo para relativizar las cosas, para poner un poco de tierra de por medio con aquello que le ofuscaba y le quitaba el sueño, tratar de ver las cosas desde otra perspectiva.

—¿Qué tal si probamos tu, ehm, mercancía? ¿Eh? —preguntó Ginés palpándose el bolsillo donde había guarda-do la maría— ¿Hace un canelo o qué?

—¿Aquí? ¡No hombre, no! —recriminó el detective—. Estamos en medio de un parque en el puñetero centro, ¿tú sabes la de maderos que hay por ahí dando vueltas?

—Pero...

—A ti te la pelará, pero yo estoy con la condicional, tío, ¿te acuerdas? —volvió a mentir Alonso, cosa que ya se estaba convirtiendo en el pan de cada día.

—Hostia, socio, no había caído... —dijo Ginés, acompañando la frase con una risita y una palmada en la espalda a Alonso.

—Nada, hombre, ningún problema —Alonso bajó el tono hasta la medida que requería a situación—. Si te digo la verdad a mí también me apetece... Necesito abrir los bronquios. No sé si me entiendes. Pero no aquí en medio, claro.

—Ya.

—No sé, tío, antes has dicho que no vives lejos, podríamos ir a tu casa y liarnos un par de petas. ¿Qué me dices?

Ginés abrió los ojos al máximo y aspiró un buen puñado de aire, inflando sus mejillas. El apuro llegó de golpe a su rostro.

—¿A mi casa dices? —Ginés hizo una pausa, puso una cara rara— ¡Qué va, tío! Imposible.

—¿Imposible? —el detective frunció el ceño, abrió las manos —¿Y eso por qué, tío?

—Eh, pues —Ginés se detuvo, balbució— es por mi mujer, socio, la parienta no tardará en llegar con los críos... —prosiguió relatando Ginés, quien miró compulsivamente la hora en su reloj de muñeca—. Sí, mira que horas se han hecho ya... Habrá que preparar la comida y todo el lío.

Tras mentir como un bellaco, Ginés, asido a la muleta, se puso en pie con bastante dificultad y una sonrisa falsa en los labios. Alonso, de un salto, bajó los pies al suelo y recuperó también la verticalidad.

—Vaya, te han entrado las prisas de repente, ¿eh? —ex-presó Alonso, que no dejaba de mirar a los ojos a Ginés— ¿Qué pasa con ese rollo de tomarse la vida con calma, la contemplación y demás?

—Bueno, tío, eso está bien para un rato —rio nervio-so— y así es como más se disfruta, en dosis pequeñitas. Pero cuando tienes cosas que hacer, tienes cosas que hacer.

—Ahí le has *dao* —convino Alonso.

—*Na*, gracias por la tela —dijo Ginés, palpándose de nuevo en el bolsillo—. Otro día ya te llamo y haber si podemos pasar un rato más de guay, ¿eh?

—Claro, tío, cuando quieras. Ya sabes cuál es mi número.

—Nos vemos, Samu —Ginés chocó de nuevo la mano del detective, se dio la vuelta y se fue alejando del parque—. Extrema la precaución, que hay mucho loco suelto por ahí.

Tras asentir, Alonso volvió a sentarse justo donde es taba y observó cómo Ginés cruzaba a paso de tortuga por el paso de cebrá y posteriormente se perdía calle abajo. El detective pensó que aquel tipo bien podría ser nominado al Oscar de la Academia, quizás como mejor actor de reparto por su papel como «tullido», pero que lo tendría bastante más complicado para recibirla también por su papel de «mentiroso». Alonso había conocido a muchos tipos como él en su vida y ninguno puso nunca pegas para ir a su casa a fumar marihuana. Para Alonso estaba bien claro, Ginés ocultaba algo más que una cojera. Algo pasaba en esa casa que tantas noches había vigilado. Mentía por alguna razón, un tinglado que probablemente tenía montado en casa, uno que al detective se le escapaba por completo pero que es-taba a punto de descubrir. Ya no iba a dejar que siguieran pasando las cosas a su ritmo, estaba harto de esperar, harto de la incertidumbre y de vivir siempre dependiendo de cosas ajenas a él. Le daría cinco, bueno, mejor diez minutos a Ginés y le haría una visita. Era hora de precipitar los acontecimientos.

Universo salvaje

La puerta del edificio de la calle Plaza Nueva de San Antón se encontraba abierta, el cartero estaba dentro dejando unas cartas en los desvencijados buzones. Con naturalidad, Alonso cruzó el umbral, saludó y sujetó para posteriormente cerrar la puerta cuando el cartero hubo abandonado el edificio. Una vez solo, subió cuatro tramos de escaleras hasta llegar a la segunda planta y se quedó mirando la puerta B, la de su hombre. Anduvo a tientas hasta ella y pegó la oreja en la madera. Se concentró y creyó oír a Ginés hablando con alguien, alguien que se oía muy bajito, muy lejano, casi como si se encontrara en otra galaxia. ¿Un amigo? ¿Una novia? No lo tenía nada claro. Se despegó un momento de la puerta y anduvo errante por el rellano, sopesando sus opciones, lo que estaba bien y lo que no en ese preciso momento. Antes de llamar decidió darle una nueva oportunidad al oído. Pegó otra vez la cabeza a la vieja madera y aguzó el oído, tratando de liberar su mente lo máximo posible y concentrarse en lo que quisiera que estuviera pasando al otro lado. Fue entonces cuando, cerrando los ojos y consiguiendo evadirse del silencio que flotaba en aquel húmedo y gris pasillo, creyó escuchar algo que interpretó como un llanto. Se alejó de la puerta B y se fue a la de al lado, pegando la oreja ahora sobre la madera de la A. Nada, allí el silencio era sepulcral. Parecía que no había nadie, aquello no era cosa de los vecinos. Volvió de puntillas a la puerta de Ginés y volvió a pegarse a la puerta. Esa suerte de llanto de nuevo, un leve murmullo amortiguado por varias paredes. No sabía qué narices hacer, qué demonios iba a decir, pero una alarma saltó en su interior, un incesante hormigueo en la boca del estómago que le obligaba a querer saber qué era lo que estaba ocurriendo allí dentro, en la hasta ese día solitaria mazmorra del cojo. Decidió pues llamar a la puerta.

Esperó unos instantes y volvió a golpear la puerta con vigor. Un portazo dentro y el murmullo cesó por completo, en lugar de eso comenzó a oír una respiración contenida y unos sigilosos pasos que se acercaban al otro lado de la puerta. Cuando éstos

cesaron se hizo de nuevo un silencio atroz, artificial, pesado, ninguno respiraba ni fuera ni dentro.

—Vamos, tío, sé que estas ahí. Abre la puerta, se me ha olvidado darte una cosa. —dijo entonces Alonso, en guardia y mirando directamente a la mirilla—. Te he oído llegar hasta la puerta, Ginés. Abre, tengo una mercancía nueva que no recordaba que llevaba en el otro bolsillo.

Un sonido metálico, la cadena poniéndose, seguido de un par de crujidos y la puerta se abrió. Al otro lado, por los escasos veinte centímetros que dejaba la cadena entre marco y puerta se dibujó la cara de Ginés y su inseparable collarín.

—¿Qué, qué haces aquí, tío? —preguntó Ginés con evidente signo de enfado e incompreensión— ¿Cómo sa-bías que...? Tú, eh, ¿me has seguido?

—¿De qué hablas? Antes me dijiste dónde vivías, ¿re-cuerdas? —Alonso esbozó una sonrisa— ¿Quieres o no quieres probar mi nueva mercancía? Te aseguro que te hará volar como un Boeing 747...

Ginés le miró de arriba abajo, se mordió el labio inferior, parecía tener el baile de San Vito. Detuvo su mirada primero en el bolsillo donde supuestamente Alonso guardaba la nueva mercancía, luego subió unos centímetros y escudriñó su jovial rostro. Al fin se decidió.

—Anda pasa —dijo Ginés a la par que descorría la cadena y abría la puerta— pero tengo prisa, ya sabes...

—Sí, sí. La parienta y los críos.

Una vez dentro Alonso volvió a escuchar ese murmullo. Esta vez le pareció más un gemido que le hizo focalizar toda su atención en una puerta cerrada al fondo de la mugrienta sala en la que se hallaba. Se trataba de un piso viejo, sucio y descuidado, bien propio de una persona que sufriera el síndrome de Diógenes. La escasa luz que entraba entre las rendijas de una vieja persiana de tablillas se proyectaba sobre un estrecho salón color crema, con un sofá hundido, una mesa llena de basura, latas de refrescos y cervezas, bolas de papel de aluminio, cartones de pizzas, bolsas de plástico y un televisor antiguo sobre el que había varios calcetines y calzoncillos estirados. A la derecha la puerta cerrada, llamándole en silencio. Conforme se acercaba a ella el murmullo sordo, ahogado, iba en aumento.

—¿A dónde vas, tío? —Ginés cogió amistosamente del hombro a Alonso, haciéndole girar sobre sus talones e invitándole con un ademán a alejarse de la puerta y avanzar hacia el sofá—. Siéntate un rato. Saca esa mierda misteriosa...

Alonso sonrió, pero no dijo nada. Dejó al silencio respirar. Ginés lo miraba con gesto extrañado, mosca, sus nervios iban en aumento. Entonces volvió a escuchar el gemido o lo que quiera que pareciera ser un gemido. Un sonido enlatado, extraño, desesperado. Un llanto ahogado. No podía aguantar más.

—¿Qué es eso? ¿A quién tienes ahí dentro? —preguntó Alonso con firmeza, señalando hacia la puerta— ¿Eh? ¿Por qué no me dejas ver que pasa ahí?

—¿Qué dices, socio? Yo no oigo nada —Ginés se hacía el sueco, acompañando a Alonso hacia el sofá—. No te emparanoies. Vamos, siéntate en...

—¿Ah no? Cierra la boca y abre bien los oídos —dijo el detective, deteniendo su avance.

De nuevo atmósfera, un murmuro ahogado en algún confín perdido del interior de esa habitación. Eso más el incesante latido de dos corazones.

—Eso, justamente eso, ¿no me digas que no oyes eso? —Alonso señalaba su propia oreja—. Es como un...

—Bah, socio, ¿qué te pasa? —dijo Ginés haciendo un ademán con la mano—. Es mi mujer que está mala, ya te lo he dicho antes...

—¡No! De eso nada, has dicho que ha ido a por los críos —el gesto de Alonso se ensombreció—. Maldito mentiroso, ¡ya basta! Basta de gilipolleces. Tú ya no tienes

mujer, ni tampoco hijos. Vamos, ¿a quién tienes ahí dentro? Abre esa puerta o lo haré yo...

Ginés le miró con ojos de carnero degollado, sintió tal vuelco en su interior que prácticamente quedó paralizado. Paralizado y atemorizado. Una gota de sudor comenzó a recorrer su frente, deslizándose por el resto de la cara hasta caer al suelo. Segundos, apenas disponía de un par de segundos para decidir qué iba a hacer, para tratar de salir de aquella situación de la mejor manera posible. Era difícil, tan complicado que lo que implicaba iba a poner las cosas muy, pero que muy feas. Fue entonces cuando metió su mano por la cintura del pantalón.

—Lárgate, te lo digo por las buenas —amenazó Ginés, dejando ver la pequeña navaja que portaba en la mano derecha—. Me importa una mierda que seas poli, esto es... no tienes derecho, quiero que te vayas. ¡Fuera!

—Nadie ha dicho nunca que yo sea poli —dijo Alonso, quien sin perder la navaja de vista ni por un segundo, avanzaba despacio hacia la habitación—. Tira eso.

—No des ni un paso más, tío —dijo Ginés blandiendo con poca firmeza el cuchillo—. No quiero rajarte, pero si das un paso más te juro que te abro en canal.

El detective reparó en la muleta, colocada justo al lado del sofá. Miró a Ginés y miró a la muleta. Ginés, muleta, Ginés, muleta. Era la salida más lógica. Aquello pasó muy rápido, un movimiento brusco, un destello. Sin perder un segundo más, el detective se abalanzó sobre la muleta y la blandió a lo alto.

—Creo que el que no puede dar ni un paso eres tú, figura —dijo Alonso, blandiendo la muleta como si fuera un bate de beisbol—. Quita de en medio, voy a abrir esa puerta.

—¡No, no! De eso nada —sus manos temblaban—. No des un paso más o te saco las tripas ¿Me oyes? Te destriparé como a un puto *pescao*...

—Última oportunidad, capullo —dijo Alonso con los dientes bien apretados—. Tira ese cuchillo y aparta o te reviento la cabeza.

A continuación tuvo lugar una de esas escenas que ocurren bajo los efectos de la adrenalina. De forma rápida, instintiva, inconsciente. Alonso dio un paso al frente y sintió como la navaja de Ginés rasgaba la carne de su antebrazo. Aquello no le produjo dolor, al menos no en ese momento, tan sólo un ardor reafirmó su determinación, le dio la excusa perfecta que necesitaba para quitárselo de en medio. Un instante después asestó un terrible muletazo en la cabeza de Ginés, que cayó sobre la alfombra como un saco de patatas, despidiendo en el aire un chorro de sangre que impactó contra la pantalla del televisor y pintó la polvorienta alfombra.

Sin un segundo que perder, entre los estertores de Ginés, Alonso soltó la muleta y se dirigió a la puerta cerrada. Allí el sonido era mucho más nítido e inconfundible, se confirmaba el gemido. El detective cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas no ver algo parecido a lo que al final vio. Algo horrible que llevaba unos minutos danzando por su cabeza. Algo aborrecible. Algo demasiado duro como para vivir con ello. Posó su mano sobre el pomo, respiró hondo y lo giró, empujando suavemente para que la puerta se abriera por completo. La habitación era pequeña, oscura, olía a días y días cerrada. Sobre el suelo, un lecho pegajoso de mollejas, manchas de fluidos y demás porquería; había un cartón de leche. Sí, ese cartón de leche semidesnatada. A su lado había un colchón sin sábanas, pútrido y húmedo, y sobre el colchón un niño de siete u ocho años atado y con un trozo de cinta de carrocero en la boca.

Aquella imagen, la más dura que había tenido la desgracia de contemplar en su vida, dejó al detective petrificado durante unos segundos, breve lapso que en su fuero interno fue intenso e interminable, como una pesadilla de la que eres consciente pero de la que no puedes despertar por más que te empeñes; un infierno recalcitrante, oscuro e infinito en el que el dolor era una forma de vida. Sin saber muy bien cómo, logró apretar los dientes, luego los puños y salir de su letargo para librar al niño de sus

ataduras y quitarle la cinta de la boca. El pobre no pudo dejar de llorar por más que Alonso trató de tranquilizarlo. ¡Cómo iba a lograrlo si ni siquiera él estaba tranquilo! Si los nervios le llevaban en volandas, ardiendo en un inmisericorde fuego de sufrimiento. Tampoco pudo evitar orinarse encima cuando Alonso le examinó por encima para comprobar si tenía alguna herida. Ninguna por fuera, pero seguro que un mar por dentro. La rabia, la impotencia, consumían cada centímetro de su cuerpo.

Alonso salió un momento de la habitación y observó a Ginés tumbado sobre un buen montón de porquería que había arrastrado en su caída. El desgraciado parecía intentar moverse, quizás para intentar alcanzar el cuchillo que se le había escapado de las manos tras el muletazo, quizás para tratar de salir de allí arrastrándose como una serpiente. El detective avanzó unos pasos y dio una patada a la navaja, alejándola de su dueño. Después se le quedó mirando fija-mente, sin decir nada, ni una sola palabra. Sólo trataba de escrutar su mirada, intentar comprender sus motivaciones, meterse dentro para entender cómo una persona puede llegar a tal límite de repulsiva vileza. Ginés quiso decir algo, abrió la boca y emitió un quejido, pero Alonso no estaba dispuesto a escuchar nada más de aquella boca de cloaca. En realidad lo que quería es que aquel desecho dejara de hablar para siempre, que pasara a convertirse nada más que en un repulsivo recuerdo, borrarlo por completo de la faz de la tierra. Así que agarró de nuevo la muleta, la sujetó con firmeza, le miró a los ojos y sólo pudo enviarle odio, repulsa y castigo. Elevó el brazo y la muleta zumbó en el aire. Deseaba golpear ese repugnante rostro, golpearlo una y otra vez hasta que no fuera más que una papilla, una sangrienta máscara, darle su merecido, impartir la arcana justicia del ojo por ojo, diente por diente.

Se le habían abierto las puertas a un universo salvaje, intacto, donde nada necesitaba justificación, un universo donde la ley no tenía cabida, donde la sangre se cobraba con más sangre, donde debía hacer pagar el dolor con dolor. Entonces advirtió la silueta del niño en la puerta y se detuvo. Miró esos enormes ojos y no vio odio, sólo miedo. Siguió mirando esos enormes y preciosos ojos y no vio venganza, sólo el deseo de salir de allí, de volver a los brazos de su familia. Aquella inocencia, las ganas de vivir, le hicieron apiadarse del monstruo, soltar la muleta, salir de aquel estado primario de enajenación. Comprendió entonces lo que debía hacer, cuál era su siguiente movimiento. Decidió llamar a una ambulancia.

Flamencos rosas

Julián Manzanero entró a su piso, dejó la gabardina en el perchero, lanzó las llaves al cuenco de la mesita del recibidor y se hundió en su tresillo tapizado de malva. Había sido uno de esos días interminables en los que una cosa lleva a la otra, y aquella a una más. El resultado: muchas vueltas, muchas prisas, no poca presión. Aún a pesar de encontrarse exhausto, a pesar de tener la sensación de llevar vestido días, la camisa arrugada, sudada, el pelo hecho un desastre, las ojeras que parecían dos enormes bolsas de té, el periodista se sentía satisfecho. Lo había conseguido, la insistencia había dado sus frutos, al fin tenía la exclusiva que su jefe le demandaba con tanto fervor. Se encontraba en uno de esos momentos en los que sueño y realidad parecen darse la mano. Podría cerrar los ojos y dormir durante catorce horas seguidas. Sería muy capaz de hacerlo, aunque no pudiera, aunque no debiera. Sabía que si simplemente se quedaba allí quieto, respirando, dejando que la oscuridad le envolviera, llegaría a los brazos de Morfeo en lo que se tarda en dar un chasquido de dedos. Pero no, no lo iba a hacer, no podía permitirse el lujo de descansar. Tenía que escribir el dichoso artículo.

Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un ticket de parking arrugado, medio paquete de caramelos Halls y su Smartphone. Iluminó la pantalla del mismo, tocó en «Menú» y entró en uno de los numerosos iconos que a continuación se desplegaron. Archivos de audio, el último de ellos que encabezaba la lista. Pulsó «Play». Se repantigó.

«Estoy con el detective privado Samuel Alonso, de la agencia Aloser, sin lugar a dudas el héroe del día. Bueno, probablemente el héroe del mes e incluso del año, por aquí no suelen pasar muchas cosas, verdad señor Alonso...

Samuel, joder, llámame Samuel, que ya hay confianza.

Bueno, Samuel, es igual, es la costumbre. Samuel, no sólo has sido parte activa del equipo policial encargado de resolver el caso de la dama sangrienta, sino que has encontrado al famoso niño de Molina, el que desapareció días atrás mientras paseaba en su bicicleta y cuyo rostro hemos visto cada día en televisión, prensa, postes de la luz... Cuéntame, ¿cómo descubriste que Ginés Alcázar era el secuestrador?

De pura chiripa. Perdón, mejor pon que simplemente tuve suerte. Estaba en el lugar y en el momento apropiado, como se dice. Yo seguía a Alcázar por otra cuestión, un posible fingimiento de baja, y tras entablar contacto con él acabé descubriendo el horroroso pastel.

Debió ser tremendo. ¿Cómo estaba el chaval? ¿Puedes darnos algunos detalles?

Puedo, pero no lo voy a hacer por respeto a la familia y al pobre crío. Sólo te diré algo que todo el mundo supongo que imagina, tuvo que pasarlo realmente mal. No quiero... aunque no puedo evitarlo a veces, pero no quiero imaginar-me lo que habrá pasado.

Me hago cargo. ¿Has podido hablar con la familia?

Sí, claro, saludé a los padres, también estaban los abuelos y alguna tía. No hay palabras para describir esos momentos. Son muy emotivos, muy dolorosos también, en cierto modo. No dejaban de llorar y de darme las gracias una y otra vez. Se nota que son buena gente, me alegro de que su infierno haya terminado, que ya tengan a su hijo en casa y todo pueda volver poco a poco a la normalidad.

Desde luego. Esa es la mejor noticia. Imagino que algo habrás oído, al parecer Alcázar ha confesado que no es la primera vez que abusa de menores de edad, que cuando estuvo trabajando de...

Para, no quiero saber nada de eso. Lo siento pero... es sólo que tengo esa imagen grabada aquí, en la cabeza, ahora mismo te miro a ti pero no te veo, ¿sabes? Veo al crío atado, veo el colchón... Ahora es cosa de la justicia. Espero que metan a ese hijo de pu... a ese enfermo en un agujero del que no le dejen salir jamás.

Está bien. ¿Qué nos puedes contar de Ginés Alcázar? ¿Cuánto tiempo le seguiste? ¿Qué tipo de hombre era el monstruo?

Bueno, como comprenderás gran parte de todo eso, por no decir todo, es confidencial. Me debo a la confidencialidad... Así que no puedo decir mucho. En fin, a simple vista nadie diría que se trataba de un criminal pervertido y secuestrador, a lo mejor sí un camello, un drogata, ya sabes, da ese perfil, pero en ningún momento pude imaginar lo que escondía... Eso no. Eso es todo.

Ya, bueno, ¿no puedes contarme algo más? Algún hábito extraño, algún apunte general sobre su personalidad... No sé, algo que ayude a comprender como una persona puede llegar a eso, a ser un ser tan despreciable.

Esa creo que sería una pregunta más para un psiquiatra o profesional en la materia.

Jod... vamos, Samuel, no estoy pidiendo una opinión de experto, sólo tu apreciación.

... Puedo contarte una historia. En realidad no es una historia, sólo es una cosa que vi por la tele. ¿Sabes los flamencos? No los de guitarra y zapateo, sino las aves esas que se encuentran en las salinas, apoyadas sobre una pata, pico largo, plumas rosas. Pues resulta que en realidad no son rosas, los flamencos nacen con las plumas blancas, todos y cada uno de ellos. El color rosa lo adquieren de no sé qué alga de la que se alimentan. Con el tiempo pasan de blancos a rosas.

¿Sí? Ya, bueno, no estoy seguro de saber por dónde vas...

Transformación. A todos nos pasan todo tipo de movidas, de cosas que nos van cambiando. Nacemos puros, blancos e inmaculados, pero el entorno nos hace cambiar. No tengo ni la menor idea de cómo una persona puede llegar a tales abominaciones, solo sé que ocurren. Y créeme, odio al género humano por ello.

Sí... Afortunadamente todo acabó y, como apuntabas, ahora el señor Alcázar tendrá que hacer frente a la justicia. Bueno, dos de dos resueltos en una semana, puede decirse que estás en racha. No hay caso que se le resista a Samuel Alonso...

Bah, la verdad es que yo no diría tanto. Lo importante es trabajar, hacer los deberes y bla, bla, bla. Ojalá lo hiciera mejor, en serio te lo digo, ojalá hubiera descubierto antes al niño. Siempre hay margen de mejora.

Claro, eso es cierto. Si bien nadie puede poner peros a tu buen hacer. Por cierto, ¿para cuándo unas vacaciones, Samuel?

Bueno, tengo que hacer una cosa, solventar un tema que tengo colgando por ahí. Cuando lo finiquite es posible que me tome un tiempo para mí, para pensar... Ya sabes, el niño, la inspectora Suárez, han ocurrido muchas cosas, todas muy duras. Necesito arreglarme.

Será un descanso merecido, sin duda... ¡En fin! Creo que eso es todo. Muchas gracias por tus palabras, Samuel, y toda la suerte del mundo en esa cosa que tienes que hacer, y en las sucesivas.

Lo mismo digo, un placer».

Para cuando acabó la grabación, Julián dormía en una poco ortopédica postura, babeándose la camisa.

Friend at hand

Tras dos horas y algo de vuelo, otro par de horas su-mando esperas y controles de seguridad, más cuarenta y cinco minutos de trayecto en el Gatwick Express, Samuel Alonso llegó a la estación Victoria de Londres. Desde allí podría haberse dirigido a cualquiera de los centros turístico-culturales de interés que hubiese querido: el Big Ben y la abadía de Westminster, Trafalgar Square, Picadilly Circus, la Torre de Londres... Pero aquel no era un viaje de ocio. El concepto «turista», si bien se ajustaba a su apariencia y a su «coartada», no era para nada el motivo de su visita. En lugar de acercarse a alguno de esos célebres lugares y disfrutar de una de las principales capitales cosmopolitas del mundo puso rumbo al barrio de Holborn, un apacible espacio residencial con un enorme parque que se encontraba al lado del mismísimo Museo Británico. Allí, entre una maraña de restaurantes italianos, alguno francés, alguno japonés, tiendas de souvenirs, Starbucks e incluso algún masajista tailandés, se encontraban las oficinas de cierto magnate británico donde el señor Cristóbal Key negociaba los últimos flecos de la concesión del Murcia World.

La tarde caía irremisiblemente entre el típico ajetreo londinense, los taxis negros, los autobuses rojos, y una fina e incipiente niebla que cubría cada centímetro como si se tratase de un gigantesco velo de novia. Allí, bajo aquella húmeda y maravillosa aura, se encontraba Samuel Alonso, el último héroe, el detective incomprendido, sentado en uno de los bancos del parque, aguantando el frío en compañía de su abrigo gris y su bufanda, aburriéndose como una ostra, no dejando de vigilar la puerta de la cual saldría Key de un momento a otro, siempre y cuando la información que había recabado gracias a su (ahora) amigo Jorge fuese cierta, cosa que no dudaba ni por un momento.

En su mano derecha llevaba un plano de la ciudad, en la izquierda una pequeña botella de agua mineral a la que apenas le quedaba un trago. A su lado en el banco descansaba su mochila, único equipaje con el que viajaba, práctica-mente llena con un par de mudas limpias, un jersey, la bolsa de aseo y la documentación. No tenía previsto quedarse más de una noche. Había reservado por Internet un hotel de tres estrellas

situado un par de calles atrás, un cuchitril viejo y con una hipnótica moqueta del que disfrutaría horas después. Ese era el plan, una noche, no precisaba de más.

La puerta que vigilaba se abrió, emergiendo de la misma un par de tipos mayores de cincuenta trajeados, una mujer de unos cuarenta elegantemente ataviada con traje de chaqueta y falda y, por último, el premio gordo: Cristóbal Key. Tras una ceremoniosa despedida en la que Alonso advirtió ciertas reverencias por parte de Key, los dos tipos pidieron un taxi y la mujer se fue andando hacia la izquierda. Key quedó solo, quieto durante un segundo, como si se encontrara asimilando lo que acaba de hacer allí arriba, los avances que acaba de conseguir o la siguiente jugada que debía realizar más tarde para lograr el objetivo para el que tantísimas molestias se había tomado.

Comenzó a llover. Una lluvia muy fina, apenas perceptible para el ojo humano pero que contribuía a acrecentar esa húmeda y oscura sensación de la que estaba impregnado el lugar. Alonso se puso en pie, se colocó la mochila y se dirigió al paso de peatones. Tras pulsar el botón para pasar, y a la espera de que el semáforo le diera la indicación de cruzar, observó atentamente como Cristóbal Key avanzaba hacia su derecha para luego girar por la primera calle a la izquierda. Con el muñeco verde Alonso cruzó la calle, apretó el paso y giró en la misma calle que Key. A escasos cincuenta metros de allí, frente al hotel President, se encontraba el interfecto. Cruzó la calle y caminó hasta una taberna llamada Friend at hand, un establecimiento cien por cien inglés, de fachada forrada de madera negra y amplios ventanales en cuyas pizarras se podía leer la leyenda «*Best fish and chips in town*». Entró.

Alonso se quedó en la callejuela de enfrente, valiéndose de las sombras de la esquina para no ser descubierto. Así pudo ver cómo Cristóbal pedía mesa, cómo el camarero le indicaba una situada en la parte central del bar, cómo se sentaba y cómo ojeaba la carta. Pasaron un par de minutos y pidió. No parecía que esperara a nadie. Cena en solitario. Alonso no debía esperar una ocasión mejor. Esa era la ocasión ideal. Era perfecto.

La noche campaba ya a sus anchas cuando Alonso se decidió a mover ficha. La humedad reinante en el ambiente se pegaba a esos edificios de ladrillo oscuro, a esas aceras grises con sus charcos, esas farolas que proyectaban una luz que dejaba ver las miles de partículas en suspensión del aire. El detective abrió la puerta, se aflojó la bufanda, fijó su mirada en la mesa en la que Cristóbal Key comía pescado empanado valiéndose de sus manos y avanzó. El local era cálido, animado, prácticamente todas las mesas estaban ocupadas. La atmósfera era relajada, divertida e informal, propia de un viernes noche.

El detective caminó despacio pero decidido y se detuvo justo frente a Cristóbal, quien apenas reparó en lo que estaba ocurriendo hasta que Alonso ya había tomado asiento en su mesa, justo frente a él.

—Hola —dijo Alonso mirando a Cristóbal a los ojos— o *good evening*, como dicen por aquí.

—¿Pero qué...? —el rostro de sorpresa, de incredulidad de Cristóbal, era total—. Tú... El detective. ¿Qué narices estás haciendo aquí?

Alonso crujió los dedos de sus manos, se acomodó en la silla. Dejó su mochila en el suelo.

—Relájate, amigo —respondió el detective—, sólo he venido a hablar. A hablar y, ya de paso, a poner las cosas en su sitio.

—¿Ah sí? ¿Y dónde se supone que están ahora las cosas, eh? —preguntó el señor Key, que aún llevaba el trozo de pescado en la mano.

—Bueno, están bastante bien para ti —concedió Alonso— de momento. Pero créeme, eso va a cambiar radicalmente en unos minutos...

—No entiendo nada —Cristóbal dejó el trozo de pescado en el plato y se incorporó ligeramente de su respaldo— ¿De qué coño va todo esto?

En ese momento llegó el camarero, un tipo alto, pálido y pelirrojo que no sobrepasaría los treinta años.

—*Good evening, sir. Do you want something to eat? Maybe a drink?*

—*No, thanks. I'm Ok*—respondió Alonso, sonriente. Segundos más tarde el camarero había desaparecido de su lado.

—Mira, payaso, no sé qué haces aquí y la verdad es que no me importa —dijo Cristóbal con semblante serio—. Nadie te ha invitado, no tengo por qué aguantar esto. Así que haz el favor, levántate y lárgate de una vez. Te lo digo de buenas.

El detective asentía y sonreía mientras jugaba con el cubierto sin usar que tenía justo enfrente.

—Descuida, lo haré enseguida. Antes quiero decirte una cosa —Alonso se inclinó sobre la mesa, acercándose a Cristóbal y bajando el tono—. Quiero decirte que lo sé.

—¿Qué lo sabes? —preguntó Cristóbal fuertemente contrariado— ¿Qué sabes qué, payaso?

—Que eres un asesino.

Cristóbal Key clavó sus fríos ojos sobre el detective, le escudriñó durante unos segundos, se mordió instintivamente el labio inferior. Después sonrió, comenzó a mirar a diestra y siniestra, a analizar a todos cuantos le acompañaban en aquel lugar en aquella noche.

—Asesino, ¿eh? Un asesino —Cristóbal dio una palmada—. Coges un avión, vienes aquí, tienes la desfachatez de sentarte en mi jodida mesa sin siquiera preguntar y me dices que soy un asesino. Sinceramente, creo que estás muy mal de la cabeza.

—¿Tú crees?

—No sólo lo creo, lo sé. Puede que algunas personas te vean ahora mismo como a una especie de héroe, un salvador de niños —Key puso gran énfasis al decir las últimas palabras, dándoles un aire rimbombante— pero yo no te veo así. Tu vida debe estar tan podrida que envidias la de todos los demás... La única forma de afrontarlo es intentar jodernos. Sólo eres un fiasco, una moda pasajera. Un don nadie.

—Eso no te va servir, Cristóbal. Buen intento, pero no vas a conseguir desviarme —dijo Alonso con tranquilidad—. No he venido a pelear o a comprobar quién la tiene más larga, sólo he venido a decirte lo que va a pasar.

—¿Ah sí? Pues venga, dímelo ya, no vaya a ser que no pueda dormir esta noche.

—Vas a pagar por tus crímenes, asesino. Tengo pruebas que demuestran que tú estás detrás de los asesinatos de la dama sangrienta.

—¿Pruebas? ¿Has dicho pruebas? —Key rió de buena gana—. No me hagas reír. Hay que ver, payaso, qué manera de ponerte en ridículo. Creí que la policía ya había cogido a la asesina. Asesina que, según tengo entendido, está criando malvas... Por cierto, ¿cómo está tu amiga? La inspectora, uhm, ¿cómo se llamaba...?

—Escucha, hijo de puta —el tono de Alonso era frío y sosegado— sé lo de tus cuentas en el extranjero. Sí, no pongas esa cara, hasta un payaso como yo tiene contactos. Sé lo de la supuesta reforma de tu casa, una reforma de decenas de miles —el detective hizo una pausa—. Una cifra muy adecuada, un préstamo gordo, mucho dinero para emplear. Sé que contrataste a una asesina a sueldo para quitarte de en medio a la competencia, que lo enmascaraste todo y que ahora eres el mejor colocado para una concesión de millones de euros. Apuesto a que fuiste tú el que envió aquellos emails de distracción sobre el sapo y su puñetera madre...

—Estás alucinando... —dijo Cristóbal, sudando—. No, más que eso, eres un enfermo, un asqueroso y retorcido enfermo.

—Puede ser. A ver, dime, ¿qué te llevas si cierras el trato? ¿Millón de euros, quizás más? ¿Merece la pena matar por eso?

—Dímelo tú, parece mejor enterado en estos temas —Cristóbal posó sus codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos, haciéndolos crujir sonoramente—. Hay gente que

mata por nada. Así que imagino que si hay dinero de por medio el aliciente es mayor. Mucho mayor, ¿no te parece?

A algún cliente o algún camarero se le cayó una copa o un vaso al suelo. El estruendo hizo que todo el mundo quedara en silencio durante un segundo, girando sus cabezas hacia el lugar de donde provenía. Todo el mundo salvo Alonso, quien se quedó escudriñando el frío rostro de Key, lo que para él era el frío rostro de la muerte, del dolor y el egoísmo.

—Te crees muy listo, y lo cierto es que lo has hecho bien, te has movido bien, has tapado toda la basura —retomó Alonso tras la vuelta a la normalidad de los comensales—. Sólo hay pruebas circunstanciales. Nada concreto ni punible. Pero yo lo sé, y eso me basta. Para mí es suficiente. Y eso, para ti, es muy mala cosa.

Key se le quedó mirando, como hipnotizado, con los ojos exageradamente abiertos durante unos instantes. En ese lapso de tiempo el bullicio, las voces, los bocados, los cubiertos contra los platos se acrecentaron. Después rompió a reír. Una risa escandalosa y desinhibida, uno de esos ataques que son difíciles de reprimir. Se puso colorado como un tomate, sudó, trató de abanicarse con una servilleta. Finalmente suspiró.

—Vaya un bufón... —dijo Cristóbal, cuyo cuerpo aún vibraba de risa—. Tienes una gran imaginación, lo malo es que creo que disocias. Una cosa es la realidad y otra la fantasía. Tú los límites no los tienes muy claros. Deberías ser escritor, quizás te iría mejor por ahí.

Samuel Alonso asintió y sonrió. Acto seguido hizo unos centímetros para atrás su silla y se puso de pie. Desde arriba echó un último vistazo al lugar, vio en su mayoría a gente joven, jovial, con ganas de pasar un buen rato, ganas de vivir; gente que tendría a otra gente en su mente y en sus corazones, padres, madres, mujeres, maridos, hijos, amantes, amigos, alumnos, compañeros, vecinos, conocidos, colegas, ex. Decenas de vidas, cada una de ellas con sus ramificaciones, sus posibilidades, sus miedos y sus ilusiones, su felicidad y sus planes.

—A ver si esto te hace tanta gracia —dijo Samuel ante la atenta mirada de Cristóbal—. Ellos también lo saben. Antes de venir a Londres hablé con ellos. Eso es, ellos. La empresa de Juan Herrera. Les hablé largo y tendido de ti. Les conté mi teoría, les hice ver las cosas tal y como yo las veo. Mi punto de vista loco y fantástico. ¿Y sabes qué? Me creyeron.

Cristóbal tragó saliva, torció el gesto, su semblante se iba oscureciendo por momentos.

—Sí, así es —prosiguió el detective—. La policía pasó de mí, mis teorías no entraban dentro de su «lógica» —Alonso hizo la señal de las comillas con sus dedos— pero en la del entorno de Juan Herrera sí. La suya es una empresa cercana, familiar. Sintieron y mucho la pérdida de Juan... Hablé con su padre, que como ya sabrás es otro de los pesos pesados de la empresa, y te puedo asegurar que no quedó nada tranquilo tras nuestra conversación. Te lo digo porque la impresión que tuve es que no lo van a dejar pasar. La venganza es algo muy jodido, Cristóbal. Es algo que te posee, te controla, te empuja. Te obliga a hacer cosas que, en circunstancias normales, ni siquiera pensarías. Y encima hay dinero, mucho dinero en juego.

Cristóbal Key se encontraba clavado en su silla, como si una fuerza invisible le empujara cada vez más abajo. Una gravedad multiplicada por diez contra la que no podía luchar.

—Yo de ti andaría con mil ojos a partir de ahora. Asegúrate de cubrirte las espaldas, mira bien en el armario y debajo de la cama antes de irte a dormir. En cualquier momento, ¡pum!, y todo se acaba —Alonso agarró la mochila, se dio la vuelta y caminó despacio hacia la puerta, transitando despacio entre toda aquella gente ajena a absolutamente todo lo que acaba de pasar en la mesa.

El detective cogió puerta y abandonó la taberna con normalidad, llegando incluso a sentir un hormigueo de satisfacción mientras traspasaba la puerta y el frío londinense le daba de nuevo la bienvenida. Caminó durante unos minutos a paso lento pero constante, respirando hondo, dejando que el helor de la noche entrara en él. Aquello le hacía sentir bien, le reportaba paz y tranquilidad, desembotaba su mente. Paseó entre los viandantes, observando de nuevo la vida, esta vez a través de los amplios ventanales de los negocios que aún se encontraban abiertos, bares y restaurantes, un par de *Pret a manger*, *Tescos*... La gente hacía sus cosas con toda normalidad, insertos en sus rutinas, deseando lo mejor, ajenos a todo el mal que sin duda les rodeaba, porque vivir con miedo es anti natural, es enfermizo, definitivamente no merece la pena. Nadie piensa que el momento que vive puede ser el último, que no volverá a ver a esa persona con la que comparte un café, unas risas o una vida. Es mejor no pensar en esas cosas, en la fragilidad de la vida y en la maldad de unos pocos con el poder de ponerle fin a todo.

Samuel Alonso pensaba sobre todo esto y algo más. Un leve pinchazo, como una minúscula aguja perforándole algún punto de su nuca, hizo acto de aparición. No, no se trataba de ningún bicho ni un ataque de otro tipo. Era una señal, una advertencia que su propio cuerpo le daba. La conciencia comenzó a trabajar. Había muchas implicaciones éticas, lo que estaba bien y lo que estaba mal se encontraba tan mezclado que ya casi no podía discernir entre lo uno o lo otro. Pero era su deber hacerlo, intentarlo al me-nos, sopesar las opciones y decidir. Aún estaba a tiempo de echarse atrás, pero no lo iba a hacer, iba a ser consecuente con la decisión que tomó el día que compró los billetes de avión, el momento en que subió a ese 737 con destino a la justicia. O al menos lo que para él era la justicia, esa noción vaga y perturbable con demasiadas aristas como para tener-las todas bajo control.

Así que caminó y caminó, postergando el momento, armándose de fuerzas y el valor necesario para dar el definitivo paso, ese que dejaba la cosa en manos de otros, ese que ponía punto y final al caso.

Al fondo de la gran calle por la que paseaba atisbó un apartado parque con dos típicas cabinas rojas junto a una arbolada. El aire mecía sus ramas y las hacía golpear suave-mente contra las cabinas. Por supuesto estaban vacías. Ya casi nadie utilizaba esas cosas, eran más un reclamo turístico, algo pintoresco y curioso, una referencia que te decía a las claras en qué ciudad te encontrabas. Así que Alonso abrió la puerta de una de ellas y entró. El interior estaba bastante asqueroso, con hojas húmedas en el suelo, folletos de publicidad medio deshechos y pegatinas de tías en pelotas con números de líneas telefónicas eróticas. Alonso echó unas monedas en la ranura correspondiente, se sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón, puso la agenda y buscó el número que marcaría a continuación.

Estaba tan oscuro que parecía que no había nadie más en la Tierra.

Solo él y un instrumento del pasado. Solo él y la justicia más allá de la justicia.

...

¿Diga? Soy yo. ¿Y bien?

Es culpable. No tengo ninguna duda. Ahá.

Yo ya me despido. En vuestras manos queda.

...

La cabina devolvió algunos peniques que Alonso dejó en la bandeja. Cuando se dispuso a salir de la cabina vaciló, dudó un momento, se quedó paralizado con la mano sobre el cristal. Si empujaba esa puerta, si traspasaba ese umbral, perdería esa sensación de cobijo que la cabina le daba. Ya no estaría solo, resguardado del mundo, en la oscuridad. En el momento en el que pusiera un pie fuera sería otra persona y lo

sabía. Debería enfrentar al mundo y a todas sus consecuencias. Ya no había vuelta atrás, sólo tenía que respirar hondo y salir de aquella condenada lata de una vez.

La línea

El sol caía con ganas sobre la fachada de la iglesia en la que Alonso se encontraba apoyado. Sus gafas de sol brillaban como un destello mágico, ocultando unos ojos rojos y unas pronunciadas ojeras. Su afilado rostro y sus pómulos más marcados de lo normal evidenciaban un grado de desnutrición lógico de quien únicamente se alimentaba de bolsas de patatas fritas con sabor a jamón. Llevaba la corbata desahogada, la chaqueta del traje negro abierta y un cigarrillo sin encender en la mano. Samuel Alonso no era un hombre muy de misas, mucho menos de entierros. En aquél debía estar presente, de hecho debía estar dentro, acompañando a familia y compañeros, pero era incapaz. Total y absolutamente incapaz. No sólo era tristeza, no sólo era melancolía, había algo más rondando su cabeza durante días, durante semanas; un remordimiento que trataba de crecer a pesar de la resistencia que él mantenía, una sensación que no le dejaba descansar, que no le dejaba vivir.

La plaza de la iglesia era grande, con varios bancos que un grupo de chavales utilizaban como porterías, dando pelotazos para allá y para acá. En la calle de enfrente una panadería con las puertas abiertas embriaga la zona con su reconfortante y apetitoso aroma. Los coches pasaban en una y otra dirección, haciendo caso omiso de los peatones que intentaba pasar por el paso de cebra. Las ancianas arrastraban sus carritos de la compra, los jóvenes pasaban enflechados con sus mochilas y sus auriculares sin perder detalle de las pantallas de sus teléfonos móviles, otros en cambio permanecían estáticos, en la puerta del supermercado de al lado de la panadería. Éstos sólo esperaban con resignación y poca fe que les cayera alguna moneda a su cesto. En los pisos superiores una mujer abría una ventana, seguramente para refrescar y airear un poco el ambiente tras la noche, mientras otra colgaba laboriosamente un sin número de bragas y calzoncillos en el tendedero de su balcón.

El sol pegaba, quemaba, pero eso a Alonso no le importaba. Hacía días que no sentía nada. Ni frío ni calor, ni dolor ni placer. Era más espectro que persona. Mientras buscaba en sus bolsillos un mechero que no tenía, y tras proferir una maldición

impropia del lugar en el que se encontraba, apareció ella, tan atractiva como siempre. Llevaba el pelo recogido y la misma ropa que cuando la conoció: chaqueta de cuero y jeans.

—Creí que ya no fumabas —dijo Mara.

—Y no lo hago, no tengo fuego —respondió Alonso.

—Estás hecho una pena —convino Mara tras mirarlo de arriba abajo.

—Ya. ¿Y qué esperabas?

—Bueno, te entiendo, pero la vida no se para por esto. Es duro, no digo que no debas pasarlo mal unos días, qué menos... —Mara sonrió— pero lo superarás. Eres un tío fuerte, pragmático, inteligente.

—En momentos como este no tanto —Alonso miró al cigarrillo, luego a Mara, y luego de nuevo al cigarrillo. Al final acabó lanzándolo al suelo con desprecio—. Mierda, Mara, estoy hecho un lío.

La inspectora dio un paso hacia el detective y posó su mano derecha sobre el hombro también derecho de Alonso. Éste seguía sin sentir nada.

—Mira, a lo mejor no es esto lo que quieres oír, pero es mi deber hacerlo: quiero que sepas que no apruebo cómo has llevado todo el asunto de Cristóbal Key —confesó Mara—. No, así no se hacen las cosas y lo sabes.

—¿Lo sé? —Alonso se apartó, levantando las manos, como clamando— ¿Quién sabe nada? ¿Qué es lo correcto, qué lo incorrecto? ¿Qué es justo y qué no? Dime, ¿hay que ceñirse a una serie de papeles, unas normas escritas por cuatro viejos hace no sé cuantos siglos?

—Mejor una justicia que no mil —respondió Mara con tranquilidad—. Si cada uno tuviéramos la libertad de impartir nuestra propia justicia, si todas fuesen igualmente legítimas, el mundo ardería en llamas en dos días. Caería en el caos. ¿No te parece?

—No, no tiene por qué, siempre y cuando haya unos límites morales —Alonso negaba ostensiblemente con la cabeza—. Todos los conocemos, sabemos lo que es malo malísimo, lo que no se debe hacer bajo ninguna circunstancia. Sólo se trataría de no ceder a eso, de no traspasar esa línea...

—Tiene gracia que digas eso cuando es evidentemente que tú has cruzado una línea que puede que no tenga vuelta atrás —terció Mara con gesto adusto— ¿Cómo era la frase esa? Ves la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el tuyo. —Eres demasiado dura conmigo. Key tenía que pagar, de una forma u otra... —Alonso apretó momentáneamente los dientes, con rabia contenida—. Era culpable.

—¿Lo era? —Mara dejó la pregunta en el aire durante unos segundos. Alonso se mordió el labio inferior— ¿De verdad lo era o tú crees que lo era? Probablemente lo era, no te digo que no. Pero, ¿lo era? ¿Acaso tenías pruebas que lo certificaran al cien por cien? Vamos, responde...

El detective no dijo nada, aquellas gafas de sol le protegían como una pantalla de la vergüenza.

—Porque así es como trabajamos aquí, en el Cuerpo, en el mundo legal, en nuestro universo. Así es como yo hago las cosas —a pesar de lo duras que eran sus palabras, el rostro de Mara reflejaba cierto nivel de comprensión—. Reúno pruebas, detengo a los sospechosos y luego son juzgados. ¿Cuántos pasos te has saltado tú?

—Hey, hey, para —Alonso levantó las palmas de sus manos—. Tampoco es mía toda la culpa. Yo no he movido un dedo, yo... sería incapaz. Sólo he hablado, compartido información con otras personas. Palabras, sólo eso. Simples y volátiles palabras. Lo que quiera que le haya pasado a Key no ha sido por mi mano.

—¿Eso te hace sentir mejor? —Mara abrió del todo sus enormes ojos azules. Ahora sí expresaban severidad— ¿Te deja dormir por las noches esa excusa barata?

Alonso hundió la cabeza en los hombros. A continuación negó, suspiró. Se tiró de los pelos. Se encontraba incómodo, incómodo consigo mismo. No sabía dónde meterse

aunque en el fondo no quería estar en ningún otro lugar ni en ninguna otra compañía.

—Tú decidiste que era culpable y convenciste a la familia de Juan Herrera de ello —prosiguió Mara—. No eximo de responsabilidad a nadie, pero mucho menos a ti.

—Tampoco hay que sacar las cosas de madre, ¿no? —Alonso comenzó a rascarse la parte de atrás de la cabeza con nerviosismo—. Quizás el tío simplemente se ha larga-do, no sé, se asustó tras lo que le dije en la taberna... Cosa que, por cierto, indicaría que es culpable, y se largó a un país tropical o vete tú a saber dónde.

—El caso es que ha desaparecido, nadie da con él, lo del Murcia World sigue en el aire, y tú estás jodido, muy jodido.

—Nada me relaciona con lo que quiera que le haya pasado a Key —confesó el detective, el cual comenzaba a sentir un par de gotas de sudor que caían por su frente—. No soy idiota, me encargué de cubrirme bien las espaldas.

—No estoy hablando de eso. Al final va a resultar que sí que eres un poco idiota —Mara se quedó simplemente mirando a Alonso, compadeciendo a un hombre deshecho que parecía no haber dormido bien en semanas—. Hablo de lo que tienes en la cabeza, de esos remordimientos que no te dejan avanzar. Hablo de tu conciencia, Alonso. Has dado un paso que no deberías haber dado nunca. Has sido infiel a la justicia al actuar a espaldas de ella. ¿Es que no te das cuenta?

Pues sí, se daba cuenta, algo que le causaba un bochorno que se presentaba en forma de una amarga quemazón en lo más hondo de su pecho, una sensación de agobio, un ahogo del que no se libraba y que iba a peor por las no-ches. Pero no quería admitirlo, al menos no abiertamente. El maldito orgullo no se lo permitía. Sabía que estaba mal, que no era la forma correcta, pero quizá un mal menor traía un bien mayor...

Mara sacó a Alonso de su ensimismamiento con un par de preguntas.

—Dime, ¿cómo se te presenta el futuro ahora? ¿Qué línea vas a seguir?

—Por Dios, Mara, seguiré igual que siempre. Tú lo has dicho, tarde o temprano todo se supera. Volveré a ser el mismo, a hacer las cosas como tengo que hacerlas. Entiendo lo que dices y lo respeto, pero tú también debes comprender cómo soy. Siempre me ha costado ceñirme a unas directrices, pero calculo el daño, veo los pros y contras y actúo —Alonso se quitó al fin las gafas de sol, su demacrado rostro denotaba falta de descanso, de alimento y de paz—. Seré simplemente yo.

—Creo que ser tú no tiene nada de simple —sentenció Mara ante la borrosa mirada del detective.

—Vaya, tiene gracia que tú digas eso, al principio me tomaste por un chulo, un ser —Alonso puso cara de concentración— ¿cómo me llamaste...?

—Primitivo —respondió Mara, que no pudo evitar sonreír a continuación—. Te dije que parecías un ser bastante primitivo. Me alegra haberme equivocado.

El detective regaló una enorme pero fugaz sonrisa. Mara le correspondió con otra sonrisa, cómplice y emotiva. Se quedaron mirándose como si el tiempo se hubiese detenido, como si las agujas del enorme reloj que tenían sobre sus cabezas se hubieran congelado, como si todo hubiera acabado ya para siempre y simplemente se dedicaran a estar el uno frente al otro, contemplándose.

En ese momento doblaron las campanas, las palomas salieron revoloteando. Comenzó a sentirse movimiento desde el interior del templo. El bullicio en paulatino incremento.

—Bueno, creo que ya es hora de despedirnos —dijo Mara, con el rostro algo compungido—. Sólo me queda darte un último consejo, puedes cogerlo o no, eso ya depende de ti. Enderézate, trata de hacer lo correcto y no caigas en el lado salvaje. Eres un detective, debes regirte por la ley. Piensa en el niño que encontraste en esa habitación, en la vida que le diste al salvarlo de aquel desalmado. Ahí está la

respuesta, todo lo demás sólo son distracciones que te sacan del camino correcto.

Los cansados ojos de Alonso se cubrieron con una fina película acuosa. Fue todo un esfuerzo, pero logró mantener las lágrimas dentro. Dio un paso hacia Mara, la cogió de las manos y tembló.

—Gracias, Mara, muchas gracias por todo —dijo emocionado—. Esto es muy duro. Joder, es muy duro... Me gustaría poder soltarte una frase mágica que hiciera que no desaparecieras de mi vida para siempre, que lograra retenerte aquí a mi lado un rato más... Sólo un poco más.

—Sabes que eso es imposible —respondió Mara, cuyos ojos reflejaban paz y bien—. Venga, deja ya de fantasear, vuelve al mundo real. Corre adentro y acompáñame hasta el fin. Si te lo propones, si lo deseas de verdad, de alguna forma siempre estaré contigo.

Antes de terminar de pronunciar la última palabra Mara ya no estaba allí. Alonso no sostenía nada en sus manos salvo el aire, aire y un dolor intenso que se alojó en sus tripas, una sensación de vacío, de pérdida irremplazable que nada ni nadie conseguirían llenar jamás.

Las puertas de la iglesia se abrieron y comenzó el desfile de uniformes azules de gala. Al fondo, iluminados por la dorada luz que pasaba a través de las vidrieras, un grupo de policías avanzaba por el pasillo portando un ataúd cubierto con una bandera de España.

Más tarde vendrían las salvas, el himno y la sepultura.

Después la soledad.

